

Un soldado sin descanso

Una historia épica de fe y coraje a pesar de la persecución

Walter C. Utt — Helen Godfrey Pyke

Un soldado sin descanso

Un soldado sin descanso

Una historia épica de fe y coraje
a pesar de la persecución

Walter C. Utt — Helen Godfrey Pyke

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

Un soldado sin descanso
Una historia épica de fe y coraje a pesar de la persecución.
Walter C. Utt
Helen Godfrey Pyke

Título del original: *No Peace for a Soldier,* Pacific Press Publishing Association, Nampa, ID, E.U.A., 2007.

Dirección: Gabriela S. Pepe
Traducción: Doris Samojluk
Diseño: Romina Genski
Ilustración: John Steel (tapa)

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Segunda edición
MMXII - 6M

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-004-6

Utt, Walter C.
Un soldado sin descanso : Una historia épica de fe y coraje a pesar de la persecución / Walter C. Utt y Helen G. Pyke / Dirigido por Gabriela S. Pepe / Ilustrado por John Steel. – 2ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2012.
304 p. ; 21 x 14 cm.

Traducido por: Doris Samojluk

ISBN 978-987-701-004-6

1. Historias de fe. I. Pyke, Helen G. II. Pepe, Gabriela S., dir. III. Steel, John, ilus. IV. Samojluk, Doris, trad. V. Título.
CDD 248.5

Se terminó de imprimir el 03 de diciembre de 2012 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

—106268—PL

Reconocimientos

Al preparar la segunda parte de este libro, tenía un primer borrador de la obra iniciada por el Dr. Walter C. Utt en la década de 1970 y que quedó sin terminar al momento de su muerte. El texto mecanografiado que recibí representaba su compromiso personal con toda una vida de erudición sobre la historia de Francia en general, y de los hugonotes en particular. Me sentí obligada a retomar el trabajo inconcluso no solamente porque lo encontré interesante, sino también porque el primer libro del Dr. Utt, *The Wrath of the King* [La ira del rey], me inspiró de tal manera que, inmediatamente después de leerlo en 1966, me aboqué a la investigación que dio origen a mi libro *A Wind in the Flames* [Un viento en las llamas] (¡el joven héroe se llamaba Walter!). Así como le ocurrió a Brian Strayer, quien completó el trabajo erudito del Dr. Utt, *The Bellicose Dove: Claude Brousson and Protestant Resistance to Louis XIV, 1647-1698* [La paloma belicosa: Claude Brousson y la resistencia protestante a Luis XIV, 1647-1698], mi carrera ha sido profundamente influida por la obra del Dr. Utt.

Deseo, además, reconocer mi deuda con:

...la Comisión de la Fundación Walter C. Utt y su dedicación a fin de sostener la pasión de este gran docente por la historia, para otra generación más de lectores, y especialmente a Bruce y Audrey Anderson por su aliento y hospitalidad.

...Brian Strayer, cuyos libros y artículos eruditos me proveyeron una sólida información del contexto histórico y cuyas intervenciones personales prácticas evitaron muchos errores.

...Martha Utt-Billington por extender su apoyo y su amistad.

...mi colega Ben McArthur, director del Departamento de Historia de la Southern Adventist University, quien sugirió que este proyecto podría ser adecuado para mí.

...la Southern Adventist University, por otorgarme un semestre sabático para llevar adelante este proyecto.

...Rachel Boyd, por transcribir el texto mecanografiado de Utt a un archivo de texto en la computadora.

...mi esposo, Ted, por encargarse de muchas tareas hogareñas a fin de que pudiera permitirme largas horas de trabajo concentrado, y luego insistir en que lo acompañara en largas caminatas para restaurar la circulación sanguínea el cerebro y el cuerpo.

Helen Godfrey Pyke

Contenido

Prólogo

Una generación de lectores que disfrutaron de los primeros libros de Walter Utt –*The Wrath of the King* [La ira del rey] (1966) y *Home to Our Valleys* [Al hogar, a nuestros valles] (1977)– puede haberse preguntado por el destino del héroe hugonote de dichas obras, Armand de Gandon. La publicación de este nuevo volumen, *Un soldado sin descanso*, y de su continuación, *Cualquier sacrificio salvo la conciencia*, provee "el resto de la historia" y completa lo que podría llamarse el "cuarteto hugonote".

Estos nuevos volúmenes son el resultado de la casualidad y del trabajo arduo. Se sabe hace tiempo que, al fallecer, el Dr. Utt dejó sin concluir un extenso manuscrito que describía la historia adicional de Armand de Gandon. Una lectura cuidadosa del manuscrito llevó al descubrimiento de que contenía la historia completa de las aventuras y luchas de conciencia del soldado hugonote creado por el Dr. Utt. Evidentemente, el manuscrito era una obra en proceso. La narrativa uniforme y satisfactoria que usted encontrará en *Un soldado sin descanso* y en *Cualquier sacrificio salvo la conciencia* es el trabajo de la destacada escritora cristiana Helen Godfrey Pyke. La historia de Armand de Gandon se despliega con claridad y, aparentemente, sin esfuerzo gracias a sus talentos creativos y su amor por esta historia. En la presente configuración, *Un soldado sin descanso* combina la historia anterior, *The Wrath of the King* [La ira del rey], con mucho material nuevo proveniente del manuscrito inconcluso del Dr. Utt. Del mismo modo, *Cualquier sacrificio salvo la conciencia* incluye la obra anterior, *Home to Our Valleys* [Al hogar, a nuestros valles], con el resto del material no publicado anteriormente para completar la historia total.

El propio Dr. Utt fue un héroe para generaciones de estudiantes universitarios que apreciaron no solamente su legendario y aparentemente ilimitado conocimiento del pasado, sino también su

aborrecimiento de la pompa y las pretensiones, y su amor por los estudiantes quienes, a menudo, llegaban a ser sus amigos y corresponsales. Luego de la muerte del Dr. Utt, un grupo de ex alumnos, amigos y colegas determinaron impedir que se perdiera el legado de este gran docente cristiano. En 1985, este grupo formó la Fundación Walter C. Utt en el Pacific Union College, Angwin, California. Entre los resultados de su trabajo, se puede mencionar una cátedra subvencionada en el Pacific Union College con el nombre de Walter Utt y la terminación, con el Profesor Brian Strayer, del libro *The Bellicose Dove: Claude Brousson and Protestant Resistance to Louis XIV, 1647-1698* [La paloma belicosa: Claude Brousson y la resistencia protestante a Luis XIV, 1647-1698]. La historia de este pastor hugonote, Claude Brousson, fue el tema de investigación que le interesó toda su vida.

El apoyo del Pacific Union College y de los miembros del Comité de la Fundación Walter C. Utt, además de la generosidad de cientos de ex alumnos y amigos del Dr. Utt, han hecho posible los logros mencionados anteriormente. El Dr. Richard Osborn, presidente del Pacific Union College y el ex presidente del Pacific Union College Malcolm Maxwell han apoyado infatigablemente estos esfuerzos. El Comité de la Fundación Walter C. Utt ha sido una roca de apoyo. Los miembros de la comisión han incluido a: Earl Aagaard, Victor Aagaard, Bruce Anderson, Eric Anderson, Charles Bell, Martha Utt-Billington, John Collins, Ileana Douglas, Arleen Downing, Lorne Glaim, Elizabeth Hamlin, Wayne Jacobsen, Grant Mitchell, David Westcott y Elle Wheeler.

De la misma manera, debemos nuestro agradecimiento a los editores de la Pacific Press, por reconocer la importancia de completar esta historia de un soldado y cristiano.

Bruce Anderson
Presidente de la Fundación Walter C. Utt
Abril de 2007

La brutal campaña "misionera" de Francia

La Francia de fines del siglo XVII se había convertido en el primer Estado nacional verdadero de Europa, y el poder casi absoluto estaba en manos de su monarca, Luis XIV. Le había dado a su país un sentido propio que era casi inimaginable dos generaciones antes. El arte, la literatura y la música francesa dominaban la cultura europea, y los ciudadanos franceses disfrutaban de la admiración con la que todo el mundo los miraba, imitando su idioma, sus modas y sus maneras. Todas las cosas maravillosas pasaban en París. Londres y Milán se habían convertido en lugares atrasados. Con una población de más de veinte millones, que habitaba una sola masa continental compacta, Francia se ufanaba de tener mano de obra superior a todo el resto de Europa junta, sin contar el endeble Sacro Imperio Romano. Y un tratado tras otro habían añadido una parte de Europa tras otra a la nación francesa, conforme su impresionante maquinaria militar iba ganando terreno en los campos de batalla.

El Edicto de Nantes[1] no había dado libertad religiosa a los protestantes franceses, los hugonotes, pero por un tiempo les otorgó amplia protección. Sin embargo, Luis XIV tenía la visión de una nación francesa que, bajo su control supremo, disfrutara de uniformidad religiosa, como así también económica y política. Por lo tanto, a partir de 1681, para apresurar la conversión de los protestantes franceses que tardaban en convencerse con sobornos o inconveniencias, Luis XIV envió soldados brutales por toda Francia en

[1] El Edicto de Nantes fue promulgado en 1598, casi cien años antes de nuestra historia, por Enrique IV, el abuelo de Luis XIV.

una campaña "misionera" llamada "las dragonadas". Estos soldados se alojaban en casas particulares, donde eran libres de hacer lo que quisieran con las posesiones y la vida de sus anfitriones hasta que estas personas desafortunadas abjuraran de sus creencias "heréticas".

Como resultado de las dragonadas, doscientos mil hugonotes huyeron del país, y muchos más abjuraron de su religión. Los misioneros de las diferentes órdenes católicas que acompañaban a los "apóstoles con botas" admitían que apenas uno en cien de los "nuevos conversos" ingresados por el pillaje, asalto y asesinatos ocasionales era sincero. Pero, las impresionantes listas de miembros nuevos para su iglesia agradaban a Luis XIV, y complacer a su Cristianísima Majestad era el máximo servicio que podían rendirle los curas, soldados y funcionarios. Lo que quedaba de los derechos y protecciones que supuestamente gozaban los hugonotes les fueron quitados de un plumazo en octubre de 1685 y, a partir de ese momento, el reino fue absolutamente y oficialmente católico.

El Edicto de Revocación disponía que todos los pastores protestantes salieran del territorio dentro de los quince días, pero prohibía a los laicos salir del país. Los hermanos y pastores hugonotes que huían perdían todas sus propiedades. Quienes fueran sorprendidos tratando de huir, serían condenados a trabajar en las galeras[2] de por vida, en el caso de los hombres, o traspasadas a un convento, en el caso de las mujeres. En verdad, se sugería que, si no practicaban su religión herética públicamente, no se los molestara hasta que "Dios quiera iluminarlos como a los demás". Sin embargo, la interpretación de esto dependía de los funcionarios locales y los curas misioneros, que podían hacerle la vida imposible a quienes se aferraban a la Religión Pretendidamente Reformada (RPR): el Protestantismo.

Cuando la tormenta pasó y algo parecido a la normalidad volvió a las comunidades, muchos de los nuevos conversos, en angustia y frustración, se arrepintieron de su debilidad. Algunos,

[2] La pena consistía en remar en las galeras del rey. Estas eran embarcaciones de vela impulsadas por la fuerza de los remos, y las de mayor longitud (casi 50 metros de eslora).

para proteger sus propiedades, llevaban una doble vida: asistían a los servicios de su nueva iglesia para que la fidelidad exterior les fuera contada por "justicia". Muchos, simplemente, ignoraban la misa y continuaban adorando en secreto lo mejor que podían, sin ministros ni iglesias, de acuerdo con la fe reformada. Muchos estaban tan avergonzados de haber negado su fe, aunque hubiera sido momentáneo, que se volvían desafiantes y dispuestos a correr grandes riesgos para asistir a las asambleas secretas de los fieles o tratar de escapar al exterior, donde podían ser recibidos de nuevo en la iglesia y adorar en paz.

La historia de los hugonotes se interpreta como una continuación de Hebreos capítulo 11. Estos protestantes devotos combinaron fe y obras en proporciones heroicas. Eran famosos tanto por su celo religioso como por su diligencia en los negocios. En las severas persecuciones que tuvieron que soportar, algunos abandonaron la religión para salvar su vida y sus propiedades, pero otros miles murieron o se pudrieron en calabozos y galeras "para obtener una mejor resurrección". Muchos escaparon a los Países Bajos,[3] a Inglaterra y a Norteamérica, lo que provocó la pobreza de su tierra natal al irse.

Los hugonotes amaban las Escrituras y, liberalmente, salpicaban sus conversaciones diarias con alusiones bíblicas. Estudiaban el libro de Apocalipsis y se sabían un pueblo de profecía. Se referían, por ejemplo, a su amado país en su condición apóstata como el "Egipto espiritual" (ver Apocalipsis 17:4). Denominaban el entorno rural del sur de Francia como el "desierto" al cual huyó la mujer virtuosa (ver Apocalipsis 12:14-17).

Los problemas que enfrentaron los hugonotes son los que han tenido que enfrentar los seguidores de Cristo en otros lugares y en

[3] Los Países Bajos u Holanda comprendía los actuales territorios de Bélgica, de Luxemburgo y del Reino de los Países Bajos.

A mediados del siglo XVII, luego de la guerra de los ochenta años (liderada por Guillermo I de Orange), Holanda se independizó de España. Luego, a principios del siglo XVIII, el territorio pasó a estar bajo al dominio de la Casa de Habsburgo, después de varios intentos fallidos de conquista, por parte de Luis XIV.

otros tiempos: Los cristianos ¿pueden observar exteriormente las órdenes de un gobernante absoluto mientras en sus mentes y conciencias se aferran a su fe? Al ser perseguidos, ¿deben defenderse si pueden, enfrentando la violencia con violencia? ¿Cuándo es sabio huir del perseguidor, y cuándo es cobardía?

Algún día, es posible que, como cristianos, tengamos que responder en forma individual la mayor pregunta de todas: ¿Estoy dispuesto a entregar mis posesiones y hasta mi vida misma para obedecer a Dios antes que a los hombres? Ojalá podamos estar mejor preparados para contestar esta gran pregunta luego de familiarizarnos más ampliamente con la épica inspiradora de los hugonotes.



Primera parte
1685



Capítulo 1

Se ciernen nubes oscuras



El hombre alto de capa descolorida hizo detener repentinamente su gran caballo bayo y desmontó.

—¡Ah! Una nueva y espléndida victoria para los dragones —comentó con ironía.

Un soldado que usaba la capa roja de los dragones se dio vuelta, con un gesto amenazador en su rostro curtido y sin afeitar.

—¿Quién te preguntó algo? —dijo, con furia.

El dragón sostenía firmemente a un muchacho del cuello mientras este le pateaba las canillas con energía. Pero el muchacho corría con desventaja por las pesadas y altas botas de montar del soldado y por el hecho de que este lo sostenía en el aire. Finalmente, el dragón lo dejó caer a tierra firme, pero lo mantuvo agarrado firmemente del cuello.

—Solo le pregunté a este rapaz dónde vivía el sacerdote y me insultó... señor.

Añadió esto último con reticencia pues, de repente, reconoció un uniforme gris de oficial de infantería bajo la capa descolorida.

El oficial y el dragón ahora estaban frente a frente. El oficial bronceado y apuesto era una cabeza más alto que el soldado bajo y fornido. La mandíbula firme del oficial y su aspecto general de competencia sugerían al observador que era un hombre de carrera y no uno de esos mequetrefes de los salones de baile de Versalles.

—¿Y dónde están tus modales, muchacho? —preguntó el oficial con severidad, porque el joven estaba bien vestido.

Un grupo de espectadores se reunió en la calle llena de basura sucia y sin pavimentar del pueblo de Saint-Martin, en el sur de Francia. A poco más de un metro estaba parado un caballo ensillado que pertenecía al dragón y un carruaje cubierto de polvo ama-

rillento de la calle, con las cortinas de cuero cerradas a pesar del caluroso clima primaveral. El cochero saludó con la cabeza desde su puesto.

El muchacho contestó descaradamente:

–Cuando él preguntó por el sacerdote, le pregunté si usaba un traje rojo porque estaba al servicio de la Mujer Escarlata.

El muchacho tenía los ojos demasiado juntos como para ser considerado apuesto y sus dientes eran prominentes, pero irradiaba viveza y energía.

–¿Lo ve? –exclamó el dragón–. Este granuja es uno de esos pestilentes herejes. En ese carruaje está el subdelegado de esta provincia, que viene a este pueblo a lidiar con estos insolentes. ¡Yo diría que ya era hora!

–Bien, jovencito –el oficial se dirigió al muchacho–, no le haces ningún favor a la gente de la Reforma sacando a relucir tu insolencia de esta manera. Dale al caballero las indicaciones que te pidió y pídele perdón.

El muchacho obedeció con rapidez y se disculpó hipócritamente. Mientras el soldado lo soltaba, el oficial dijo con cierto sarcasmo:

–Parece algo extraño que los soldados franceses no tengan nada mejor que hacer que acosar gente tranquila cuya única ofensa es su religión.

El dragón desvió un poco su mirada de los penetrantes ojos negros.

–Como usted sabe, señor –dijo– hay mucho trabajo en las fronteras en estos días. Hacer de niñera para estos civiles –hizo un gesto hacia el carruaje–, es mejor que dormir sobre paja mojada o robar gallinas. Además, algo debe hacerse con estos hugonotes: dos religiones en un reino es tan poco razonable como dos reyes –se enderezó la gorra con borla–. El intendente últimamente está muy empeñado contra los herejes y nosotros estamos aquí para incitar a la gente local a hacerles cosas interesantes a aquellos que no quieren cambiar su religión.

Una sombra atravesó el rostro del oficial y se encogió de hombros.

–El rey se ha vuelto devoto, ¿sabe? –insistió el dragón– Así que quizás este sea un buen momento para ver qué les hace creer a estos herejes que son mejores que otras personas.

Vaciló un momento y agregó:

–Bueno, no sería la primera vez que los soldados juegan a ser misioneros.

–Tu celo habla en tu favor, pero me imagino que un dragón tiene suficientes pecados para expiar.

El dragón no tuvo tiempo de responder porque una cabeza con peluca se asomó por la cortina del carruaje.

–El señor desea saber cuál es la razón de la demora –dijo el hombre, de mal humor.

–Estaba pidiendo indicaciones –explicó el dragón–. Ya casi llegamos.

Dio media vuelta para montar el caballo.

–Espero que entienda que no he querido ofender, señor –dijo, haciendo una pausa–. Soy Dupin, del Regimiento de Dauphin, dieciséis años al servicio de su Majestad –saludó.

–Gandon, mayor en el Regimiento de Maine –contestó el oficial, devolviendo el saludo cortésmente.

El carruaje y el dragón avanzaron, y los espectadores comenzaron a dispersarse. El oficial se dirigió al muchacho, que se quedó mirándolo boquiabierto de admiración.

–Sin que le des rienda suelta a tu lengua otra vez, ¿puedes decirme dónde puedo encontrar a *monsieur*[1] Cortot, que era recaudador de impuestos, creo, cuando yo estuve aquí hace unos diez años?

–Es mi padre –exclamó el muchacho.

–¡Bien! Puedes mostrarme el camino. Tu padre y el mío eran amigos hace mucho tiempo.

–Sí, señor, pero el señor no necesitará mencionar este asunto del dragón, ¿verdad? ¡Gracias, señor! Venga por aquí.



[1] Señor.

Para su sorpresa, Armand de Gandon descubrió que estaba disfrutando la larga velada de culto de la familia Cortot. Habían pasado años desde la última vez que había participado en reuniones similares y, mientras Isaac Cortot leía el tercer pasaje de las Escrituras, Armand recordó algo de la calidez y la seguridad que sentía de niño a la luz de otras veladas alrededor del fuego, antes de que su madre muriera y su padre se fuera a las guerras.

Se maravilló de la facilidad con que *monsieur* y *madame*[2] Cortot le habían dado la bienvenida, como si él fuera un ángel visitante de paso por Saint-Martin en vez de un oficial de infantería maltrecho por los viajes, a quien no habían visto desde que era un muchacho en sus años de adolescente. Recordó, impresionado, la cena, los interminables platos de carnes hervidas y horneadas, las sopas, los dulces. Debía de haber sido la mejor mesa del pueblo. El viejo camarada de su padre seguramente era un ciudadano importante, porque su hogar combinaba la simplicidad hugonota con la elegancia.

Mientras digería la comida, sentado cómodamente junto a una esquina de la chimenea, Armand observaba que la luz del fuego jugaba con los rasgos de sus amigos. *Monsieur* Cortot, de sarga azul y hebillas de plata, tenía todo el aspecto de un civil retirado. Con sus gafas en la punta de la nariz, se inclinaba hacia la luz del candelabro, sobre la mesa, mientras leía un capítulo de Isaías. Era rubicundo, de estatura normal, pero de circunferencia mayor que lo normal. En ese momento tenía puesto el sombrero, pero Armand había notado que su pelo era escaso y canoso.

Un vistazo a *madame* Cortot, ataviada con un vestido oscuro, sombrero blanco y delantal, sentada decorosamente en una silla de respaldo alto al lado de su esposo, confirmaba que encajaba perfectamente en ese ambiente. Una representación de los Diez Mandamientos colgaba en la pared de la sala detrás de su cabeza y un pasaje bíblico estaba grabado sobre la enorme chimenea: "Quien no construye la casa en el Señor, construye en vano". La mirada tranquila y el comportamiento confiado de *madame* Cortot,

[2] Señora.

sentada con sus agujas de bordar, momentáneamente quietas en su falda, hablaban de una administradora competente: la reina regordeta y muy respetable de un dominio provincial.

Armand se dio cuenta de que su atención se había apartado de la lectura. Su mirada, algo culpable, pasó rápidamente por los cuatro niños. Eran morenos y, salvo por el varón Alexandre, muy lindos. Louis y Louise, los mellizos tímidos y casi solemnes, estaban sentados en bancos, uno de cada lado de su madre. Calculó que tendrían unos siete u ocho años. Simpatizaba con ellos en su timidez, y recordó que también él, siendo el menor en la mesa, debía comportarse amablemente con las visitas. Probablemente, no se lo escuchaba mucho más que a Louis esa noche. Los mellizos habían comenzado a entrar un poco en confianza con él a la hora del postre. Como todos los niños hugonotes, seguramente habían sido advertidos contra los extraños desde que tenían uso de memoria. El galón de oro reluciente, los botones dorados y los puños de color rojo vivo de su uniforme eran una novedad para esta tranquila mesa. Tendría que realizar esfuerzos especiales para ganarse la confianza de ellos.

No había dificultad en familiarizarse con Alexandre, quien ahora estaba sentado a su lado junto a la esquina de la chimenea. Obviamente, el muchacho tenía más energía de la que podía gastar. No lograba apartar sus ojos del uniforme del oficial y Armand estaba seguro de que, si no fuese por la fuerte postura de los hugonotes de que los niños debían ser moderados en presencia de los mayores, el muchacho habría pedido que le permitiera probarse el gorro y empuñar la espada. Con el dedo del pie, Alexandre escarbaba distraídamente debajo de un peludo gatito gris repantigado en las baldosas, hasta que el movimiento llamó la atención de su hermanito. Esto, a su vez, provocó una mirada severa de su madre.

El soldado detectó que su mirada curiosa se detenía por más tiempo en el rostro hermoso y pensativo de Madeleine, la esbelta y graciosa hija mayor de la casa. Con los ojos fijos en su padre y las manos cruzadas tranquilamente en su regazo, parecía no darse

cuenta de que el oficial la observaba atentamente. La luz del candelabro se reflejaba en su cabello oscuro que le llegaba a los hombros, y su gorro blanco y el *fichu*[3] parecían más blancos en contraste. En esa luz pobre él no alcanzaba a verle los ojos, pero en la mesa había notado que eran de un tono azul llamativo –en realidad, eran más violetas que azules–, enmarcados por largas pestañas. A pesar de su modo recatado, Armand observó que podía haber una chispa azul en esos ojos, como cuando en la mesa había usado su codo para callar al charlatán de su hermano.

Con una punzada, Armand se dio cuenta de que sus años de trabajo arduo y la pobreza gentil de un oficial de carrera no le habían dado mucha oportunidad de pensar seriamente en ese sentido. Y por cierto, ¡nunca había conocido a alguien así en ningún pueblo en el que había estado su guarnición! Se preguntó qué hombre tranquilo y respetable habría notado ya a esta Ester de los últimos días. Seguramente ya habría sido prometida pues debía tener por lo menos unos dieciséis o diecisiete años. ¿Y de dónde –se preguntó– sacaba esa esbeltez elegante? Sus dos padres eran de contextura robusta.

En las sombras detrás de Madeleine estaban sentados tres o cuatro sirvientes. Armand recordó vagamente que había por lo menos dos niños más en su visita anterior. A uno de ellos lo habrían perdido joven y, pensándolo mejor, ahora recordaba que había un muchacho de su misma edad que había muerto por el rey en los Países Bajos. Debía ser de él el retrato hecho en carbonilla por algún artista itinerante, que se ubicaba enfrente de la chimenea, entre las estatuillas de Nerves.

La voz de su anfitrión parecía difusa en la distancia mientras las palabras del profeta Isaías daban vueltas sobre Armand. Estaba en un trance, lejos del peligroso mundo exterior donde reinaban sin censura la codicia, la ambición y el odio. Ésta era una isla de paz y confianza. Armand sintió que se elevaba más allá del tiempo y la realidad. Esta era la misma antesala del cielo.

[3] Una capa ornamental de tres puntas.



El padre Chabert, cura de Saint-Martin, se ubicó en su mesa de ébano pulido, entrecruzó los dedos sobre su estómago redondo y sonrió ampliamente y de muy buen humor a su invitado, un joven de rostro de halcón, de traje color herrumbre, con un lazo veneciano en su garganta y puño, y una peluca brillante, larga y negra. La cara regordeta del cura brillaba de transpiración y expectativa. Las partículas de polvo centelleaban y danzaban en un rayo de sol que entraba por las ventanas abiertas de la sala pastoral. Desde el jardín se escuchaba el zumbido de los insectos y la conversación desganada de los pájaros.

–Los hugonotes locales se aferran tenazmente a las blasfemias abominables de Calvino –estaba diciendo el cura–. Fingen una mansedumbre de espíritu que se contradice con la obstinación con que resisten la convicción de la Fe Verdadera y las súplicas de su Misericordiosa Majestad.

El visitante reprimió un bostezo. Prometía ser una tarde difícil. Charles Marie Joseph de Beausejour, subdelegado del intendente de la provincia, finalmente había llegado, en respuesta a los repetidos pedidos, para hacerse cargo de la situación de Saint-Martin. Aunque debía aparentar un cierto respeto por la sotana, al oficial se le hacía difícil conciliar su antipatía por este pequeño cura calvo que estaba tan cómodamente sentado en su silla tallada. El resplandor del reflejo de la mesa hería sus ojos y, además, estaba el bullicio de esos insectos y pájaros. Sintió un tedioso resentimiento por estar atrapado allí en ese caluroso desierto rural.

El cura siguió hablando interminablemente en tono monótono:

–Si bien no voy a criticar de ninguna manera la labor de mi predecesor en esta parroquia, que en paz descanse, la laxitud aquí ha sido increíble. ¡Con solo mencionar que el padre Forbin consideraba que era una blasfemia obligar a una persona no convencida a asistir a misa!

Hizo una pausa expectante, pero el aburrido oficial no hizo ningún esfuerzo por contestar.

–Ha pasado prácticamente un cuarto de siglo desde que su Misericordiosa Majestad escuchó los pedidos del clero y comenzó a lidiar rigurosamente con esta amenaza de la Religión Pretendidamente Reformada.

El cura apretó el puño.

–Por supuesto, yo hice lo posible para que se obedecieran las leyes, pero mis humildes esfuerzos han sido infructuosos; sí, prácticamente sin frutos. Hay solo unos cientos de estos RPR que practican su religión abiertamente, pero la mayoría del pueblo alguna vez también lo fue. Incluso el alcalde y los miembros del ayuntamiento son católicos nuevos en su mayoría. Me provocan dificultades interminables: objeciones, disparates flagrantes.

A continuación, el padre Chabert esbozó en unos cientos de palabras bien escogidas una historia de los problemas religiosos de los últimos ciento cincuenta años.

¡Qué sujeto pesado!, pensó el subdelegado. *¡No para, ni siquiera para tomar aire!*

–El foco de la herejía debe ser aplastado, mi señor. Sus cabezas se multiplican donde hay mentiras con error. Su veneno ha infectado la sangre de nuestra tierra y vemos las temidas consecuencias en todos lados. Nosotros los soldados del Primer Estado, defensores de la Verdadera Fe en el mismo frente de batalla, nunca dejamos de rezar por la iluminación espiritual de su Majestad. Nos consideramos favorecidos, aunque somos vasos imperfectos, de que persiga tan vigorosamente la causa de la Fe en todo el reino...

De Beausejour interrumpió con repentina desesperación.

–¡Le ruego, mi buen padre, que termine con este sermón y que continuemos con lo que nos ocupa!

Repentinamente consciente de la mirada amarga de su interlocutor, el cura detuvo su discurso por la mitad.

–El intendente tiene su carta –dijo el oficial, aprovechando su ventaja rápidamente– y me ha autorizado a tomar las medidas ne-

cesarias para destruir el templo hugonote. Sin embargo, desea que se cumplan todas las formalidades legales y me ha recomendado que examine cuidadosamente todas las evidencias. Él se molestaría mucho si algún procedimiento poco claro diera lugar a que la Religión Pretendidamente Reformada reclamara en la corte a través de su representante.

–¡Oh, con toda seguridad, con toda seguridad!

De Beausejour cambió de posición en su silla y alzó una mano blanca y lánguida.

–¿Cuáles son sus pruebas de que los RPR han violado la ley?

Demasiado tarde se dio cuenta que había devuelto la palabra al cura, y temía que sus explicaciones comenzaran desde Noé.

Pero esta vez el cura fue al punto:

–Seguramente no necesito refrescar su memoria con respecto al edicto de 1679, que estipula que, si los herejes permiten que un nuevo converso asista a sus servicios, su edificio debe ser destruido y el pastor es pasible de penitencia pública –la *amende honorable*[4]– como así también una multa y el exilio, si su Majestad lo desea.

Bajó la mirada con modestia.

–Para cumplir con esto, he encontrado a un ex seguidor, algo decaído en sus posesiones y dispuesto a aceptar el pago acostumbrado para abjurar de la falsa ilusión calvinista.

Le brillaban los ojitos y sonreía maliciosamente, haciendo una pausa para que la simplicidad de su plan pudiera ser apreciada completamente.

–¿Tiene testigos de esta feliz "coincidencia", la reincidencia de este seguidor?

El padre Chabert hojeó una pila de papeles.

–Aquí tenemos su abjuración de fecha 15 de junio de 1683 –anunció– y aquí están las declaraciones juradas todas autenticadas por notario, todas fechadas el primero del mes pasado, de mis testigos que lo vieron en los cultos de los hugonotes.

[4] Una confesión humillante de culpa, con un pedido público de disculpas.

El subdelegado aceptó los papeles y los miró con ligereza.

–Entonces autorizaré a su alcalde a proceder con el cierre del templo. Dudo que pueda realizar el trabajo si los herejes no quieren demolerlo ellos mismos –la silla crujió al correrla hacia atrás–. Mi secretario puede redactar los papeles, y yo visitaré al ministro RPR esta tarde.

El rostro del cura se ensombreció. Había esperado tener ese placer él mismo.

–Bien –continuó, rezongando un poco– hay también otras maneras de humillar el orgullo de los herejes. Está la cruz en honor de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, que debería ser erigida en el lugar del templo. Y permítame recordarle el edicto de 1681, que estipula que los niños de los RPR mayores de siete años, que estén convertidos o evidencien un deseo de conversión deben ser internados en las Casas para Católicos Nuevos. Los esfuerzos de su Majestad en favor de estos niños desafortunados llevan ya cuatro años y aún no se ha hecho nada en este pueblo.

"Aquí tengo –el cura revolvió los papeles– una lista de las familias de la Religión Pretendidamente Reformada del pueblo. Puedo enviársela al obispo, pero podría ser un ahorro de tiempo en un asunto de tanta importancia si usted la examinara en la sala del intendente, digamos. Ahora que vamos a tener una Casa para Católicos Nuevos en las afueras del pueblo, yo pediría la cooperación de las autoridades civiles para llenarlo".

–Usted ya tiene la autoridad, ¿verdad?

–Con seguridad podríamos llenar la casa, y también la casa de muchachos en el campo, sí, varias veces. Pero, es una cuestión de fondos, señor –miró a su adversario con expectación.

–Las contribuciones voluntarias no son más que un engaño, señor, y el alcalde y el ayuntamiento son tacaños en extremo: han hecho de la mezquindad un verdadero arte. Usted sabe cómo se comportan estos mercaderes cuando hay una nueva casa de culto en su pueblo. Me temo que la labor de conversión deba descansar mayormente en la generosidad de la realeza.

–Ustedes los hombres de la iglesia siempre están poniendo el carro delante del caballo –dijo de Beausejour con un bostezo–. La ley establece que los gastos de mantenimiento de esos internos corran por cuenta de sus padres, según los ingresos de estos. Limite su reclutamiento a quienes sean capaces de autosostenerse. El intendente tiene cien parroquias fastidiándolo con diez mil pedidos tontos y discusiones, todos ellos costosos. No se puede recurrir a los fondos públicos para todo, usted sabe.

–Pero, señor –protestó el cura, con la barbilla temblando de indignación–, ¿hay alguna tarea de mayor importancia que arrebatar a estos niños de las mismas fauces del infierno? Los grandes están casi fuera de las posibilidades de redención, pero los jóvenes todavía pueden ser persuadidos. Las Casas para Católicos Nuevos forman sujetos devotos a su Majestad de entre los hijos de sus enemigos. ¡De árboles malos, buena fruta! Me parece que, para esta tarea divina de pacificación, aunque sea extrayendo del fuego troncos chamuscados, se podría disponer de fondos...

–Las casas deben autosostenerse –interrumpió de Beausejour, tercamente.

Notó la desilusión en el rostro del cura y se apresuró para no antagonizar mucho con esos fanáticos.

–La tarea de conversión es muy apreciada por nosotros, pero los impuestos vienen difíciles este año y debemos ir despacio. Ahora, si no hay más pedidos al tesoro, estoy seguro de que al intendente le dará gusto ayudarlo en llevarse a tantos niños como la casa pueda acomodar.

Se acarició la barbilla pensativamente.

–Pero aténgase a la ley también en este asunto. ¿Usted es capaz de lograr que todos esos niños soliciten instrucción?

El cura se animó un poco.

–Eso no es problema. Bueno, no demasiado. Estos niños frecuentemente son prudentes para la edad que tienen, pero a veces los más pequeños dicen un "Ave María" por un dulce o una chuchería. O bien, como se interpreta la ley actualmente, si se informa que un

niño mayor ha admirado la magnificencia de un altar o una procesión, podemos interpretar ese comentario favorable como un pedido de instrucción. Debemos tener cuidado porque estas personas son obstinadas al extremo y podrían abandonar el país si sospechan que estamos detrás de sus hijos. Pero no habrá disturbios, mi señor.

"Ahora bien –continuó–, esta es mi lista actualizada al mes pasado. He ordenado las familias RPR por calles, por el nombre y por la edad de cada niño. Puedo decirle que fue mucho trabajo –añadió con complacencia–. Algunos no los quisiéramos, es verdad. Son demasiado pequeños o enfermizos para una buena instrucción, por ejemplo".

El oficial estudió las hojas, haciendo ruido al revisarlas.

–Bueno –dijo finalmente–, veamos los que pueden ser mantenidos por sus padres. Quizá podamos tomar algunos otros candidatos si los impuestos a la riqueza son suficientemente elevados.

El cura se animó.

–¿Y no podría haber también, más adelante, pensiones reales para los pobres, quizás?

Se acercó para poder seguir la lista.

–No me pagan para adivinar el futuro –respondió de Beausejour, con mirada agria–. Hagámoslo a mi modo por ahora.

–Seguro, señor, seguro –admitió rápidamente el padre Chabert.

El subdelegado se reclinó hacia atrás mientras el cura comenzaba a leer la lista. Silenciosamente, el secretario mojó una pluma en el tintero y realizó anotaciones en el margen de su copia según su amo le dictaba.

–En la calle de Montauban –comenzó el cura– tenemos a los siguientes: Isaac Cortot, burgués. Cuatro hijos: Madeleine de dieciséis, Alexandre de doce, Louis y Louise de siete. Es el hereje más rico del pueblo y además es dueño de tierras. Estaba en la oficina del interventor de cuentas hasta que los oficiales de impuestos hugonotes fueron despedidos. Los niños son todos fuertes y él puede mantenerlos, con toda certeza.

–Llévelos a todos –dictó el subdelegado con los ojos cerrados.

La pluma del secretario se movió por un momento.

–En la misma calle: Emile Robert, ferretero. Tres hijos: Denise de diez, Emile de siete y Rebeca de tres.

–Eh, es muy pequeña. Lleven a Denise y Emile.

–En la misma calle, Jean Delzers, ex librero. Cinco hijos: Samuel de quince, Jean de catorce, Georges de doce, Hannah de diez, Gaspard de nueve. Es pobre, ya que la ley no le permite ejercer su oficio últimamente, pero los niños son sanos.

–Serán gastos públicos –comentó el oficial–. Escriba: "No llevar a menos que haya vacantes posteriores".

El padre Chabert se notaba apenado, pero continuó leyendo:

–Gabriel Piel, tejedor, en la Calle de los Tres Leones...

Se interrumpió y dijo:

–Se ha reportado que esta familia se ha ido al extranjero. Es difícil mantener esta lista al día –añadió, disculpándose–. ¡Huyen de aquí con tanto sigilo!

El secretario anotó en el margen: "Desaparecidos".

–También en la misma calle: Jules Pinet, curtidor. Dos hijos: Olivier de nueve, Henri de ocho. Olivier es enfermizo. El padre tiene la reputación de trabajar bien.

–Deje a Olivier...



Monsieur Cortot había finalizado su capítulo y había comenzado la última oración de la velada cuando se escuchó un fuerte golpe en la puerta de entrada. Los adoradores se movieron sobre sus rodillas, pero quien ofrecía la plegaria no se desanimó ni acortó su oración. Cuando terminó, una de las criadas fue a abrir la puerta. Mientras el grupo esperaba con cierta aprehensión, el gatito se incorporó, se estiró y se acostó fuera del alcance de Alexandre.

La criada hizo entrar a tres hombres solemnes a la habitación. Todos se pusieron de pie, los hombres se quitaron los sombreros y las mujeres hicieron una reverencia.

–Buenas noches, pastor –dijo Cortot con entusiasmo, mientras se inclinaba frente a la mano del primero de los visitantes–. ¿Qué lo trae por aquí a estas horas?

–Nada bueno, puede estar seguro –replicó el pastor Merson con una frágil sonrisa.

Hizo una reverencia nuevamente al resto del grupo.

–No interrumpiría la devoción de mi principal anciano por nada. Ruego su perdón hasta que pueda dar mis explicaciones.

Madame Cortot hizo un leve gesto de desaprobación y el anfitrión procedió a las presentaciones:

–Hermanos –comenzó–, tengo el honor de presentarles a Henri Armand, Señor de Gandon, hijo de mi extinto amigo y hermano en la religión, Michel de Gandon. El anciano Gandon y yo servimos juntos, allá por los años cincuenta, bajo el ilustre Schomberg, cuando nuestro mariscal protestante era solo un general.

Luego, volviéndose a Armand, *monsieur* Cortot continuó:

–Y estos caballeros son: nuestro buen pastor, Jean Merson, y su sobrino Mathieu Bertrand, nuestro maestro de escuela y catequista aquí en Saint-Martin. Y nuestro diácono principal, el hermano Etienne Lenotre.

El pastor ofreció su mano a Armand con una amable sonrisa.

–Nos sentimos honrados, hermano, de que esté entre nosotros.

Armand, a su vez, hizo una reverencia que abarcó a todo el grupo, y luego bajó la mirada, como era la forma cortés al conversar con extraños. Estaba incómodamente consciente del contraste entre su uniforme y los tonos sobrios que vestían los visitantes. El pastor era un hombre delgado y cuarentón, vestido con un manto negro de clérigo, sombrero tejido de borde ancho, cuello blanco inmaculado y una peluca negra corta. Tenía un rostro inteligente con una chispa de humor en sus ojos oscuros. El soldado se sintió a gusto con la atmósfera de bondad genuina que lo rodeaba. *Aquí hay un amigo*, pensó para sí mismo.

Fue muy llamativo cuando, al tomar la mano del alto y rubio sobrino de Merson, recibió una mirada intensa y hostil. La edu-

cación de Armand lo ayudó a no devolver la descortesía. Quizás, especuló, se parecía a alguien que a este Mathieu no le gustaba.

Mientras todavía susurraban frases amables, los caballeros se quitaron los sombreros y todos se sentaron. De tanto en tanto, el sobrino vestido de negro le lanzaba miradas furtivas a Armand. Su boca estaba tiesa y tenía un gesto de reprobación mientras catalogaba cada botón dorado y cada lazo rojo del uniforme del soldado. Armand observó que el maestro de escuela tenía la misma estatura que él, un perfil pronunciado y apuesto, y una complexión más ligera. *Probablemente tenga un padre o una madre normandos*, pensó Armand. *Apostaría que ese cabello largo y rubio es natural, y que él no está ni un poquito orgulloso de él.*

Cuando Armand vio que Mathieu estaba también observando furtivamente a Madeleine Cortot, comenzó a entender. Como Madeleine no se daba cuenta, o aparentaba no hacerlo, que el recién llegado estaba buscando sus ojos, la expresión de Mathieu se volvió cada vez más melancólica.

¡Ajá!, pensó Armand, un poco divertido ahora. *Por eso pone mala cara. ¡Sospecha que soy una serpiente en su pequeño Edén!*

–Sí –continuaba Cortot–, el padre de *monsieur* Gandon permaneció en el ejército luego de que yo dejé el servicio para ingresar a la oficina del interventor de cuentas, en aquellos tiempos en que Colbert nos protegía de la Religión. Pero, como estaba diciendo, la última vez que los Gandon vinieron por aquí fue de paso en su viaje a la campaña catalana. Ahora veamos, eso habrá sido en 1674. Estaban en el equipo del mariscal Schomberg. Te pusieron tu nombre por el mariscal, ¿verdad? –miró expectante a Armand.

–Sí, así es –contestó el soldado–. Mi padre fue herido antes de Belleville y murió al año siguiente. El mariscal fue tan compasivo que me consiguió un rango de teniente por el amor que le tenía a mi padre. Desde ese entonces he estado en el Regimiento de Maine.

–¡Ah, pero Armand ya no es más teniente en la actualidad!

Cortot parecía tan complacido como si estuviera hablando de su propio hijo.

–En una batalla, salvó a su regimiento, él solo, imagínense, con escopetas y estandartes, cuando fueron emboscados y eso fue mencionado en los informes. Ahora es un mayor y esta noche está con nosotros, de paso desde su propiedad en Languedoc camino a la Corte de Versalles.

El pastor mantuvo su ecuanimidad, pero el diácono y Mathieu se mostraron sorprendidos. Versalles era el punto focal del pecado y la extravagancia de la nación, así como también la fuente de las persecuciones romanísticas. Para un hugonote provinciano de buena moral y postura convencional, la declaración de *monsieur* Cortot sobre el destino de Armand era como anunciar que la intención del soldado era revolcarse en un chiquero.

El joven oficial estuvo tan cerca de sonrojarse como era posible para alguien de tez curtida como él. Tartamudeó sus excusas:

–¡*Monsieur* Cortot es demasiado amable, protesto! He tenido la fortuna de gozar del interés del duque de Lauzières, que es coronel en mi regimiento. A pedido de él, voy a visitarlo en mi camino al norte.

La expresión de Mathieu Bertrand era digna de contemplarse. Primero, la aflicción cruzó su rostro, para luego ser reemplazada por algo parecido al alivio, ya que ninguna niña estaría interesada en un perdedor tan obvio. Pero papá Cortot estaba feliz e insensible, y la expresión de Madeleine era de agradable cortesía. La cara de Mathieu se ensombreció nuevamente. El corazón de la mujer ¿no es especialmente frágil en lo que respecta a las falsas apariencias? Y aquí había un gorro con borde dorado, una borla roja y mucho más.

Más consciente que Cortot de algunas de estas reacciones, Armand deseaba que cambiaran de tema. *Si le acabara de pedir el caballo a este sujeto, su mirada agria sería más entendible,* pensó para sus adentros. *Tengo que ignorarlo.* De todos modos, era más

agradable mirar a *mademoiselle*[5] Cortot, así que se dedicó a esa grata tarea.

Tan agradable, de hecho, que perdió noción de la conversación. Un grito de consternación lo sacudió.

–¿Qué está diciendo, pastor? –exclamó Cortot, incorporándose a medias de su silla. Su sombrero se cayó y su calva adquirió un brillo rosado a la luz del fuego. Recogió su sombrero con mano trémula.

–Usted se me adelanta, hermano Cortot –dijo el ministro, con tristeza–. Sí, el subdelegado me hizo una visita, y me comunicó que nuestro templo será destruido dentro de tres días y que el costo corre por cuenta nuestra.

Madame Cortot gritó débilmente y dejó caer su bordado. Los mellizos se le acercaron y Louise sepultó su cara en la falda de su madre. Madeleine se quedó mirando con labios entreabiertos y, por primera vez, Alexandre se veía serio. A continuación, hubo un gran momento de silencio. El fuego chisporroteaba intermitentemente. De repente, la habitación parecía más oscura y fría.

El pastor volvió a hablar, lenta y suavemente:

–No podemos decir que esta visita fue inesperada. El Señor ha sido muy misericordioso con su pueblo en este lugar y ha refrenado la mano del perseguidor, aun cuando no somos merecedores de tales favores. Ahora también nos probará.

–Pero ¿cuál es el pretexto de ellos? –preguntó Cortot.

–Ellos dicen que permitimos que un nuevo converso reincidente asistiera a nuestro último servicio de Comunión. ¿Recuerdan a Petitjean, el que perdió su empleo cuando se sancionó la ley que prohibía a los sirvientes hugonotes en las casas católicas?

Cortot asintió.

–Sí. Me mandaron llamar del consejo municipal para razonar con él cuando se desanimó y escandalizó a la Religión con su forma desordenada de vivir. Me gustaría saber cómo consiguió el *mereau*.[6] Tenía que tener uno de los vales para ser admitido en el trabajo.

[5] Señorita.

[6] Recibo otorgado para probar la asistencia a la iglesia.

–Oí hace un año que había abjurado y había cobrado el dinero del fondo de conversiones –dijo el diácono.

–Su nombre estaba en la lista de nuevos conversos que nos envió el obispo –admitió el pastor.

–Y si estaba, ¿qué? –bufó *madame* Cortot.

Sus agujas se movían furiosamente.

–Había unas cuatro o cinco mil personas en la última Comunión.

–En verdad, no me sorprende que los ancianos no espiaran al sujeto –dijo el pastor con un suspiro– si realmente estaba ahí. Claro que hay "testigos", pero ya sabemos cómo es eso. No tenemos forma de contradecirlos, así que solo podemos esperar que, si estuvo allí haya sido agonía de su alma por su apostasía y genuinamente contrito.

–Pero ¡a qué precio! –explotó su sobrino–. Por seis *livres*,[7] el precio de un cerdo, se vende a sí mismo, ¡y ahora perdemos la última iglesia en leguas a la redonda!

Cortot gruñó:

–¿Buscando consuelo para su alma? ¡El consuelo fueron un par de botellas que le prometieron!

Madame Cortot no estaba interesada en detalles insignificantes.

–¿Qué hacemos ahora?

–El culto a puertas cerradas en nuestros hogares es todo lo que nos queda, mi querida hermana. La ley es explícita. No están permitidos los cultos públicos en ningún edificio que no sea un templo.

El pastor hizo una pausa y agregó con tristeza:

–Pienso que sería bueno que repartiéramos los registros de iglesia y los fondos entre los ancianos y diáconos. Están en mi casa, pero pueden ser confiscados en cualquier momento. Podemos distribuir los fondos entre nuestros pobres inmediatamente. La bolsa de los *mereaux* también debe esconderse. Quizá nunca usemos los vales otra vez, pero no sería bueno que cayeran en manos equivocadas.

–Otro golpe más –dijo Cortot, lentamente.

[7] Antigua unidad monetaria francesa, conocida también como *livre d'argent* (libra de plata).

Golpeó la palma de la mano con el puño.

–Si alguien me hubiera contado hace veinte años cómo tendríamos que vivir en 1685...

–Es impresionante a lo que uno puede acostumbrarse –coincidió el pastor–. No por nada "paciente como un hugonote" se convirtió en un proverbio.

El fuego era débil, pero nadie parecía notarlo. Finalmente, el pastor Merson habló.

–Dudo que el Edicto de Nantes, o lo que queda de él, dure ahora por mucho tiempo más.

–Pero ¡ellos *no se atreverían*! –estalló *madame* Cortot–. El propio padre del rey lo hizo para nosotros.

El pastor sacudió la cabeza.

–Usted le da demasiado poco crédito a sus enemigos, *madame*. El edicto está agonizando, violado en su espíritu y en su letra.

–Bueno, ¿qué se podía esperar –el tono de Mathieu era amargo– con cardenales como ministros principales?

–Yo diría que tuvimos muchos nobles ambiciosos en los viejos tiempos –afirmó Cortot–. Si no hubiera sido por sus tontos juegos en contra del rey, dudo que hubiese prestado mucha atención al clamor del clero. El cardenal Richelieu no era fanático. Él dijo que no debería haber discriminación entre los franceses, excepto en cuestiones de lealtad. ¿Y quiénes, me gustaría saber, han sido más leales a la corona en estos últimos cincuenta años que los hugonotes? Es cierto, el cardenal nos quitó nuestros derechos políticos, pero cuando yo era joven eso no parecía tener mucha importancia. Nos mantuvimos fuera de la política y prosperamos.

–Estoy de acuerdo con usted, hermano –concordó el pastor–. Ni Richelieu ni Mazarin eran hombres de iglesia muy devotos. Fueron los primeros de todos los hombres de Estado deseosos de fortalecer la corona. Por eso ignoraron la furia del clero y nos protegieron. El mismo Mazarin dijo, usted lo recuerda: "No tengo ninguna queja contra la manada pequeña pues, si se alimenta de pasto malo, por lo menos no se desvía".

–Esa lealtad... no, la palabra servilismo es mejor, ¿de qué nos sirvió? –bufó Mathieu Bertrand–. Hace dos años cerraron cuarenta de nuestras iglesias y cien el año pasado. Nosotros alentamos esta persecución. Pero algunos hacen bien en lamer las botas que los patean.

Miró cuidadosamente hacia un punto en la oscuridad a un metro por encima de la cabeza de Armand. Este apretó los dientes y no dijo nada.

–Bueno, por lo menos todavía no se han atrevido a revocar el edicto completamente –dijo el pastor Merson–. Pero con cada roce nos fuerzan, y los romanistas siempre ganan algo. La mayoría de las profesiones y las oficinas de la Corona están ahora cerradas para nosotros, y nuestros seminarios están todos clausurados. Acá Mathieu debe enseñar en la escuela porque no hay forma de ser ordenado en Francia, y se le prohíbe estudiar en el extranjero. Tampoco se nos permite tener más de una escuela primaria por congregación sin importar cuántos cientos de niños haya para recibir educación. No se nos ha permitido tener una junta provincial de ministros en dos años ni una reunión general desde hace veintiséis.

"Nuestras iglesias son destruidas con cualquier pretexto trivial. Aparecen falsos títulos de edificios que han estado en pie durante un siglo sin problemas, o puede ser que esté a treinta metros de una iglesia romana y la congregación, al cantar los himnos, molestan al cura en la misa. Podemos celebrar funerales solo al amanecer o al atardecer, y no puede haber más de diez personas en cada procesión fúnebre. No podemos cantar nuestros salmos en el camino o en el trabajo. Si no nos descubrimos cuando pasa la Hostia, nos pueden cobrar multa, castigar o encerrar en prisión. No podemos tener la insignia real en nuestras iglesias, debemos permitir al clero romano que tenga bancos especiales en nuestros templos desde los que pueden interrumpir los sermones y causar conmoción en la casa del Señor.

"Salvo que quiera ir a prisión, no puedo mencionar en mis sermones 'la esclavitud de Egipto' o decir 'tiranía', y ni siquiera 'tiempos turbulentos'. En todos los documentos tenemos que autode-

nominarnos la 'Religión Pretendidamente Reformada', la RPR. No podemos hacer proselitismo, ni siquiera entre los judíos o musulmanes. Un tema tan importante como hacer arrodillar a los visitantes durante la oración hizo que nuestra iglesia en Nueva Orleans fuera cerrada. Y la última disposición es que nuestros pastores no pueden estar más de tres años en un lugar, por lo que parece que los dejaré este verano."

Isaac Cortot volvió a hablar, dirigiéndose a Armand:

–Quizá como soldado no has estado al tanto de todo lo que sucede, pero si un comerciante hugonote apostata, es eximido de deudas e impuestos por dos años. Y cuando quieres comprar mercadería no consigues crédito. Tienen miedo de que te "conviertas" y repudies tus deudas. Y los juicios son inútiles. Todo lo que tiene que hacer tu oponente es gritar: "Alego contra un hereje. Tengo que hacerlo contra un hombre y una religión odiosos al rey".

Cortot se pasó el dedo por el cuello expresivamente.

–Pero, supongo que podemos soportar esto y el hecho de que nos hayan duplicado y triplicado los impuestos. Lo peor es tener que alojar soldados en las casas. Nunca es agradable tener soldados acuartelados en una casa decente, pero desde hace cuatro años, los Reformados han tenido que soportarlo sabiendo que, si abjuran, esto cesaría.

Madame Cortot no estuvo de acuerdo:

–¡No, lo peor es que han bajado de doce a siete años la edad para que las autoridades puedan robarnos a nuestros hijos para educarlos como católicos!

–Es una triste lista –suspiró el pastor– y sin ayuda humana a la vista.

Mathieu Bertrand no había dejado de mirar la figura casi invisible en la esquina de la chimenea:

–Nuestros padres lucharon por *su* libertad con la espada en la mano –explotó–. Ahora, si es que luchamos, lo hacemos *para* nuestros opresores, parece. ¿Somos demasiado tímidos para defender lo que creemos?

Ahora estaba bastante oscuro porque las velas se habían apagado sin que nadie lo notara y el fuego era débil. Armand se prometió a sí mismo que no permitiría que ese sujeto lo incitara a tener un altercado. Así que se quedó mirando fijamente un gran baúl negro que tenía cerca y que estaba tallado con escenas de las tribulaciones de los hijos de Israel.

El pastor cortó el silencio, que era tan absoluto que se podía escuchar:

–Puede haber más heroísmo en no resistir el mal, Mathieu –manifestó suavemente–. Pero, aunque quisiéramos resistir, ¿sería posible hacerlo?

Él también miró al oficial:

–¿Qué piensa usted, *monsieur* Gandon?

Armand notó el uso de *señor* en lugar de *hermano*, pero no tenía certeza de que fuera intencional. Escogió cuidadosamente sus palabras y le habló directamente al ministro:

–Ya hace diez años que estoy en el ejército del rey. Louvois es el ministro de Guerra y Vauban es el maestro más grande de técnicas de asalto, en el mundo. El ejército tiene muchísimos regimientos de infantería y caballería listos para actuar en cualquier momento. Luego están todas las armas nuevas, y todo controlado desde Versalles. La valentía no cuenta mucho últimamente.

Cortot se incorporó para avivar el fuego. A medida que las llamas se reavivaban, los rostros tensos del grupo se vieron más nítidamente.

–Estoy de acuerdo contigo, Armand –dijo Cortot–. Fui soldado una vez, e incluso en ese momento podíamos ver lo que se venía. El poder de la Corona ahora está establecido. Creo que cuando la nobleza vio que el rey era supremo y era inútil resistir, perdió el interés en la religión. No digo que todos fueran así, tú me entiendes, pero sí la gran mayoría. La aristocracia siempre fue laxa, descuidada en su conducta y en la observancia del día de reposo. Y hasta el gran Turenne nos abandonó. Ahora todo lo que nos queda es este edicto manido.

–Quizás es la manera en que Dios nos quiere hacer más conscientes de nuestra dependencia de él –dijo el ministro con delicadeza–. Ciertamente, no tenemos otro refugio. Y en cuanto a los que nos han abandonado, sea Marchall Turenne o este pobre Petitjean, no podemos conocer el corazón. Debemos orar por arrepentimiento y el pronto retorno de Jesús.

Después de sentarse nuevamente, *monsieur* Cortot dijo:

–Quizá debí escuchado a Claude Brousson hace dos años cuando los hermanos de Toulouse querían que ayunásemos y orásemos públicamente un día designado, con o sin ley, con templo o sin templo, con toda humildad, por supuesto. Quería que el rey viera cuántos somos, y se detuviera a pensar antes de llegar demasiado lejos.

–No, hermano –replicó el pastor solemnemente–. Usted sabe que yo me opuse a ese plan. La resistencia simplemente juega a favor de nuestros perseguidores. Es lo que más quiere el clero para convencer a su Majestad de que somos desleales y que nos aliaremos con sus enemigos.

"Dios nos ordena obedecer a nuestros soberanos terrenales, pues fueron investidos por él–continuó–.. En esto las Escrituras son muy claras. Todo lo que tenemos está a disposición del César, salvo nuestras conciencias".

Madame Cortot sacudió una aguja en dirección al pastor:

–Pero, desde luego no podemos permitir que los hombres del rey se lleven todo por lo que hemos trabajado, la herencia de nuestros hijos, sí, ¡y hasta a los niños mismos! ¿Tenemos que huir a tierras extranjeras y criar a nuestros hijos entre extraños, y quizá mendigar pan?

–Se nos dice en Mateo capítulo 10, versículo 23: "Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra" –replicó el pastor en tono reprobatorio–. Aunque no debemos contar como pérdida el dejar todo por causa del Señor, también es cierto que hay ocasiones en las que es mejor quedarse en el lugar y vivir la verdad fielmente.

"Nosotros hemos cambiado, no el Señor –añadió–. Hemos prosperado y acrecentado nuestras posesiones. Todos odian al

hugonote: es rico porque trabaja más y más duro que su vecino católico, cincuenta días más en el año porque no observa los días de los santos. Su vida sobria es un reproche. Se da el lujo de pensar diferente en un ámbito donde un rey desea que sus súbditos se ajusten a todo".

–Nuestros enemigos han estado anunciando desgracias por noventa años –interrumpió su sobrino–. Entonces, ¿por qué tenemos tanto problema ahora?

–Puede ser un cambio en el mismo rey –dijo el pastor, lentamente–. En el pasado ha sido duro con el Papa y puede ser que necesite mostrarse ortodoxo. También ha renunciado a su estilo de vida inmoral y quizá necesite mostrar su piedad siendo duro con los herejes. Estoy seguro de que su confesor le susurra al oído. También está nuestro viejo enemigo, el canciller Le Tellier, padre de Louvois, y últimamente se habla mucho en la corte de esta mujer que, se dice, se ha convertido secretamente en su esposa. Ella era la niñera de sus hijos y se dice que tiene gran influencia sobre él. ¡Y pensar que ella nació siendo protestante!

Hizo una pausa:

–De todos modos, el filósofo inglés Bacon dijo la verdad cuando declaró: "Ningún hombre hace el mal por el mal mismo, sino para conseguir ganancia, o placer, u honor".

El fuego casi se había apagado. Titilaba desparejo y proyectaba sombras irregulares que se perseguían unas a otras por las paredes. Louise se había dormido en la rodilla de su madre, y Louis estaba sentado con los párpados pesados y se bamboleaba cada tanto. Madeleine miraba abstraída el fuego, y Armand pensaba que nunca había visto algo tan bello como el rostro de ella bajo esa luz.

–Puede ser que el pueblo de Dios se esté acercando al punto culminante de su tribulación –concluyó el pastor–. Tenemos que ser firmes en nuestras mentes, listos para aceptar la huida o el calabozo, dondequiera que él nos mande, con mansedumbre y gozo de ser dignos de sufrir por él.

Capítulo 2

En Versalles



Armand de Gandon se despertó sobresaltado. Por un momento desconcertante, tuvo la sensación de estar en el lugar equivocado. Un vistazo rápido alrededor del cuarto desnudo y sin ventanas le hizo recordar todo, y su incomodidad se transformó en entusiasmo. Estaba en uno de los aposentos del Gran Común, el vasto dormitorio de la casa real en Versalles. Ese día debía acompañar a su gran y buen amigo, el duque de Lauzières, a la corte del Gran Monarca.

Era una mañana helada, un resabio del invierno que terminaba. A la luz de un solo trozo de vela, su compañero de cuarto estaba ajustándose la peluca delante de un fragmento de espejo en la pared. A través de los endebles tabiques, un susurro suave como el sonido de un regimiento de ratas revelaba cientos de preparativos de mayor o menor importancia para un nuevo día.

Armand sacó los pies desde la supuesta cama y lanzó un gruñido de consternación al tocar los tablones helados. Temblando de frío, extendió la mano para alcanzar sus pantalones de montar y comenzó a vestirse con cuidado. Su ropa nueva merecía cierto cuidado pues le había costado los ingresos de casi todo un año de su pobre propiedad en el sur. Pero, por otro lado, uno no podría moverse en este medio social a cambio de nada.

Los pantalones de montar y la chaqueta eran de un azul cielo. Montones de cintas adornaban los hombros y las mangas, y había muchos botones. Vestía un *justaucorps*[1] rojizo tan largo como la chaqueta que usaba como chaleco. Este tenía un borde de cinta plateada. La amplia camisa blanca se fruncía en las muñecas. La cha-

[1] Un traje ajustado.

queta se usaba abierta y el chaleco, abotonado. En el cuello llevaba una corbata atada con una cinta, y la abertura de la camisa estaba escondida por un *jabot*[2] de encaje. Los zapatos, no muy cómodos, eran de cuero negro con tacos rojos y forrados. Armand pensaba que los tacos eran más altos y estrechos de lo que la seguridad aconsejaba, pero esos mercaderes parisinos intimidaban al comprador para que no tuviese la audacia de sugerir un modelo más adecuado. Los grandes lazos plateados de los zapatos, y lo almidonado y acampanado de la falda de la chaqueta lo hacían sentir un poco ridículo. Tenía que recordarse a sí mismo que era un cortesano, no un soldado. En una silla desvencijada cercana había un fino sombrero de piel de castor con los bordes doblados hacia arriba en los costados. El sombrero estaba adornado con puntillas plateadas y tenía una pluma de avestruz en el borde. A todo esto había que añadirle medias amarillas, una peluca negra y ondulada (porque no podía pagar una de color claro), una espada en una funda con flecos y un bastón plateado; así estaría listo para enfrentar el mundo cortesano.

El otro joven ya estaba vestido y se dirigía a la puerta:

—Al hotel —dijo y señaló con el pulgar por encima del hombro.

Armand asintió.

Antes de ponerse la corbata y la chaqueta, Armand fue hasta la mesa de luz de la otra cama. Con un dedo probó el agua de la palangana. La llama de los hugonotes había estado ardiendo lentamente dentro de él en los últimos días. Al cabalgar hacia el norte desde Saint-Martin, hacía dos semanas, las perspectivas sombrías de sus amigos protestantes habían pesado mucho en su mente. Hasta había especulado con cierta ansiedad sobre los peligros de su propio rumbo. ¿Perdería la cabeza por las vanidades de la gran ciudad y el ascenso de un duque?

Las personas sofisticadas sabían que era peligroso lavarse con agua. En caso de que uno *tuviera* que lavarse, era más seguro usar vino aguado como hacía el rey.

---

[2] Volante: rizo, pliego o frunce con que se adornan las vestimentas.

Un simple pueblerino llega a la ciudad, se dijo a sí mismo mientras arrojaba el agua picante sobre su cara.

¡Había tantas cosas para aprender! Suspiró. Nunca antes había tenido que preocuparse por estas cuestiones extremas del decoro. Aquí uno nunca se dirigía a alguien simplemente como "señor". Eso era muy burgués. Y debía recordar que en el palacio de Versalles nadie golpeaba la puerta. Había que rascar la puerta con la uña del meñique. Por supuesto, en la puerta de una dama se usaba el llamador una vez, no más. Y si no se equivocaba, debía cortar el extremo pequeño del huevo hervido, no el grande. Francamente, las oportunidades que no lo favorecían eran innumerables.

Al ponerse derecho para ajustarse la corbata, se golpeó la cabeza con una viga del techo inclinado. Para alguien de su altura, los cielorrasos de esos cubículos no eran para nada adecuados. Cuando la comitiva ducal había llegado a Versalles la noche anterior, el duque se había hospedado en casa de un amigo. Pero, incluso una persona influyente como él, no podía satisfacer las necesidades de la mayoría de sus dependientes, y algunos tuvieron que compartir alojamiento a la vuelta de la esquina en una de las cientos de habitaciones del Gran Común. Armand acomodó su peluca nueva, que era un poquitín más larga de lo que estaba acostumbrado y se puso el sombrero. Apagó la vela con un soplido y salió al corredor del cuarto piso, que apestaba a olores de comida barata y a humanidad no higienizada.

Gran parte del flujo de personas que salían de las puertas de entrada del Gran Común llevaban el uniforme de uno de los siete servicios de la casa real o de los siete servicios de la reina, del delfín o de la delfina.[3] Pero algunos eran señores como Armand, que necesitaban alojamiento por una noche y que ahora salían apurados para estar en el despertar ceremonial de sus patrones, de quienes a su vez se esperaba que asistieran al *levée*[4] de su Majestad a las ocho.

[3] Delfín o delfina era el título que se le daba al primogénito o primogénita del rey de Francia.

[4] Despertar, momento en el que una persona se levanta.

Las moscas grandes tienen moscas pequeñas, pensó Armand, *y hete aquí la más nueva de las más pequeñas.* Dobló la esquina del Gran Común, pasó por debajo del edificio rojo de la secretaría y continuó hacia la Plaza de Armas. Luego de una caminata a paso vivo de varios cientos de metros por la Avenida de París, llegó hasta el alojamiento del duque. Eran las seis en punto, y el sol estaba casi despuntando.

Levantarse a la mañana era un momento importante del día para una persona importante. Y cuando el *levée* se llevaba a cabo en un cuarto pequeño como el que había usado el duque para pernoctar, era muy similar a un palco del Palais Royal.

El gran hombre ya estaba fuera de la cama (Armand había llegado un minuto tarde) y estaba sentado cerca de su tocador, rodeado completamente por una apretada nube de sirvientes y aduladores. El fuego ardía lentamente en el hogar y el aire era tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Su Gracia, en una bata de seda a rayas, sorbía té para favorecer su digestión, se quejaba de su reumatismo en una voz alta y nasal, y era el centro de atención de sus criados, todo simultáneamente. Su cabeza calva sobresalía por encima del pañuelo de cuello que usaba para evitar que los ungüentos mancharan su bata, y sus ojos negros y profundos se movían de un lado al otro mientras hablaba. Un criado le aplicaba los cosméticos sobre su rostro ajado y otro le mostraba varias pelucas para que eligiera, entretanto caballeros elegantes bellos y proyectos de caballeros se agolpaban, tan cerca como podían, para solicitar favores, adularlo y lisonjearlo. Si no fuera porque el duque tenía la pierna extendida y apoyada sobre una banqueta debido a su gota, lo habrían aislado totalmente del calor del hogar y lo habrían atosigado por completo.

La llegada tardía de Armand causó una ligera sensación. Normalmente, se requería mucho esfuerzo para abrirse paso a la fuerza y llegar al centro, desde donde se podía observar respetuosamente el cráneo lustroso del eminente personaje. Pero Armand era nuevo y, obviamente, gozaba de mucha aceptación; por lo tan-

to, era detestado por todos los que gravitaban alrededor de este sol ducal. Sus competidores ansiaban ver algún signo de desagrado, y una mueca dirigida a Armand los habría alegrado grandemente. Por eso, lo dejaron llegar al centro sin mucho esfuerzo, hacer sus reverencias, barrer el piso con el sombrero y tocar los tablones con la mano. Sin embargo, el duque no pareció notar nada impropio. Su rostro se arrugó con una sonrisa agradable y, graciosamente, permitió que el recién llegado besara su mano huesuda.

Entonces, su Gracia arrojó una bomba. Mencionó como al pasar que el Señor de Gandon lo acompañaría al *levée* de su Majestad esa mañana para que pudiera rendir honor al soberano personalmente. El séquito quedó sin aliento de envidia y, por un momento, el mismo Armand no pudo hablar. Solo el elevado favoritismo del duque con el rey haría concebible que una persona tan insignificante se presentara en un ambiente tan augusto. Mientras el séquito salía del hotel a la frescura bendita de la mañana primaveral, hasta una persona mucho más torpe que Armand de Gandon se habría dado cuenta de que era profundamente impopular con cualquiera, salvo con el mismo duque.

Los mozos llevaron la silla de manos azul laqueada del duque por la avenida, más allá de los establos reales, atravesaron el primer portón y cruzaron el adoquinado de la Plaza de Armas. El enjambre de servidores los acompañaba a pie, hasta que llegaron a los grandes portones dorados adornados con las armas azules y doradas de Francia. Las cabinas de piedra de los centinelas flanqueaban el portón principal y, encima de ellas, había grupos de mármol que representaban victorias sobre Austria y España. Las estatuas arrojaban un brillo rosado a la luz del sol matinal, y la verja ya había adquirido un brillo dorado. Toda la escena impresionaba al visitante con la inefable riqueza y el poder de Francia: el centro del mundo.

En este lugar, había disponibles sillas de mano en las que se podía llegar con estilo a través del Castillo hasta el vestíbulo del pala-

cio por seis *sous*.[5] Ningún carruaje, salvo los de la realeza, entraba por allí. Armand habría preferido la corta caminata, pero temía avergonzar al duque con alguna pequeña *gaucherie*,[6] por lo que alquiló una silla y dos portadores vestidos de azul para llevarlo a la entrada del castillo.

Del brazo de Armand, el duque se encaminó a través del vestíbulo y los corredores del nuevo palacio, seguido por toda la comitiva. Usando el bastón como puntero, el duque mantenía un flujo constante de comentarios sobre los diferentes sectores por los que pasaban, señalando la habilidad o torpeza de los artistas responsables de la ornamentación. Mencionaba quién había estado alojado en cada habitación, pues en ese lugar atestado de gente era una marca de gran distinción haber dormido en uno de las habitaciones públicas, aun cuando apenas pudiera pernoctar solo hasta temprano en la mañana y luego levantarse rápidamente. Únicamente los más nobles y encumbrados podían conseguir un cubículo sin ventilación en una habitación del piso superior del castillo.

Las multitudes de rostros desconocidos dejaron a Armand en una especie de estupor. No podía asimilar tanto en tan poco tiempo. Se dio cuenta de que no se habían cruzado con ninguna mujer, pues las *levées* de las mujeres comenzaban una hora más tarde.

Luego de varias vueltas, llegaron a una serie de antesalas y algunos del séquito se detuvieron, imposibilitados de aproximarse más a la recámara real. Esperarían la reaparición del duque y los caballeros porque, después de todo, eso era lo máximo a lo que podía aspirar la multitud de oportunistas, o a una *cherche-midis*.[7]

El duque, Armand y los otro nobles entraron en la poco iluminada Recámara del Oeil-de-Boeuf. Al observar a su alrededor cautelosamente, Armand pudo ver por qué la habitación tenía ese nombre: en la parte superior de la pared derecha, cerca del cielo-

[5] *Sou* (sol): moneda que equivalía a 0,05 *livres*.

[6] Torpeza.

[7] Expresión que significa una comida al mediodía y una cama a la noche.

rraso, había una ventana en forma de ojo, de vidrio de diferentes colores, que comenzaba a derramar un suave brillo sobre la multitud que estaba abajo. Las miradas eran atraídas hacia arriba, más allá de la ornamentación de estuco dorado en las cornisas, hasta el cielorraso blanco abovedado. Había puertas doradas y ricamente talladas que llevaban, por un lado, a la recámara real y, por otro, a la Gran Galería. Apiñados en la habitación estaban los grandes de Francia, ataviados de todos los colores del arco iris, con las telas más costosas que podían conseguir los sastres del centro mundial de la moda. Anillos adornados con joyas, botones y empuñaduras de espadas añadían puntos brillantes de luz a la sinfonía de sedas y rasos coloridos.

Aunque no era especialmente sensible ni tímido, Armand tragó saliva con aprehensión repentina. Se sentía embargado por una sensación de insignificancia y atrevimiento por verse como un intruso. A su alrededor había nobles, generales, mariscales, poseedores de los títulos más antiguos y prominentes del país: hombres arrogantes, algunos de los cuales podían rastrear su linaje siglos antes de que la propia Casa de Borbón del rey hubiera llegado de las montañas del sur. Sin embargo, habría sido impensable para ellos no estar presentes en el despertar del monarca. En toda Francia, el suave rocío de favores y ascensos provenía de esta única fuente. Dado que brillaba un único sol, el hecho de que un noble no luchara para ubicarse bajo esos rayos beneficiosos era resignarse a la oscuridad. Hasta los nobles más importantes se extenuaban en esta asistencia constante y en la rivalidad mortal que esto implicaba. ¡Qué aburrida, cuán estéril era la vida en la finca propia! Se esperaba que hasta la nobleza menos importante se mostrara por allí. No estar cerca, no ser visto por el rey en cada ocasión posible, cada día, podía llevar al rechazo más demoledor: "Nunca lo veo".

Pocos parecen estar corriendo ese riesgo esta mañana, pensó Armand y, como aturdido, sostenía al duque mientras circulaban por en medio de la multitud, intercambiando cortesías con amigos y enemigos.

Al medida que se acercaban las ocho, la tensión en la habitación aumentó y el zumbido de las conversaciones pasó a tener un tono más agudo. El relojero real estaba en el dormitorio para dar cuerda al reloj real, el fabricante de pelucas estaba allí para dejar una selección de pelucas para comenzar el día y los leñadores reales estaban encendiendo un fuego real, un asunto de relativa poca importancia para un rey que siempre dormía tapado con mantas hasta la cadera, invierno y verano. Estas formalidades eran conocidas en todo el mundo, y se decía que con solo mirar el reloj en cualquier parte de Francia se sabía qué estaba haciendo Luis XIV en un cualquier momento.

Ahora la emoción era más intensa. Se le estaba informando al rey que eran las ocho en punto, suponiendo que había dormido durante los preparativos. La multitud de la antesala se balanceaba suavemente como pastos altos movidos por una brisa leve. Los dignatarios más importantes se reunieron en la puerta, entre ellos el duque, orgulloso por el privilegio exclusivo de la *grande entrée*.[8] Armand se quedó atrás, en la zona de los mortales menos importantes que adolecían de alcurnia, función o favor.

Unos momentos más tarde se le permitió ingresar al resto de la nobleza de la corte, luego de dar sus nombres al portero. Mientras entraban en el cuarto mal ventilado, el rey se estaba poniendo los pantalones de montar, una proeza que realizaba con la pericia y la gracia de quien había estado haciéndolo en público por décadas. Cuando llegó el momento de la camisa, el Primer Ayuda de Cámara se la alcanzó a la persona de mayor edad presente, que resultó ser el duque de Lauzières. Delante de los ojos envidiosos y asombrados de sus pares, el viejo hombre le alcanzó la camisa al rey.

Armand se quedó parado debajo de la balaustrada tallada y dorada, presa de poderosas emociones. ¡Estar tan cerca del rey! Una vez, anteriormente, ya había visto al rey. Había sido durante una revista a las tropas, y se había emocionado con orgullo cuando el regimiento pasaba marchando, mientras el rey y los cortesanos

[8] Entrada real, magnífica.

observaban desde un montículo. Armand había marchado detrás de la bandera y enfrente de las filas, con la espada desenvainada en su mano para el saludo. Habría querido ver al soberano en aquella ocasión, pero el coronel-duque les había ordenado desviar levemente la mirada del rey Sol, como si su gloria hiriera sus ojos. (El duque era astuto en esos toques de tacto, incluso más que en el campo de batalla.) ¡Ahora Armand estaba a menos de cinco metros del rey más grande de la Tierra, la personificación de Francia!

Entre tanto que observaba boquiabierto y con solemne orgullo, el cortejo continuaba mientras cada uno de los actores representaba con habilidad su papel habitual. Sin embargo, ninguno era tan versado en las tablas como el rey mismo. Cada uno de sus 165 centímetros sumaba al efecto de dignidad y gracia superlativas. La nobleza, los competidores tradicionales de la Corona, era ahora completamente suya. Ellos no tenían ningún poder; pero ahora se sentían recompensados con la cercanía al trono: el derecho a sostener la camisa real y ser los primeros en saludar a su Majestad en la mañana. Ansiaban la palabra casual y trivial que los elevaría por sobre sus pares, repararía sus fortunas o les haría ganar tiempo adicional con sus acreedores.

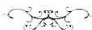
Este no era el día en que el rey se afeitaba o se lavaba la cara y las manos. Sí mencionó enfáticamente que se acercaba la Cuaresma y que le caería muy a mal si se enteraba de que algún cortesano comía carne en esos días sagrados, a menos que fuera muy anciano o tuviera un certificado médico.

Cuando terminó de vestirse, la conversación se centró, como siempre, en la caza. Esto dio a Armand la oportunidad de estudiar la magnificencia del dormitorio: las puerta blancas y doradas, las chimeneas de mármol azulado en cada extremo, y los enormes espejos con marcos esculpidos y dorados. Las cornisas también eran doradas, con el escudo de armas de Francia y el sello del monarca. La pared oeste era de terciopelo carmesí. Debajo de una caseta dorada, en un estrado, estaba la cama del rey. De cada esquina del

dosel surgían plumas blancas. Por las ventanas, más allá del parque, se podía ver la Avenida de París iluminada.

El rey terminó su copa de hipocrás[9] y comenzó sus oraciones. Mientras se arrodillaba en el *prie-dieu*[10] al lado de su cama, los eclesiásticos presentes también cayeron sobre sus rodillas y los laicos permanecieron de pie con las cabezas descubiertas. Luego, el monarca se levantó, saludó al grupo de personas cortésmente y se retiró a una cámara interna, mientras sus predilectos especiales salían corriendo detrás de él como un rabo desmembrado. Las personas comunes salieron de la habitación para esperar la misa de las nueve en la capilla transitoria.

A medida que la mente de Armand comenzaba a recuperarse, descubrió que su conciencia hugonota estaba aún viva, aunque débil. Sabía que se esperaba que él se uniera al duque para la misa. Sin embargo, pensar concentradamente produjo un buen resultado y se consoló a sí mismo con un hecho precedente: ¿Acaso Naamán no había sostenido el brazo del rey de Siria en el templo de Rimmón?



Era jueves, así que el rey daba audiencias privadas. (Acostumbraba reunirse con su consejo tres mañanas a la semana y con su confesor los viernes). Armand estaba comenzando a descubrir que las tareas de la corte requerían pasar mucho tiempo de pie. Trató de cambiar el peso de su cuerpo de una pierna a la otra sin que fuera muy evidente. O el piso de mármol era maravillosamente duro o sus tacos altos lo estaban traicionando. Sentarse era impensable para la muchedumbre común, pero permanecían afuera de los aposentos reales chismorreando; criticando; hablando interminablemente sobre caza, modas y todo tipo de asuntos superfluos; mirando calculadoramente a todos los que entraban o salían de

[9] Bebida hecha a base de vino, canela, azúcar y otros ingredientes.

[10] Plataforma especialmente destinada para arrodillarse a orar.

la Presencia, estimando la posición de los favoritos al milímetro y olfateando hasta el mínimo cambio en la dirección del viento.

Armand no había comido y la cabeza le estaba empezando a doler tanto como sus pies. *Qué parecido a un gallinero con los pollos picoteándose unos a otros,* pensó.

También se sorprendió en la capilla. Podía recordar los servicios hugonotes de su infancia y, salvo por un par de veces que dos nobles habían peleado sobre la precedencia en las bancas, la dignidad y el decoro habían sido notables. Aquí en Versalles, los adoradores (usando el término muy libremente) venían para ser vistos por el rey, a quien parecía no importarle si conversaban, flirteaban o contaban cuentos indecentes durante el servicio.

Con frecuencia, los intercambios floridos con cortesanos que pasaban interrumpían los pensamientos de Armand. Se puso colorado de vergüenza. *En Saint-Martin,* pensó con amargura mientras cambiaba nuevamente el peso de su cuerpo de un pie al otro, *parezco un hombre de mundo, un modelo de elegancia y refinamiento; sí, incluso sospecho que las doncellas voltean para mirarme. Y aquí, sin duda, tengo el estatus de un oso bailarín en una feria de campo. No es que no haya conocido muchos esnobs aristocráticos en el ejército. Pero, para triunfar aquí, uno debe ser duro como el vidrio, y saber cuándo permanecer callado, cuándo ser osado, cuándo buscar la invisibilidad contra la pared y cuándo dejar a un amigo. También, hay que cultivar el no perder detalle, y un instinto para saber lo que el rey está por hacer y cómo ser visto por él cuando lo haga. Me gustaría estar fuera de todo esto.*

Armand estaba diciendo esto para sus adentros cuando, de pronto, todo cambió. Un caballero guapísimo, vestido con sedas rosadas y una peluca empolvada, anunció la audiencia del duque de Lauzières. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, Armand estaba del brazo del duque, entrando ante la presencia del rey.

Luis XIV estaba sentado en una silla de respaldo alto frente a una mesa llena de papeles. Tenía buenas piernas, y estaban cruzadas

das para que se vieran de la mejor manera posible. Su Majestad saludó a ambos paternalmente. Era media cabeza más bajo, pero la mirada calma de sus ojos grises verdosos y la innegable majestad de su proceder hacían que uno olvidara su tamaño físico, el labio protuberante y las cicatrices de viruela. He aquí un rey que había representado su papel por tanto tiempo, que ya no era consciente de estar actuando cuando aseguraba ser el lugarteniente de Dios en la Tierra.

Aunque su Majestad se veía muy elegante, su vestimenta era más simple que la de la mayoría de sus cortesanos. Vestía su marrón favorito. La cinta azul de la Orden del Espíritu Santo cruzaba su chaleco largo y bordado. No usaba joyas salvo por las piedras en las ligas y las hebillas en los zapatos, pero su *peruke*[11] era enorme.

El duque presentó al joven soldado y se explayó en la proeza de seis años atrás, la cual pretendía que el rey recordara. Con tacto, evitó cualquier mención sobre los antecedentes hugonotes del mayor.

El rey respondió muy bondadosamente y pareció complacido con la confusión de Armand, una reacción que le gustaba en quienes veían a su rey por primera vez. Antes de que Armand pudiera darse cuenta, se encontró discutiendo la controversia actual sobre si las lanzas aún debían llevarse en la infantería.

–Louvois está a favor de mantener a los lanceros además de a los mosqueteros –observó el rey.

–Louvois es un...

El mayor se puso colorado y deseó hundirse entre las baldosas. Pero el rey sonrió.

–Hay momentos en los que me inclino a estar de acuerdo contigo, aunque él es uno de mis servidores más capaces. Pero, te ruego que continúes.

–Perdóneme, su Majestad. Lo que yo debí haber dicho es que lo primero que un lancero hace en cualquier campo de batalla es arrojar su lanza y procurarse un mosquete. Si toda nuestra infante-

[11] Peluca.

ría fuera experta en usar el mosquete, no tendríamos necesidad de lanzas. Me temo que el ministro de Guerra no tiene la experiencia de campo para verlo como lo hacen los oficiales de menor rango.

El rey pareció interesado, y la confianza de Armand comenzó a volver.

La audiencia concluyó con una conversación sobre uniformes.

–Si todas las filas pudieran usar uniformes, se haría un mejor servicio a su Majestad, pues eliminaría al desertor y al *passe volant*[12] casi de un solo golpe, y evitaría algunos errores lamentables en combate.

El rey objetó el costo de los uniformes y, antes de que pudiera darse cuenta, el mayor estaba discutiendo otra vez con él. El rey pareció disfrutarlo y tomó de buen humor la diferencia de opiniones pues las hacía con la apropiada sumisión.

¡Qué comprensión de los detalles! ¡Qué comportamiento amable!, pensó Armand muy impresionado. *No es el ogro que temen los hugonotes. ¿Cómo puede un rey así ser tan duro con su pueblo? Si tan solo pudieran llegar a él...*

–Nos has servido bien –estaba diciendo el rey– y tu carrera promete ser brillante. Eres afortunado de tener la amistad del duque.

Inclinó la cabeza para terminar la audiencia.

–Vivo para servirle, su Majestad –murmuró Armand.

Luego él y el duque se retiraron de la presencia del rey.

Mientras salían a la antesala, Armand notó un cambio en la atmósfera.

–¡Aquí hay alguien en camino ascendente! –susurraron los perspicaces.

Mientras seguía al duque a través de la multitud, parecía que los señores y las damas por igual querían ser sus amigos. Era realmente sorprendente lo que podía hacer un cuarto de hora, pensó maliciosamente.

---

[12] Un civil reclutado temporalmente para que un oficial pudiera presentar un mayor número de soldados de los que en realidad comandaba, y así solicitar fraudulentamente más dinero al rey para el mantenimiento de ellos.



Al crepúsculo, Armand estaba bajo los castaños en los jardines de Versalles, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Escuchaba con un solo oído mientras el duque, sentado en un banco de piedra, describía la construcción del castillo a partir de un abandonado albergue de caza de Luis XIII hasta convertirse en la magnificencia actual. Estaban en un sendero del costado cerca del Allé d'Eté. En las proximidades, la diosa Flora estaba recostada en una jofaina con cupidos alados. Una hilera de estatuas silenciosas se desparramaban en leve declive hasta una fuente más grande, donde Apolo estaba sentado en un trono sobre un carruaje de cuatro caballos. Detrás estaba el Gran Canal, donde la decreciente luz brillaba con rojos destellos en la superficie tranquila. Pocos de los mil cuatrocientos chorros estaban prendidos pues el agua era aún un problema en esa planicie árida, y los trabajos para traer el Río Euro hasta los jardines del rey todavía no se habían completado.

Los senderos de grava molestaban con los zapatos de vestir y era con gratitud que uno encontraba bancos entre las plantaciones. El duque estaba haciendo algunas suposiciones no muy halagadoras sobre los contratistas y adivinando los costos totales de construcción, pero Armand estaba reviviendo los puntos importantes del día. Había sido impresionado, por ejemplo, por el *diner en public*[13] del rey y se preguntaba si el monarca alguna vez había disfrutado de una comida caliente, teniendo en cuenta la ruta que debía seguir la comida desde otro edificio y la espera hasta que probaran los platos.

También recordó la revista de los guardias franceses y suizos en el patio del castillo, justo bajo el dormitorio del rey. Envidió especialmente a los Socorristas quienes, vestidos de escarlata y azul, estaban acompañados por trompetistas y precedidos por su eje-

[13] Cena degustada en público.

cutante de címbalo negro, vestido esplendorosamente como un sultán turco. Estos eran una unidad de élite, en la cual hasta los soldados rasos provenían de familias nobles. Luego de observar sus maniobras, se prometió a sí mismo con pesar que había algo en lo que debía trabajar cuando regresara a su regimiento.

El duque seguía chismorreando. Hablaba tanto que no parecía importarle si sus oyentes estaban siempre con él.

–¡Nunca estés parado cuando puedas sentarte, mi muchacho! –cacareó alegremente–. Ahora tienes piernas jóvenes y fuertes, pero se desgastarán rápidamente en estos pisos de mármol. ¡Siéntate, siéntate!

Armand se sentó.

La luz se apagaba rápidamente. Estaba demasiado oscuro para ver las decoloraciones en el traje de raso rojizo. Su lazo de seda azul del Espíritu Santo ahora parecía blanco en la penumbra. El aroma de las flores era pesado. Al rey le gustaban las variedades más potentes y también le gustaba que fueran renovadas con frecuencia.

–¿Qué te parece Versalles ahora? –inquirió el anciano, mirando con ojos entrecerrados al joven oficial.

–Es algo abrumador para quien está acostumbrado al campamento o al campo, mi señor. Hay mucho para aprender, pero es un gran privilegio estar aquí y ver la magnificencia de la que habla todo el mundo.

–Es verdad, pero no te traje aquí afuera para escuchar los pájaros o para admirar las estatuas.

Armand se volvió para mirarlo, un tanto sorprendido.

–Te tengo en vista desde hace mucho tiempo, mayor. De hecho, desde aquella ocasión hace seis años cuando te destacaste en el campo de batalla –afirmó el duque.

Armand bajó la mirada con modestia.

–He tenido la impresión de que tus ascensos han sido muy justificados. Siempre me he sentido satisfecho de haberlos recomendado.

El duque apuntó con su bastón en dirección al castillo.

–Ahora el rey, como tú sabes, está formando veintisiete nuevos regimientos de infantería. Por qué en este momento en que el mundo está en paz, no lo sé, pero uno puede adivinar.

Guiñó un ojo con complicidad, y su rostro se llenó de cientos de arrugas. Luego, se inclinó hacia adelante y bajó la voz, aunque sonó estridentemente por encima del ruido del agua.

–Por el momento, me complace seguir como coronel de mi propio regimiento, pero es mi intención arreglar que seas coronel de uno de los nuevos regimientos, si piensas que te interesa. El rey estará de acuerdo, no tengo menor duda al respecto, aunque el nombramiento pueda llevar un tiempo todavía.

Armand no escuchó las últimas palabras. Su mente daba vueltas y le alegraba estar sentado. ¿Un regimiento a su disposición? No podía hablar. El duque lo miraba con intriga, aparentemente disfrutando del efecto de sus palabras. Por una oportunidad así, centenares de la nobleza empeñarían sus posesiones y las de sus familias, y acudirían a la corte. Pocos habían sido tan afortunados alguna vez. Esa misma mañana, Armand había escuchado que el marqués de Sayecourt había pagado cuarenta y dos mil *livres* por el regimiento de Vermandois. Un regimiento realmente bueno, como uno de los suizos, podía andar en los sesenta mil. ¡Armand nunca ganaría esa cantidad en toda su vida, aun sumando lo que obtenía de su propiedad y su salario de oficial! Tartamudeando, expresó su gratitud y protestó, expresando su indignidad para el puesto.

–¡Tonterías! –exclamó el duque–. Yo sé lo que estoy haciendo. Podemos hablar de esto más adelante, pero creí que debías saber lo que se avecina. Si lo que te preocupa es mi familia, por favor, quédate tranquilo. Esos profanadores de tumbas apenas pueden esperar a que yo sea arrojado en una fosa, pero nosotros, los Robillart, somos duros. A los setenta y uno, ¡soy todavía un muchacho! Todavía voy a reírme de ellos, en más sentidos de los que sospechan.

Guiñó el ojo a un atontado Armand.

–¿Hacer coronel a uno de ellos? ¡Cobardes serviles y ladrones sutiles! ¡Tienen las mismas virtudes marciales que un gorgojo den-

tro de un bizcocho! Cien años atrás habría sido un placer para mí colgarlos a todos, pero estos son tiempos degenerados y los *seigneurs*[14] ya no gozan de los poderes a los que tienen derecho.

–Pero, señor, usted es demasiado amable...

–¿Qué ibas a decir? No te molestes. No me gusta que me discutan.

La boca de Armand se cerró impotente.

–¿Estarías más interesado si tuvieras un poco más de dinero en tu bolsillo para vivir con estilo? –preguntó el duque.

El joven mayor pensó con cierto aturdimiento en los cansadores años pasados y los muchos que le esperaban como un oficial de carrera con cuatro *louis d'or*[15] al mes. Siempre había asumido que, por el resto de su vida, tendría que hacer el trabajo mientras los holgazanes con título y con comisiones compradas se llevaban el crédito y las promociones. Recordó los amargos desaires e insultos, cómo lo habían ofendido su arrogancia, su ignorancia, el caracoleo de sus caballos, sus vinos, su plata y sus ropas finas. Pensó en los oficiales jóvenes que quebraban y luego se convertían en ladrones para vivir al nivel de su extravagancia. Él mismo hacía mucho que había dado la espalda a la magnificencia competitiva al tragarse su orgullo o, mejor dicho, haciendo una cuestión de orgullo el vivir con su salario. Y, por supuesto, por esa mezquindad se sufría el ridículo con más dolor. Bueno, todo eso podía quedar atrás ahora.

–Mi señor, ¿qué *puedo* decir? ¡Es como un cuento de hadas!

–Bueno; entonces, coronel –respondió el duque, leyendo su respuesta en el rostro extasiado del hombre más joven–, no hablemos más aquí. Ya casi es hora del *appartement*.[16]

Se puso de pie con dificultad y tomó el brazo de Armand.

–Desde los buenos días del divino Athenais, los asuntos se tratan más sobriamente en la corte, pero igual pienso que tendrás suficiente interés para regalarte una velada agradable. ¡La culpa es de la sombría Madame de Maintenon! Ha quien ha asustado

[14] Señores feudales.

[15] Luis de oro: moneda que equivalía a 24 *livres*.

[16] Entretenimiento desarrollado en la corte.

tanto a nuestro pobre rey sobre su alma que, si esto sigue así, me temo que Versalles se convertirá en un convento.

Los dos hombres caminaron lentamente de vuelta a la terraza del castillo.

–Su Majestad estaba encantado contigo esta mañana, y haríamos bien en que conserve esa opinión. Tu *gaffe*[17] sobre Louvois fue una genialidad absoluta. Este gran ministro es indispensable para el buen rey Luis, pero es difícil congeniar con él –un maleducado hosco– y, últimamente, ha alborotado el temperamento real. Un cortesano experimentado no podría haberte superado en tu comentario agudo: dicho en el momento justo, y pareció muy sincero.

El duque se rió del desconcierto de Armand.

–Oh, yo sé que no fue a propósito. Por eso fue un éxito. Ahora, una de las maneras de mantener a nuestro amo real bien dispuesto hacia nosotros es estar presente en los *appartements*. Tiene el raro don de caminar por esas reuniones y saber de un vistazo quien no está presente. Yo preferiría estar en París esta noche, pero a nuestro gracioso señor no le importa mucho su ciudad capital, y habrá preguntas sobre aquellos que se escabullan para entretenerse en otro lado. Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que me quedaré aquí; probablemente me moriré de aburrimiento, pero estaré visible.



Las ligeras y graciosas melodías de la orquesta de Lulli fluían a través de las altas ventanas del castillo mientras el soldado y el duque subían a la amplia terraza. Como al anciano le faltaba un poco el aliento, hicieron una pausa por un momento. Estaba oscuro ahora y habían aparecido las estrellas más luminosas. Las fuentes estaban funcionando, el agua brillaba bajo el resplandor que salía de las ventanas y el reflejo de las luces producía sombras suaves en las paredes del palacio. Las parejas paseaban en la terraza y fragmentos de risas se mezclaban con la música. Una joya

[17] "Metida de pata".

en la vestimenta de alguien brillaba de tanto en tanto. La noche perfumada era encanto puro.

Este castillo de ensueño no era más espléndido que las posibilidades que se abrían frente a él, pensó Armand. Un cortesano, altamente favorecido, con un patrocinador poderoso... ¿A dónde llevaría esto? ¿A un título? ¿Un bastón de mariscal? ¿Qué quiso decir el duque? Él no tenía hijos ahora: su hijo había muerto en Alemania[18], en la batalla que había sido tan beneficiosa para Armand. Sus pensamientos eran embriagadores.

Armand alzó la vista a las estrellas brillantes y un repentino acceso de culpa lo preocupó. ¿Cómo afectaría esto a su religión? La verdad era que nunca le había dado mucha importancia en el pasado. Como soldado había manejado cierta flexibilidad de conciencia. ¿Por qué no podría manejarse en la corte de la misma manera? Nadie le había pedido que apostatara.

El duque se volvió desde la terraza hacia el Salón de Venus y la Pequeña Galería. Un obispo corpulento, con la distinción de un emperador romano, se acercó a ambos al pie de la Escalera del Embajador. Luego de las presentaciones, el duque apoyó su mano en la manga del hombre de la iglesia en lugar de hacerlo en la de Armand.

–Anda y diviértete, hijo mío –dijo con ligereza–. Su Grandeza y yo tenemos algo que arreglar, un asunto de cien *louis* que le gané en el *picquet*[19] el verano pasado. Él piensa que puede hacer algo al respecto ahora, y es de buena educación que le dé la oportunidad.

Saludó a Armand con su bastón.

–Gane o pierda, la maldición terminará esta noche.

Rió con un sonido desagradable, y él y el obispo se fueron a jugar.

Armand se quedó un rato de pie admirando la escalera. Luego, miró hacia arriba, la bóveda de mármol que llegaba hasta el techo

---

[18] Región diferente de la actual Alemania, cuyos emperadores pertenecían a la Casa de Habsburgo. Formaba parte del Imperio Greco-Romano, cuya religión era el catolicismo. Sin embargo, luego de la Reforma, el luteranismo pasó a ser la religión predominante.

[19] Juego de cartas.

del castillo y el soberbio rellano con la fuente encendida en su hornacina[20] y, por encima, el busto blanco del rey en su hornacina. De cada lado salían más escalones del descanso de la escalera. Arriba de las balaustradas, la corte podía observar hacia abajo, a los simples extranjeros ascendiendo la parte inferior de la escalera para rendir sumisión al rey Sol, que los aguardaba en el rellano. De la pared colgaban tapices de las victorias del rey. El cielorraso estaba repleto con artes, ciencias y virtudes personificadas.

Mientras deambulaba por los pisos llenos de gente, se sintió casi sofocado por la magnificencia que había a su alrededor. El Salón de Venus era de mosaicos de mármol. La diosa reinaba en el cielorraso. Estaba pintada mientras la coronaban las Gracias, y ella tenía la sorprendente compañía de Augusto, Nabucodonosor, Alejandro y Ciro. La tapicería y los muebles eran espléndidos, en verde y dorado. Sirvientes de librea apilaban pirámides de frutas, flores y confituras en mesas de plata. Iluminaban la escena candelabros de ocho brazos, de cristal recortado y plata.

Armand pasó por el magnífico Salón de Diana y su decoración en carmesí y dorado, y se dirigió al salón de baile, el Salón de Marte, con una tribuna de mármol en lo alto, a la izquierda, para los músicos. El dios de las batallas manejaba su carro tirado por lobos a través del cielorraso, escoltado por César, Ciro, Marco Aurelio y Constantino. Del techo colgaban dos enormes candelabros de plata y cristal. También brillaba la plata en las mesas puestas entre las ventanas, en canastas de flores, candelabros y poncheras. La tapicería era de terciopelo verde con bordes dorados.

Esa noche, los jugadores de cartas eran los dueños del recinto. Lacayos de librea azul atendían los mostradores y llevaban cuenta de los puntajes. El estruendo era espantoso. Por sobre el sonido de la conversación normal, se elevaban voces enojadas y excitadas. Este era uno de los lugares en donde a un cortesano se le permitía sentarse, pero Armand resistió la tentación por un exceso de escrúpulos y un déficit de efectivo. Divisó al duque y al obispo

[20] Hueco en forma de arco.

concentrados en su juego. Este último estaba perdiendo otra vez. Su cara estaba roja y transpirada, y su lenguaje era lo bastante contundente como para hacer detener hasta a un mayor de infantería.

Armand pasó por dos hermosos recintos más y luego a través de un gran arco que llevaba al espectáculo más noble de todos: la Gran Galería. Las llamas de cuatro mil velas se reflejaban en diecinueve espejos altos, dispuestos entre las ventanas. El vestíbulo se extendía a lo largo de setenta y tres metros. Lebrun había dedicado cuatro años de trabajo solo al cielorraso para la gloria del Gran Monarca. Las treinta alegorías del joven Luis XIV eran apenas visibles debido a su altura. El impresionado soldado las observó a través de una neblina dorada de esplendor y humo de vela por partes iguales.

Armand se quedó arraigado en el lugar. En la tenue luz, la Gran Galería era un vestíbulo de sombras luminosas, de cosas que se divisaban a medias, de géneros y mármoles mezclados suavemente. Las alfombras de Savonnierie bajo sus pies se sentían más de lo que se veían. Percibía la impactante presencia de la plata reluciente, una imagen borrosa de las mesas, las tinas llenas de naranjas y los candelabros. No pudo determinar si esto era causado por el lustre del cristal, las cortinas de damasco blanco con el sello real en dorado o los cortinados en verde y dorado. A su alrededor circulaban cientos de cortesanos. La opulencia de sus vestidos de géneros iridiscentes y cintas metálicas se veía suavizada por el efecto del candelabro. Rostros pálidos y hombros blancos brillaban en perfección insólita. Los oídos de Armand estaban repletos de murmullos de cientos de voces, del crujir de las sedas y de fragmentos de música distante. Se quedó sin palabras con orgullo y sorpresa, contemplando esta morada de semidioses.

Al avanzar lentamente por entre la multitud, divisó el centro de toda la adoración. Mientras hacía su ingreso majestuoso, Luis XIV sonreía graciosamente a uno e inclinaba cortésmente su oído para escuchar a otro, dejando ondas de alegría o desilusión a su paso. Pero nunca negaba o asentía en el momento. "Ya lo veré",

murmuraba de la manera majestuosa o caballerosa que le era característica. El capitán de la guardia lo acompañaba, siempre a espaldas del rey, sus ojos mirando de un lado al otro.

Como era alto y apuesto, aunque con un bronceado fuera de moda, Armand no pasaba desapercibido. El vergonzoso mayor fue acaparado por una rubia vestida en seda carmesí. Su pelo estaba bien empolvado y usaba sus lunares ornamentales en un estilo llamado "besos". Utilizaba sus ojos enormes y azules para impresionarlo, pero sus encantos, naturales o artificiales, no lograban quebrar su reserva.

Ella había añadido quince centímetros a su corta estatura con un *fontange*[21] alto, adornado con cintas y hermoseado con volados, aunque la parte de arriba casi no podía verse. Conversaba constantemente, y lo mantenía ocupado yendo y viniendo del Salón de Venus para buscarle dulces y frutas glaseadas, que había a montones, y también realizaba para ella escapadas a la ponchera. Pero ella captó su atención solo una vez y fue cuando él pisó la cola de su vestido. Por lo demás, para su gusto, tenía un exceso de conversación y de marcas de viruela.

Mi querida candidata Condesa Como-sea-que-te-llames, dijo para sus adentros, mientras regresaba de la mesa una vez más, *con mis ingresos no podría mantenerte vestida de encaje*. Luego recordó que su fortuna estaba en aumento y se dio cuenta de al menos uno de los problemas que la fortuna podría traerle.

La rubia se habría sentido más desanimada si se hubiera dado cuenta de que su objetivo taciturno la estaba comparando con una morena alta que nunca había estado cerca de Versalles. *Si tan solo Madeleine estuviera aquí*, meditó, escuchando el sonido de la conversación sin prestar atención. ¿Qué pensaría ella de ese lugar maravilloso y de su buena suerte? ¿Cómo se vería con un vestido de cortesana, con *fontanges* altos y un *manteau*?[22] Sus magníficas facciones, ¡cómo lucirían a la luz de las velas en el Corredor de

[21] Peinado que estaba de moda en esa época. Consistía en levantar el cabello en una elaborada construcción con cintas y rizos.

[22] Traje.

los Espejos! *Se vería como una verdadera reina*, se dijo a sí mismo. ¡Cómo sobrepasaría a la difunta reina de Francia: María Teresa, descolorida, regordeta y de dientes salientes!

La cena era a las diez y allí Armand perdió a la rubia, desconcertada pero lista para intentarlo de nuevo al día siguiente. El rey devoró otra comida abundante, comiendo silenciosamente *au grande couvert*[23] ante los ojos devotos de la corte. Como no se sentía muy bien, solo comió tres tazones de sopa, un faisán entero, una perdiz entera, algo de cordero con ajo, una rebanada de jamón, una ensalada, algunas frutas, huevos duros y pasteles.

Posteriormente, Luis se retiró a su dormitorio donde, apoyándose en la balaustrada delante de su cama, recibió las reverencias de las damas. Luego hizo una inclinación de cabeza, le dio el santo y seña al capitán de la guardia y se retiró a sus aposentos privados para estar con su familia. Las puertas quedaron abiertas; los cortesanos congregados para el *coucher*[24] estaban parados en la habitación de los perros y miraban al rey y a su hermano sentados en sillones, las damas en taburetes y el Delfín de pie.

Luego de una larga hora de esto, durante la cual Armand casi se quedó dormido de pie, se unió a los cortesanos congregados y expectantes en el dormitorio para el *grand coucher*. El rey dijo sus oraciones ante una gran cantidad de miradas y eligió un cortesano distinguido para tener el honor de tomar la vela de manos del primer *valet de chambre*.[25] Cuando su Majestad terminó de desvestirse, despidió a la corte con otra reverencia. Armand abandonó la habitación junto con la mayoría y esperó en el Oeil-de-Boeuf a los grandes, quienes tenían el honor de estar en el *petit coucher*. Finalmente, el soberano estuvo bajo el cubrecamas y solo, a excepción de su *valet* (quien dormiría detrás de la balaustrada en una cama de campamento) y un bocadillo de medianoche puesto para él en una mesa de luz: tres panecillos, dos botellas de vino, agua y tres platos fríos.

[23] Pública y ceremoniosamente.

[24] Retiro. Hora de ir a descansar. *Grand*: principal. *Petit*: pequeño.

[25] Ayudante de cámara.

Armand no recordaba mucho del *coucher* del duque. Para cuando llegó ese momento, estaba más muerto que vivo, pero de alguna manera metieron al anciano en la cama y Armand se dirigió rengueando al Gran Común, mientras su mente todavía daba vueltas con los eventos impresionantes del día. Tenía los pies en llamas y los ojos irritados.

A la una y media de la mañana llegó a la cima de las escaleras crujientes y abrió la puerta de su buhardilla. La habitación estaba sofocante y asfixiante. El camastro estaba duro al igual que el caballete que lo sostenía. Tendría que levantarse nuevamente a las seis, pero estaba demasiado cansado y feliz como para que eso le importara. Se durmió casi de inmediato.



Cuando los abogados de Versalles redactaron el edicto que prohibía los cultos de los hugonotes, pasaron por alto el *picnic*. La congregación de la ex iglesia de Saint-Martin se reunió junto con su pastor en el recodo de una colina, a más o menos un kilómetro y medio del pueblo. El pastor pidió al Señor la bendición del almuerzo. Seguramente, nadie podía objetar eso. Aunque, si alguien hacía problemas por nimiedades, era cierto que la oración era sospechosamente parecida a un sermón, tanto en el tono como en la duración.

Cuando el pastor Merson terminó, el grupo comenzó a separarse en grupos menores. Los hombres de más edad se reunieron para hablar en grupitos, mientras las mujeres casadas y las jóvenes solteras comenzaban a preparar la comida.

–Espero que el Señor no esté enojado por nuestra forma de adoración –dijo uno de los hombres de más edad con bigotes antiguos y caídos.

–Yo no estoy preocupado especialmente por el Señor –dijo Cortot, protegiéndose los ojos del sol con la mano mientras escudriñaba los límites de la colina.

–Estoy seguro de que él entiende bien nuestra situación; pero no dudo de que esos canallas que están más allá del portón nos están vigilando bien.

–Espero que el observar los vuelva buenos y también les dé hambre –dijo una joven regordeta, en tono lastimoso.

–¡Nubes! –exclamó el pastor mirando hacia arriba–. Solo algunas por ahora. Espero que no llueva. Todo un día libres de nuestras vejaciones nos haría muy bien.

–Entonces debería haberlo mencionado en su oración –dijo el joven Alexandre Cortot en voz baja–. ¡No se privó de mencionar nada más en su oración!

Madeleine, que estaba parada cerca, pellizcó a su hermano menor en una oreja.

–Cuide su lengua, caballero –dijo bruscamente, y le lanzó una mirada fulminante.

Alexandre había estado cerca de Madeleine y Mathieu como tratando de decidir si ir a jugar con los otros chicos, o quedarse allí y fastidiar a su hermana y su prometido. El muchacho había sido uno de los alumnos de "El Sombrío", y había recibido la disciplina y los azotes que hacen que un aula de clases se mueva sin fricciones. Sin duda, le habría gustado tomarse un poco de revancha. Pero, algo en el estado de ánimo de Madeleine debe de haberlo ayudado a decidirse, pues eligió ir a jugar.

–Parece que eso lo puso en su lugar –declaró Madeleine con satisfacción. Con una mano luchó con la brisa para controlar los mechones de pelo que trataban de salir por debajo de su gorro blanco. La falda azul y la capa roja se agitaban suavemente y necesitaban su otra mano. Miró recatadamente a Mathieu, pero las pestañas largas y los ojos azules no parecían significar nada para él esa mañana. El hermoso rostro de Mathieu no se iluminó.

La brisa también jugaba con el cabello de él y los mechones largos le hacían cosquillas en la cara. Se los corría con un gesto petulante.

–Vayamos a otro lado –dijo fríamente–. La comida no estará lista hasta dentro de un buen rato y de todos modos no tengo hambre.

–Bien –ella estuvo de acuerdo enseguida–. Subamos esta pendiente y miremos hacia abajo del próximo valle. No es muy lejos.

Se alejaron subiendo la cuesta. Impulsivamente, Madeleine puso su mano en la de él. El la tomó casi con vacilación.

–Tengan cuidado. No vayan lejos –les dijo *madame* Cortot, mientras ellos caminaban.

–No iremos lejos, mamá –respondió Madeleine–. No te preocupes por nosotros. No tenemos hambre.

Se rió.

–Mamá siempre dice eso –le contó a Mathieu.

Madeleine y Mathieu subieron en silencio una colina baja entre los dos valles.

–¿Por qué estás tan melancólico, Mathieu? –se aventuró a preguntar finalmente–. ¿Piensas que me equivoqué al retar a Alexandre? Necesita toda la corrección posible, pero ¡supongo que esto ya lo sabes muy bien! ¡Cualquiera que lo tenga de alumno cuenta con mi simpatía! Papá no se entera ni de la mitad de sus insolencias.

–Creo que no quiero hablar de Alexandre –contestó Mathieu, austeramente.

Pocos momentos después, Madeleine intentó nuevamente mientras bajaban la otra cuesta.

–¿Alguna vez pensaste que, cuando la brisa mueve estos pastos altos en estas hileras interminables, parecen filas de soldados formando constantemente? La batalla nunca termina.

Él no habló; entonces ella intentó nuevamente.

–Las flores desparramadas aquí y allá ¡son los oficiales tratando de mantener las filas derechas!

El silencio obstinado de Mathieu intrigó a Madeleine.

La brisa soplaba fuerte, así que caminaron una corta distancia hacia el otro lado de la colina. La gente del *picnic* estaba fuera de su vista y tenían la ladera de la colina solo para ellos. Abajo, se veían viñedos hasta la carretera y un retorcido hilo de agua, lento y marrón. Más allá del río, había más viñedos y colinas desvaneciéndose en el distante macizo azul. A la izquierda, debajo de ellos, había un

viejo castillo rodeado por una muralla de piedra. Una vez había sido la propiedad de un caballero hugonote. Él y su familia lo habían abandonado hacía mucho tiempo, y la Corona lo había tomado.

Madeleine se arrodilló en la hierba y comenzó a juntar las pequeñas flores azules que estaban a su alcance.

–Dicen que el antiguo castillo Bellay ahora será una Casa para Católicos Nuevos –observó.

Mathieu no contestó.

–Parece que siempre hay historias dando vueltas sobre niños hugonotes que son llevados y encerrados en lugares así. Hace un par de semanas se comentaba en el pueblo. Cook vino del mercado hablando de ello. Mamá estaba nerviosa. Después, ella y papá discutieron otra vez sobre ir a Nueva York o algún otro lugar así.

Suspiró.

–¿Piensas que algo tan horrible puede suceder aquí?

Mathieu estaba recostado en un codo masticando una hoja de hierba. Si estaba mirando hacia el castillo, miraba a través de él y más allá. Luego de un silencio bastante largo, ella trató de nuevo. Había una pequeña arruga entre sus cejas delicadas.

–¡Mathieu! ¿No te sientes bien?

–Me siento muy bien, gracias.

¿Qué lo estará preocupando?, se preguntó Madeleine pues él seguía melancólico y silencioso. Mathieu podía ser complicado a veces, reflexionó, pero también tenía su lado admirable. Ella sabía que él había planificado cada paso de su carrera. Cuando asistía a la escuela en Saumur, había sido uno de los más juiciosos, absteniéndose de la frivolidad, los juegos de azar, el trictrac,[26] las bromas crueles, los disturbios, los duelos, las deudas, ir de juerga y todas las otras formas de conducta infame a las que sus compañeros eran aficionados. Sin problemas había obtenido los más altos honores en los exámenes anuales, escritos y orales, y tenía certificados de buena conducta cada año, nada menos que *fort meritoirement*.[27]

[26] Un juego de mesa de la época.

[27] Muy meritoriamente.

Como premio de piedad, un año se llevó el libro *Consolations Against the Terrors of Death* [Consolaciones contra los terrores de la muerte]. Y ser un *proposant*[28] en la iglesia de Saumur por dos años tampoco no era un honor que se le otorgara a cualquiera. Él había estado preparando la defensa de su tesis cuando el edicto real cerró la escuela. No mucho tiempo después, la propiedad de su difunto padre había sido confiscada por un tecnicismo y quedó sin un centavo. Por tres años estériles había estado detenido en Saint-Martin, manteniéndose valerosamente como maestro de una escuela miserable de pequeños principiantes, tutor de varias familias acaudaladas y *chanteur*[29] de la iglesia, cuando todavía había iglesia. Lo desconcertaban y enojaban los planes sin concretar. Debería haber sido suficiente con la planificación prudente y el trabajo arduo.

Madeleine sabía bien los planes de Mathieu para el futuro. El pastor Merson y *monsieur* Cortot habían hecho los arreglos para que, finalmente, Mathieu se casara con Madeleine. Su dote sería buena. Si el joven ministro podía conseguir el pastorado que buscaba y no tenía que preocuparse por sus necesidades materiales gracias a su matrimonio ventajoso, entonces se iba a dedicar a una vida de predicación en grandes iglesias sucesivas, a debates eruditos y a escritos controversiales. Con el tiempo, llegaría a ser un líder de la iglesia muy respetado. No tenía la intención de sepultarse en parroquias oscuras como estaba haciendo su tío. Los tiempos eran inciertos y se podía esperar que la calamidad golpeara a hombres desordenados. Pero él se veía plagado por una creciente sensación de injusticia al ver que sus arreglos cuidadosos se arruinarían tanto. Ahora su único camino al ministerio sería huir al extranjero, sin posibilidades de volver.

Finalmente, Mathieu rompió el silencio.

–¿Por qué el pastor Merson está tan alegre? –demandó–. Debe de estar perdiendo su cordura. Cuatro hijos, su iglesia cerrada, sin

[28] Aspirante al ministerio.

[29] Cantante.

dinero, ¡y hace un *picnic*! Dudo que yo pueda soportar mucho más de esta frivolidad.

–Bueno, supongo que es natural que disfrutemos una ocasión inocente juntos –respondió Madeleine rápidamente, en defensa del pastor–. Ha habido problemas desde que tenemos uso de memoria, pero el Señor siempre nos ha protegido. Él sabe lo que va a pasar. Ahora, ¿de qué sirve preocuparse?

–Simplemente, no tienes idea de la situación en la que nos encontramos –exclamó Mathieu con impaciencia–. Tus padres están como tú, o no piensan que les pueda pasar a ellos.

–No soy tonta, te diré –declaró Madeleine con energía–. Realmente no entiendo de qué sirve estar tan amargado todo el tiempo. Mi padre y tu tío tienen sus preocupaciones, más de las que sabemos, pero parecen alegres. Ellos sienten la mano protectora del Señor sobre nosotros y esperan que él nos muestre lo que debemos hacer, y cuándo.

–Y mientras ellos están de *picnic*, el nudo se aprieta cada vez más.

Madeleine pareció alarmada.

–¿Cómo puedes tener idea de cómo es? –continuó él, evitando la mirada de ella–. Hija del hombre más rico del pueblo, protegida, favorecida. No puedes imaginarte lo que es ver tus esperanzas destruidas, tus planes demorados.

–Yo creo, Mathieu, que sé más de lo que quieres reconocer. Estás desanimado, ¿verdad? Porque no puedes terminar tus estudios y no puedes decidir si ir o no al extranjero y perdiste la propiedad de tu padre y ahora tu empleo docente... ¿Sabes? –se interrumpió a sí misma–, creo que te has permitido estar muy disgustado por todas las pequeñas cosas que no han resultado bien, más disgustado de lo que alguien podría estar cuando una aventura grande y riesgosa falla.

–Esto no es un asunto para bromas –replicó él, fríamente.

–No estoy bromeando; créeme, querido Mathieu –respondió ella suavemente–. Tú tienes veinticuatro años. Tú *podrías* ir a un seminario en el extranjero...

–¡Eso significaría el exilio para siempre! –exclamo él–. ¿Te gustaría *a ti* dejar Francia?

–Yo... yo no lo sé realmente. No creo que lo haga... Quiero decir, a menos que deba hacerlo. Todos tendremos que hacerlo algún día, tú lo sabes.

No había ningún sonido, salvo el zumbido de los insectos y el gorjeo de un pájaro en la colina. El sol estaba cada vez más cálido y las nubes habían desaparecido. Madeleine miró ansiosamente a Mathieu. El no buscó sus ojos, pero le mostró su perfil, con mechones de largo cabello rubio flotando delante de su frente.

–Deberías tener más confianza en que el Señor guía a su pueblo, Mathieu. Mira a tu alrededor. Algunos se las arreglan bien a pesar...

–Ah, ciertamente, *mademoiselle* –replicó él amargamente–. El renegado, el apóstata ¡se las arreglan bien, con seguridad! ¡Que se acicale con el uniforme del rey sin importar lo que hizo para ganarlo! Y todos lo adulan como si fuera la gran cosa!

Madeleine se ruborizó y bajó la vista.

–Si te refieres a Armand de Gandon –respondió fríamente– estás siendo injusto con él. Es un caballero muy agradable y estoy segura de que su conducta es ejemplar.

–¡Un lacayo de la Mujer Escarlata, querrás decir! ¿Cuán hugonote supones que ha sido alguna vez? Han estado calentando el horno siete veces más para nosotros y él anda de aquí para allá engañado como un, un...

Él la miraba con furia y movía el dedo en la cara de ella. Ella se mordió el labio.

–Realmente, Mathieu, no puedo permitir que hables así de un amigo de mi padre. Supongo que debo sentirme halagada porque suenas celoso. Últimamente, ha sido muy difícil darse cuenta de que yo te importo mucho. No sé si reírme o enojarme contigo, pero estás siendo muy tonto. *Monsieur* de Gandon pasó por aquí por primera vez en diez años para presentar sus respetos. No tenía interés en mí ni yo en él. Un compromiso matrimonial significa

para mí mucho más que eso. Creo que me debes una disculpa por tu áspero comentario.

Bajo la firme mirada de ella, él balbuceó.

–Lo siento, Madeleine, por supuesto, pero... pero estás equivocada sobre él. El está interesado en ti y cuenta con esas plumas de pavo real para deslumbrarte.

–Bueno –dijo ella, solo un poco apaciguada– debes tener una alta opinión de tu prometida para pensar que un extraño en un traje bonito pueda hacerle cambiar de idea. Nosotros nos hemos comprometido mutuamente hace ya largo tiempo.

Mathieu se volvió hacia ella agresivamente.

–Sí, y ahora –gritó–, ¿qué pasa con nosotros?

–¿Nosotros?

–¿Por qué esperamos tanto tiempo? Tú tienes edad suficiente, diecisiete antes de que termine el mes. ¿Tus padres quieren que seas una solterona? ¿Por qué no debería yo "imaginarme" cosas de tanto en tanto?

Él se estaba poniendo vehemente otra vez.

–Cálmate, querido Mathieu –dijo Madeleine, apoyando suavemente su mano en el brazo de él–. Yo... nosotros no sabíamos que te sentías así, pero mi padre es un hombre de palabra. Él no quería parecer que te estaba presionando en tu situación actual o que te estaba apurando.

Él se sorprendió.

–¿Tú no querías presionarme a mí?

Reflexionó por un momento.

–Entonces ¿estás dispuesta a seguir adelante, poner el anuncio[30] y casarte con un esposo sin perspectivas?

–Me comprometí contigo hace un tiempo, Mathieu, no me comprometí con tus "perspectivas".

–Bien, ¿qué pasa si acepto tu sugerencia de dejar el país? ¿Qué pasa contigo?

---

[30] Tal como estaba estipulado por ley, se colocaban anuncios en una iglesia, o en otro lugar público, para dar a conocer una propuesta de matrimonio.

–Tu esposa irá contigo –respondió– si ella es querida. Mathieu –añadió–, no eres como eras cuando viniste aquí. He dado mi palabra. Nunca miré a otro, aunque usara la túnica de colores original de José. Si mis padres planearan la boda inmediatamente, ¿curaría esto tu melancolía? En cuanto a tus circunstancias desafortunadas, Dios puede cambiar lo malo en bueno.

Él pareció incapaz de descartar sus celos tan rápidamente.

–Bueno, ya no debería preocuparme –dijo con irritación.

–Entonces, contémosles –asintió ella, finalmente, sin alzar la vista–. Ellos solo quieren que seamos felices.

Ella temía no haber sonado muy feliz en ese momento.

Mathieu no dijo nada más. Quizá sintió que ya había hablado demasiado. Se levantó, tomó su sombrero y ayudó a Madeleine a pararse. En silencio, volvieron sobre sus pasos subiendo la cuesta y bajando por el otro lado. Podían escuchar los sonidos de alborozo que provenían de donde sus amigos estaban almorzando.

Capítulo 3

Madeleine escapa

Dos semanas después del gran día en Versalles, Armand de Gandon descendió la cuesta hacia Saint-Martin en su gran caballo bayo. El sol de la tardecita doraba los techos empinados del pueblo, tocándolos con un brillo dorado que los callejones angostos nunca vieron. El mosaico de tonos suaves de los campos se tornaba cada vez más oscuro, y los árboles sombríos que adornaban las suaves colinas hasta el horizonte proyectaban sombras largas. El río fluctuante corría por entre los juncos debajo de los muros y resplandecía por breves momentos en un rosa que no era natural. En medio de este paisaje rústico, que se elevaba cómodamente sobre las murallas desmoronadas, el pueblo parecía un dibujo antiguo y pintoresco, muy lejos del conflicto y el alboroto.

–Y a diferencia de París, Saint-Martin no se puede oler a una legua de distancia –le recordó Armand a su caballo.

Al mismo tiempo que el soldado acortaba la distancia hacia el pueblo, sus músculos cansados y su estómago vacío estaban listos para la bienvenida que podía anticipar en el hogar de los Cortot. El cansado caballo lo llevó a través del portón estropeado, donde el escudo de armas municipal coronaba el arco de la entrada. Todavía había secciones del muro detrás de la zanja rellenada, un recordatorio de los días sangrientos cuando los protestantes del pueblo habían resistido a su rey. Esto había sido hacía sesenta años. Ahora allí había pasto y yuyos, y ni siquiera se podía ver la garita del centinela.

La montura de Armand eligió su camino delicadamente por encima de alcantarillas abiertas, a través de pilas de basura, cerdos esquivos, gallinas y algún niño ocasional, hasta una pequeña plaza. Dirigiéndose levemente hacia la derecha, el soldado cabalgó hasta

una calle lateral angosta, agachándose cada tanto para evitar romperse la crisma con los carteles colgantes. Era el momento tranquilo del atardecer. No encontró a ningún adulto en la calle, pero cuando iba llegando a la casa de los Cortot, vio un carruaje negro que doblaba por la curva que estaba frente a él.

La enorme puerta de entrada de los Cortot estaba abierta. Armand se sorprendió. Desmontó con los miembros agarrotados, pues había estado sobre la montura desde el amanecer. Llamó y luego golpeó en el panel de la puerta, pero no hubo respuesta. Todavía más intrigado que alarmado, entró en el vestíbulo. La casa parecía desierta. Con seguridad, en momentos como estos, si la familia había salido, no dejarían la puerta sin trabar.

Estaba a punto de llamar de nuevo cuando escuchó algo como un quejido. A través de la entrada vio un zapato con hebilla en el piso y luego, cerca, un pie con medias. Yendo rápidamente hacia adelante, Armand encontró a uno de los criados de Cortot, aparentemente inconsciente, tirado en el piso.

–¿Qué te sucede, muchacho? ¿Dónde está tu amo? –gritó Armand, alarmado.

Se arrodilló al lado de la figura tendida boca abajo, que ahora se movía un poco.

–Ya te estás reponiendo –dijo para animarlo–. ¿Qué sucedió? ¿Dónde están todos?

El criado comenzó a volver en sí. Parpadeó varias veces y luego trató de mover su cabeza, pero esto lo hizo gemir.

–Ellos tienen a los mellizos –dijo finalmente, con voz trémula.

Armand lo ayudó a sentarse.

–¡Eh, vamos muchacho! ¿Quién lo hizo? ¡Habla!

–Un par de alguaciles.

El criado, sentándose ahora sin ayuda, se tocó la parte de atrás de la cabeza.

–Tienen a los dos: Louis y Louise. Los llevaron en un carruaje.

En ese momento, parecía más preocupado por el chichón en su cabeza que por los mellizos.

El soldado recordó el carruaje.

–¿Cuándo? –preguntó con impaciencia y sacudió al pobre desafortunado vigorosamente por el cuello–. ¿Dónde?

–Tenían una orden del intendente, dijeron. No había nadie en casa, solo nosotros. Nunca soñé... bueno, ¿cómo podía esperar...?

–¡Sí, sí! –espetó Armand–. Ahora deja de balbucear o te daré un golpe yo mismo.

–Está bien, señor. No necesita alterarse tanto. No puede hacer nada de todos modos. Vinieron en un pequeño carruaje negro. Los llevan a la Casa para Católicos Nuevos que queda a las afueras yendo por el portón sur, supongo. Dijeron que tenían testigos de que los mellizos pidieron instrucción religiosa, y...

Para cuando el sirviente se había puesto sobre sus pies con vacilación, Armand ya se había ido, dejando otra vez la puerta abierta.



Mientras Armand daba latigazos a su sorprendido caballo por las calles desiertas, lo embargaba una furia fría. No se había olvidado de Versalles, del duque de Lauzières, del regimiento pero, simplemente, ya no parecían importantes en ese momento. Lo que importaba eran dos niños asustados. Gandon, mayor de jerarquía del Regimiento de Maine y servidor devoto del rey, se había desvanecido como una chispa disparada por un arma. En un instante, se había desprendido de cien años de disciplina y se había revertido a la mente de sus ancestros Bearnaise, a quienes no les importaba empuñar espadas en contra de su Majestad misma en defensa de lo que era correcto.

Al girar en una tercera curva, mientras el caballo apenas se movía y resbalaba en el polvo suelto, Armand vio el carruaje negro que traqueteaba lentamente por la calle sin asfalto. Después de musitar una corta plegaria de agradecimiento por no vestir uniforme y porque no había nadie más a la vista, se metió el sombrero a la fuerza hasta las orejas y lanzó su montura sobre su presa.

El carruaje estaba por dar una vuelta cerrada hacia la derecha cuando el caballo y el jinete aparecieron detrás de ellos de la nada, tan rápidamente que el conductor no tuvo tiempo de localizar la dirección de los cascos. Armand llevó a su animal hacia el caballo más cercano del carruaje justo cuando empezaban a doblar y, simultáneamente, golpeó tan fuerte como pudo, con su pesada pistola de caballería, en la nariz del sorprendido caballo. La yunta se desbocó instantáneamente y el cochero gritó de terror. Demasiado lejos ya en un lado del estrecho callejón, y ahora acosado por esta aparición, el conductor no tenía lugar para doblar. Los caballos que huían se comprimieron contra la esquina saliente del edificio de piedra, pero la rueda del vehículo la golpeó con fuerza destructora.

En medio de un grito destemplado, el cochero salió disparado desde su asiento hasta el barro, donde rodó varias veces sobre el extremo lejano de la calle. El eje se rompió, las ataduras de los resortes de cuero cedieron, y el cuerpo del carruaje cayó en la tierra y se desplomó lanzando astillas y esquirlas. Por un segundo, los caballos del carruaje se retorcieron y patearon, pero luego se soltaron y salieron al galope por la calle. El cochero se agazapó con miedo en la zanja, agarrándose la cabeza con las manos y todavía gritando, mientras los animales pasaban a centímetros de él con sus cascos. Entre los despojos yacían los secuestradores, asustados y desvalidos. La sangre de una herida horrible en el cuero cabelludo del alguacil principal corría por su cara rechoncha.

Armand se deslizó a tierra y liberó a los niños. Ellos iban en el carruaje mirando hacia atrás y estaban simplemente asustados por la colisión. Los puso sobre el pescuezo del caballo, saltó rápidamente sobre la montura y escapó. Tenía que apurarse pues, en el resplandor del crepúsculo, pudo divisar caras blancas en las ventanas. Los ciudadanos comenzaron a salir de sus casas mientras él se apuraba y doblaba la esquina. Esperaba que nadie hubiera tenido la claridad mental necesaria como para haberlo visto bien.



–Espero no haber parecido poco hospitalario estos últimos diez días –expresó Cortot con cansancio–, pero es peligroso que te quedes aquí. Tú sabes que estamos agradecidos a ti por el rescate de los mellizos y por tu deseo de ser de ayuda para Madeleine y Alexandre, pero solo te estás poniendo en peligro.

Se sentó pesadamente en el borde de la cama en la cual Armand había estado acostado completamente vestido.

–Sí, *monsieur*, lo sé –respondió Armand–. Hemos hablado antes del asunto y no creo que pueda hacerme cambiar de idea. Cruzaré las murallas de su ciudad algún día, pero nadie sabe que estoy aquí y puedo ser de ayuda. Pero ¿qué me cuenta de su visita al alcalde? Veo que no lo encerraron todavía.

–Fue muy desagradable. Declaré directamente que *yo* no asalté a los alguaciles, pero deben creer que sé más de lo que cuento. El cochero jura que fueron atacados por diez rufianes como mínimo.

Sonrió débilmente.

–El cura estaba tan furioso que tartamudeaba, y pensé que sería llamado al cielo en cualquier momento a causa de una apoplejía. Amenazó al alcalde con el obispo y creo que eso me salvó. Se podían ver las orejas del alcalde irse hacia atrás y que una expresión terca aparecía en su rostro.

–¿Los padres del pueblo no se llevan bien con el clero?

–Supongo que sí, con el cura por lo menos. Ellos odian al clero porque, por lo general, está exento del *octroi*[1] y eso aumenta los impuestos de todos. Nuestro concejo resistió esta nueva Casa para Católicos Nuevos a cualquier precio. No necesitaban que nadie les dijera quiénes la mantendrían a la larga.

–Yo pensé –dijo Armand– que la idea era llevarse únicamente niños de la mejor clase, así la casa se pagaría por sí sola.

Cortot sacudió su cabeza.

–Cuando se llevaron a mi Madeleine y a Alexandre, se llevaron cuarenta más como ofrendas para sus ídolos, pero desde ese momento, muchas familias han desaparecido por completo, dirigién-

[1] Impuesto municipal.

dose a las fronteras para salvar al resto de los niños, no lo dudo. Esto carga el mantenimiento de los secuestrados que son dejados atrás sobre los hombros de los pocos que tenemos medios. Si yo me voy o soy encarcelado, tendrán muchos más problemas para mantener a los cautivos sin echar mano de los fondos de la comuna. Puedo ver la idea del alcalde detrás de todo esto.

–¿Alguna noticia de Madeleine? –Armand se incorporó y se deslizó dentro de sus zapatos.

–Solo la de hace tres días, de que ella expresó un deseo de recibir instrucción y que solicitó que no se nos permita molestarla mientras realiza esos estudios. No se le permitirán visitas hasta que no abjure, supongo, o será bien vigilada si nos permiten visitarla.

–Un pensamiento amable de su Majestad: no la molesten, ¡abandonada! –Armand sonrió sin alegría.

–Por lo menos sabes dónde está, pero no sabemos nada de Alexandre, no sé dónde puede estar la casa más cercana para varones.

–Lamento que mi presencia haya sido un inconveniente para usted –expresó Armand–. Realmente, con *madame* enferma también, usted ha sido dolorosamente probado.

–Tengo confianza de que mis dos hijos serán leales a la Fe –respondió Cortot–. Y estoy seguro de que el Señor sabe de la pobre condición de mi esposa esta semana pasada. Su aflicción se debe principalmente al disgusto, creo. Y aunque todavía estoy intranquilo por ella, hoy parece estar mejor y pronto estará levantada.

Un golpe en la puerta de calle hizo que Cortot saliera de la habitación. Por lo que pudo escuchar, Armand juzgó que había llegado el pastor, acompañado por su sobrino, el alto Mathieu. Ahora estaban subiendo las escaleras y las voces de los hombres de más edad sonaban ansiosas. El soldado sonrió ante la desilusión que aguardaba al maestro de escuela.

–Necesitamos un lugar secreto para lo que tengo que contar, hermano Cortot –dijo el pastor–. Últimamente, las paredes oyen.

–No, pastor –contestó firmemente el burgués– está equivocado sobre mis sirvientes. Son parte de la familia. Son un poco malhumorados, pero son absolutamente leales.

Armand miró la coronilla rosada de Cortot mientras subía resoplando los escalones. Detrás iba el pastor vestido de negro liso, como era requerido por la ley.

–Suban, hermanos –urgió el anfitrión–. Hablaremos en la habitación de *monsieur* Gandon. Estará contento de tener una oportunidad de hacer algo.

Con la mención de ese nombre, la cabeza del tercer hombre en la escalera se sacudió. A pesar de la penumbras, Armand captó una mirada que era aún más sombría. *Bien hecho, amigo,* dijo para sí mismo, irónicamente. *¡Lamento arruinarte el día!*

–Ahora espero, hermano Cortot, que tengamos una forma de llegar a su hija –comenzó el pastor, tan pronto como el trío entró en la habitación y cerraron la puerta.

–Me alegro de escuchar eso, pastor. Les ruego que se pongan cómodos, caballeros.

El pastor se sentó en un banco cerca de la cabecera de la cama. Cortot se dejó caer otra vez en una silla y los dos jóvenes se sentaron en el borde de la cama, un poco como perros extraños que se encuentran por primera vez. El pastor los miró largamente, sonrió vagamente y se volvió a Cortot.

–No me engaño al creer que tenemos una forma segura de llegar a *mademoiselle* Madeleine, y mucho menos de rescatarla. Pero esto puede llevar a algo.

Armand y Cortot se inclinaron hacia adelante ansiosamente. Mathieu hizo una mueca mirando hacia el piso.

–¿Recuerdan que Petitjean fue el instrumento usado para cerrar el templo hace un mes? Lo vi mucho últimamente, pues le molesta la conciencia por el daño que le causó a la iglesia. Ayer me contó que se hace compañía con una criada de la cocina, una tal Lisette, de la casa donde están las niñas: el antiguo castillo Bellay, no lejos del pueblo.

Cortot asintió ansioso.

–No le dije nada en ese momento –continuó el pastor–, pero ¿se dan cuenta de la oportunidad que se puede presentar?

Tanto Gandon como Cortot asintieron.

–En su ansiedad por reparar algo del daño que ha hecho –observó el pastor–, ¿no podría Petitjean ser un intermediario, quizá preparando a su amiga para ayudarnos?

–Saber algo de la niña aliviaría el peso de mi corazón, pastor –respondió el padre–, pero el riesgo sería muy grande.

–No, *monsieur* –interrumpió Armand, casi levantándose en su entusiasmo–. No use al sujeto como correo. Eso sería tentar a la suerte. Que lleve un mensaje, ¡pero que sea para arreglar un rescate!

–Un rescate, tú dices –y Cortot sacudió la cabeza con tristeza–. Eso es algo muy frágil.

–Verdad –contestó Armand con impaciencia–. Pero podemos decirle a Madeleine dónde encontrar... nos. La nota no dirá nada de rescate. Ya no lo necesitaremos más a Petitjean.

Cortot no pareció del todo convencido. El pastor sonrió con benignidad.

–El hermano Gandon se adelantó a mi pensamiento sobre el asunto...

–No tan rápido, tío –lo cortó Mathieu, casi rudamente–. Yo tengo más razones que cualquier otro para ver liberada a *mademoiselle* –y dirigió una mirada fulminante a Armand–. Pero este renegado de Petitjean nos ha engañado antes y puede hacer lo mismo otra vez. ¡No sería de ninguna ayuda para ella si hiciéramos tanto esfuerzo para nada!

–Mathieu tiene razón –concedió Cortot, algo decaído–. Es una casa construida sobre la arena.

–No –replicó Armand con una frialdad que pareció atragantar a Mathieu–. Solo podrían colgarnos. Vale la pena el intento.

Se rió... quizás era la primera vez que ese sonido se escuchaba en la casa por días.

–Si solo pudiera sacarla de esa casa –explicó Cortot–, la enviaría junto con los mellizos a lo de mi prima en Champagne. Por lo

menos, estarían a salvo por un tiempo, y luego... bueno, las condiciones podrían mejorar aquí o, en cualquier caso, las fronteras estarán más cerca.

–Para mí sería un privilegio acompañarlos hasta allá, señor –dijo Armand mientras se ponía de pie y comenzaba a caminar ida y vuelta por detrás de las sillas de los hombres.

–Desearía –suspiró Cortot– que pudiéramos liberar a todos los niños encerrados allí.

–Yo también lo desearía –concordó el pastor con tristeza–. Pero eso no funcionará. En corto plazo serán acorralados y se volverán víctimas del peor trato. No muchos tienen sus medios, hermano.

–Dios es bueno con nosotros a pesar de nuestros errores –estuvo de acuerdo Cortot.

–Si esto tiene éxito, *monsieur* Cortot –Armand detuvo su caminar y miró al hombre mayor–, la credibilidad será terriblemente dañada cuando niños suyos escapen dos veces seguidas. Ellos pueden jugar un juego muy duro. ¿Alguna vez le pidieron su opinión? Corra, señor, y salga del país mientras haya tiempo. Aunque no descubran dónde están los mellizos, sospecharán tanto de usted que lo harán encerrar pronto con un pretexto u otro.

Cortot se humedeció los labios y hundió la cabeza.

–¿Por qué esperar? –persistió Armand–. Muchos han ido con los alemanes y a las provincias de Holanda... incluso a Inglaterra.

–Es como he dicho antes –suspiró Cortot–. Esta es nuestra tierra, aquí hemos nacido y nuestros padres están enterrados aquí. Reconozco que los hermanos de esos países han sido más que amables con quienes han huido. Pero, bueno, mira a Inglaterra... un rey difícilmente mejor que un papista mismo, brumas frías, una lengua bárbara. Una vez que huyes, siempre debes estar listo para huir otra vez –sonrió débilmente–. Y el lugar huele a fuego de carbón, escuché decir.

–¡Ahora está poniendo excusas! ¿Ha tenido algún indicio del callejón que pasa enfrente de su propia casa últimamente? De todos modos, dudo que el rey Carlos pueda hacer mucho para cambiar la mente de los ingleses.

–Sé poco de esos temas, Armand, pero ¿qué podría hacer un hombre de mi edad en una tierra extranjera?

–¡Qué vergüenza, tío Isaac! Eso no es propio de usted.

Miró fijamente a Cortot hasta que su anfitrión bajó la vista.

–Bueno, Armand –comenzó con vacilación–, lo que te digo quizá lo hayas sospechado. *Madame* está muy decidida a quedarse aquí. Para ella, esto es fe, y yo espero que no sea presunción. También espero, pues veo algunas señales, que pueda ser persuadida mientras haya tiempo. Quisiera tener otra vez a nuestro hijo mayor. Era como tú: listo para la acción... –su voz se fue apagando–. De todos modos, ¿cómo puede uno sentirse seguro en algún lado? El alcance del rey es grande. He pensado en los asentamientos ingleses en Norteamérica. Preferiría una tierra francesa, pero solo los buenos católicos pueden ir a Canadá.

Su voz se sacudió con un sentimiento repentino.

–Si solo pudiera llevar a mi familia a Holanda, estas pestes pueden quedarse con cada trozo de propiedad que poseo, ni tampoco me importaría lo que me hicieran a mí.

Hizo una pausa.

–He tenido una vida fácil. Muchos problemas me han pasado de lado. Saint-Martin es uno de los lugares más agradables, e incluso me siento como Lot, renuente a abandonar Sodoma, que está por ser quemada en cualquier momento. Mi esposa, es decir... bueno, es difícil saber qué hacer. A veces pienso una cosa, otras veces pienso otra.

Alzó sus manos en un gesto de impotencia.

–¿Entonces, abordo el tema con Petitjean con toda la precaución posible? –prosiguió el pastor.

Miró con agudeza a los dos hombres jóvenes.

–Si *mademoiselle* puede salir del edificio por sí misma, seguramente ustedes dos, muchachos ágiles, puedan llevarla a una ciudad de refugio.

–Seguro –estuvo de acuerdo Armand, sin consultar a Mathieu–. Si me... nos... atrapan, no sería la ruina de toda una familia, sino

una simple broma de caballeros confundidos. Si todo sale bien, volveré a mi regimiento siendo, espero, un poco más sabio por mi permanencia aquí. Y quizá *monsieur* Bertrand desee continuar con su idea de ir a Holanda. Las perspectivas para los predicadores aquí deben ser pobres.

Se volvió alegremente hacia el colérico Mathieu.

–¿Estás conmigo?

El asentimiento de Mathieu, cuando llegó, sonó un poco forzado.

–Les aseguro, caballeros, que haré todo lo que esté en mi poder para lograr la seguridad de *mademoiselle*, pues ciertamente ustedes entienden mis sentimientos hacia ella. Pero, cualquier plan debe ser delineado con cuidado. Debemos... eh... evitar la imprudencia y... y la arrogancia... y planear todo con mucho cuidado –concluyó, con un tono poco convincente.

Armand lo miró burlonamente, y no dijo nada.



Madeleine estaba acostada en su camastro en una atestada habitación del segundo piso de la Casa de Católicos Nuevos. Era oscura como boca de lobo, fría y húmeda, pero ella no estaba temblando únicamente por el frío. Afuera de las ventanas sin vidrios, la lluvia siseaba contra las tejas inclinadas del techo. Había estado lloviendo por horas, y el viento soplaba más fuerte. Ella no tenía idea de qué hora era. ¿Habían pasado diez minutos o una hora desde que la hermana se había llevado la vela, luego de dar la última mirada a la habitación atestada de niñas?

Nunca en su corta y confortable vida había querido hacer algo tan desesperadamente como escapar de esa casa. No era uno de esos conventos de moda donde las réprobas cansadas se retiraban a arreglar sus asuntos espirituales antes de morir o donde las damas indiscretas pasaban unas vacaciones forzosas fuera de la corte. Esta casa había sido abierta hacía hace poco y todavía estaba en reparaciones.

El hecho de que el lugar fuera frío e incómodo podía ayudar a quebrar la voluntad de las jóvenes prisioneras, pero no era la incomodidad física lo que Madeleine Cortot aprendió rápidamente a odiar y temer. Cada día se daba cuenta con más fuerza lo que significaría toda una vida en un lugar como ese. A veces, era cierto, los casos más obstinados eran liberados en unos pocos meses si las hermanas percibían que la conversión era improbable pero, por otro lado, una orden del rey podía hacer que encerraran a una persona así en un convento por el resto de su vida... y obligar al padre a dar su dote. Esto podía fácilmente pasarle a ella, pues su padre era acaudalado y ella era un premio demasiado valioso como para darse por vencidos.

Que su fe se viera erosionada nunca se le ocurrió seriamente. Era una cuestión de vivir una vida de un gris interminable. bajo una llovizna incesante de ritual e "instrucción", y de presión inexorable que, por momentos era intimidación lisa y llana. No se podía hablar de maltrato físico, pero sí de una "caridad" interminable y de una repetición mecánica hasta que una estaba lista para volverse loca. El trabajo era duro, y no era difícil tener la mente embotada durante el día. Pero a la noche, en la oscuridad, con una imaginación vívida a todo galope, ella estaba cerca de perder la esperanza.

Dos días antes, cuando estaba de rodillas fregando las baldosas de la cocina, Lisette había aparecido de repente. Madeleine, ahora acostumbrada a la mano pesada de la paisana corpulenta, se había echado hacia atrás automáticamente. Parecía que a Lisette no le gustaba Madeleine... quizá porque la niña hugonota tenía el conocimiento y las opiniones firmes que tanto escandalizaban a los romanistas y hacían que fuera más difícil lidiar con las mujeres herejes que con los hombres. De la misma forma, a Madeleine no le gustaba casi nada de Lisette, desde sus manos pelirrojas y ásperas hasta su bigote.

Madeleine no la miró a la cara, pero sí miró sus tobillos fornidos y las venas moradas por encima de sus zapatos de madera. Apretó

los dientes y esperó el golpe pero, en vez de eso, un pequeño trozo de papel se deslizó enfrente de ella. El corazón de Madeleine saltó como loco. Enseguida, puso una mano mojada sobre el papel y continuó cepillando con la otra mano. Lisette se alejó pesadamente sin decir una palabra. El sonido de un manotazo vigoroso le dio la pauta de que Lisette había encontrado a alguna otra niña hugonota haraganeando. Ninguna de las otras cautivas o criadas en la habitación pareció haber visto algo.

Madeleine se refugió en una esquina y disimuladamente desdobló el trocito de papel. Estaba mojado y la escritura estaba borrosa y difícil de leer: "Ve al muro trasero el miércoles de noche".

Ella contuvo el aliento. ¿Quién podría haberla enviado? ¿Sería una broma cruel? ¿Sería Lisette una aliada, quizás una protestante secreta? Se sintió tan nerviosa que le pareció que la habitación daba vueltas por unos segundos. Deseó que su cara no la delatara.

Luego, enderezó su espalda y se arriesgó a mirar la cara cuadrada y descolorida de Lisette. Sus ojos estaban tan inexpresivos como siempre. ¡Ni una chispa de entendimiento o complicidad! *Lisette no quiere tener nada que ver con esto,* meditó mientras volvía a fregar. *¡Que así sea! Pero ¿cómo hago para salir del edificio?* Más tarde, en la primera oportunidad que tuvo, se tragó la nota, aunque casi se atragantó.

A la mañana siguiente, Madeleine había decidido mirar por la ventana del segundo piso, donde dormía. Las ventanas habían sido enrejadas de apuro con tablas de madera... suficiente para reprimir a niños y niñas pequeños hasta que se pudiera realizar algo más permanente. Bajo la ventana, el techo inclinado sobresalía hasta la colina que se elevaba en la parte de atrás. Hacia la derecha, una proyección del techo cubría las despensas de la cocina y llegaba cerca del piso. No debería ser difícil saltar al piso desde ese lugar. Luego sería un camino cuesta arriba, de cuarenta y cinco metros más o menos, hasta el muro de piedra detrás del jardín. Con seguridad no habría un camino sobre el muro desde adentro. Más allá se extendían las colinas cubiertas de hierba donde solo una semana antes se había recostado en el sol de primavera y había hablado

de casamiento con Mathieu. Parecía que eso había sucedido hacía siglos. Mathieu debía ser quien había enviado la nota. La sobrecogió una oleada de afecto y nostalgia. Reprimió un sollozo y se secó rápidamente dos lágrimas con el dorso de la mano.

El día había transcurrido rutinariamente... oraciones a las seis y media, catequismo a las siete y cuarto, misa a las nueve. Luego sesiones de trabajo y estudio, siempre bajo estricta supervisión y con silencio obligatorio. La mente de Madeleine se mantuvo ocupada, por más que sus manos se movieran mecánicamente. ¡Si pudiera tener acceso a algún implemento que le permitiera abrir las rejas de madera de la ventana!

No encontró la oportunidad hasta que era casi hora de las letanías, a las cuatro. Había estado pelando nabos para la cena y, mientras se alejaba de la mesa con un cacerola cargada, hizo como que se tropezaba en las baldosas desparejas y una cascada de nabos cayó al piso. Inmediatamente, se arrodilló para recogerlos y escondió bajo su blusa gris suelta el cuchillo que había estado usando. Su "accidente" llamó la atención, pero no se supo la razón por la que había sucedido, así que no le importó la cruel bofetada de Lisette o el empujón cuando ya se iba hacia la capilla.

Ahora se preguntaba si el filo sería suficientemente fuerte. Si se rompía, eso sería el final del asunto. Tratar de escapar a través de las áreas de la planta baja, donde las hermanas tenían sus dormitorios y donde las ventanas tenían rejas de hierro, sería inútil... tan inútil como tratar de destrabar la gran puerta principal.

En la cena masticó algunos nabos y puré de castañas, manteniendo sus ojos bajos con modestia para que nadie leyera su cara. La madre superiora generalmente parecía estar en un mundo propio, pero esa mirada intensa y opaca podría ocultar más de lo que uno podía sospechar. Madeleine temía alguna orden de último momento. ¿Estarían simplemente jugando al gato y al ratón?

Luego de las oraciones de las nueve, el rebaño fue arriado a sus celdas. No le llevó mucho tiempo a las niñas prepararse para ir a la cama. Vestían las blusas y faldas grises más simples de paisanas.

Cuando se llevaron la luz, las niñas susurraron sus oraciones... sus verdaderas oraciones. Tenían que tener cuidado, pues habría trabajo adicional como castigo si las escuchaban y una nunca sabía si alguien estaba escuchando en el pasillo.

Madeleine estaba acostada en la oscuridad, embargada por un sentimiento de maldad y miseria que nunca había sentido antes. No tenía seguridad de poder escapar, pero la mera esperanza había renovado su coraje. Se había sentido responsable ante las cautivas más jóvenes, quienes eran igualmente frágiles, pero entendían menos que ella de por qué habían sido arrancadas repentinamente de sus hogares. ¿Qué pasaría con las pequeñas que no tenían amigos afuera ni esperanzas? ¿Debían permanecer aquí y se les diría que sus padres, sus seres queridos, estaban irremediablemente condenados? Sin embargo, ella no podía organizar el escape de cuarenta de ellas. Eso supondría un desastre. ¿Era su deber quedarse o irse? ¿Serían castigadas las otras si ella escapaba? Si ella tenía éxito, ¿se sentirían alentadas o se desanimarían? Había estado luchando con sus dudas hasta quedarse domida sin querer.

Ahora estaba despierta, escuchando la lluvia incesante y preguntándose si se había dormido de más y había arruinado todo. No había tiempo que perder. Pero ¿estaban todas dormidas? Mucho después de que el resplandor débil de la vela se extinguiera, solía haber crujidos, quejidos y suspiros de las niñas inquietas. Algunas no estaban lejos de la pesadilla. Otras podrían estar despiertas en la fría oscuridad, escuchando la lluvia y el viento que castigaba la casona. ¿Cuándo sería seguro tratar de abrir la ventana?

La lluvia monótona continuaba.

Debe ser medianoche, pensó, y la sobrecogió el pánico. *¡No soporto más esto!* Se sentó y trató de ver las otras camas en la oscuridad. Estaba oscuro como boca de lobo. *Si no las puedo escuchar por encima del ruido de la tormenta, quizás ellas tampoco puedan oírme*, pensó.

Madeleine pasó del camastro al piso de piedra y gateó hacia la ventana, guiada más por el sonido que por la vista. Dos veces tocó

los bordes de camastros, pero las niñas que dormían no se movieron. Al llegar a la ventana, se levantó con cuidado y probó con los bordes de los tablones. Trabajando con el mayor cuidado y orando para que los débiles crujidos y chillidos del cuchillo fueran ahogados por el ruido de los elementos, finalmente logró soltar un extremo casi por completo. Se detuvo y escuchó por un momento, consciente del rocío que ya había empapado su cabeza y sus hombros. Entonces, comenzó con el siguiente tablón.

Luego de lo que le parecieron horas, aflojó ambos extremos de las tres tablas. Y el cuchillo no se había roto. No era posible saber qué le esperaba afuera en la oscuridad. Un cuchillo podría ser algo útil para tener a mano. Empujó con todas sus fuerzas un lado de las tablas flojas, sacando los clavos de sus agujeros y doblando los tablones hacia afuera en los clavos del otro lado como si fueran bisagras. Cuando uno de ellos chirrió en protesta, su corazón saltó, y esperó un rato antes de animarse a respirar otra vez. Por fin, los tres tablones se abrieron.

Madeleine subió a través de la abertura. Era más alta y delgada que la mayoría de las niñas francesas, pero igual no era fácil. Los clavos salientes desgarraron su falda y su blusa. Parada en las tejas afuera de la ventana, empujó con cuidado los tablones otra vez en su lugar lo mejor que pudo, esperando que parecieran normales... por lo menos de un primer vistazo. Luego, se volvió y comenzó en la oscuridad su camino hacia abajo por el techo resbaladizo. La lluvia la golpeaba y el viento parecía que la desgarraba. Su gorro se voló casi de inmediato y el pelo le cruzaba la cara. Estaba totalmente empapada.

Una teja suelta se resbaló y llegó hasta el borde del techo. Hizo un sonido débil al golpear el piso mojado. Esta era otra ventaja de la tormenta, se dio cuenta Madeleine. Si se caía, el barro de abajo reduciría la posibilidad de herirse.

Paso a paso llegó hasta el borde del techo. Exploró el vacío con la punta del pie. La lluvia, el viento y la oscuridad, todo se confundía en una mortaja indistinguible. Las gotas de lluvia impulsadas por el viento la cegaban, y el gemido del vendaval creaba un clima

como para ponerle los nervios de punta al pensar en los terrores que podrían estar aguardándola abajo.

Finalmente, sintió que había llegado a la extensión del techo que cubría las despensas, y prosiguió con más osadía. El salto desde esa parte del techo hasta el piso debía ser de un metro o poco más. Al llegar al borde, inspiró profundamente y encomendando su seguridad a Dios, saltó, acompañada de varias tejas. Aterrizó sobre sus manos y rodillas en un fangal formado por el agua que venía de la colina empinada. Apenas si se estremeció.

Sin poder ver nada, Madeleine siguió la colina empinada hacia arriba en dirección al invisible muro de piedra. A estas alturas ya se sentía segura de que no había ninguna trampa. Al caer había perdido el cuchillo. Estaba bien, se dijo a sí misma, pues dudaba de que se animara a usarlo. Recordó que cuando los alguaciles habían entrado por la fuerza a la casa de los Leblanc y la habían apresado, estaba demasiado paralizada como para moverse. Por el contrario, Alexandre había luchado como un demonio hasta que dos de los oficiales lo habían tirado al piso y uno de ellos se había sentado encima. El otro estaba atendiendo su nariz sangrante. Ella deseó que Alexandre estuviese allí en ese momento. A menudo había sido un estorbo molesto, pero se prometió a sí misma que nunca le hablaría ásperamente otra vez si el Señor les permitía estar juntos de nuevo.

Los arbustos, y las ramas de los árboles bajos y bamboleantes la apretaban, le arañaban la cara y los brazos, y terminaron de arruinarle la falda, ahora casi cortada en dos. Un rato después se topó con la piedra y supo que había ido tan lejos como le era posible. Se cayó redonda al suelo barroso y escondió su cara en su falda empapada. La lluvia continuó cayendo en cortinas y un pequeño río se deslizaba por su cuello. Se dio cuenta de que se debía haber cortado el pie en la subida porque ahora le dolía. No sabía si había llegado demasiado tarde o demasiado temprano. Se sentía tan cansada que apenas podía obligar a su mente a preguntárselo.



Por cuarta vez, Mathieu Bernard tropezó con una raíz o una piedra, y se cayó en la oscuridad. La linterna de tormenta que llevaba se le cayó de la mano y desapareció. Pero, la pequeña herida en sus rodillas y el barro adicional en su ropa no eran nada comparados con el daño causado a su autoestima. El porte indiferente de su compañero no facilitaba las cosas.

–No importa –gritó Armand de Gandon por sobre la tormenta–. Estamos llegando tan cerca de la casa ahora que igual teníamos que apagar la linterna pronto, y con toda esta lluvia no servía de mucho de todos modos.

Mathieu no dijo nada mientras luchaban por avanzar. El viento tiraba de sus capas y la lluvia les hería el rostro a pesar de llevar las alas de los sombreros vueltas hacia adentro. Mathieu había accedido a esta locura porque realmente deseaba que Madeleine fuese rescatada, si en definitiva resultaba posible. Pero tenía que admitir que, en parte, se había visto forzado a ello porque estaba harto de la manera en que todos adulaban a este soldado. Si no hubiese tenido que hacer todo con tanto apuro, con seguridad se podría haber organizado algo más práctico. No se había imaginado que sería así, tropezando ciegamente en un aguacero torrencial. Simplemente, no estaba en el mejor de sus momentos con este tipo de cosas, y sospechaba que Armand lo sabía. Pero su tío había estado muy ansioso impulsando el asunto.

–Bajemos un poco la pendiente –invitó Armand–. No queremos pasarnos del muro en la oscuridad.

Sacó su espada y tanteó hacia adelante como un ciego con un bastón.

Cinco minutos más de buscar a tientas y chocaron con un muro. Luego de seguirlo por varios metros determinaron que corría en ángulo recto hacia la colina y no con ella. Supieron entonces que era el muro trasero. Desde afuera, subir no sería un asunto difícil.

El problema surgiría al intentar el regreso, pues el desnivel de la tierra hacía que el muro fuera más alto adentro que afuera. Uno de ellos tendría que quedarse encima del muro para ayudar en el escape. Ambos eran altos y fuertes. No importaba cuál de ellos cruzara el muro.

Armand pareció experimentar un repentino ataque de delicadeza.

–Aquí está la cuerda –ofreció–. Salta y yo tiraré cuando me des la señal.

Mathieu quedó petrificado. Quizá Madeleine estaba esperando del otro lado del muro, o tal vez no. Quién sabe qué podría haber allí para emboscar a alguien tan tonto como para saltar del muro hacia la nada. ¿Y si habían descubierto la nota, o Petitjean o Lisette eran traidores, o Madeleine había sido atrapada y obligada a hablar? Por un segundo, la lluvia azotó su cara y se quedó parado y sin hablar. No podía ver la cara de Armand, pero estaba seguro de cuál sería su expresión: desdén o una maliciosa mirada de triunfo. Una oleada de autocompasión lo invadió y lágrimas de rabia arrasaron sus ojos. No era una competencia justa. No podía evitar sentirse ridículo.

–Imagino que eres más experto en este tipo de cosas. Salta *tú* y *yo* sostendré la cuerda –respondió por último.

La respuesta de Mathieu fue rápida y Armand pareció no notar la vacilación. Sin necesidad de que se lo dijeran dos veces, se tiró al patio del convento, y aterrizó con un chapoteo que se escuchó por sobre la lluvia. Mathieu, mientras se balanceaba en la cima del muro, se encontró jugando culpablemente con el deseo de que este valiente cayera en las manos de papistas expectantes y, *entonces*, se vería a dónde lo llevaría su astucia.

Pasó lo que le pareció un siglo, esperando, sosteniendo el extremo de la cuerda. Mathieu se sintió tan en evidencia como si estuviera sobre el muro a plena luz del día, aunque estaba negro como boca de lobo allí. ¿Qué haría ese soldado loco si Madeleine no había podido salir del edificio? ¿Iría a buscarla? El solo pensarlo despertó su terror y casi se cayó del muro. Estaba tratando de

superar su vértigo cuando sintió un estirón violento en la cuerda. Armand, o alguien más, estaba debajo de él ahora, aunque invisible en la oscuridad.

–Sostén con firmeza –susurró ese alguien.

Mathieu se apoyó con fuerza. De pronto, Armand estaba a su lado, casi sin aliento.

–¡Tira de la cuerda! –urgió el oficial.

Madeleine emergió con la cuerda atada a sus manos y muñecas. Ellos trataron de evitar que se bamboleara pero, sobrecargada por la falda empapada, se golpeó y rozó las piedras hasta que estuvo en la cima de la muralla con los dos hombres. No gritó cuando su rodilla, desprotegida por los remanente de su falda, se golpeó en la piedra áspera.

Entonces, Armand saltó afuera del muro y Mathieu, sin una palabra, tomó a Madeleine por las muñecas y la bajó hasta el piso donde la esperaba Armand. Estuvieron allí un momento para juntar sus cosas. Armand enrolló la cuerda. Madeleine comenzó a llorar quedamente. A Mathieu no se le ocurrió nada para decir en ese momento. Cada hombre tomó un brazo de la joven, y en parte la cargaron y en parte la arrastraron a través de la espesura y por encima de las rocas.

Luego de abrirse paso interminablemente, se sintieron a nivel del piso y continuaron por el camino solitario, pasando el cementerio hugonote hasta un puente de piedra a menos de un kilómetro de distancia del pueblo. Lo cruzaron, doblaron a la derecha y luego de unos pocos metros llegaron a un carruaje que habían ocultado, casi innecesariamente, detrás de unos robles y unos arbustos, a tres metros del camino. Una voz ronca los saludó ansiosamente desde el carruaje.

–¿La encontraron?

Era Moïse, el sirviente más antiguo de la familia Cortot.

–¡Sí, gracias al Señor! –respondió Armand–. Está un poco empapada, pero quedará como nueva cuando se cambie con ropas secas. ¿Cómo están los mellizos?

–Están dormidos –dijo una voz nueva.

Se abrió un alerón de cuero de la ventana del carruaje, pero no podía verse la cara por la abertura. La voz petulante pertenecía a Rebekah, hija del cocinero de los Cortot, destinada como doncella de Madeleine.

–¿Seca, dijo? ¡*Monsieur* es realmente gracioso para ser tan tarde en la noche! Si solo pudiera estar seca otra vez no me importaría que me colgaran.

Riachuelos de agua de lluvia corrían por el techo de cuero, y terminaban cayendo tanto adentro como afuera del carruaje. Armand y Mathieu subieron a la muchacha chorreante al escalón del carruaje.

–¿Vienen también ustedes dos? –preguntó Madeleine, haciendo una pausa en el escalón del carruaje y sacándose de la boca una mechón de cabello mojado.

–Yo iré contigo todo el camino hasta la casa de tu prima en Champagne –contestó Armand–. He estado tratando de convencer a Mathieu de que sería mejor que viniera también, antes de que todo el mundo sepa dónde ha estado esta noche. Debo montar ahora, *mademoiselle* –dijo retrocediendo–, debemos ponernos en camino antes de que todos los *catchpoll*[2] del sur del Loira nos persigan.

Desapareció en la oscuridad.

Mathieu no había soltado la mano de Madeleine. Trató de ver la cara de ella en la oscuridad.

–Nunca olvidaré tu valentía, querido Mathieu –expresó ella, con seriedad–, ni los terribles riesgos que has corrido esta noche. Siempre estaré en deuda contigo.

–No fue nada –dijo Mathieu, aferrándose desesperadamente de su mano–. Me gustaría ir, por supuesto, pero debo permanecer en Saint-Martin para apaciguar las sospechas. Espero que lo entiendas. No resultaría nunca que desapareciéramos los dos al mismo tiempo. Pero ¿tengo tu promesa de esperarme?

[2] Un suboficial de justicia con poder para arrestar.

–Sí, te esperaré, Mathieu, hasta el fin del mundo si fuera necesario.

Él besó su mano mientras las lluvia implacable continuaba empapándolos a ambos. Mathieu casi decidió ir con ella ahora... pero ¿huir cruzando toda Francia?

–Avanzaremos con la boda cuando todo este furor se apacigüe, ¿verdad?

–Sí, querido Mathieu –dijo ella con ternura–. Pero ¡ven pronto!

Armand comenzó a cabalgar, listo para partir. Moïse, consciente de la escena en el escalón del carruaje, sonó preocupado, frío e impaciente.

–¿Por cuánto tiempo se supone que estaremos aquí haciendo gárgaras con agua de lluvia? –se quejó.

Sin duda alguna, Armand se hacía la misma pregunta, pero se prohibió a sí mismo revelarlo en voz alta.

–No puedo expresar cuán agradecida estoy, *monsieur*, por lo que ha hecho– dijo Madeleine–. Ustedes han salvado mi vida y creo que también mi cordura.

–Ha sido un placer, *mademoiselle* –respondió Armand, cortésmente–. Ya he sido suficientemente recompensado, pero debemos compartir tu gratitud con tu padre y el bueno del pastor. Sería muy agradable quedarme aquí y conversar con ustedes dos, pero no estamos todavía a salvo y hay un largo camino por recorrer.

Se volvió hacia Mathieu.

–¿Has cambiado de idea sobre venir con nosotros? ¿No? Bueno, entonces, *au revoir*.[3]

Dio vuelta su caballo. El animal estaba nervioso y era difícil controlarlo.

–Dios te conceda un viaje seguro, *mademoiselle* –dijo Mathieu.

Tomando nuevamente su mano, la besó con fervor.

–Le diré a tus padres que te fuiste de buen ánimo.

–Oro para que Dios los proteja a todos en Saint-Martin –respondió ella–. Temo lo que pueda suceder cuando se sepa que falto. Asegúrate de decirle a mi padre que él y mamá *deben* salir

[3]"Adiós"; saludo de despedida.

de Saint-Martin... de inmediato, ¿entiendes? Mi mente no tendrá alivio hasta que sepa que ellos se han ido.

–Sí, sí, lo haré.

–Diles que se olviden de la propiedad. No tiene mucha importancia realmente.

–Sí, sí, mi querida.

–Tú también vendrás pronto, ¿verdad? Te estaremos esperando. No te demores por nada.

El carruaje arrancó con una sacudida y casi enseguida se desvaneció en la penumbra. Mathieu pudo escuchar que traqueteaba por el borde el arroyo en dirección al camino.

Con el corazón tan empapado con aprehensión como su ropa con la lluvia, dio media vuelta para subirse al caballo. Cabalgaría de un lado al otro hasta el amanecer. No convenía en absoluto despertar a la guardia del portón a las dos de la madrugada.



Durante los siguientes ocho días los fugitivos avanzaron sin cesar a través del clima hostil, rebotando sobre caminos de piedra, torciéndose en pozos de barro y vadeando arroyos crecidos; siempre mojados, nunca deteniéndose más que lo necesario para cambiar caballos o, pocas veces, para comer o dormir. Madeleine y los mellizos se quedaban en el carruaje en la mayoría de las paradas, y era la excéntrica Rebekah la que era enviada a hacer recados para su ama. Toda la comitiva estaba muy agotada por el ritmo que llevaban cuando al fin se acercaron a los límites de Champagne.

Esa mañana el sol salió vacilante y envió débiles rayos a través de las ramas de los árboles del bosque. Se elevaba vapor de la tierra mojada, y rayos de luz jugaban trucos extraños con las siluetas de los árboles y los arbustos. Armand, dormitando sobre el cuello de su caballo, pensó en varias ocasiones en las que había visto fantasmas que resultaron ser imaginarios cuando se acercaba. Al salir de una mancha boscosa, espió un arroyo que corría por un

lecho rocoso. La luz del sol iba ganando brillo y las grandes rocas junto a las orillas se veían secas. Los mellizos estaban inquietos y la sirvienta cada vez más malhumorada. Madeleine no se había quejado, pero Armand pensó que se veía demacrada. Es que con la intensa lluvia y el temor a ser perseguidos, apenas si habían intercambiado un centenar de palabras durante el viaje. Seguramente, un alto les haría bien a todos. Armand maniobró con su caballo y llamó a Moïse.

–No nos perjudicará detenernos por unos pocos momentos en este lugar. Es poco probable que pasen personas por aquí y nos haría bien sentir tierra sólida bajo nuestros pies otra vez. Tomemos aliento aquí en este lugar agradable.

El conductor se alegró inmediatamente y, sin decir palabra, llevó el vehículo fuera de las huellas que hacían de camino. Saltó a tierra y, en pocos momentos, los caballos estaban pastando, los mellizos estaban en el cañaveral arrojando piedras al arroyo y, la criada, encaramada en una piedra grande, rezongaba irritablemente aunque ninguno le prestara atención. Con los ojos cerrados, Moïse yacía sobre el musgo, no lejos de los caballos.

Madeleine se reclinó sobre una lona del carruaje, y con un brazo mantenía su cabeza en alto. Armand se sentó en la manta de su montura, con la espalda apoyada en un árbol y estudiando su perfil como si tratara de aprenderlo de memoria.

–Es bueno ver de nuevo el sol, *mademoiselle* –dijo–. ¡Temí que se hubiera ido por completo!

–A mí también me alegra –respondió ella, con una risita encantadora–. Veo que no todo el universo se sigue sacudiendo. En ese carruaje miserable pensé que me iba a cuajar.

–Lamento la incomodidad –contestó Armand, sonriendo–. Los carruajes no son la manera más cómoda de viajar, pero espero que hayamos dejado atrás las noticias de su fuga.

–Sigo pensando en los de Saint-Martin –dijo Madeleine con preocupación–. Espero que estén a salvo. ¡Los papistas estarán furiosos!

–Depende del fanatismo de las autoridades. Traté de persuadir a tu padre para que se fuera. Será un hombre marcado: ¡tres hijos desaparecidos!

–No fue su culpa completamente –dijo ella con tristeza–. Estoy tan contenta de estar afuera de ese... ese lugar, pero no valdría la pena si alguien sufre por mi causa.

–No te preocupes por Mathieu –dijo Armand–. Ese caballero no tiene nada que lo incrimine si mantiene la boca cerrada.

Madeleine miró rápidamente al soldado y estudió su cara por un momento.

–Vamos, no sea injusto con Mathieu. No es su *fuerte* tomar medidas desesperadas –había un toque de desafío en el tono de su voz–. No es un hombre de guerra, y esa salida de medianoche habrá sido una tortura para él. Creo que actuó en forma admirable. Por supuesto, *monsieur* –añadió rápidamente–, le estoy muy agradecida a usted. Sin ninguna duda fue muy generoso de su parte pasar por tantos problemas solo para ayudar a un amigo de su padre. Pero Mathieu y yo estamos comprometidos. ¿Quizá no lo sabía?

Él le sonrió.

–Si no fuera así, estaría grandemente sorprendido.

Ella lo observó, insegura sobre qué decir. Él estudió sus propios dedos.

–*Monsieur* Bertrand me pareció hosco, o quizá deba decir desdichado, en mi corto trato con él. ¿Es siempre así?

–Oh, no –respondió ella rápidamente–. Él es siempre muy amable y considerado. Por supuesto, por naturaleza es serio y digno, aunque en ocasiones canta muy dulcemente mientras yo lo acompaño en el clavicordio.

–Es mi mala suerte otra vez. No he tenido el privilegio.

La mirada de ella era definidamente sospechosa.

–Bueno, *monsieur*, he observado esta actitud de la que usted me habla, pero Mathieu solo ha estado así últimamente. No debe sacar

la conclusión de que esa es su verdadera naturaleza. Si lo conociera mejor, lo entendería y le tendría compasión, no lo ridiculizaría.

Él hizo un gesto de protesta y trató de hablar, pero ella no lo dejó.

–Desde que se cerró su universidad y no pudo finalizar sus estudios, ha estado melancólico. Y luego, este año, también cerraron la pequeña escuela de iglesia. ¿No piensa que su melancolía es perdonable?

Armand se encogió de hombros. Lamentó haber sacado el tema. Permanecieron en silencio por un rato. Madeleine mordisqueaba distraídamente una hoja de hierba.

–Realmente, él debería haber venido con nosotros –dijo ella, por último–. Necesita un nuevo comienzo. Yo sé que podría ayudarlo... ¡está tan enamorado de mí!

Miró a Armand en forma suplicante y continuó:

–Él vendrá detrás de nosotros pronto, ¿no le parece? Alguien que ha sufrido tantas desilusiones necesita simpatía y comprensión. ¿Nunca salieron mal sus planes?

Él levantó una ceja y fingió un continuado interés por sus dedos.

–Una que otra vez, pero algunas personas no están en una situación tan desesperada como se imaginan.

Ella se ruborizó y cambió de tema.

–Ahora, ¿qué pasa con usted, *monsieur*? ¿Este asunto no arruinará sus proyectos?

–Oh, dudo estar en peligro alguno –se encogió de hombros otra vez–. Nadie sabía que estaba en Saint-Martin, salvo nuestros amigos. Estoy de licencia del regimiento y justo pasaba por el pueblo cuando se produjeron los secuestros.

Pronto se encontró contándole de su visita a Versalles. Halagado por la atención extasiada de ella, se sintió animado a continuar y describir el palacio y su ceremonial en detalle.

–Puedes imaginarte cómo me afectaron estas perspectivas –continuó–. Mi padre me dejó muy poco además de un buen nombre y quizá una naturaleza algo tacaña. Me crié con nuestros niños paisanos en el lago de patos cerca de nuestro castillo. ¿Dije "casti-

llo"? ¿Esa reliquia ruinosa del siglo pasado, habitaciones mohosas y decaídas, tapizados gastados, y pisos deslucidos? Era una ruina sin esperanza para ser de la *noblesse* campestre. Mi linaje es tan largo como el de cualquier duque, pero mi madre salaba su propio puerco y llevaba sus propias cuentas. Tenía un único vestido de calidad: era de brocado, y herencia de su abuela. Nosotros vestíamos sencillamente como los campesinos y nos criamos comiendo carne hervida y sopa. Tuve un tutor por un tiempo, pero veíamos muy poco dinero y lo que teníamos iba perdiendo su valor. Cuando murió mi madre, mi padre y yo nos dimos por vencidos, perdimos todas las esperanzas y volvimos a servir como soldados.

"Por supuesto, podría reparar mi propiedad, o lo que queda de ella luego de diez años bajo un alguacil canalla, y quedarme en casa y usar mi sarga traqueteada para ir al mercado y anunciar con orgullo mi nobleza llevando mi espada mientras vendo mis nabos. O puedo ir a las guerras y esperar un ascenso".

Su tono se estaba tornando más amargo:

–¿Ascenso? Se producen muy pocos en estos días, sin un patrocinador o un favor real. Todos los nobles del campo acuden a Versalles y compiten por secretariados y comisiones del botín real. Pero ¡yo me dije que me moriría de hambre antes que mendigar! Vivir en barracas es una vida aburrida, y uno apenas puede sobrevivir con el salario y seguir siendo honesto. Pero lo intenté. Por lo menos, era mejor que esa granja espantosa. Ahora la bondad del duque lo ha cambiado todo, y no tuve que venderme para lograrlo.

Armand se dio cuenta de que había estado hablando mucho y se detuvo abruptamente. Madeleine parecía muy impresionada y lo miró por un largo rato. Sin embargo, él detectó dudas en la mirada de ella y se incomodó.

–Bueno –pareció disculparse–, no fue mi intención ensordecerte con mis quejas, pero ¿en qué estás pensando?

–No lo sé –respondió ella pensativamente, todavía mirándolo como si lo viera por primera vez–. Realmente, *monsieur*, sería impertinente de mi parte darle consejo.

Su sentimiento de incomodidad aumentó y, cuando sus ojos se encontraron con los de ella, él bajó los suyos. Ella parecía ver a través de él... parecía leer sus dudas a pesar de cuán cuidadosamente trataba de esconderlas.

–Patrocinado por duque, con jerarquía y un ingreso asegurado –dijo, desafiante– puedo ser de mayor servicio a los hermanos que como un oscuro oficial sin esperanza de mejorar.

–¿Qué habría de bueno en esto para usted?

Su voz era suave. Una vez más, él trato de encontrar los ojos de ella, pero la colisión con su brillo violeta le dio casi una sacudida física. Deseaba por sobre todas las cosas parecer despreocupado, pero se sintió confundido por la pregunta.

–Usted debe perdonarme, *monsieur* –persistió ella– por presumir de hablarle un poco francamente. Quizá se deba a mi linaje que no lo sé hacer mejor. Sería maravilloso para usted tener estas recompensas bien merecidas y poder ayudar a los hermanos también, para dejar atrás todas las vejaciones de las que habla, sin embargo...

Vaciló, lo miró suplicante y tomó más coraje:

–Sí, *monsieur*, yo... yo no puedo evitar temer por su alma en un lugar como Versalles.

–*Mademoiselle*, he tratado de explicar...

Su mirada fija todavía era difícil de sostener. Se dio vuelta rápidamente para ver qué estaban haciendo los niños. Habían dejado de arrojar piedras y estaban examinando alguna criatura que habían sacado del agua.

–¿Supongo –preguntó Madeleine, mientras se sentaba y se desperezaba con gracia– que esta buena fortuna vendrá acompañada de una consorte? ¿Cómo son las damas, allá en Versalles?

–Nada se ha dicho al respecto –replicó Armand, mirando las ramas cargadas de hojas sobre su cabeza–. La verdad, las damas de la corte no son nada especiales excepto por su vestimenta y sus peinados. Hasta el rey odia lo que llevan en sus cabezas, que cada año es más elevado, pero me dicen que no puede hacer nada al respecto.

Él pensó en la pequeña rubia del *appartement*, pero decidió que no era momento de mencionarla. Se apuró a proseguir.

–Recuerdo cuando era jovencito que podíamos decir con quién nos casaríamos. Uno va a un chiquero en la víspera del día de San Andrés y golpea en el portón. Si la cerda gruñe primero, uno se casa con una viuda; si es uno de los cochinillos, ¡entonces será una doncella!

–¿Y esa es la moda en Versalles?

–Realmente, algunos de los dormitorios son como pocilgas y, si hubieras visto algunas de las cosas que vi, jurarías que los cerdos también están allí. No he probado mi suerte.

Él comenzó a incorporarse, pero se quedó de rodillas al lado de ella.

–No nos preocupemos de si las harpías de la corte me atrapan. Al contrario, preocupémonos de que yo baile en tu boda. Debemos llegar a la casa de tu prima antes del anochecer; y entonces, será mejor que empieces a escribirle cartas urgentes a ese galán letárgico de los rulos rubios...

"Quizá debas esperar mucho tiempo, tú lo sabes –añadió, melancólicamente–. Te daré mi dirección por si necesitas realizar algún otro viaje. El regimiento está emplazado en Flanders ahora, pero en mayo estoy asignado al campamento de caballería en el Saar (trescientos hombres al mando de St. Ruth), por lo cual estoy complacido. La mayoría de la infantería se encuentra en el Eure, haciendo jardinería para el palacio. Las obras de agua reales, tú sabes. Luego de eso estaré en Flanders otra vez. Solo tienes que llamarme y estaré a tus órdenes... ¡aunque solo sea para bailar en tu boda!"

–No –respondió ella con firmeza, moviendo la cabeza–, usted ha hecho suficiente. Usted es muy galante y considerado al ofrecer tales servicios a alguien que puede no significar nada para usted. No estaría bien ponerlo en peligro una segunda vez.

–Desearía... –dijo Armand repentinamente–. ¿No te gustaría venir a Versalles a pasear? Podría mostrarte mucho de lo que no verías en ninguna otra parte de la tierra.

–Sería maravilloso, *monsieur*, pero poco recomendable... para ninguno de los dos.

Con un suspiro, él se incorporó para buscar los caballos.

Realmente eres un héroe cortés, se dijo a sí mismo, *al hacer tanto por piedad filial. ¿Habrías hecho lo mismo si ella hubiese sido poco atractiva...? ¿La bruja de Endor en vez de una damisela salida del Cantar de los Cantares?*

Desató su caballo y despertó a Moïse de un sacudón innecesario. Pronto, reanudaron el viaje.

Capítulo 4

¡Católico o muerto!

Las paredes desnudas del ayuntamiento de Saint-Martin estaban decoradas con tapices descoloridos, retratos de magistrados anteriores con cuellos lechuguilla y una placa de cobre inscripta con los privilegios municipales. Arriba del estrado, al final del vestíbulo, había una pintura del escudo de la ciudad, en madera y coronado por un gran crucifijo. La mesa en el estrado estaba vestida de verde, y sillas con el escudo de la ciudad bordado en ellas formaban una hilera frente a la mesa. Sobre todo este escenario, había una luz pálida que se filtraba a través de unas ventanas sucias en lo alto de las paredes. Parados incómodos en la habitación sofocante, los doscientos patriarcas de las familias hugonotas de Saint-Martin esperaban el momento que habían temido por casi cinco años. El silencio opresivo solo era quebrado porque ocasionalmente alguien arrastraba algún pie o se aclaraba la garganta.

Afuera, los techos rojos y los letreros de los comerciantes brillaban a la luz del sol. El cielo de agosto era brillante y azul, pero ninguna cara protestante reflejaba ese brillo. Con sus mejores vestimentas sobrias, habían venido en respuesta al requerimiento del pregonero del pueblo. Antes de que pudiera tocar su tambor y rebuznar su mensaje en más de un par de las plazas del pueblo, ya en cada casa se sabía la noticia: debían estar en el ayuntamiento a las nueve. El intendente estaría allí para demandar a los adherentes a la RPR –la Religión Pretendidamente Reformada– que renunciaran a su fe de inmediato, todos juntos, o que enfrentaran las consecuencias. Las consecuencias habían llegado a ser bien conocidas en muchas comunidades francesas desde 1681, el día

en que el intendente Marillac de Poitou descubrió que hospedar dragones en las casas hugonotas era la forma más rápida de lograr conversiones al por mayor. Ahora, a Saint-Martin le tocaba su turno con las dragonadas.

El pregonero no había mencionado que había varios escuadrones montados del Regimiento de la Reina a pocas horas del pueblo. No necesitaba especificar esos detalles, los pájaros del aire ya hablaban del tema; y mencionaron, también, que seis compañías de la infantería de Touraine estaban en camino, aunque a estos soldados les llevaría más tiempo llegar pues venían caminando. Y era bien sabido que el ejército francés realizaba su reclutamiento entre los ángeles buenos.

En contraste con los rostros tensos y los deslucidos atuendos de los burgueses hugonotes, había un grupo más pequeño, compuesto principalmente por el equipo del intendente y los hombres de la iglesia, parados cerca de la puerta principal. Simulaban ignorar a la infeliz audiencia. Resplandecientes con lazos y cintas, y llevando espadas vestidas a los costados, los jóvenes ayudantes intercambiaban chismes de París y la corte, riendo y sonriendo tontamente entre ellos mientras limpiaban su llamativo plumaje.

Llegó el obispo, alto, pálido, aristocrático, con un moño prominente y sienes que comenzaban a blanquear. Sus rojos y púrpuras iridiscentes contrastaban con el marrón del corrillo de misioneros que lo adulaban a su paso. La escena era ya vieja para ellos, pues viajaban antes que los dragones y realizaban los bautismos que daban la bienvenida a los herejes otra vez al seno de la Iglesia Madre. Poco les importaba que esto tuviera lugar antes o después de los servicios de los soldados. Habían llegado para ayudar a los curas locales con asuntos adicionales. El padre Chabert, alborozado por las perspectivas, hablaba alegremente con los clérigos y lisonjeaba al obispo.

A las nueve, tocó la campana de la torre para marcar el comienzo de la asamblea y, antes de que el bullicio sordo se extinguiera, el intendente hizo su entrada y subió a la plataforma baja. A continuación, entró el alcalde, alto y delgado, retorciendo nerviosamen-

te su collar de mando. Siguieron a paso más lento los miembros del concejo, con sus togas azules y violetas, y con dorados collares de mando en sus cuellos. Se veían incómodos aunque, por algún tiempo, ya no había servido en el gobierno de la ciudad ningún hereje declarado.

El intendente, un barril en seda amarilla apretada con una enorme peluca castaña, llevaba un bastón largo con punta de plata. Sus ayudantes y los oficiales militares se alinearon detrás de él. Miró con arrogancia la sala, su cara roja y cuadrada con calor y emoción. Varios oficiales uniformados y no comisionados de la escolta del intendente se formaron por último y tomaron posiciones cerca de las puertas, mirando con insolencia a los hugonotes, y salpicando el piso y a los civiles cercanos con escupitajos marrones de tabaco.

Luego de un tenso momento de silencio, el alcalde hizo una leve inclinación de cabeza al *sergent de ville*,[1] espléndido en una vestimenta colorida bordada con el escudo del pueblo. Este último golpeó pidiendo orden y en un falsete vibrante declaró iniciada la reunión. Luego, se escabulló nuevamente hacia la seguridad. El alcalde sacó un pergamino de bienvenida y tropezó con las banalidades legales bajo los despectivos ojos azules del intendente. Los ayudantes continuaron su conversación, pero en tonos un poco más bajos. Los clérigos escuchaban con condescendencia cortés, pero los soldados, completamente aburridos, movían sus pies enfundados en botas y hacían sonar sus pertrechos.

Finalmente, el alcalde concluyó y retrocedió con incomodidad, casi pisando el ruedo de su toga. Instantáneamente, el concejo del pueblo retrocedió un paso. El intendente inclinó su enorme cabeza acusando recibo de la inclinación final del alcalde. Luego, comenzó a hablar. Mencionó una *lettre de cachet*[2] del rey, que estaba dirigida a sus "queridos y bienamados súbditos" de Saint-Martin. Él sugirió fuertemente que Su Majestad estaba ofendido por el mal uso de

[1] Jefe de policía.

[2] Carta sellada que, generalmente, autorizaba procedimientos legales.

las libertades cívicas permitidas en la municipalidad y en esa nota amenazadora llamaba al obispo a dirigirse a la asamblea.

El obispo, conocido por ser uno de los mejores oradores de la corte, discurseó por un tiempo sobre el amor del rey y de la iglesia hacia sus hijos equivocados. Su melodiosa y bien modulada voz sonaba apaciguadoramente, casi hipnóticamente, mientras invitaba a los herejes a humillarse, dejar en el pasado el error que los encadenaba y volver al redil. Entonces, les iría bien en esta vida y, con seguridad, mejorarían sus posibilidades en la vida venidera.

Nadie, señaló, podía esperar razonablemente una libertad de conciencia que autorizara igualmente una mentira y la verdad. ¿No era una insolencia pretender igualdad entre su falsa religión y la de Jesucristo, que era santa y sagrada? Era solitario y frío fuera de la iglesia, les recordó. Había llegado la aurora, que echaba fuera las nieblas del error. Muchos de ellos podrían realmente estar agradecidos por la visita de los dragones y los misioneros, pues les permitirían convertirse y, además, mantener su reputación y el respeto de la gente. Por supuesto, la iglesia deploraba cualquier muestra de violencia y esperaba que los que estaban congregados reconocieran el espíritu de amor con el que se les extendía esta invitación.

Luego, el intendente continuó en una vena diferente. Con tonos más duros aseguró a sus oyentes que los herejes insolentes que por demasiado tiempo abusaban de la gracia del rey eran traidores a Dios y, por lo tanto, difícilmente podían ser leales a su rey. Si ellos resistían la orden del soberano y resistían tercamente al Espíritu Santo, su Majestad se consideraría a sí mismo liberado de cualquier responsabilidad por los dolores y calamidades que pudieran acontecerles. Quienes fueran razonables serían exceptuados de tener que alojar soldados en sus casas por dos años, y él no permitiría que los que no se retractaban intimidaran a los sabios y prudentes.

Recorriendo la multitud con una mirada que desafiaba a cualquiera a responder, dio la espalda a sus víctimas intencionalmente y se dirigió a la silla más grande del estrado. Allí, se tumbó en un trono con sus piernas cruzadas con insolencia.

Siguió un silencio atronador. Hasta los ayudantes dejaron de hablar y miraron a los hugonotes. Cada hereje podía, sin duda, escuchar los latidos de su propio corazón. Todos permanecieron paralizados. Para su crédito, el alcalde fue el primero en recobrarse.

–Si su excelencia quizá permitiera un poco de tiempo para considerar, un poco de tiempo para que estos caballeros discutan...

La cara del intendente se puso alarmantemente colorada. Se le salían las venas de la frente y las puntas de su bigote se estremecieron. Golpeó su puño en el brazo de la silla y envolvió al alcalde con un único y tremendo bufido.

–¡Estos canallas han tenido veinticinco años para considerar y discutir!

Se inclinó hacia adelante como si pudiera morder al pobre alcalde.

–¿Piensan que la paciencia de su Majestad es interminable?

Nadie habló.

–¡Basta de esta trivialidad! –bramó–. ¡Su Majestad no está interesado en ver quién es el último en abjurar!

Todavía no se oía ningún sonido.

–Conversión hoy o tropas mañana –remarcó un oficial suavemente, pero en forma entendible.

–¡Hablen, será posible!

Hubo un susurro y un movimiento en las filas hugonotas. Cortot estaba consciente de que muchos ojos se posaban sobre él. Desde el traslado del pastor, él era el líder moral como también el anciano principal. Era un momento crucial. Una palabra equivocada, la lectura o interpretación del asentimiento en los ojos de un hermano y todo el grupo podía sufrir una crisis de pánico. Había sucedido en otros lados. Cortot sabía que muchos estaban en la agonía de la indecisión. Finalmente, cada uno debería tomar su propia decisión, pero Cortot estaba decidido a que Dios no fuera deshonrado por la cobardía masiva. Con una oración silenciosa pidiendo las palabras correctas, pero con agonía en su corazón, contestó con voz firme:

–Nuestras propiedades, nuestros cuerpos, nuestras vidas, sí, pertenecen al rey. Salvo nuestra conciencia, que le atañe solo a Dios, todo lo demás que tenemos está dedicado al servicio de su Majestad.

El momento de debilidad pasó. Los hugonotes se enderezaron casi imperceptiblemente y miraron fijo a sus atormentadores.

–He oído muchas palabras lindas últimamente –dijo el intendente con desdén cuando pudo hablar–. Tenemos formas de lidiar con una insolencia así. ¿Alguien más tiene algo que decir?

El grupo permaneció en silencio. No era necesario decir nada más. Uno de los soldados que estaban encerca de la puerta se rió groseramente.

El intendente se levantó y, sin volver a mirar a los recalcitrantes, se retiró del recinto, seguido por su séquito. Los hugonotes se dispersaron casi sin palabras, cada hombre solo con sus premoniciones. Como era la costumbre, un tañido de la campana puso fin a la asamblea. Lo que en otros tiempos había sido un sonido agradable ahora sonaba descarado y amenazador a sus oídos.



La casa de los Cortot se preparó para el ataque como una fortaleza esperando un asalto final. Isaac Cortot hizo sus preparativos con el conocimiento de que la mayoría de sus precauciones serían inútiles. En varios lugares del jardín enterró lo mejor de la platería y algunos recuerdos. No se podía esconder mucho más, pues la casa se vería sospechosamente desnuda. La familia preparó cantidades de carnes frescas y en conserva, y alineó canastas de verduras al lado de la puerta del sótano. Vendrían a cenar muchos invitados poco gratos. Cortot llamó a los sirvientes a la sala y comenzó a contar piezas de plata de un pequeño cofre de hierro que había sacado de su escondite detrás de los libros.

–No hay razón para que se queden aquí a pasar por esta molestia –dijo en forma realista–. Han sido buenos sirvientes y no sería una recompensa por vuestra lealtad mantenerlos aquí. Les voy a

dar sus salarios del mes que viene y luego será mejor que se vayan antes de que lleguen los visitantes.

Eran cinco. Estaban parados en silencio y acongojados. Moïse, mayordomo y a veces cochero, se recuperó primero.

–No, amo Cortot. Porque eso sería algo bonito, ¿no?, huir y dejarlo a usted y a *madame* con esos amigos del infierno. De todos modos, ¿a dónde iríamos? –se encogió de hombros en forma elocuente.

–Moïse tiene razón –dijo Sara, la cocinera–. No hay seguridad en ningún lado, y el Señor nos puede proteger tanto aquí como escondidos en una zanja.

–Estoy agradecido, amigos míos –respondió Cortot, con lágrimas en sus ojos–, pero les imploro que piensen en ustedes mismos y se vayan mientras todavía hay tiempo.

Luego de una breve discusión, el muchacho del establo y dos mucamas decidieron arriesgarse tratando de huir del pueblo. Moïse y Sara se negaron a siquiera considerar la idea. Aunque uno lograra pasar los guardias del portón, la zona aledaña estaría llena de campesinos buscando fugitivos.

La calurosa tarde de agosto se prolongaba. El pueblo parecía excepcionalmente tranquilo. Los cuatro que quedaban en la casa de los Cortot pasaban gran parte del tiempo sobre sus rodillas. A veces, simplemente se sentaban juntos en la sala, confortándose con la mutua presencia. Hablaban poco. *Monsieur* y *madame* se sentían agradecidos de que ninguno de sus hijos tuviera que pasar por esa experiencia. Sí lamentaban no haber huido antes, pero nadie lo decía en voz alta.

De a ratos, Cortot leía algún salmo para darse aliento. Había leído dos versos del salmo 130 cuando tomaron conciencia de un zumbido apenas audible, como un enjambre de abejas en un mediodía caluroso. A medida que se escuchaba más fuerte, se fue convirtiendo en un murmullo de muchas voces, puntuado por gritos y el sonido de muchos pies arrastrándose. Cortot vaciló por un momento y siguió su lectura de los versículos 3 al 8 con solo un ligero temblor en sus voz: "JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá

mantenerse? Empero hay perdón cerca de ti, para que seas temido. Esperé yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado".

Un ruido de astillas vino de la calle, a poca distancia. Se miraron unos a otros con rostros pálidos.

"Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana. Más que los vigilantes a la mañana. Espere Israel a Jehová; porque en Jehová hay misericordia. Y abundante redención con él. Y él redimirá a Israel de todos sus pecados".

Ahora los pasos y los gritos se escuchaban más cerca. Los dragones, seguidos por una buena representación de la multitud del pueblo, iban repitiendo incansable y discordantemente: "¡Católicos o muertos! ¡Católicos o muertos!" Un fuerte y continuo golpeteo comenzó en la puerta.

Madame Cortot se sentó con sus ojos cerrados y sus manos cruzadas en su regazo, sus labios moviéndose.

–Recuerden –amonestó su esposo–: "Jehová es; haga lo que bien le pareciere" (1 Samuel 3:18).

Luego, saltó para atender la puerta antes de que la derribaran.

Abrió la puerta y casi fue golpeado por la culata de una pistola, con la que un dragón con aspecto de villano había estado martillando la puerta. Al costado del soldado de caballería estaba parado un oficial vestido de saco rojo. Tenía un papel en la mano.

–¿Cortot?

–Sí, *monsieur*.

–Está obligado a proveer alojamiento para mí y doce dragones, con provisiones para nuestras casas hasta nuevo aviso. Orden de su Majestad. Debe proveer para mis gastos diarios quince *livres* y tres para cada uno de mis hombres. Necesito una cama, tres sillas, una cómoda, un retrete y una cama para mi criado, de acuerdo con las reglamentaciones aprobadas por el ministro de Guerra.

El oficial entró apartando a Cortot a un costado. Lo siguió un ordenanza con un mono pequeño en su hombro, que pertenecía al oficial. Una cadena de metal liviana iba desde el collar del mono hasta el cinturón del soldado.

En lo que parecieron segundos, la casa se llenó de jinetes que taconeaban desde el ático hasta el sótano con sus pesadas botas. En la puerta de atrás, el perro de la familia fue fusilado antes de que se pudiera levantar. El gato salió en un destello gris, esquivando varias balas.

El oficial, que era capitán, se instaló en la biblioteca y demandó el dormitorio principal para sí. Inmediatamente ordenó la cena. Los soldados comunes se pusieron cómodos en las otras habitaciones, de acuerdo con sus preferencias. Ellos también tenían hambre, y aunque varios ya parecían bastante alborozados, sufrían de una sed terrible. Pronto llegó el descubrimiento de la bodega de vinos. La cocinera temblorosa trabajó tan rápido como podía, asistida por golpes y juramentos, mientras que a Moïse y a Cortot los pusieron a trabajar dándoles agua a los caballos de los visitantes. *Madame* Cortot, una figura marrón acurrucada en un estado cercano al colapso, fue ignorada por los intrusos excepto por algún ocasional comentario rudo.

Los soldados habían traído solo catorce montas –dos eran del oficial– pero, por la forma en que consumieron el forraje y el heno del establo de Cortot, uno habría pensado que estaban proveyendo para un escuadrón entero. Un borracho sentimental decidió que su animal era demasiado bueno para el establo y con dificultad lo metió en la sala, a donde se precipitó asustado, con resultados lamentables para los muebles.

Mientras esperaban la cena, varios soldados empezaron a practicar tiro al blanco en la sala. Pronto, la habitación estaba repleta de una neblina de pólvora, y el piso regado con despojos y vidrios. Cortot, al pasar por la puerta de un dormitorio, vio a un soldado de caballería solitario, con el sombrero en la mano y el rostro delgado y rígido de concentración, cortando con su espada las cortinas de la cama en cintas de igual ancho. En la habitación donde los niños habían guardado sus juguetes, el piso estaba cubierto con muñecas sin cabeza, soldados de plomo pisoteados y carros abollados. Un pequeño tambor, quizá considerado contrabando,

yacía cerca de la puerta completamente desfondado, y los restos del violín de Alexandre estaban desparramados cerca de su cama. *Al menos esta es una pérdida que el niño podrá soportar con coraje,* pensó el padre.

A pesar del terror y los moretones, la cocinera preparó una cena descomunal, gran parte de la cual los invitados desperdiciaron deliberadamente. Su hilaridad y violencia parecían aumentar a cada hora. La casa sonaba con juramentos en tres idiomas, el ruido de la vajilla al romperse y las esquirlas de los muebles pequeños.

Afuera en la calle, se reunió una pandilla de vagos, pues el zaqueo de la mansión Cortot prometía más entretenimiento que el común. Por supuesto, los soldados no permitirían que la gentuza civil infringiera sus prerrogativas, pero la turba esperaba, segura de que la caballería montaría un buen espectáculo.

Cortot tuvo que ayudar a llevar a la calle los muebles, su ropa y la de cama. Sus caballos fueron traídos de los establos. Gritando "Golpearemos tu peltre por ti", un soldado tiró a la zanja lo que pudo cargar en sus brazos. Se inició una subasta improvisada en medio de muchas peleas de mentirillas y payasadas. Se entregaron por peniques cómodas costosas, colchones e implementos de cocina, mientras que los miembros de la orden de los misioneros que pasaban sonreían con benevolencia ante la diversión. El baúl negro grande de madera con las experiencias de los hijos de Israel talladas, una reliquia familiar de cuatro generaciones, se vendió en tres o cuatro *livres*. Cortot tenía ganas de llorar.

Finalmente, la velada terminó. Salvo por la habitación donde estaba el oficial, casi no quedaba en la casa un pedazo de mueble que no estuviera dañado. El amo, su esposa y los dos sirvientes se refugiaron en el heno esparcido en el establo, pues los caballos tenían mejores modales que sus amos. Aunque indescriptiblemente exhausto, Cortot no pudo dormir, sino que permaneció acostado en la paja mirando su casa a la pálida luz de la luna. Parecía estar mirando ciegamente con cuencas negras sin ojos. La puerta estaba abierta, y los marcos y vidrios de las ventanas estaban destroza-

dos. El sótano, él sabía, estaba inundado. Desde adentro podían escucharse respiraciones pesadas, ronquidos y refunfuños de los dragones, mientras dormían y se reponían de la fatiga de la tarea agradable de la velada. Los pisos estaban sucios con comida, vino y mugre, y algunos de los invitados estaban desparramados en el piso, ajenos a todo, incluyendo su propia incomodidad.

Cortot sospechó que sería peor a la mañana siguiente, porque si la destrucción no lo había hecho cambiar de parecer, pronto seguirían las torturas... restringidas únicamente a la limitación impuesta por el rey de que ningún hereje debía ser muerto. Sin embargo, se sabía que los soldados no calculaban bien cuánto del proceso de ablandamiento podía soportar una contextura débil. Aunque varios de los misioneros habían mirado su casa durante la tarde, no habían hecho aún ningún esfuerzo por entrar en debate. Con ellos estaba el padre Chabert, quien parecía estar en el séptimo cielo de la delicia. La venganza podía ser del Señor, pero sus autonominados siervos encontraban muy dulce participar de ella. Mientras Cortot consideraba estos asuntos, Sara lo llamó en voz baja. Alarmado, gateó hasta donde estaba acostada su esposa, un bulto confuso en el heno.

–¡*Monsieur* –susurró la cocinera con una nota de pánico en su voz–, escuche la respiración de *madame*! No está bien. No la puedo despertar. ¿Cree que es una apoplejía?

Cortot tenía que concordar en que se veía pálida: algo estaba terriblemente mal. Él había temido algo así. Trató de recordar lo que había escuchado sobre las fiebres cerebrales.

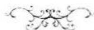
–Debemos sacarla de aquí antes de que *ellos* se despierten –susurró roncamente, sintiendo que una mano helada apretaba su corazón–. Toda esta destrucción ha sido mucho para ella.

–No hay ningún lugar a donde ir –susurró Moïse, que se había acercado silenciosamente–. Toda nuestra gente está en la misma situación.

En su mente, Cortot comenzó a recorrer la calle de un lado al otro. La posibilidad más esperanzadora podrían ser las hermanas Delarge. Eran damas católicas solteras que vivían al final de la calle,

siempre buenas amigas. Pero sería mucho pedirles que albergaran a una mujer hugonota con esos diablos sueltos. No tenía sentido llevarla a una casa protestante, y no podían sacarla de la ciudad. Más vale que él, por lo menos, estuviera allí por la mañana para dar explicaciones sobre Mathilde. Si ella estaba muriendo, sabía que los curas lo mantendrían lejos de su cama, pero era difícil que ella estuviera en peor situación que esta en la que ya se encontraba, acostada allí. Si las damas católicas tenían el coraje suficiente para recibirla, igual tendrían que reportarla; pero también tendría que hacerlo cualquier doctor o boticario que él pudiera llamar.

Cortot tomó una decisión rápida. Con una palabra a los otros, se escabulló por el callejón para hacer su pedido. Mientras se arrastraba de sombra en sombra por la calle desierta, decidió que moriría antes de rogar por ayuda. Pero si podía encontrar ayuda para su querida Mathilde, ya no le importaba el orgullo.



Mientras Cortot ayudaba a Sara con los restos luego de la comida matinal, se le acercó un dragón malhumorado, quien le ordenó que se reportara de inmediato con el oficial. Secándose rápidamente las manos en sus pantalones de montar, el hugonote se apresuró a ir a la biblioteca.

Por unos momentos, el gran hombre lo ignoró a propósito. Pretendió estar concentrado en encender su pipa, usando para ello una hoja de uno de los libros devocionales de Cortot. El oficial tenía un rostro hermoso y aristocrático. Evidentemente, era de linaje noble. Pero su boca era delgada y cruel, y sus ojos eran tan simpáticos como piedras. El mono estaba sentado en su hombro, chillando en lenguaje de la selva y desmigajando un bizcocho en el piso. El oficial estaba cómodamente desabotonado, aunque usaba sus espuelas desde temprano en la mañana, como lo atestiguaban las marcas en la mesa. Vestía una camisa blanca con volados y pantalones de montar azules. Extendido sobre un candelabro, había

un saco rojo magnífico con enormes puños azules y botones de plata. Sobre la mesa estaba su *jabot* blanco y su gorro rojo con borde azul y borla blanca larga.

Finalmente, se dignó a notar la presencia de su anfitrión.

–No somos un hato de cerdos, mi buen hombre –dijo, arrastrando las palabras–, y no deseamos comer como cerdos. Envíe mis cumplidos a su cocinera e infórmele que, si nos sirve más de esta basura, la voy a cocinar en su propio jugo y en su propio fuego, y a usted también, para que aprendan. Primero pensé que era una trampa para envenenarnos, pero ahora estoy más inclinado a pensar que se debe a la cocina provinciana. Ahora, preste atención cuando haga mi encargo para el almuerzo. No estoy de humor para degustar las exquisiteces de la región... este puré de castañas y todo eso.

Se estremeció delicadamente.

–Veamos que esta vez la mesa esté bien puesta –comenzó el oficial, tirando las cenizas de su pipa sobre la alfombra–. El pan y los cuchillos a la izquierda, las servilletas a la derecha. Luego, comencemos con una sopa, digamos un *potage*[3] de pollo finamente picado, destilado con cebada, rosas secas y canela. Naturalmente, habrá *entremets*[4] calientes y fríos, los cuales, como alma confiada que soy, se los dejaré a usted. Para la entrada, no puedo decidir realmente entre un cochinillo o quizás... ¿debería ser un pato con especias, o faisán, o perdiz con repollo?

Se detuvo para pensar con detenimiento en el problema.

–Bueno, entonces que sea todo eso. Será menos problema decidir. Sirva el asado con naranjas, por supuesto, y prefiero mis salsas condimentadas con agua de rosas. Habrá frutas de la estación, *hors d'oeuvress*...[5] digamos bife asado servido con riñones, cebollas y queso... y postres... una buena variedad para elegir.

Cortot permaneció parado allí por un tiempo, esperando en silencio que lo despidieran. Estaba tratando desesperadamente de

[3] Sopa espesa.

[4] Entremés: alimento que se coloca en la mesa para picar mientras se sirve la comida.

[5] Aperitivo.

recordar todo lo que le habían dicho. De repente, el oficial lo miró como si lo viera por primera vez.

–Usted sabe, por supuesto, que vendrán aquí ocho hombres más en poco tiempo. Varios de sus *confreres*[6] más inteligentes ya han visto la luz. Los lerdos como usted tendrán el honor de recibir cada vez más de mis magníficos compañeros hasta que usted también logre la sabiduría.

–¿Puedo preguntar algo, *monsieur*? –dijo Cortot, con un atrevimiento repentino–. ¿No piensa que es un sacrilegio pedirnos que abjuremos y aceptemos los misterios solemnes de su religión sin un convencimiento verdadero?

El soldado saltó como si lo hubieran apuñalado. Mostró sus dientes con un gruñido.

–Si lo escuché correctamente, cerdo hereje –replicó en su forma suave y amenazante–, usted tiene una corteza imperecedera. Sonó como si hubiera estado cuestionando la voluntad de su Majestad Cristiana. Espero haberlo entendido mal, pues de otra manera me sentiría obligado a traspasarlo con mi espada. Le ruego que no moleste su linda cabeza con esas cuestiones. Si el rey quiere que lo convirtamos al Islam, eso haremos. De hecho, trabajaremos con usted, hasta que de solo ver a un simple jinete salga corriendo a abjurar. Tenemos todo el tiempo del mundo. Trabajaremos con usted hasta que comprenda.

–Con la ayuda de Dios, nunca haré eso –declaró Cortot, con firmeza pero respetuosamente.

–Usted tiene una muy buena opinión de sí mismo –se burló el capitán.

La conversación languideció. Sin embargo, la casa no estaba precisamente en silencio, pues desde las otras habitaciones se podían oír discusiones en voz alta y tiros de pistola. De repente, la casa tembló. Dos soldados que se estaban peleando rodaron por la escalera, aprisionados uno en los brazos del otro. El oficial pestañeó y levantó sus cejas.

[6] Colegas.

–¿Todavía está aquí, civil? Su presencia no me hace sentir bien. Sea tan amable de largarse inmediatamente de aquí y llevar a cabo mis órdenes con exactitud y presteza. ¡Ninguno de sus trucos fibrosos de mercader! Yo sé que usted me toma por un tipo amable, tontamente indulgente y fácil de imponerme cosas, pero le advierto: ¡no juegue con mi buena naturaleza innata!

Acompañado por un soldado cansado, cuyo reducido repertorio de palabras francesas tenía un fuerte recubrimiento de Westfalia,[7] Cortot marchó al mercado. Su escolta desnudó un sable, pero al hugonote no se le ocurriría tratar de escaparse. Estaba transpirando profusamente y no solo porque fuera una mañana cálida.

Cortot hizo sus rondas seguido de cerca por la sombra harapienta y sucia. En algunas tiendas, los propietarios le cobraron exageradamente de más mientras lo miraban con malicia; otros lo miraban con simpatía y miedo. Un panadero, impulsivamente, le puso más panes con un gesto silencioso de entendimiento.

Las calles de Saint-Martin estaban repletas de soldados, tanto de a caballo como a de pie. A veces, estaban arriando a civiles miserables a la iglesia a punta de espada. Cortot reconoció a muchos de ellos como amigos y vecinos. La mayoría estaban desgastados. Como decía el refrán: "Veinticuatro horas de la tortura a la comunión". Un Petitjean sucio y mojado pasó trotando sin ser visto, con un tridente en su trasero y siendo un apóstata una vez más. Los hermanos se estaban desmoronado, se dio cuenta Cortot con un sentimiento de náuseas en su corazón. No podía culparlos: no había nada como una larga tarde de verano con los dragones. Por último, luego de que todo hubiera sido arruinado o devorado, los soldados seguirían con nuevas víctimas. El obispo y sus asistentes seguramente estarían muy ocupados.

Cortot deseaba que algún fenómeno sobresaliente ocurriera para marcar la indignación de la naturaleza por este tratamiento al pueblo fiel a Dios, pero el cielo estaba claro y bello. *Debo ser fiel,* dijo para sí. *No importa lo que el hombre pueda hacerle al cuerpo, hay*

[7] Región del oeste de la antigua Alemania.

que salvar el alma. Me reuniré con mis hijos en el mundo venidero si no es en este. No somos tentados más de lo que podemos soportar, se aseguró a sí mismo.

Sus meditaciones continuaron. Los hijos debían ir a una tierra extranjera. Mathieu se había ido al sur con su tío, pero seguramente iría donde Madeleine y los mellizos en la primera oportunidad que tuviera. Madeleine no tendría un centavo ahora, pero eso no le importaría a un tipo espléndido como Mathieu. También pensó en Armand y se sintió agradecido de que hubiera escapado de Saint-Martin. Habría sido baleado, y sin sentido. Recordó lo que el joven había contado sobre sus perspectivas en Versalles, y susurró una oración para que el soldado probara ser digno de su padre hugonote y que no sucumbiera a las trampas del mundo.

El soldado y su víctima pasaron por la casa de Delarge. Cortot se detuvo de repente. El dragón lo pinchó brutalmente en la espalda con la punta de su sable y llevó su pie hacia atrás para aplicar una fuerte patada. Enseguida, Cortot dejó caer su cargamento en la calle y vació sus bolsillos. El soldado aceptó con avaricia el puñado de cobre y plata.

Respondiendo al llamado de Cortot, una de las hermanas espió tímidamente a través de una pequeña rendija y abrió la puerta unos quince centímetros cuando vio quién era.

–Oh, *monsieur* –gritó y rompió en llanto.

El temor que resueltamente Cortot había estado queriendo quitar de su mente toda la mañana de pronto saltó hacia adelante.

–Por favor, *madame* –suplicó con voz ahogada–, tengo tan poco tiempo. Contrólese, le ruego. ¿Está ella... cómo está Mathilde?

La mujer católica hizo un esfuerzo, secándose la cara con su delantal. Luego, mirando con temor por encima de su hombro, habló rápidamente, casi en un susurro:

–Hacemos todo lo que podemos, pero ella está muy mal. Respira con dificultad y todos los signos son malos. El doctor ha estado aquí, y ella ha sido sangrada y purgada. Hemos cerrado bien el cuarto para que no entre aire, pero él sigue sacudiendo la cabeza.

Hemos llamado al boticario y ha picado dos cachorros y se están hirviendo con los otros ingredientes para la apoplejía, pero deben hervir por doce horas y... me temo que ella no dure tanto tiempo, *monsieur*. Y no puedo dejarlo entrar. Usted sabe que está prohibido estrictamente. Vinieron los frailes y el doctor les dijo. Por favor, no lo culpe, *monsieur*. Usted conoce la ley sobre herejes enfermos y ellos están con ella ahora, pero ella ha estado inconsciente todo el tiempo.

–Les agradezco, *madame* Delarge, a usted y a su hermana, por su gran bondad. El Cielo las recompensará. Me iré. No quiero causarles más problemas.

El soldado no se veía por ningún lado y el esposo angustiado siguió hasta su casa sin él. Era un pensamiento imposible de aceptar, pero sabía que probablemente nunca vería a Mathilde otra vez. Sabía lo que la ley estipulaba sobre los cadáveres de los herejes y trató de no pensar en eso tampoco.

Si ella debe irse, Señor, oró, *permite que se vaya sin volver a estar consciente.*

Sabía que los misioneros estarían esperando para perseguir a la mujer agonizante a fin de que abjurara de su religión y salvara su alma inmortal. Llegó a tropezones a la puerta trasera de su casa, con el corazón como un pesado bloque sobre su pecho. El soldado todavía no aparecía... quizás estaba bebiendo su *purboire*[8] en el cabaret más cercano.

El gatito gris se le acercó tímidamente y se restregó contra su pantorrilla.

–¿Volviste? –musitó Cortot mientras abría la puerta–. Vete mientras puedas, pobre bestia. Te conviene abjurar, gatito protestante, y aprender a hacerle *miau* a Santa Gertrudis. Ella es la santa patrona de los gatos, me dijeron.

Se detuvo.

–Debo estar volviéndome loco. Mejor que me componga. Todo indica que será un día sombrío.

[8] Propina.

Capítulo 5

¡Decisiones difíciles!

—En mi opinión, el "Cerco" pronto estará derribado –dijo el hombre de cabellos blancos y voz áspera–. Los preparativos están casi terminados, me dijeron.

Jean Claude, una vez llamado por Luis XIV como "el mejor predicador en mi reino", se limpió la boca con la servilleta. Era un domingo de octubre de 1685 en Charenton, la iglesia hugonota más cercana permitida a los parisinos. El Hotel Arbaleste estaba repleto con el ruido de la vajilla y un zumbido de voces educadas mientras los fieles consumían la comida del mediodía entre medio de los cultos en su templo más grande.

El pastor Claude era un hombre poco atractivo. Sus modales no eran brillantes ni dramáticos. Pero su habilidad y vigor en debate lo habían convertido en el ministro hugonote más conocido. Desde su colisión con el temible obispo Bossuet, había tipificado la defensa de la Religión mejor que cualquiera de los *Ruvignys*[1]. Ahora estaba sentado en una silla grande, con la punta de sus dedos juntos, frunciendo el ceño por encima de sus anteojos. Su plato estaba vacío, salvo por una pila de huesos cercanos. Sus acompañantes de mesa, todos predicadores salvo dos, estaban despachando las últimas porciones de las nueve o diez fuentes que tenían enfrente. La mayoría de los comensales en el recinto también eran discretos en el color de su vestimenta y en sus modales.

El pastor Jean Merson se inclinó hacia adelante con los codos descansando sobre la mesa.

–¿Creen que tendré tiempo de volver al sur antes de que suceda?

–Sería algo riesgoso –contestó Claude, en su modo prudente–.

[1] En la corte, comisionados oficiales que eran protestantes.

No es un secreto que el canciller Le Tellier declina rápidamente y está usando todo argumento posible para lograr nuestra ruina antes de dejar este mundo. Se dice que Louvois, como hijo sumiso, y Madame de Maintenon también están trabajando con él para lograr el fin del edicto.

–Nadie puede decir que es una sorpresa –suspiró un ministro de Picardy, de aspecto cadavérico–. Al "Cerco" le han faltado tablones por una generación y cada año sacan más.

Alejó su plato con melancolía.

Claude asintió gravemente.

–Si la revocación se acompaña con medidas para amordazar el ministerio, entonces nuestra obra pública en Francia está terminada.

Armand de Gandon, vestido de civil, saboreaba silenciosamente un vaso de limonada y seguía con la vista a los que hablaban. Salvo por un diácono de edad, era el único laico en la mesa y sentía su lengua atada en presencia de tanta seriedad. El pastor Merson había divisado a Armand cuando entraba al hotel y había insistido en que se uniera a los ministros en su mesa.

–Usted vino hace poco del sur, hermano Merson –Claude se volvió hacia la figura delgada a su izquierda–. Ha habido extraños relatos sobre Nimes, mi antigua iglesia. ¿Son ciertos?

–No sé qué es lo que ha escuchado, pero las noticias son malas –respondió el amigo de Armand, sacudiendo su cabeza–. El pastor Cheiron, en su predicación, hizo un llamado poderoso a permanecer firmes, y la congregación expresó su determinación con vehemencia. Pero, cuando los soldados aparecieron unos días más tarde, el colapso fue general y, aunque lamento tener que decirlo, el pastor abjuró con la mayoría de la congregación. Se dice que, luego que Bâville los amenazó con Montpellier, ocho mil doblaron sus rodillas ante Baal.

Los otros ministros se veían anonadados.

–El fin de todas las cosas realmente está cerca –susurró uno de ellos.

Armand habló con timidez.

–El rey ha enviado a Bourdaloue, su mejor predicador de la corte, para exhortar a los nuevos conversos en Montpellier. El rey ha dicho que a sus propios cortesanos no les importa escuchar sermones mediocres, pero que los herejes esperaban sermones bien presentados, con buena doctrina.

–Un dragón hace un mejor apóstol que el mejor predicador de la corte –reflexionó Merson.

–Nos balanceamos en el borde de un precipicio –afirmó Claude–. Han pasado meses desde que hemos podido hacer alguna suerte de protesta al rey, y al viejo comisionado se le ha dicho claramente que no se recibirán más de nuestros discursos. Los obispos que rodean el trono condenan el edicto día y noche. El obispo de Albi dijo, y creo que lo cito correctamente, que es "el edicto más maldito que se pueda imaginar por medio del que se otorga libertad de conciencia para todos y cada uno: la peor cosa en el mundo". Por supuesto, el papa Clemente VII también lo dijo hace ochenta años.

El diácono, un hombre pequeño con un ojo azul acuoso, movió la cabeza.

–Lamento haber vivido para ver este día –manifestó temblorosamente–. Recuerdo cuando era niño, allá por 1621, cuando se quemó la primera iglesia de Charenton. Qué calamidad pensamos que era y, como los ancianos de Israel, siempre me pareció que nuestro edificio actual era inferior al anterior. Pero ¡qué precioso que parece ahora!

–¡Dios nos defienda! –exclamó uno de los otros.

–¡Amén! –estuvo de acuerdo otro.

–Vivimos en la época más espantosa que los cristianos hayan visto jamás –aseguró otro pastor, sentenciosamente.

–¿Le aconsejarían quedarse al servicio de la tarde a alguien que tiene que estar esta noche en París? –preguntó Merson–. Me dicen que, en estos días, no es aconsejable para los de la Religión estar juntos afuera luego de que se hace oscuro.

Claude, que estaba comiendo trozos de queso con la punta del cuchillo, tomó su turno para contestar. Miró para ver dónde estaban los mozos y bajó su voz.

–No sé si alguna vez volveremos a tener cultos aquí después de hoy, hermanos. La hora en la que vivimos es más tarde de lo que pensamos. Nos han advertido en secreto que el próximo domingo la congregación estará llena de adoradores que simularán ser uno de nosotros, pero se trama que los oficiales reales aparezcan y nos urjan a unirnos pacíficamente a la religión del rey, después de lo cual, uno de esos impostores elevará un clamor de "reconciliación", esperando que perdamos nuestras cabezas y abracemos la confesión papista en bloque. Si determinamos que esto realmente está en preparación, sería mejor cerrar la iglesia hoy que ver el último servicio arruinado de esa manera.

Se volvió al pastor Merson.

–No esté demasiado preocupado por la policía. La Reynie ha arrestado a algunos en París, y mantiene siempre a algunos de los nuestros en la Bastilla para probar su fanatismo. Pero él primero es un policía y no un fanático. Quedémonos todos para la Comunión esta tarde.

Luego del murmullo de aprobación, uno de los comensales se levantó, hizo su reverencia y se volvió a colocar el sombrero.

–Es hora de la primera campana –dijo–. ¿Me disculpan? Quisiera pasar por la librería.

Los otros se levantaron, haciendo reverencias y estrechándose las manos.

A medida que los hombres iban saliendo de la puerta del hotel hacia la luz del sol, se arremolinaban a su alrededor mendigos buscando limosnas.

–Habrán cambiado su melodía para la semana que viene –señaló Armand al pastor Merson–. Lo más probable es que estén gritando en el nombre de Nuestra Señora para ese entonces.

El diácono anciano tiró de la manga de Armand.

–¿Vuelves a París esta noche, hermano?

Armand asintió.

–Entonces, ¿puedo abusar de tu buena disposición e ir contigo? Lo que cuenta el pastor Claude de la policía puede estar muy bien, pero he visto mucho últimamente como para estar tranquilo.

El tamaño y el armamento de Armand eran reconfortantes.

–Me sentiría honrado por su compañía, hermano –manifestó Armand, con cortesía–. He estado en París varias veces, pero estoy avergonzado de decir que esta es la primera vez que he venido a Charenton al culto. Usted puede mostrarme la mejor ruta a la ciudad.

–Entonces encontrémonos en el portón luego del servicio –contestó el diácono con alivio evidente–. Tenemos que poder llegar a la barrera para la hora de cierre.

Con una rápida inclinación, se apresuró por la avenida.

El pastor Merson esperó hasta que el diácono se hubo ido y luego guió a Armand a un lado de la corriente de adoradores que subían por la calle ancha y pavimentada hacia el templo. Doblaron en un sendero que llevaba al cementerio de la nobleza.

–¡Qué bueno verte! –exclamó el pastor–. ¿Estás bien de salud?

–Sí, gracias, pastor –respondió Armand–. Fue una sorpresa agradable encontrarlo por aquí. ¿Tiene alguna noticia del sur... de Saint-Martin? Yo no sé nada excepto que los dragones llegaron allí hace dos meses.

–No es una historia muy linda –el otro hombre sacudió su cabeza–. No estoy más allí, como tú sabes, pero he estado de pasada hace dos semanas en mi camino hacia aquí. Los hermanos han sufrido crueldad en cuerpo y posesiones, y me temo que algunos también en sus almas. *Madame* Cortot falleció, pobre mujer. Tuvo una apoplejía. El hermano Cortot está en circunstancias muy reducidas, pero me maravilla su gran coraje. Su casa fue casi destruida. Cuando sea menos vigilado, tiene la esperanza de escapar del país. Madeleine y los niños pequeños están todavía en el refugio a donde los llevaste la primavera pasada. Nada reciente se ha sabido del niño mayor, que estaba en una Casa para Católicos Nuevos. Lo que le preocupa a nuestro hermano ahora es que

Madeleine y los mellizos sufran algún daño antes de que él pueda arreglar su fuga.

El pastor miró la cara impasible del soldado.

–¿Y cómo van las cosas contigo, hermano? –preguntó suavemente.

–Suficientemente bien. Uno existe –Armand sintió que su respuesta era un poco débil.

El pastor no lo presionó para que le diera detalles.

–Le ruego al Señor que te bendiga y bendiga tus planes –le dijo.

¿Había un dejo de reprobación en su voz? Armand bajó sus ojos y fue cuidadosamente evasivo.

–¿Su sobrino, Mathieu Bernard? ¿Cómo está él? Había entendido que estaba comprometido con *mademoiselle* Madeleine e iba a encontrarse con ella antes de esto.

–Él fue conmigo al sur, a Cette, pero en este momento está cerca de Nimes. Pobre muchacho. Se ha tomado muy a pecho nuestros reveses. En este momento vacila sobre seguir adelante con el matrimonio –Merson suspiró–. Quisiera poder inspirarle más esperanza, pero realmente hay poca seguridad para el pueblo de Dios en estos tiempos.

La campana del templo comenzó a sonar lentamente, por última vez. Ambos dieron la espalda a la calle principal. Armand estaba sumido en sus pensamientos y el pastor lo miró en forma especulativa. Caminaron en silencio hasta que se les unió el pastor Claude. Armand se quedó atrás cortésmente y se inclinó para despedirse.

–Fue muy agradable haber tenido el honor de su compañía, señores –expresó–, y fueron muy amables al permitirme estar en su mesa.

–El placer ha sido nuestro –le aseguró Claude al oficial–. Usted puede hacer de mi casa la suya cuando esté en París.

Con otras cortesías se separaron, Armand se unió al gentío y se perdió de vista. Con una mirada singular, Merson lo miró mientras se iba.

–Bien, viejo amigo –declaró Claude, con una ceja levantada–. Te ves contento contigo mismo. ¿Has realizado tu buena acción del día?

–Creo que sí –afirmó el otro, con una sonrisa satisfecha.



Había sido un buen día de reposo en Charenton. Luego de tres servicios que incluían la lectura de treinta y dos capítulos de las Escrituras, ciento sesenta y siete páginas en tres sermones, el canto de diecinueve salmos y la recitación de doscientos versículos, los adoradores se fueron satisfechos. Armand encontró al anciano en el lugar combinado y dirigieron sus cabalgaduras hacia la capital. Cuando llegaron al prado abierto, los caballos comenzaron un trote parejo. Armand percibió que su acompañante quería hablar. Había peores maneras de pasar una tarde de fines de otoño. Ya se veían los colores del ocaso en el paisaje y se había levantado un viento fresco.

–Es difícil de creer –comentó el diácono con reminiscencia– que este puede haber sido mi último viaje hasta aquí. He venido por tierra o por agua estos sesenta y cinco años, a veces dos veces a la semana. Conozco cada palmo del camino. Tengo setenta y seis años, usted sabe.

"París siempre ha odiado la Reforma. Me he preguntado si la Mujer Escarlata es Roma o París, pues la copa de la iniquidad puede llenarse con seguridad en París también, y está salpicada con la sangre de los santos. Quemó a Louis de Berquin primero, y luego fue el Día de San Bartolomé. Incluso ahora nuestros cultos no pueden realizarse dentro de los límites de la ciudad, pero supongo que el insulto es mejor que el asesinato.

"Son dos leguas desde la Bastilla hasta Charenton –prosiguió, con la mirada perdida–. En un domingo pueden ser tres o cuatro mil los que vienen al servicio. Algunos venimos a caballo, algunos pocos en carruajes, pero muchos otros vienen gracias a sus propias piernas. Centenares llegan por el río. Cada tanto hemos tenido

problemas en el *octroi* al entrar o salir de la ciudad, pero los caminos eran lo más complicado: barro en la primavera y nieve en el invierno, por lo que era difícil para los más viejos, sin duda. Pero era una gran aventura cuando uno era joven.

"Hace tiempo, los *seigneurs* corrían carreras con sus caballos, ¡qué emocionante! Ahora nos comportamos en forma más decorosa, los tiempos son malos, quizás, y la nobleza ha decaído. Recuerdo una vez que el duque de Guiche trató de secuestrar a una hermosa viuda joven, *madame* de Harambure, en su camino a la iglesia. El mismo Richelieu le puso un freno a ese.

"Recuerdo que nosotros, los muchachos, preferíamos la ruta del río. El viaje costaba solamente un *sou*, llevaba dos horas, éramos sesenta en una barcaza. La gentuza de la Ile de Notre Dame podía atacarnos con piedras cuando pasábamos bajo los puentes. Nunca se sabía.

"¡Y cómo cantábamos en el río! Todavía lo puedo escuchar. Cuando había niebla podíamos oírlos venir, hasta que hace cuatro años un edicto puso fin a los cantos, incluso en campo abierto. La niebla era peligrosa. Recuerdo una vez una colisión durante el versículo séptimo del salmo noventa y dos. Algunos tuvieron que nadar un poco ese día".

Se quedó silencioso por un rato, al volver a pasar por un mundo poblado por amigos que hacía tiempo habían muerto. Luego continuó:

–Los grandes hombres, hombres de renombre, eran comunes en esos días. Cualquier pastor podía presentar un libro entero de la Biblia en un sermón, nada de la costumbre enfermiza, que uno ve en los púlpitos actualmente, de confinar la Palabra a unos pocos capítulos...

"Viste el templo hoy. ¿Has visto algo así en todos tus viajes? No lo creo. Pueden entrar cuatro mil en los tres pisos con las galerías, y aún así todos pueden oír perfectamente. Y está bien iluminado con esas ventanas altas, son ochenta y una.

"Verdaderamente –suspiró por último–, nunca veremos algo así otra vez de este lado de la ciudad celestial".

Entonces, comenzó a recitar con voz aguda y delgada:

Como el arca fue salvada del diluvio,
cuando Dios puso su iglesia allí por seguridad,
como también fue salvada por recibir a la iglesia
la pequeña Zoar, resistente en Sodoma,
así guardará Dios a Charenton
bajo sus alas.

Armand se dio vuelta en su montura:

–¿Y planea usted huir de Sodoma?

–Lo pienso mucho. Si el edicto se revoca, puede ser demasiado tarde. De todos modos, hay muchas formas en que uno puede intentarlo: por tierra a través de las fronteras o por mar hacia Inglaterra. Desde París a las Tierras Bajas[2] es lo más directo, pero el viaje por agua generalmente es el más fácil. De todos modos, es peligroso.

–Le ruego que comente esas posibilidades conmigo.

Por un tiempo hablaron de las diversas rutas hacia países protestantes, por tierra y por mar; de disfraces; de papeles falsos; de guías, honestos o canallas pero de todos modos indispensables; de la corrupción de los guardias fronterizos y los capitanes de mar; y de los temibles castigos para quienes fuesen atrapados en el camino. Ahora estaban pasando por las casas de campo de los adinerados burgueses parisinos, y los pueblos estaban cada vez más juntos: París estaba cerca. Armand, tan intrigado como horrorizado por los comentarios de su acompañante, aflojó sus pistolas en sus fundas y se aseguró de que la vaina de su espada estuviera balanceándose sin estorbos.

–Entonces –musitó Armand–, parece que, desde París, el mejor camino es dirigirse a un puerto del Canal; pero ¿cómo sería si uno tuviera que salir de Champagne?

–Entonces esa persona debería buscar la frontera más cercana. Sería bueno evitar las partes más densas de Ardennes, pero uno también tiene que recordar que llegar a los principados del Rin

[2] Las Tierras Bajas escocesas, o Lowlands, se encuentran en las zonas sur y este de la actual Escocia.

no siempre es ganar seguridad, pues nuestros soldados están lejos dentro del imperio y esos pequeños príncipes no protestan. Uno debe tener un guía y, con un guía bueno, podría ser más sabio dirigirse hacia Holanda.

"Al huir, uno debe evitar ciudades y aldeas como la plaga. Pero dar rodeos a través de los bosques y espesuras requiere de un guía, a menos que uno conozca bien la zona. Es difícil decir por cuánto tiempo los guardias fronterizos seguirán siendo tan complacientes como han sido hasta ahora, por lo que es muy útil tener buenos pasaportes y una carta de un obispo afirmando la ortodoxia del viajero".

–¿Cómo se consiguen estas bagatelas? –preguntó el soldado, mientras se acercaban al portón.

–¿Hablas en serio? –dudó el anciano, bajando la voz.

–Bueno, sí –respondió Armand, luego de una breve vacilación–. No inmediatamente, pero en un mes, más o menos, luego de que se realicen algunos arreglos.

–¿Quién podría decir cómo será la situación en un mes? –murmuró el anciano con la comisura de los labios y los ojos en guardia.

Pasaron sin problemas por el portón.

–Pero –continuó–, puede ser que yo mismo no pueda irme antes de ese tiempo y, si todavía estoy aquí, podría serte de utilidad. Te diré dónde encontrarme. Sin embargo, te imploro, sé discreto pues estos son tiempos complicados y entre el rebaño hay lobos rapaces vestidos de ovejas.

Sin decir más, se abrieron paso por entre la muchedumbre vestida de domingo, pasando por los negocios de vino y limonada, esquivando a pordioseros y pedigüeños descarados, y encogiéndose cuando algún carruaje manejado por un hombre loco pasaba por lugares angostos sin importarle la vida de los transeúntes. Armand esperó hasta que el diácono llegó con seguridad a su zapatería en un sótano y una vez más bordeó su camino cuidadoso por entre la humanidad pululante hasta la seguridad de la casa de ciudad del duque de Lauzières, más que listo para una buena comida y una cama cómoda.



Armand de Gandon estiró sus piernas cansadas mientras su caballo era guiado a tomar agua por un pilluelo impresionantemente sucio. Había sido una semana difícil y aburrida en octubre en el Eure, donde la infantería de Francia cavaba zanjas para las obras acuáticas del rey, que harían que finalmente florecieran sus jardines de Versalles. Armand había ido a caballo a París con papeles de rutina del duque, su coronel. Él estaba cansado y el caballo, acalorado, así que hizo una pausa luego de entrar al portón.

Compró algunas pasas de uva al menos ruidoso de los vendedores callejeros que se agolpaban a su alrededor, ignorando las maldiciones de los otros. Caminó hacia la ventana de un vendedor de grabados para ver qué había de nuevo. Se sentía muy alegre a pesar del tedio de sus obligaciones actuales. En el pasado mes de trabajos de excavación, el regimiento solo había perdido a trece por deserción y a seis por la fiebre; y apenas treinta hombres estaban en el hospital. Era verdad que al duque no le preocupaban mucho esos asuntos, pues para eso tenía oficiales profesionales, pero Armand tenía una fuerte sensación de satisfacción por un trabajo bien hecho. No faltaba mucho ahora, con seguridad, para que recibiera la comisión para el nuevo regimiento. Sentía que merecía esa promoción.

Su cara y su espíritu, ambos, se desplomaron cuando vio la proclama real en la pared del negocio. Sombríamente, leyó las palabras de apertura: "Luis, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra, a todos los que lleguen estos presentes, saludos. El rey Enrique el Grande, nuestro ancestro de memoria gloriosa..." ¡Al final el Cerco había sido derribado!

La proclama declaraba revocado el Edicto de Nantes dado que "la mayor parte de la Religión Pretendidamente Reformada" había abrazado la verdadera fe. Por lo tanto, el edicto ya era inútil. Todos los ministros de la RPR debían estar fuera del país dentro de los

quince días; todos los hugonotes que habían huido previamente debían volver en cuatro meses; y cualquiera que tratara de huir en el futuro sería confinado a las galeras de por vida si era hombre o, si era mujer, sufriría la pérdida del cuerpo y las posesiones en un convento. No podían realizarse reuniones. Todos los niños hugonotes nacidos a partir de ese momento debían ser bautizados en la confesión romana, pero los que no habían sido convertidos no debían ser molestados "hasta que Dios quiera iluminarlos como a los otros". Al pie de las hojas concluía: "Pues tal es nuestro placer", y estaba firmado "Luis", seguido por el canciller Le Tellier, y "*Par le Roy,*[3] Colbert".

Furioso, Armand se abrió paso codeando a una vendedora de castañas antipática para poder ver la vidriera del vendedor de grabados. Necesitaba un momento para controlar sus emociones, pero los grabados en la vidriera no fueron de ayuda.

Un grabado, titulado "La Religión Pretendidamente Reformada Acorralada", mostraba a una persona muy enferma, evidentemente la religión hugonota, en una cama con un dragón horrible acechando deatrás. Un doctor estaba tomando el pulso del paciente, y un hombre se ocupaba de echar libros protestantes en el fuego.

Se incluían varios versos chabacanos, de los que Armand leyó los últimos dos:

Tus libros y tus escritos son quemados en el momento,
el error y la herejía son reducidos a cenizas;
el sol que brilla descubre a tus ojos la verdad desnuda,
tu mayor enemigo.

La adoración a tus dioses es abolida,
el trueno y el relámpago que destruye tus altares,
tus ídolos destrozados, y tus templos demolidos,
¡todo son los testigos eternos de tu ruina completa!

[3] "Por el Rey".

Apretando los dientes, Armand miró el otro grabado. Mostraba a un sombrío Luis XIV blandiendo una espada sobre las ruinas de los templos hugonotes. "No sin causa el rey lleva la espada..." Esto era apoyado por algunos argumentos teológicos parecidos: "¡Herejes! Si todavía dudan de los Santísimos Sacramentos, escuchen a Jesucristo, pues San Juan, capítulo seis dice: '¡Yo soy el pan VIVIENTE...!'" Las letras más chicas eran difíciles de leer a través del vidrio rayado.

Armand volvió a su caballo con la mente hirviendo de intenciones a medio formar. Ciertamente, era peligroso que Madeleine permaneciera en el país, pero sería un asunto desesperado tratar de escapar ahora. ¿No era cuestión de Mathieu de todos modos? La Revocación decía específicamente que aquellos hugonotes que mantuvieran sus bocas cerradas no debían ser molestados hasta que el Señor los iluminara. El regimiento pronto sería suyo y en la corte el duque lo había estado incentivando para que estableciera una relación amorosa. Había algunas indicaciones de que la dama, aunque era de linaje encumbrado, podría estar interesada. ¿Era sensato tirar todo por la borda ahora, solo por un gesto sentimental... y por la prometida de otro?

Tomó las riendas de su caballo, revisó las alforjas y, además, tanteó para ver si todavía tenía su billetera. El pilluelo descalzo sostuvo el caballo mientras él montaba. Había algo en la desfachatez de la expresión del muchacho que le recordaba a Alexandre Cortot. Aunque no quería recordar en ese momento a los Cortot, quizá fue para tranquilizar su conciencia que puso de nuevo los *deniers*[4] en su bolsillo y, en su lugar, le arrojó al muchacho un *sou* entero.



La niebla de noviembre se había levantado hasta la cima de los árboles a medida que Mathieu Bertrand, frío y maltrecho por su largo viaje, caminaba por una avenida bordeada de álamos. Esperaba

[4] Moneda que equivalía a 0,08 *sous*.

estar llegando a Hauterive, la casa de campo al este de Troyes donde *monsieur* Cortot le había dicho que podía encontrar a Madeleine. Alrededor de su cintura, oculto bajo su chaqueta negra y su capa de montar, llevaba un cinturón de cuero que contenía prácticamente hasta la última moneda que Cortot había podido conseguir.

Mientras el rocín de Mathieu avanzaba a duras penas por los árboles empapados, recordó su alegría al recibir la carta de Cortot. Ahora, encorvado sobre el cuello de su Rosinante, se preguntaba qué le había agarrado. Cuando el edicto fue revocado, él y su tío habían perdido todo, y este había sido expulsado de Francia. Ahora, Mathieu había encontrado una forma de mantenerse a duras penas como empleado de un nuevo converso que tenía una mercería en Nimes. La red real tenía grandes agujeros en algunos lugares y los peces chicos como Mathieu andaban sin ser molestados. El llamado urgente de Cortot había sido bienvenido, admitió para sus adentros, como una excusa para salir un poco de su ocupación. Pero, con esta humedad norteña, congelado hasta los huesos, con el coraje también congelado, hasta la polvorienta tienda del mercero se podía ver como ventajosa.

Mathieu veía el futuro bastante parecido a como veía el camino delante de él: oscuro y con una niebla incierta. Cuando una visión del rostro de Madeleine pasó por su mente, la oscuridad se disolvió. Pero, cuando se espació en las perspectivas precarias del pan cotidiano, todo volvió a ser sombrío otra vez. Si tan solo ellos no hubieran realizado ese tonto rescate del convento, él y Madeleine podrían haberse asentado discretamente en la tierra de su padre y esperar a que la tormenta pasara. Oficialmente, el protestantismo no podía existir más en el país pero, de hecho, cada uno pactaba sus propios términos con el César. El celo de los oficiales, el fanatismo de los clérigos y el resentimiento de los vecinos variaban de lugar en lugar, sin embargo, un hereje que no desafiara abiertamente la ley era poco probable que fuera molestado. Por razones de seguridad, desde la Revocación, Mathieu no había enviado mensajes ni a su tío en Holanda ni a Madeleine.

Cuando Mathieu ubicó a Isaac Cortot, lo encontró viviendo con Moïse y la hermana de éste en una cabaña al pie de las montañas, a unos ocho kilómetros de Saint-Martin. Estaba en un pequeño lote erosionado, con unas pocas viñas, árboles frutales y muchísimas malezas. Una vez había sido la choza de un pastor de cabras y una parte sin importancia de las propiedades de Cortot. Se la había dado a Moïse luego de las dragonadas, esperando que la propiedad fuera lo suficientemente insignificante como para escapar de la codicia del enemigo. Su casa del pueblo había sido confiscada poco después para el pago de "impuestos", y él se había escurrido para vivir con su anterior sirviente, con la esperanza de que lo hubiesen olvidado en el pueblo.

Mientras Cortot abrazaba a Mathieu, exclamaba una y otra vez:

–¡Que afortunado he sido de haberte encontrado!

Mathieu se había sorprendido de cuánto había envejecido el hombre en los tres meses que habían pasado desde que se habían visto por última vez. La cara una vez redonda y rosada tenía muchas líneas; la papada le colgaba.

–Dudo que vuelva a ver a mis hijos otra vez en esta vida –le había dicho Cortot–. La furia del perseguidor no estará satisfecha hasta que yo no esté en la tumba, como mi querida Mathilde –las lágrimas escaparon de sus ojos y rodaron por sus mejillas–. Pero los jóvenes deben escapar de Babilonia aunque les quiten todo salvo sus almas. Si Dios lo permite, puede que lo intente más tarde, pero sería una locura ahora. Sin embargo, ¡para esto te escribí, mi querido Mathieu!

En su cinturón con dinero, Cortot tenía casi trescientos *livres* en oro y monedas de plata. Las había puesto en las manos de Mathieu. El corazón del joven comenzó a latir más rápido cuando adivinó a qué llevaba esto.

–Esto lo escondí de los dragones, mi muchacho. Ve a Champagne. Te daré la dirección. Madeleine y los mellizos han estado allí por seis meses ya, y no sé cuánto tiempo más estarán seguros. Lamento que las cosas hayan sucedido de esta manera, hijo mío. Ciertamente,

he esperado que seas mi hijo de verdad antes de esto, pero el Señor en su providencia ha planeado todo para nuestro bien. Ya no te casarás con la hija de un hombre rico. Solo tendrás mi bendición. Pero tú y Madeleine son jóvenes, tienen coraje y se aman el uno al otro. Y con esto, todo puede lograrse. Tendrás tu morada en una tierra extranjera, pero ten confianza como Ruth la moabita. Tengo algunas *livres* más con un banquero en Amsterdam, y Madeleine tiene mi carta de crédito. Esto ayudará, pero mis hijos tendrán que trabajar para ganarse el pan. Sin embargo, confío en que la mano del Señor no se ha acortado ni que necesite plata ni oro. "Jehová dio, y Jehová quitó: sea el nombre de Jehová bendito" (Job 1:21).

Mathieu no había olvidado la figura firme e inmóvil, parada al lado de la puerta de esa choza sin ventanas mientras él se alejaba por el sendero hacia el camino.

–Espero que tus hijos entren en la Canaán terrenal –había dicho el anciano caballero– pero, al menos, con seguridad nos encontraremos otra vez en la Celestial. Siempre estaré en deuda contigo por este servicio.

El largo viaje en un pobre caballo había fatigado su espíritu así como también su cuerpo. En la mente de Mathieu estaban constantemente las amenazas del edicto de Revocación: galeras para los hombres y conventos para las mujeres que trataran de huir del país. Él había escuchado unas cuantas buenas historias de escapes: el viaje por mar escondidos en fardos de mercadería; o flotando en un bote abierto sin comida ni agua; cruzando la frontera disfrazados de curas, vendedores o campesinos, o incluso peleando su ingreso al otro país. Realmente, nada de eso le atraía, pues le parecía sin sentido en ese momento. Más adelante, la vigilancia en las fronteras sería menos rigurosa. Esperar discretamente... ¿no sería eso lo más sabio? ¿No sería mejor servir al Señor viviendo como adoradores en secreto que estando muertos o volverse locos en un calabozo?

No es que él no podría soportar el calabozo, como cualquier otro, pero ¿qué beneficio sería para Madeleine arrastrarla desde la

relativa seguridad que ahora disfrutaba y exponerla de nuevo a la vida de un convento? Nunca se le permitiría un segundo escape. Supongamos que fueran detenidos juntos y que llegara a conocerse su intervención en el primer escape. ¿No sería destinado a la rueda[5] en lugar de la galera? A pesar de lo que decían de las galeras, él pensaba que las prefería a la certeza dolorosa de la rueda. ¡Había algo muy terminante en el hecho de que a uno le rompieran las extremidades con barras de hierro! Cuando alimentaba esos pensamientos, cabalgaba con sudor frío por kilómetros.

Varias veces, se encontró pensando que un matrimonio sin dote no era una empresa particularmente inteligente. Quizás, había entendido mal y los cambios recientes en la fortuna de los Cortot eran una guía divina que él no debía ignorar. Para cuando llegó a los portones de Hauterive, había tomado algunas decisiones.

Mathieu siguió al portero hasta la entrada principal del modesto castillo. Este se levantaba en medio de ambiciosos jardines de diseño formal.

–*Madame* no está aquí hoy –le informó el mayordomo, dándole un vistazo a su ropaje sucio y mojado, con sospecha mal disimulada.

Mathieu tomó la noticia con una fortaleza admirable y estudió varios grabados de santos y una apoteosis de Luis XIV en las paredes de la antecámara, mientras el sirviente buscaba a *mademoiselle* Cortot.

Se abrió una puerta detrás de él y se volvió para saludar a su prometida. Cayó sobre sus rodillas y besó su mano con fervor. Los ojos de ella brillaban de emoción. Poniéndose de pie otra vez y haciéndose un festín con la belleza familiar de la cara de ella, los pensamientos problemáticos de Mathieu se desvanecieron como humo. Se dio cuenta de que ella estaba hablando, y su calidez y su voz baja le trajeron tantos recuerdos que una vez más se sintió todo coraje y devoción.

–Te ves muy fatigado, Mathieu. Tus ojos se ven demacrados. ¿Ha sido un viaje difícil? Estoy tan contenta de que al fin hayas

[5] Cruel método de tortura utilizado durante la Edad Media.

venido. ¿Y mi padre? ¿Cómo lo dejaste? ¿Dónde está viviendo? No ha contestado mis últimas cartas. ¿Traes algún mensaje de él?

–Sí, susurró –echó un vistazo inquisidor a la habitación pintada de blanco, especialmente a la puerta abierta hacia el vestíbulo.

–Está hermoso afuera –respondió ella al instante–. Vayamos al jardín. Creo que los niños están afuera. ¡Estarán contentos de verte!

En un momento, ella reapareció con un manto de color fuego sobre sus hombros. Tenía una capucha con visera, pero dejó su cabeza desnuda. Atravesaron las puertas francesas y caminaron lentamente por los senderos de grava sin decir una palabra. Ella se recostó en su brazo, mientras él miraba solícitamente el rostro feliz de ella. Ya habían puesto varios setos entre ellos y la casa antes de que él comenzara a contarle su visita a Saint-Martin y las instrucciones de su padre. Cuando terminó, Madeleine había palidecido.

–No tenía idea de que las cosas estaban tan mal –expresó, casi en un susurro–. Él ha escrito solo una vez desde que murió mamá, pero no supusimos por su carta cómo estaban las cosas. La verdad, tendríamos que ir enseguida a verlo, pero debemos hacer como él desea. Podemos estar listos en cualquier momento, querido Mathieu. La prima Diane ha sido de lo más amable, pero el hecho de estar nosotros aquí ha sido una tremenda preocupación para ella. ¡Si alguno de los sirvientes habla, por ejemplo! Y ella está tan ansiosa por la promoción de su esposo a la *noblesse*[6] de la toga que se moriría si se supiera que tiene parientes herejes. Realmente, ha sido muy paciente...

"¡Oh! ¡Tengo una sorpresa! –continuó ella, cambiando de tema repentinamente–. ¡Alexandre está aquí!"

Mathieu transpiró mientras ella seguía alegremente.

–¡Los monjes lo encontraron demasiado difícil de retractar y lo dejaron ir!

Ahora era Mathieu el que estaba pálido. Podía simpatizar con los pobres monjes.

[6] La nobleza.

–Y será bueno estar *haciendo algo* otra vez –prosiguió Madeleine–. Por meses ha sido lo mismo: levantarse a las seis, y hacer tareas domésticas y entretener a los niños hasta las oraciones familiares a las diez de la noche. He bordado hasta quedarme con los ojos cruzados. ¡Y esos jovencitos! He jugado a buscar la zapatilla, a las escondidas, a cantar, leí las fábulas de Lafontaine en voz alta hasta que me las confundo todas en mis sueños. Como venganza, hice que Louis y Louise se aprendieran la mayoría de los salmos y la mayor parte de los catecismos largos y cortos. Desde que llegó Alexandre, he jugado algo de ajedrez con él, pero somos indiferentes al juego. Deberías haber estado aquí, Mathieu. Ha olvidado su latín en forma sorprendente. Estamos aburridos con estos bosques y este clima. ¡Realmente eres bienvenido! Vayamos adentro y, cuando la prima Diane regrese, le daremos la noticia.

De repente, notó la cara de piedra de Mathieu y se detuvo, sorprendida:

–¿Qué sucede, Mathieu? ¡Pareces una nube de tormenta!

Él inspiró profundamente. Ahora era el momento.

–Me parece, Madeleine, mi querida, que sería lo mejor para los mellizos y para Alexandre quedarse aquí durante una temporada.

El vio que la boca de ella se abría en instantánea protesta, pero rápidamente siguió con su discurso, evitando sus ojos.

–Ahora bien, es obvio que es más difícil para cinco pasar la frontera que para dos. Un grupo familiar atrae más la atención y debe moverse más despacio. Cuando se ven niños, inmediatamente se asume que una familia está escapando. Ellos no estarán en gran peligro si se quedan en Francia, pero tú lo estarás. Alexandre podrá cuidarlos. Por supuesto, sin duda en un futuro será posible que ellos nos sigan.

Madeleine miró fijamente a Mathieu mientras él demostraba que tenía razón. Ella no dijo nada enseguida, pero él sintió que su corazón se hundía. Ella lo estaba mirando como si fuera algo extraño y desagradable que recién había descubierto. Él observó

por un instante los ojos violetas y se encontró más cómodo bajando la vista hasta sus dedos cruzados.

–¡Realmente! –contestó ella, finalmente–. Ese fue un discurso extraño, como nunca había escuchado. ¡Y escucharlo de ti! Deberías saber perfectamente bien que jamás los dejaría aquí. Espero que estés diciendo esto como una suerte de cumplido, pero son un lugar y un momento extraños para entretenerte de esa manera. Si el asunto es tan difícil, oremos y planifiquemos mejor.

Mathieu nunca había sido muy humorista, y no estaba bromeando ahora. Buceó en su mente y disfrutó con el descubrimiento de que las protestas de ella no habían derribado su determinación. Habló nuevamente, con paciencia y condescendencia pero con firmeza, como quien habla con un niño irrazonable.

–No podría encargarme de ti, Madeleine, si tenemos a los niños con nosotros. Como te dije recién, seremos un grupo muy grande y atraeremos la atención. No puedes arriesgarte a ser capturada una segunda vez. Habrá ya bastantes peligros para nosotros dos, pero los mellizos son reconocibles fácilmente, con lo que los peligros se multiplicarían. Tú sabes que nunca sugeriría algo así a menos que fuera absolutamente necesario. Confía en mi sentido común, Madeleine. Para nada estaríamos abandonándolos. Simplemente, planeamos que ellos nos sigan más adelante, cuando los tiempos sean mejores.

Cuánto más hablaba, más persuasivo sentía que sonaba. Pero Madeleine lo enfrentaba con los puños apretados a los costados y parecía estar luchando para controlarse. Sus ojos llameaban y le temblaban los labios. Por un instante, él temió que ella se echara a llorar y se armó de valor para permanecer firme. Sin embargo, cuando ella expresó su opinión, fue bastante firme.

–*Monsieur* Bertrand, estoy de veras sorprendida por tu propuesta indigna. No pareces estar bromeando, pero tu idea es absurda. No tengo intención de dejar a mis hermanos para que sean presa de los papistas. Parece que soy todo lo que les queda en este

mundo. Es muy probable que les ocurra algo malo, pero ¡no será porque yo les robé la seguridad ni los abandoné para seguir mi camino sola! No, permaneceré aquí con ellos.

–¡Veamos, *mademoiselle*! –protestó Mathieu–. No estás usando tu razón. Ellos vendrán más adelante con nosotros. Esto aumentaría las posibilidades de éxito para todos nosotros.

–¿Qué arreglos tienes en mente para "más adelante"?

–Bueno, eso tendrá que ser determinado de acuerdo con las circunstancias del momento. Tú no puedes...

–¡No! Mantengo lo que he dicho. No me voy de aquí sin ellos, *monsieur*. Ahora, a menos que tengas algo diferente que decir, siento que estoy malgastando tu valioso tiempo.

–Escúchame –gritó él exasperado, tratando de tomarla de la mano–. ¿Cómo puedes pensar siquiera en irte por ti sola?

Ella retrocedió un paso, evitándolo y sacudió la cabeza en actitud de desafío.

–Algunos lo han logrado, me dijeron, y quizá todavía pueda encontrar a alguien con la ingenuidad suficiente como para arreglar la huida con mis hermanos también.

Su cólera iba en aumento al oír la burla en la voz de ella.

–Oh, ¿de veras? ¿Y a quién podrías tener en mente?

–A nadie por el momento, *monsieur*, pero estoy dispuesta a esperar.

El autodominio de Mathieu se disolvió y las palabras salieron a borbotones:

–¿Ese apóstata mercader de condecoraciones, ese mequetrefe de Versalles, supongo? ¡Ese obsequioso, desagradable galante de romance... proxeneta de salón!

La respuesta de Madeleine sonó helada en lugar de agitada:

–Si, como supongo, esa es su forma pintoresca de referirse a *Sieur*[7] de Gandon, debo decir que ni siquiera sé dónde se encuentra. Sin embargo, dudo que él pretenda que yo abandone a mi propia carne y sangre.

---

[7] En francés antiguo, "señor". Se diferenciaba de *monsieur* en que era un tratamiento de respeto que se utilizaba independientemente del cargo o título de nobleza.

–El caballero perfecto, ¿no? –gritó él, furiosamente–. ¿Así que se deben afrontar peligros mortales para que uno pueda compararse con este héroe de ópera? ¿Quizá lo esperemos más tarde en Holanda, al muy apuesto?

Ella dio media vuelta abruptamente.

–Si yo no soy suficientemente bueno para ti, *mademoiselle* –continuó él, enojado–, es hora de que nos entendamos; y también es hora de que descubramos si resultarás una esposa dócil. Yo me voy.

Madeleine volteó, ya con su ira controlada. Esta vez tiró de la manga de él.

–Mathieu, estás fuera de ti. Estos celos no son dignos de ti. Te he sido fiel. Soy yo la que esperé todos estos meses recibir noticias tuyas, y nunca llegaron. Sabía que los tiempos eran malos y que posiblemente estuvieras en peligro, y he estado orando todos los días para estar otra vez juntos pronto. No he visto ni he oído de *Sieur* de Gandon ni de ningún otro hombre. Me temo que tus preocupaciones te están trastornando, Mathieu. Sé razonable. ¿Cómo podríamos estar felices juntos recordando a los niños que dejamos aquí, desamparados y en peligro? No deberías insistir en que haga una cosa como esa. ¿No significamos para ti más que eso? Ahora, hablemos calmadamente, sin este griterío.

–Estoy siendo muy razonable, *mademoiselle*. ¿No lo reconsiderarías?

–No, *no puedo*. No me pidas que lo haga, Mathieu.

Él empujó la mano de ella alejándola, pero por la expresión del rostro de la joven, parecía que la había golpeado.

–Entonces, todo lo que tengo que decir es que tu sangre sea sobre tu propia cabeza, *mademoiselle*. ¡Adiós!

Él hizo una reverencia, muy formalmente, y dio media vuelta envolviéndose en su capa. Caminó lentamente con la cara en alto, con orgullo, mientras sus botas crujían fuerte en la grava del sendero. En parte esperaba escuchar que lo llamara. El tono de ella había sido suplicante, casi desesperado. Eso era animador. Quizás ella estaba comenzando a darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Era simplemente una niña malcriada que siempre había hecho su voluntad. Pero al acercarse al portón de hierro al final del jardín, ella aún no había dicho ni una palabra.

Cuando Mathieu llegó al portón, encontró a los mellizos y a Alexandre mirándolo con ojos muy abiertos. Alexandre, al que le faltaba un diente, habló:

–¡*Hey*! –el grito en ese tono de voz penetrante le trajo infelices recuerdos de la escuela de Saint-Martin–. Pero ¡si este es el maestro en persona! ¿Han tenido usted y su alteza una riña? ¿Qué sucede? No pudimos escuchar todo...

Mathieu pasó entre medio de ellos bruscamente. Detrás de él escuchó la voz de Madeleine, fría y autoritaria:

–Ya es suficiente de parte tuya, señor. Si *monsieur* Bertrand quiere su caballo, fíjate que Gervais se lo traiga de inmediato.

Unos pocos momentos más tarde, sintiéndose extenuado y algo enfermo, Mathieu se encontró otra vez sobre su miserable caballo blanco, yendo por la avenida hacia el camino. Estaba fuera del portón cuando recordó el cinturón con el dinero y que había olvidado de decirle siquiera una palabra a Madeleine al respecto.



Por tres días, Mathieu luchó con sus pensamientos. Su caballo caminó cansina y obedientemente hacia el este, pues su destino tentativo era Estrasburgo, el nuevo puente francés sobre el Rin. Si pudiera llegar a esa ciudad, cerca como estaba de los estados principescos del Sacro Imperio Romano, no sería difícil escabullirse hacia la seguridad del otro lado.

Pero esta no era su preocupación inmediata. Se debatía interminablemente si debía o no volver a Hauterive. ¿No sería esto equivalente a rendirse? ¿No le daría esto a Madeleine la idea de que cualquier capricho de ella lo manejaría? Cuanto más pensaba en liderar un desfile familiar a través de la zona de frontera, más claramente se daba cuenta de cuán sensato había sido su sentido

común. Las emociones de una mujer, sí, una jovencita, no eran bases sólidas para la acción. ¡Ir con todos esos niños... impredecibles, inquietos, irreverentes... descabellado! Sintió un alivio positivo de haber abandonado todo el asunto.

Pero, cuando recordaba cómo se había permitido ponerse irritable y como, en particular, había sido provocado a escupir ese comentario sobre Gandon, se le ponía la piel de gallina de la vergüenza. Era atemorizador cómo ese tipo parecía estar siempre sobre su hombro todo el tiempo. Al haber ella visto a Armand en sus aventuras quijotescas, parecía esperar que *él*, Mathieu Bertrand, fuera así de vertiginoso. Aunque ella nunca viera otra vez a Gandon, no había duda de que siempre estaría juzgando a su esposo tomándolo a él como base. Probablemente, Madeleine había sido tan consentida ahora que había llegado al punto de no poder apreciar adecuadamente la sensatez y la discreción. Estaba bien que él hubiese sido firme. Si ella se hubiera salido con la suya, ¡qué existencia de gusano habría llevado! Quizás esta pelea era una guía providencial.

Sin embargo, por otro lado, estaba la cuestión del dinero. No era suyo y él no tenía la intención de considerarlo así. Pero ¿qué debía hacer con él? Muy difícilmente podía hacer el largo viaje atravesado Francia hasta Saint-Martin. De todos modos, la situación sería algo difícil de explicarle a Cortot. Quizá, luego de haber escapado a Alemania o haber encontrado a su tío en Holanda, podría contratar guías profesionales para rescatar a los niños Cortot. Por supuesto, trescientas *livres* difícilmente podrían cubrir ese trayecto, y varias cosas podían salir mal con ese plan. ¿Debía volver sobre sus pasos ahora? Si ella seguía obstinada, siempre podía dejarle el dinero y que ella lo usara como le placiera. Pero, también estaba el riesgo de que ella lo abrumara con lágrimas y súplicas. Decidió no volver, al menos por el momento. Se estaba haciendo tarde y estaba muy cansado. Pasaría la noche en un hotel del próximo poblado y pensaría otra vez en el asunto cuando estuviera descansado. Seguramente, la frontera no podía estar lejos ahora.

Su mente había estado tan ocupada que apenas notó los cuatro hombres debajo de un árbol de ramas desnudas, a cierta distancia del camino. Luego de pasarlos, descubrió de repente que no estaba solo. La desaparición del sol detrás de las colinas alsacianas no era la única razón para el escalofrío que le recorrió el cuerpo. Su pensamiento horrorizado fue que serían hombres del camino pero, un rápido vistazo a sus armas y pertrechos, le dijo que era peor.

Un canalla, con un solo ojo malévolo, evidentemente un brigadier del ejército, puso su mano enguantada en las riendas de Mathieu.

–¿A dónde vas, mi distinguido compañero?

–A visitar a mi... mi primo en Estrasburgo.

Mathieu tragó saliva débilmente.

–Ahora, ¿qué piensan de eso? –se mofó el soldado–. ¡Tiene un primo en Estrasburgo!

Se volvió a sus acompañantes y guiñó el ojo.

–Tiene el plumaje de un cantante de salmos, también. Una coincidencia, sin dudas.

El corazón de Mathieu dejó de latir. Sus vísceras se retorcieron en agonía repentina. No tenía pasaporte ni otros documentos y estaba llevando trescientas *livres* en moneda. La injusticia de todo, el tener que estar en una situación tan espantosa sin haberlo elegido, lo privó del habla.

–Bien –observó el oficial no comisionado, con otro guiño triunfante, esta vez dirigido a su víctima–, vayamos y veámoslo. Tenemos formas de hacer que las aves canten, incluso especímenes tan cambiantes de pluma como tú. ¡Yo creo que conozco un ave cantora cuando la veo!



La cena había terminado. La mesa había sido despejada y los sirvientes habían dejado a Armand con el duque de Lauzières. Ninguno de los dos dijo mucho por un rato. Las zonas oscuras del apartamento del duque se iluminaban esporádicamente por las

llamas agitadas de la chimenea. Si le recordaban a Armand las penurias de un alma en el tormento, era porque se sentía igualmente inquieto. La madera siseó y chisporroteó, y las sombras que se reflejaban en el espejo de la repisa de la chimenea produjeron un efecto curioso en las estatuillas que estaban allí, como si estuvieran danzando en el brillo incierto.

Durante el postre, Armand había adelantado la sugerencia vacilante: la posibilidad de que fuera recomendable renunciar a su comisión y salir del servicio. El anciano no había dicho nada, y en el silencio elocuente Armand no se había explayado en su propuesta. Últimamente, el duque había estado más amistoso y paternal que nunca. Estaba claro con qué contaba *él*. Pero no se ganaba nada con esperar más. Armand debía encontrar las palabras apropiadas aquella noche.

El duque, casi escondido en su sillón de respaldo alto, se sentó de frente a su protegido con las manos apoyadas en los brazos dorados del asiento. La porción más visible de su anatomía era su pierna aquejada de gota que, en un banquito de brocado para los pies, miraba hacia el fuego.

–Me siento halagado de que prefieras mi compañía a la de la encantadora princesa de Lorraine –dijo a propósito de nada. Él siempre sonaba un poco sarcástico.

–Quizá sea porque usted tiene mejores modales, mi señor.

–Te ruego que no cuentes con mi compostura –contestó el duque, con acidez.

Otra vez se sentaron en silencio mientras el oficial iba juntando coraje y ensayando sus argumentos. El reloj frente a la chimenea dio la hora.

De pronto, el duque aclaró su garganta y comenzó a hablar. Su tono nasal usual estaba curiosamente suavizado y, mientras miraba el fuego, era como si hablara consigo mismo, como si nadie en la habitación lo estuviera escuchando. Armand permaneció sentado con la cabeza inclinada y las piernas cruzadas, mirando también las llamas.

–Había una vez un hombre joven–reflexionó el duque–, el único hijo de sus padres y heredero de uno de las casas más antiguas y orgullosas de Francia. Era un joven muy prometedor: apuesto, dedicado, valiente, y dotado en forma admirable con todos los dones de cuerpo y espíritu distribuidos a los mortales en forma escasa. Los dioses mismos deben de haber estado celosos pues, una tarde de otoño hace varios años, este joven dorado cabalgó con su padre al frente del regimiento que algún día heredaría. Una gran fuerza del enemigo sorprendió a la columna y, de un momento a otro, yacía retorcido y muerto; su sangre regaba el sediento suelo alemán así como la de una multitud de sus camaradas y la mayoría de los oficiales superiores.

"Entonces, otro hombre joven, también de linaje antiguo, pero de condición más humilde, salió de una compañía de infantería, formó una línea de batalla, venció los ataques de los caballos enemigos inspirando a sus hombres con su fortaleza, dirigió el ataque que recapturó las banderas del regimiento; y no solo salvó el día sino también salvó el honor del aturdido padre.

"Era adecuado que este joven fuera ascendido, y ciertamente lo fue. Pero, cuando el dolido padre-coronel contempló la competencia de este joven que nunca presumió de su buena fortuna y se formó una apreciación de su carácter, una idea se forjó en su mente: una idea que este joven excelente debe de haber desentrañado a estas alturas".

Armand no dijo nada, ni tampoco miró al que hablaba.

–Este hombre joven del que estoy hablando ha tenido algunas dudas, quizá. Pero, ciertamente, ¿se ha dado cuenta de lo que se abre ante él como hijo adoptivo del duque? ¡Un cargo de coronel que vale veinte años de su salario como mayor, y es solo el comienzo, una bagatela! ¡Gloria, estandartes por tomar, fortalezas que atacar y, estando en el camino unos pocos años más, un cargo de mariscal! Su Majestad bondadosamente consentiría en una patente para un título, y un día estará entre la nobleza, en el círculo íntimo alrededor del Sol real, habiendo heredado los títulos y

cargos del 'padre' en el momento adecuado... ¿Dónde necesita uno detenerse?

"¿Se resentirían algunos por un 'intruso'? Solo distantes hombres de alcurnia, bufones tontos con las virtudes de sus linajes fuera de ellos, sin crédito en la corte y sin dientes con que morder".

Armand silenciosamente se preguntó si, a su tiempo, él también se convertiría en bufón o, en la hediondez de la corte, terminaría criando bufones él mismo.

–Ahora, ¿qué hace que un hombre tan favorecido esté inquieto? Casi seguro que en algún lado están mezcladas unas enaguas. Uno necesita recordar que tales asuntos tienen una manera de resultar en forma diferente de lo que uno espera. Siempre se puede arreglar un matrimonio con una familia adecuada... nada difícil una vez que las perspectivas del joven se hagan conocidas.

El duque se inclinó hacia adelante y buscó los ojos del joven.

–Ni tampoco uno necesita preocuparse por el pasado –continuó–. Nadie se altera hoy en día si un oficial hugonote se acomoda a la situación actual. Tomemos a Marshall Turenne como ejemplo. El pasado se desliza sin obstrucciones en las sombras. La corte y el ejército están repletos de esas personas discretas. Nadie demanda un cambio en la mente, solo una demostración decente de devoción a la iglesia del rey. Si el cuerpo va a la capilla, ¿quién pregunta dónde está la mente?

"La religión del príncipe debe ser la de todos los hombres respetables. Si el rey es *devot*[8], entonces todos los caballeros deben ser *devot*. Si el rey es ateo, que todos los cortesanos sean ateos. Pero, para la tranquilidad del Estado, la iglesia y el gobierno deben apoyarse mutuamente. Uno debe aprender con el mismo fervor y habilidad a cantar una letanía como a jugar a los dados. Luis XIV ha faltado a misa solo una vez en su vida, ¡esa es la clave!"

Armand se movió incómodo y pareció estar a punto de hablar.

–Ahora, yo digo –prosiguió el duque–, uno puede creer como le plazca. No hay nada demasiado serio en el pasado de este joven del

[8] Una persona extremadamente piadosa.

que hablo, nada que no pueda disimularse con su carrera militar. Ese rescate del convento fue simplemente un pecadillo de juventud.

Armand se sobresaltó violentamente. *¿Cómo se enteró de eso?*, se preguntó, consternado.

–Estos son días buenos para los nuevos católicos. Llueven recompensas para quienes se someten amablemente. Para los fanáticos... solo problemas.

La voz del duque se volvió urgente.

–Una vida en el exilio es amarga, hijo mío.

Permanecieron sentados en silencio. El discurso ensayado de Armand se había desintegrado antes de poder usarlo, aunque todavía podía recordar el versículo "porque ¿de qué aprovecha al hombre, si granjeare todo el mundo, y perdiere su alma?" (Mateo 16:26). Pero ¿qué le debía él a la religión de su padre? ¿Podía vivir la farsa que sugería el duque? Muchos lo hacían. ¿Debía uno ser un tonto para ser virtuoso? Con todo, debía ser una cosa difícil caminar con el Señor y andar mano a mano con los perseguidores de su pueblo.

Por enfrente de los ojos de Armand pasaron visiones del regimiento que había sido su vida por tanto tiempo: acampado quizá junto a un camino de campo, armas y estandartes amontonados, los soldados alrededor del fuego, los calderos hirviendo, el aroma del ajo suspendido en el aire como una bendición y las notas de la trompeta muriendo en la luz del crepúsculo. Y estaban esos raros pero supremos momentos cuando uno compartía la embriaguez de la victoria; sonaban los tambores; y las banderas flameaban blancas y libres; los cuarteles brillantes destellando en el sol sobre líneas apretadas de luminosos colores, rojo y azul, dorado y acero. ¿Cambiar eso por la vida de un fugitivo perseguido, buscando caridad entre extranjeros? Suspiró.

–Mi señor, le agradezco por la parábola de este joven. Le ruego que no inquiera demasiado, porque no tengo la libertad de contar sobre un asunto que debo atender. Pero sería mejor que no perteneciera a su regimiento mientras lo hago. Puedo ser tonto y, de hecho, seguramente lo soy, pero debo responder a mí mismo. Usted

ha sido siempre más considerado de lo que he merecido y quisiera que pudiera encontrar a alguien más digno de su gran bondad.

–¡Ves! Te concedo la licencia que solicitas antes de que la pidas –exclamó el anciano, moviendo suavemente su cabeza–. ¿Qué podría ser mejor que esto? Haz lo que debas, pero regresa. Luego pide "instrucción"... esa es una palabra simplemente para apaciguar a los simplones. Te allanará el camino, y podremos olvidar las jotas y las tildes de la doctrina. Tómate tres meses... tómate un año si lo necesitas... y luego repórtate a mí otra vez.

El corazón de Armand le dolió.

–Mi señor –dijo titubeando–, no he sido un buen ejemplo de mi fe; pero aun así, no es algo que pueda llevar escondido con culpa bajo mi chaqueta. Me temo que pedir "instrucción" sería un compromiso para ser "convertido". No puedo hacer esto, pero aceptaré la licencia que usted tan amablemente me ofrece y trataré de ser prudente. No obstante, mi señor, le ruego que no manche su buen crédito con el rey tratando de salvar a un soldado desobediente, a un ingrato. Usted sabe que hay una cosa que su Majestad no puede tolerar. Siento que debo obedecer a un Poder Superior, pero el rey nunca lo verá de esa manera.

Armand se incorporó con vacilación. Sus palabras habían sido suficientemente firmes, pero sintió un alivio culpable de que su decisión no tenía que ser irrevocable. La puerta estaba entreabierta y así permanecería mientras el duque pudiera manejar el asunto. El anciano nunca podría entender un sacrificio realizado por una fe religiosa o a un hombre joven que dejaba atrás Versalles por propia voluntad.

El soldado se arrodilló y besó la mano pálida de su benefactor.

–Si no lo vuelvo a ver otra vez, mi señor, siempre recordaré su amabilidad y lo que trató de hacer por mí. Su servidor devoto, señor, siempre.

El viejo duque permaneció sentado con la cabeza inclinada sin hablar. Armand cruzó hacia la puerta, se detuvo con su mano en el picaporte, hizo una reverencia profunda y se fue.



Con la decisión tomada, Armand se envolvió en sus capas de montar, inspeccionó sus pistolas y salió a pie a su destino, la casa del viejo diácono, de quién debía obtener el pasaporte. La residencia de ciudad del duque estaba cerca de Luxemburgo y era necesario cruzar el Puente Nuevo. A Armand siempre le había gustado, al cruzar el puente, ver la figura ecuestre y galante de Henry IV, que miraba el Sena desde arriba. Pero esta noche, mientras caminaba por el pavimento, vinieron a su mente pensamientos inesperados: que ese mismísimo héroe protestante había encontrado necesario tomar "instrucción" y había cambiado su fe por una razón buena y suficiente. Alrededor de la base de la estatua, a la altura de la Isla de la Ciudad, había bultos informes, apenas distinguibles en la escaza luz. Eran los pordioseros cojos, ciegos, tortuosos. Se preguntó dónde estaría durmiendo alguna noche futura, y una voz persistente le dijo que diera la vuelta y volviera con el duque mientras todavía podía. Discutió con la voz mientras sus piernas hacían su tarea y avanzaban hacia su destino.

El viejo hombre que Armand buscaba vivía cerca del Mercado Tripe, no muy lejos de la Rue des Sevres. Era un trayecto oscuro, y la noche estaba llena de crujidos y movimientos. Especialmente, mientras pasaba bajo la galería cubierta entre el Pont du Change y el Pont Notre Dame, mantuvo la mano en la empuñadura de su espada y caminó lejos de los muros y las bocacalles. Los ruidos eran por lo general de ratas que buscaban basura, pero también se encontró con algunos basureros humanos. Eran un grupo poco favorecido, pero lo evitaron. Un hombre de su talla no prometía ganancias fáciles.

Finalmente, encontró la callecita que buscaba. Nadie estaba a la vista. El edificio tenía cuatro o cinco pisos sobre la calle. Todos estaban oscuros, pero ¿cuántos ojos y oídos habría si trataba de levantar al viejo hombre a las once de la noche?

Golpeó con suavidad. Las pequeñas ventanitas recubiertas de plomo brillaban misteriosamente a la luz de la luna. El viejo podía estar muerto, sordo o haberse ido. Golpeó más fuerte. Estaba comenzando a transpirar en el aire frío de la noche cuando la puerta se abrió con lentitud y una cara asustada se volvió algo visible.

–¿Quién está ahí?

–El mayor de Gandon... usted sabe, de Charenton.

–Entra rápido –susurró el viejo– y no tan fuerte.

Armand lo siguió bajando por unos escalones angostos hasta una pequeña habitación. Olía a comida vieja y ropa de cama agria. El anfitrión se sentó en la cama, apenas visible a la luz incierta de un trozo de vela que brillaba mortecinamente en un plato.

–Perdona mi brusquedad –dijo el diácono, restregándose los ojos– pero la noche tiene oídos. He vendido mi negocio y me voy en una semana, espero. Tenía miedo de que fueras de la policía. Uno nunca puede ser demasiado cuidadoso.

–Seguramente –concordó Armand–, lo entiendo. Yo también he decidido irme.

–No tan fuerte –y el viejo miró con aprehensión a su alrededor, a las paredes desnudas.

–Como usted dijo, necesitaré un pasaporte y una carta del obispo –susurró Armand, sentándose en un taburete desvencijado.

–Estás justo a tiempo, entonces, porque están haciendo el mío precisamente ahora. Ya no puedo soportar más estar aquí. Espero que necesiten zapateros en Brandenburg, pues allí es a dónde voy –su voz se quebraba un poco como un sollozo–. Tú sabes, una semana después que estuvimos en Charenton, el edicto fue revocado y esos hijos de Belial tiraron abajo el templo... ¡lo arrasaron!

–Eso escuché –asintió Armand–. ¿Y el pasaporte?

–Así que fue el último domingo, exactamente como dijo el pastor Claude.

–Muy cierto –afirmó Armand–. ¿Qué me dice del pasaporte?

–Oh, sí, sí. Ahora, ¿de dónde me dijiste que querías partir?

–De Champagne.

–Entonces irás a la Holanda española. Pienso que eso todavía sería mejor. Están vigilando los puertos más cuidadosamente estos días, pero es una zona dura hacia el noreste y también es invierno. Un buen guía te puede hacer cruzar. Pero ten cuidado, pues las vidas de los hombres están en peligro cuando muchos saben demasiado.

Armand asintió sombríamente.

–Supongo que lo mejor sería que tomaras un carruaje a través de Sedan pero, si eso no es posible, tendrás que caminar. Luego, pregunta en el Green Sow por un tal Rahab. Dile, escucha bien: "Nuestra vida por la tuya, no divulgues este nuestro negocio". Dile que te envía Joshua. Su nombre es Baudin, pero no escribas nada de esto.

–¿Y el pasaporte?

–No puedo llevarte allá, pero llevaré tus instrucciones. Ven aquí en tres o cuatro días y lo tendré junto con una buena carta como si fuera de un obispo testificando tu ortodoxia. De hecho, en mejor francés que el que la mayoría de los obispos maneja.

–Muy bien. ¿Cuánto cuesta esto?

–Veinticinco *écus*[9] serán suficientes.

El anciano buscó a tientas una pluma tosca y le sacó punta rápidamente con una navaja.

–¿Cuáles son los detalles para el documento?

Armand miró hacia arriba al cielorraso por un momento antes de contestar.

–Que lo hagan a nombre de Legrand, Anatole, un mayor, digamos, al servicio de su Majestad a los Estados de Holanda en el séquito del embajador de su Majestad *monsieur* d'Avaux.

–Sí.

–El pasaporte incluirá a *madame* Legrand y los mellizos Louis y Louise.

[9] *Ecu d'argent*, también llamada *louis d'argent* (luis de plata), era una moneda que equivalía a 3 *livres*.

Capítulo 6

Tiempo de viajar



Fue muy amable de su parte molestarse por nosotros, *monsieur* –dijo Madeleine Cortot.

Otra vez estaba con un visitante en una esquina del jardín de diseño formal.

–Me haría muy feliz poder servirte, *mademoiselle*.

Armand de Gandon se inclinó otra vez y echó un vistazo a la cara de la joven. Sí, estaba más delgada, más bien sombría.

–Habíamos esperado antes de esto estar en una ciudad de refugio –respondió ella–. Mi padre nos mandó a decir que deberíamos ir sin él, pero no sabemos dónde conseguir guías de confianza. El evangelio dice que oremos para que nuestra huida no sea en invierno ni en el día de reposo, y estuve indecisa en cuanto a salir en esta época del año con los niños.

Ella miró el horizonte cerrado, a través de los árboles desnudos. Las primeras nieves de noviembre llegarían pronto.

–*Mademoiselle* tiene un guía de confianza a su disposición –respondió Armand, amablemente.

–No podemos arriesgar exponerlo a usted a la furia de los perseguidores otra vez, *monsieur* –movió la cabeza con firmeza–. Ya una vez nosotros... yo... lo puse en un temible peligro, pero no estaría bien exponerlo al riesgo a ir a las galeras ahora. No sabía que mi padre le había escrito.

Él movió su cabeza y comenzó a hablar, pero ella levantó su mano.

–Está de acuerdo con su naturaleza generosa tratar de ayudar a los hijos del amigo de su padre pero, realmente, es la responsabilidad de otro.

–*Mademoiselle* no me entiende –protestó–. Me encontré con el pastor Merton hace varias semanas en el templo de Charenton y me contó de las circunstancias de tu padre. También me dijo que *monsieur* Bertrand estaba en el sur y, posiblemente, no podría reunirse contigo por algún tiempo. Por supuesto, si esperas a *monsieur* Bertrand, estaré feliz de darle cualquier ayuda que pueda. Solo lamento no haberme presentado enseguida, pero había asuntos que debía atender antes.

–No espero a *monsieur* Bertrand –respondió ella con una expresión peculiar–, pero eso no es importante. No es correcto que usted otra vez arriesgue su vida, su futuro y la estima de sus notables amigos. Su naturaleza es caballerosa por demás, pero debo negarme a sacar ventaja de eso.

Ella cerró la pesada capa alrededor suyo y lo miró a los ojos.

–Es verdad –reconoció él– que una vez tuve algunos sueños tontos y fui lo suficientemente torpe como para hablar por demás de ellos. Pero tú y tu padre, y el resto de los hermanos, son mis amigos más importantes ahora. Les he dicho adiós a los otros. Créeme, *mademoiselle*, no tengo futuro en Francia salvo que pueda ayudar a mis amigos. Me gustaría serte de ayuda, si puedo.

Ella se mordió el labio y bajó su mirada. Había lágrimas en sus pestañas.

–Pero, *monsieur*, ¿y su regimiento, el favor del rey y todas las maravillas de Versalles de las que me contó la primavera pasada? ¿Todo esto será sacrificado por un... un *beau geste*[1]?

–Te ruego, *mademoiselle*, que creas que estoy diciendo la pura verdad. Creo que entiendo algunas cosas mejor de lo que las entendía seis meses atrás. ¿No dijo Salomón: "Mejor es lo poco con el temor de Jehová, que el gran tesoro donde hay turbación" (Proverbios 15:16)?

–Lo he tratado injustamente, *monsieur* –expresó ella con suavidad, su rostro radiante–. Son muy buenas noticias. ¡Todos esperábamos esto!

[1] Un gesto fino.

Ninguno de los dos habló por un rato. El viento se estaba levantando y azotaba las ramas desnudas de los árboles fuera del muro del jardín.

–Durante mucho tiempo, he estado ansiosa por irme de aquí –le contó Madeleine poco después, algo más relajada–. Mi pobre prima ha estado atormentada desde que el edicto fue revocado. Ella y su esposo están intentando con esmero conseguir un título de nobleza. No se vería muy bien si se supiera que tiene herejes en su propiedad.

–Trataremos de dejar tranquila la mente de la dama lo antes posible –Armand sonrió–. Dejemos que piense que vamos al sur a reunirnos con tu padre. Estoy seguro de que ella no les causaría daño intencionalmente, pero cuanto menos sepa, mejor... ¿verdad?

–Tengo algo de dinero –le confió ella–. No es mucho porque, hace poco, le envié a mi padre la mayor parte de lo que tenía. Moïse no puede trabajar, usted sabe, y la salud de mi padre no ha sido muy buena.

Armand asintió.

–Yo también tengo algo, y no usaremos el tuyo a menos que sea necesario. Una vez del otro lado, ganarse la vida será más fácil para mí que para ti como mujer. Pero, lo que necesitamos ahora es un plan de campaña. Tengo un hermoso pasaporte que conseguí en París. Es una obra de arte creíble y nos permitirá, si Dios quiere, pasar con comodidad con un carruaje como la familia de un oficial del ejército asignado a nuestra embajada en Holanda. Espero –añadió precipitadamente– que me perdones por el atrevimiento, pero en ese momento me pareció la mejor idea. No sabía que Alexandre estaba aquí con ustedes, pero sin duda podrá pasar como un lacayo o algo así. Si el pasaporte no da resultado, entonces tendremos que correr. Por el aspecto del cielo, quizá pronto debamos atravesar nieve. Sin embargo, de cualquier manera, estoy de acuerdo con tu prima. Este no es un lugar para ninguno de ustedes.

–¿Qué deberíamos contarles a los niños? –preguntó Madeleine.

–Lo menos posible hasta que estemos en camino. Esperemos que sean buenos soldados. Tienen que saber que nos espera una temporada difícil.

–¿Cuán pronto piensa usted que...?

–Tan pronto como haya un carruaje para el norte. Cuanto más esperemos, más sospechas se levantarán. No nos preocupemos por el equipaje.

–Podemos ir en cualquier momento –afirmó ella–. El carruaje para Troyes pasará por el poblado mañana de tarde, si piensa que deberíamos ir para ese lado.

Ella miró hacia la casa.

–Ahora creo que usted debería entrar y conocer a mi prima. Ella lo recordará como quien me trajo hasta aquí la primavera pasada, así que su llegada no parecerá tan extraordinaria.

Armand le ofreció su brazo. El viento estaba cada vez más frío y fuerte mientras caminaban por el sendero.

Cuando Armand comenzó a abrir el portón del jardín, los otros tres niños Cortot se materializaron desde atrás de un seto bien recortado. Los mellizos sonrieron tímidamente. Louise, con sus ojos bajos, hizo una reverencia al oficial, y Louis, una pequeña inclinación. Estaban francamente felices de encontrar a su viejo amigo otra vez, pero demasiado avergonzados para discursos. Alexandre sonrió de oreja a oreja.

–¿No has perdido algún diente de adelante desde la última vez que te vi? –preguntó Armand, amistosamente–. ¿Fue cuando te escapaste de la Casa para Católicos Nuevos?

–¿Escaparme? –Alexandre se hinchó de orgullo–: ¡Me echaron!

–¡Seguro que no!

El oficial fingió incredulidad. Él y Madeleine se detuvieron frente al portón abierto. Ella tenía la expresión resignada de quien ha escuchado una historia antes.

–Oh, nunca fueron muy lejos con nosotros. Éramos unos cincuenta en la casa, y nos dábamos ánimos entre nosotros. Los cansamos a esos maestros. No sabían qué hacer con nosotros. Hacíamos

alboroto en los cultos. Nos sentábamos cruzando las piernas cuando se suponía que debíamos arrodillarnos. Quemamos nuestros libros devocionales y rompimos las imágenes de los santos. Una vez, hicimos como que habíamos aprendido nuestro catecismo y, cuando trajeron a todos los devotos del pueblo para mostrar lo que nos habían enseñado, ¡dimos nuestras propias respuestas! ¡Les dijimos que el Papa era el anticristo, que ellos adoraban ídolos y que su iglesia era la mística Babilonia, llamada espiritualmente Egipto! Se enojaron tanto que echaron a una docena de nosotros.

–Bueno, los compadezco –aseveró Armand con una risa.

–Después anduvimos por el campo y frustramos a los egipcios. Sabíamos que no sería bueno ir a casa otra vez, así que algunos de los muchachos se fueron al extranjero. Pero yo sabía que papá había pensado en enviar a Madeleine y a los mellizos a lo de la prima Diane, así que vine para ver ¡y aquí estaban!

–¿Y qué pasó con tus dientes?

–¡Ah!, los dientes... Bueno, estábamos quedando muy andrajosos en nuestro viaje y, mientras nos decorábamos con ropas que estaban colgadas detrás de una casa, en un pequeño poblado cerca de Metz, algunos de la caballería del pueblo trataron de detenernos. Recibí una piedra en mi cara, pero ahora casi no se nota, ¿no te parece?

–Algún día, quizá, pueda formarte como mosquetero.

–¡Seguro! Ahora tengo trece años. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar?

–Cálmate, héroe. Estos son tiempos para utilizar la astucia y la sagacidad. Debes obedecer órdenes como un buen soldado.

–Sí, señor. Lo haré, señor.

Alexandre saludó elaboradamente y se puso detrás. La procesión se acercó al castillo.

–Este viento sí que corta –observó Armand–. Si los guardias de la frontera están tan congelados como seguramente estaremos nosotros, ¡quizá no nos hagan mucho problema después de todo!



La prima Diana despidió a los Cortot con una decorosa demostración de pena. Nadie dio ninguna información sobre su destino y ella se cuidó de no preguntar. Ella charlaba alegremente del clima agradable que se esperaba y de la alegría del padre de Madeleine al reunirse con ellos.

Los viajeros parecían una familia de la nobleza, acompañados por un muchacho sirviente. Llegaron con tranquilidad hasta Troyes y, antes del amanecer del siguiente día, tomaron el carruaje del correo hacia el este.

Todo ese día, y la mayor parte del día siguiente, se bambolearon de un lado al otro en el carruaje mientras subían con lentitud por el camino a Sedan. Veinte leguas por día era el avance habitual, pero este viaje no era habitual. Si bien todavía no había caído nieve, estaba muy frío.

Madeleine se había puesto un vestido de viaje gris que estaba cortado en forma similar a un traje de montar. Pero, el frío hizo que fuera necesario enrollarse su capa roja e incluso esconder la mayor parte de su cara en ella. Armand vestía un traje marrón con un poco de encaje y su vieja capa de montar gris. También usaba un sombrero negro de alas anchas y una peluca de viaje, y llevaba su espada y sus pistolas. Louis y Louise, silenciosos y con ojos enormes como siempre, estaban vestidos como homólogos más pequeños de sus mayores. Alexandre, de gloria dudosa, viajaba en el techo, orgulloso y libre.

No tenían nada de qué alarmarse respecto de los otros pasajeros. Un comerciante macizo, evidentemente un viajero experimentado, había bajado el nivel de su petaca por lo que, efectivamente, era casi insensible a la incomodidad o a cualquier otra cosa durante la mayor parte del viaje. Dos monjas carmelitas estaban sentadas en el medio del mismo asiento, y su otra compañera de asiento era un dama pudiente de edad incierta, que volvía a Bruselas de visitar a su hija casada. Al principio, trató de entablar conversación con Madeleine, pero *mademoiselle* Cortot alegó no sentirse bien, cosa bastante genuina sin duda, teniendo en cuenta las circunstan-

cias. Por lo tanto, la dama conversó con las hermanas de asuntos devocionales, herejes, modas, hierbas y otras cosas por el estilo. Ocasionalmente, apeló a Armand como árbitro y él contestó de buen humor, dado que se había convertido en un representante del *haute monde*[2] parisino.

Al segundo día, hasta la dama belga estaba escasa de conversación. Comenzó a caer una nevisca deprimente, que heló a los pasajeros hasta los tuétanos. Las cortinas de cuero del carruaje atajaban muy poco el frío. Los pasajeros y los hombres que iban afuera se acurrucaron en sus abrigos y soportaron lo mejor que pudieron.

Era casi innegable que ese sería uno de los últimos viajes de la estación. Cualquiera que fuera tan tonto como para viajar después de eso, tendría que hacerlo a caballo. Las huellas del camino se estaban congelando y los caballos tenían una tarea difícil en el camino resbaladizo. El cochero se dedicaba a suplir la tracción que faltaba, con un uso liberal del látigo y un continuo torrente de exhortaciones a las bestias sufrientes. En las partes más empinadas, los pasajeros debían salir del carruaje y caminar. Esto les restauraba la circulación hasta cierto punto, pero avanzaban muy poco.

Las paradas preocupaban a Armand, porque cualquier holgazán o peón de establo que observara era otro posible eslabón en la cadena que en el último minuto podría impedirles pasar. Echaba humo para sus adentros cuando paraban para comer o para cambiar los caballos. A medida que las horas pasaban tortuosamente y estaban cada vez más cerca de la frontera con la Holanda española, sus espíritus comenzaban a inquietarse.

La segunda tarde, los retrasó un problema con una rueda del carruaje, y el grupo tuvo que quedarse en un hotel de un pequeño pueblo a mitad de camino entre Montmedy y Sedan. Luego de una cena desalentadora, Madeleine y los mellizos se retiraron a una habitación húmeda que Armand había conseguido para ellos con un pequeño soborno. Se acurrucaron juntos, con sus capas puestas, en un incómodo colchón de cáscaras de granos. Armand

[2] Alta sociedad.

y Alexandre se instalaron en una habitación común en un banco contra la pared, tan cerca del fuego como pudieron. Alexandre se durmió enseguida, pero Armand todavía estaba cabeceando en la calidez desacostumbrada cuando el optimismo que se venía permitiendo recibió un golpe mortal. De pronto, estaba completamente despierto, escuchando ansiosamente.

El cochero, varios campesinos y unos cuantos soldados estaban restaurando su coraje y afinando sus intelectos en una mesa cercana. A medida que los líquidos espirituosos que tomaban para combatir el frío iban haciendo efecto, sus voces comenzaron a elevarse.

–Valen la pena –estaba diciendo un campesino mientras alzaba su porrón–. El jueves pasado, Etienne Duclos se ganó treinta y seis *livres* por cabeza por tres de ellos que encontró cerca del establo de vacas de Souchard. Son treinta y seis por *cada uno*, figúrense. Él y su sirviente los amenazaron con tridentes hasta que entregaron todo su dinero. Luego los entregaron y, entonces, recibieron el rescate. ¡A eso lo llamo yo tener bastante inteligencia! Etienne no estará sobrio otra vez, supongo, hasta después de las Pascuas.

–Están bajo cada hoja caída estos días –estuvo de acuerdo un pequeño soldado–. Nadie sabe cuántos han podido escapar, pero serán menos ahora. Los guardias en la frontera son el doble, y están revisando los pasaportes más cuidadosamente. No sé de dónde vienen todos los pasaportes falsos, pero más vale que sean buenos, les aseguro.

–Nos arruinaron una cosa buena que teníamos nosotros los guardias –aportó su compañero más alto–. Nos cambian tan seguido que ya uno difícilmente puede hacer arreglos con los guías o, por lo menos, es lo que me dicen.

–La maldición de Dios sea con los herejes, por supuesto –añadió el otro soldado pensativamente–, pero es difícil entender que sea tan dañino permitir que algunos salgan del país, especialmente si dejan su dinero atrás.

–¿Quieres decir si los dejan con hombres de infantería honestos y no con los abogados del rey? –cacareó un campesino viejo.

Su broma le pareció tan buena que tuvo que reírse un poco más, y continuó hasta que se ahogó y tuvieron que golpearle la espalda.

–Tampoco llegarán hasta la frontera tan fácilmente como antes –observó el soldado pequeño cuando se acabó la tos–. Nuestras patrullas recorren aquí sin problemas y vamos dentro del territorio español tanto como deseamos, a veces incluso hasta que encontramos a su gente. El rey de España sabe que no le conviene quejarse. Y nosotros revisamos realmente a todos los pasajeros que pasan por Sedan, vayan a pie, a caballo o en los carruajes. Si tenemos alguna sospecha, unos días en la cárcel les ablanda la memoria maravillosamente, especialmente si separamos un grupo y los interrogamos uno por uno. Los herejes que logren pasar ahora tendrán que tener ayuda especial de su padre el diablo.

El cochero se incorporó y se desperezó.

–Mejor que no me hagan retrasar. Se está poniendo muy denso cuando la correspondencia se retrasa por cosas sin sentido. ¡Como si no tuviera suficientes problemas con estos caminos!

Bostezó groseramente, se tambaleó sobre uno de los bancos murmurando, y se acomodó para dormir.

Luego se incorporó el soldado más alto.

–Se hace tarde –dijo sin muchas ganas– y tengo una larga caminata para volver a Sedan. Estoy de turno en la mañana y, si no estoy a tiempo, mejor me sería ser yo mismo un calvinista. El teniente se los come crudos. Acaba de salir de la escuela de cadetes y creo que tiene en vista el trabajo de Louvois. Actúa como si ya fuera el ministro de Guerra.

–¿Por qué tanto alboroto? –preguntó un granjero, bostezando–. Ni siquiera un hugonote viajaría con el clima que vamos a tener antes de la mañana.

–Esto demuestra *tu ignorancia*, hombre. Si nieva, estarán duros como conejos de nieve antes de que puedan terminar un par

de *pater nosters.*[3] Mira, justo esta tarde le avisaron al teniente que venía para aquí una familia de cinco de ellos: un oficial, su esposa, creo que era, y dos o tres niños. Un grupo así debe ser fácil de distinguir. No me gustaría estar en sus zapatos esta noche ni por todo el vino de Francia.

De pronto, Armand tenía dificultades para respirar. ¿Los había delatado la prima de Madeleine o alguien más lo había hecho?

–Espera a que el teniente pase ese carruaje por su colador –continuó el soldado dando un vistazo al cochero que roncaba–. Apuesto que pasarán el día sentados allí en el portón de Sedan.

El soldado empujó sus pantalones sueltos, se enrolló una capa descolorida sobre sus hombros y abrió la puerta.

–¡Mala suerte! ¡Está nevando! –gritó con desaliento.

Pero salió de todos modos, seguido por su amigo de corta altura.

El grupo se disgregó rápidamente. El resto se marchó para llegar a sus casas antes de que se juntara mucha nieve. Unos cuantos viajeros se quedaron estirados en bancos de la habitación común. El anfitrión, viendo que sus servicios ya no eran requeridos, juntó el resto del vino calentado para hacer economía, se sacó el delantal, trabó la puerta, apagó las velas y se retiró escaleras arriba a su cama.

Pronto el fuego se fue apagando. Armand se encogió y permaneció inmóvil sopesando el cambio de circunstancias. El pasaporte en el cual había tenido tanta confianza no valía nada. Tomó una decisión. Se levantó con cuidado, agarrando la vaina de la espada con la mano para no hacer ruido, tomó un trozo de vela de una mesa y lo encendió en las brasas de la chimenea. Luego, sacudió suavemente a Alexandre y le hizo señas para que lo siguiera. Tan refinadamente como podía con sus pesadas botas, caminó de puntillas a través de la habitación seguido por Alexandre, que se preguntaba qué sucedía, y subió los cuatro o cinco escalones hasta la puerta de la habitación de Madeleine. La puerta mal colgada crujió de manera alarmante mientras la abría. Se detuvo por un

[3] Padrenuestros.

momento antes de entrar para escuchar la tranquilizante variedad de ronquidos, silbidos y respiraciones fuertes detrás de ellos.

Por un momento, estuvo parado mirando a Madeleine dormir. En la luz escasa, todo lo que podía ver era la curva de su mejilla y las pestañas largas y negras, pues su cara estaba parcialmente cubierta. Los mellizos estaban sepultados bajo una pila de cobertores, fuera de la vista. Entonces, él se dio cuenta de que los ojos de ella se habían abierto y lo miraban con aprehensión. Él se inclinó y le susurró las malas noticias. Los ojos de ella se agrandaron, pero asintió.

–¿Y ahora qué? –murmuró, echando un rápido vistazo a la puerta.

–Antes de irme de París– respondió él, suavemente–, me informaron de un hotel en Sedan donde se pueden conseguir guías. Si todavía no los descubrieron, esa será nuestra mejor oportunidad. Sin duda será mejor que si yo trato de encontrar el camino en estos bosques. Sedan está a unos cuatro o cinco kilómetros de aquí. Si seguimos el camino, deberíamos estar allí por la mañana y todo puede salir bien. Esperemos que la nieve mantenga adentro a los campesinos y a las patrullas.

Madeleine levantó con cuidado a Louis y Louise mientras Armand se quedaba allí con la vela parpadeante. Él estaba agradecido de que se despertaran en silencio, pues en su estado mental, cada cucaracha que cruzaba por el piso y cada crujido de la madera vieja sonaban como un escuadrón de caballería que cruzaba por un puente.

Los niños se sentaron por un momento, restregándose los ojos. Mientras él susurraba, no lo miraban a él, sino que observaban su tremenda sombra centelleante en la pared y el cielorraso.

–Está nevando –dijo él–, pero si caminamos rápido no tendremos tanto frío. Recuerden, ¡no importa lo que pase, ni un sonido!

Ellos asintieron con ojos enormes. Ninguno de los cuatro Cortot cuestionó su opinión. Armand se sintió un poco impresionado por una confianza tan cabal.

–Antes de comenzar, debemos pedir la protección del Señor –señaló Madeleine.

Los mellizos se arrodillaron al lado de la cama y Louis recitó una corta plegaria de manera solemne:

El niño bueno no empieza nada,
sin haber orado a Dios primero.
El niño perverso está acostumbrado
a hacer todo sin orar a Dios.

–Saldremos por la ventana –ordenó Armand–. Yo iré primero y Alexandre ayudará a bajar a los mellizos.

Hubiera sido muy riesgoso llevarlos a través de la habitación común y tratar de destrabar la puerta en presencia de tantas personas que dormían. Como la ventana del dormitorio estaba demasiado alta como para ser alcanzada desde el suelo, y daba hacia un patio interior, no estaba trabada. Armand se lanzó al vacío, orando para que no hubiera nada peligroso debajo. Cayó con fuerza sobre un montón de basura y quedó arrodillado. Luego de verificar por un momento que no tuviera nada roto ni torcido, se incorporó y silbó hacia el cuadrado oscuro de arriba.

Atajar a los niños no fue difícil, pero cuando Madeleine se trepó y se lanzó, aunque era ágil, él pensó que se había roto la espalda y quizá también la de ella. Una vez que pasó la conmoción, ella salió como si nada, casi con indignación. Mientras tanto, Alexandre se tiró sin ayuda.

Armand tomó a Louis de la mano y fue tanteando hacia el portón, seguido por Madeleine y Louise, con Alexandre en la retaguardia. Amortiguado por la nieve que caía, el ruido que hacían tanteando para encontrar el pestillo era apenas audible, y el quinteto salió hacia la calle desierta.



La noche resultó mejor de lo que Armand había temido. Gracias al clima, su viaje fue solitario, y la nevada, aunque no muy fuerte, era suficiente para cubrir sus huellas. Viajaron por el costado del camino, listos para esconderse si alguien se aproximaba. Sin embargo, los zapatos de Madeleine no eran para caminar en la nieve y sus faldas se humedecieron y se ensuciaron.

Poco antes del amanecer, se acercaron al pueblo de Sedan. Armand ubicó a los Cortot detrás de unos arbustos a unos cien metros del camino. Luego, se dirigió al pueblo a encontrar un guía. Al acercarse al portón de piedra, recordó la advertencia del anciano diácono sobre entrar en pueblos, pero no tenía otra alternativa. De todos modos, razonó sin mucha convicción, estarían buscando gente que se fuera de los pueblos.

Aprovechando la oportunidad, Armand caminó con firmeza a través del portón al lado de un asno cargado con leña. El guardia ni se fijó en el caballero de a pie, pero atacó al campesino con el animal. Mientras discutían sobre el impuesto a la leña, Armand se deslizó fuera de la vista por las calles angostas y comenzó a respirar normalmente otra vez. No quería hacer preguntas en un lugar tan pequeño ni merodear por las calles ahora que los ciudadanos se habían ido al extranjero. Unos años antes, Sedan había sido un bastión hugonote y también había tenido un colegio, pero luego había llegado la apostasía. Ahora, no se podía saber.

Al caminar por la orilla del río, llegó a un descolorido cartel de madera que decía con crudeza "El Chancho Verde". La criatura dibujada allí había sido azul en algún momento y la concepción de chancho del artista era indiferentemente exitosa.

Armand titubeó fuera de la puerta. Era un lugar tan villano como nunca había visto. Las casas en hilera, una de las cuales era este cabaret, parecían estar recostadas unas en las otras, y daba la sensación de que la que estaba en el extremo estuviera a punto de ser empujada al Meuse. No era un lugar en el que un hugonote podría ser visto en circunstancias normales. Sin embargo, era más visible parado afuera de lo que sería adentro.

Empujó la puerta hasta abrirla y casi se asfixió con la atmósfera rancia de adentro. Cuando sus ojos se ajustaron a la oscuridad, se dio cuenta de que estaba solo, salvo por el anfitrión, que estaba calentando su espalda en un pequeño y desalentador fuego en la chimenea.

Los dos hombres se estudiaron por un largo momento. A la luz del fuego y los pocos rayos que entraban por los vidrios de la ventana, Armand notó el delantal roñoso, los ojos sospechosos, la cara brillando con grasa añeja, y una boca medio abierta y llena de dientes malos. No era una cara que inspirara confianza. Solo podía haber sido amado por una madre de mente extraordinariamente abierta.

–*Monsieur* –comenzó Armand, con una inclinación cortés–, ¿quizá usted me haría el favor de dirigirme a *mademoiselle* Rahab? Me informaron que podía ponerme en contacto con ella a través de esta posada.

El propietario escudriñó al visitante sin parpadear.

–¿Quién lo envía?

–*Monsieur* Joshua.

–Ah, ¿y qué dice él?

–Nuestra vida por la tuya, no divulgues este nuestro negocio.

–Es probable que esté en cualquier parte, incluso fuera del pueblo –se quejó el hombre–. No puedo andar por todos lados buscándolo.

Armand adivinó que se podía necesitar la aplicación del remedio universal, así que buscó una de sus preciosas *ecus* de plata y la puso en la palma de su mano. La mirada del posadero se detuvo en la moneda. Armand se la tiró. El posadero la atajó sin una palabra ni una sonrisa, la hizo rebotar en el mostrador y la miró cuidadosamente. Luego, la puso en su bolsillo y se marchó abruptamente por la puerta trasera.

Al poco rato, la cara desagradable reapareció y Armand fue guiado fuera de la puerta hacia un callejón maloliente lleno de basura y nieve congelada. Dieron vuelta una esquina y bajaron varios escalones hasta una pequeña puerta en los cimientos de mampostería de un conventillo, hecha con restos de madera. Armand tuvo que

agacharse para pasar, y no había terminado de bajar los escalones de piedra mojados cuando el otro cerró la puerta de un golpe, detrás de él. Por un momento, sintió pánico en la oscuridad, pero luego se dio cuenta de que una débil luz brillaba adelante. Unos escalones más hacia abajo lo llevaron hasta una bodega de vinos, fría y con paredes transpiradas. Una pequeña lámpara con una tela ardiente a modo de mecha, como se usaba en las casas más pobres, combatía la oscuridad. Le permitió a Armand encontrar un barril dado vuelta para sentarse sin ver lo sucio que se encontraba.

Estaba meditando en todos los casos de asesinatos y de traición de los que había escuchado y maravillándose por aquello en lo que una religión lo podía meter a uno, cuando la puerta se abrió y bajó los escalones un hombre joven, menudo y enjuto, de más o menos su misma edad. El recién llegado tenía cara de hurón y una forma nerviosa de ser. Sus ropas revelaban a un empleado o un aprendiz. Hablaba tan rápidamente que era difícil entenderlo.

–¿*Monsieur* Rahab? –preguntó Armand.

–¿Quién lo envió? –replicó el otro.

–*Monsieur* Joshua –respondió Armand, y añadió las palabras de contraseña.

–Supongamos que soy Rahab –dijo el joven–. ¿Qué quiere?

–Entiendo que usted viaja a veces a ver parientes en Namur. ¿Irá pronto?

–¿Bien?

–Me gustaría acompañarlo.

–¿Está solo?

–No, dejé a una mujer y a tres niños en las afueras del pueblo.

"Rahab" Baudin masticó sus uñas brevemente. En la escasa luz era difícil ver su expresión, pero su tono no era para nada animador.

–Dudo que vaya por un tiempo. El clima, usted sabe– lanzó sobre Armand una mirada calculadora–. Complica el viaje.

–¿Cuánto?

–Mucho para las mujeres y muy difícil para los niños. El alojamiento es mediocre, ¿entiende?

–Entiendo muy bien –suspiró el soldado–. Pero, suponiendo que la dama y las personas jóvenes sean viajeros experimentados, ¿qué... cuánto... se necesita para hacer que el viaje sea... factible?

El joven lo pensó, quizá calculando las posibilidades reducidas de un grupo mixto, tanto de edad como de sexo, para intentar cruzar en invierno. Sin duda, había visto guías colgados en cadenas cuando no tuvieron buena suerte. Armand esperó ansioso, pues las tarifas iban desde una *pistole*[4] por cabeza en adelante.

–Dos *louis d'or* cada uno –respondió el guía, finalmente.

¡Canalla!, pensó Armand para sí mismo con amargura. *¡Doscientos cuarenta* livres!

Regatear era inútil. Armand tuvo que estar de acuerdo con el monto aunque era el doble de lo que se acostumbraba cobrar. Uno tenía que asumir que este Rahab era realmente un Rahab y no el Judas al que le hacía acordar tan convincentemente. Todo lo que uno podía hacer era orar para que el hombre no fuera de la calaña de los que guiaban fugitivos hacia trampas y luego compartían la recompensa con los soldados.

–No va a llegar muy lejos así tan elegante –anunció Baudin, muy profesional–. Le traeré ropas que sean adecuadas. Tienen que lucir como campesinos o el juego se termina antes de empezar.

Subió las escaleras y Armand escuchó que la puerta se cerraba otra vez. Esperó tan pacientemente como pudo por otra hora. Poco después que Baudin regresara, Armand emergió a la débil luz del sol en una capa gris deshilachada que cubría una sarga marrón de campesino. Había entregado con reticencia su traje, capa, botas y guantes. Cuando entregó su peluca, le dijo adiós a una inversión de doscientas *livres*. Su momento más amargo fue cuando tuvo que entregar la espada, el único recuerdo que le quedaba de su padre. Pero tenía que concordar en que un campesino con espada era una contradicción de términos. A pesar de una dolorosa discusión con Baudin, Armand se negó tenazmente a entregar sus pistolas, argumentando que las llevaría escondidas. Baudin ya

[4] Moneda que era equivalente a 10 *livres*.

había ganado bastante. Disponer de las posesiones de los hugonotes debía ser un negocio adicional muy lucrativo para estos tipos, concluyó Armand malhumoradamente.



Era de tarde cuando Baudin y Armand se encontraron con el cuarteto que aguardaba a las afueras de Sedan. Mientras el guía desempacaba un atado de ropas viejas, los fugitivos hambrientos y con frío almorzaban pan negro, queso y nieve derretida, guardando la mitad del pan para más tarde.

Madeleine no pareció demasiado fascinada con la blusa gris de campesina y la falda que le ofrecieron. No dijo nada, pero hizo una *moue*[5] de disgusto cuando descubrió que las ropas no estaban muy limpias y que unas cuantas criaturas pequeñas ya habían habitado en ellas. Pero Alexandre estaba francamente entusiasmado con la farsa, y los mellizos se contagiaron en parte de su entusiasmo. El guía recogió la ropa vieja y desapareció con destino al pueblo mientras los refugiados procuraban perfeccionar sus disfraces.

Madeleine olió y examinó la falda corta de campesina con un poco de duda y, luego, comenzó a atar cuidadosamente el pañuelo sucio bajo su mentón.

–Me siento vestida a medias –se quejó–. Y este corsé me queda dos veces más grande.

Armand miró alternativamente los rasgos finos de Madeleine y sus tobillos flacos.

–No habría dificultad en hacer que parezcas una dama de clase –comentó–, pero como campesina eres poco convincente.

Ella movió los tacones para probar los zapatos de madera, con sus dientes castañeteando de frío.

–Oh –dijo– creo que puedo solucionar eso.

Se agachó y hurgó la tierra congelada con un palo.

–Un poco más de mugre en la cara como cosmético.

[5] Ceño fruncido o mueca.

Los mellizos la observaron con interés y luego la imitaron.

–No sé –observó Armand, críticamente–. Vas a tener que agacharte un poco y mostrar un espíritu más quebrantado para convencer a alguien. Lo que es una buena postura para una dama es una insolencia para una sirvienta. Fíjate si puedes aprender a caminar como un pato... no, no te sienta bien... ¿quizá caminar arrastrando los pies?

Bajo la mirada de él, ella se ruborizó y se dio vuelta con impaciencia.

–Usted podría mirarse a sí mismo –retrucó ella–. Tendrá que hacer mejor de Jacques Bonhomme. En este momento parece un soldado disfrazado... y no muy bien logrado. Tiene una nariz aristocrática que no está bien escondida, se ha afeitado hace muy poco y su columna es más adecuada para un desfile.

Él se encogió de hombros amistosamente y se negó a discutir más.

–Me pregunto por qué demora nuestro buitre –dijo–. Creo que voy a echarle un vistazo al camino.

Alexandre había estado siguiendo la conversación de cerca.

–¿Sabes? –le dijo a Madeleine en voz baja– ¡Esta debe ser la prueba! Si lo puedes atrapar luciendo así, entonces es amor verdadero.

–Refrena tu lengua, muchacho asqueroso –musitó ella con los dientes apretados–. Ni siquiera debes *pensar* cosas así.

–¡Pero puedo sumar dos más dos! –chistó él en respuesta, imitándola.

–¡Eres absolutamente insufrible!

–¡Y tú eres tan bella cuando estás enojada!

Armand regresó en ese momento.

–Nuestro Rahab se acerca –anunció alegremente–. Dejaremos que él juzgue nuestros disfraces. Su cabeza también está en juego si las ropas no son apropiados. ¡Debe conocer su negocio o ya habría sido colgado hace mucho tiempo!



No fueron muy lejos esa tarde. El sol desapareció temprano detrás de las nubes y se negó a volver a salir. Obviamente, más nieve venía en camino. El guía los condujo a un establo de piedra en el borde de la aldea de Floing, más o menos a un kilómetro y medio de Sedan, donde los viajeros pasaron una noche acogedora en una parva de heno. Media docena de fugitivos se escondieron también allí, pero tuvieron poca oportunidad de conversar.

Mucho antes del amanecer, aparecieron varios guías y dirigieron a sus cargas en la oscuridad. Mientras Armand y su grupo caminaban con dificultad entre los árboles, se preguntaban quiénes serían los otros fugitivos, de dónde venían y cuáles habrían sido sus experiencias. Excepto por algunos saludos musitados, no había habido conversación. Se preguntaban sobre todo por un hombre que había tosido incontrolablemente la mayor parte de la noche. Al salir, se habían detenido para orar. El guía se había quedado parado solo, quizás ofendido por esa apelación al Competidor.

El oficial y Alexandre no habrían tenido problemas en seguir el paso del guía, pero con Madeleine y los mellizos era difícil. Baudin no alentaba la conversación y durante el día parecía estar más ensimismado que nunca. Para la media tarde comenzó a nevar otra vez y el viaje se puso más difícil. Gran parte del camino era subiendo y bajando colinas ásperas y con árboles. Cuando los más chicos comenzaban a cansarse, Armand los cargaba por turnos en sus hombros. Alexandre lo relevaba como un hombre, pero no los podía llevar por mucho tiempo. Madeleine no había dicho una palabra por horas, pero había comenzado a respirar resollando y a encontrar que sus faldas mojadas le estorbaban cada vez más. Sin embargo, el guía no permitía paradas. Parecía pensar que debían hacer el trayecto con la misma destreza que él.

El grupo evitaba los caminos y cortaba por el medio del bosque de Mazarin y el Bosque del Rey, por senderos casi invisibles. En un punto cruzaron el Río Semoy en un remolque rajado. Esto los colocaba en territorio español o cerca de él, pero todavía no estaban seguros, considerando con cuánta frecuencia los franceses violaban la frontera.

Cerca del crepúsculo, Armand no pudo soportarlo más. No quería entorpecer al guía, pero no podían continuar a ese ritmo. Pidió una parada. Estaba seguro de que el guía lo había oído, pero no se daba por enterado. La siguiente vez, el oficial emitió su pedido como una orden. El guía se detuvo a unos seis metros y se dio vuelta a medias.

–Un pequeño descanso, se lo ruego, por los más pequeños –dijo Armand.

–Pensé que *monsieur* estaba apurado.

Su actitud era horrible.

Armand luchó para no darle una respuesta airada. Se recordó a sí mismo que lo necesitaban, pero que él no los necesitaba a ellos. Y tenía un poco de derecho a estar irritable.

–Es verdad –respondió Armand, apaciblemente–, pero los pequeños están exhaustos y podremos hacer mejor tiempo con un cuarto de hora de descanso.

El guía gruñó y su mirada vaciló entre Armand y Madeleine. Por dos *sous* los hubiese dejado abandonados a su suerte. Y por cinco les silbaría a los soldados de caballería. Por lo que Armand creía, los había estado llevando en círculos toda la tarde.

Mientras tanto, los cuatro Cortot se habían hundido un tercio en la nieve del camino que bajaba por una pendiente empinada. Debajo de ellos, pequeños árboles y arbustos desparramados impedían la vista desde el valle de abajo. En la parte inferior, se seguía el rastro de una huella angosta visible desde donde estaba el guía. Debajo de él, no había vegetación que lo cubriera.

Baudin se quedó allí parado con una mano en el bolsillo de su chaqueta y una pierna doblada para mantener el equilibrio en la pendiente, mirando silencioso a los fugitivos. Se estaba poniendo demasiado oscuro para ver su cara con claridad. De pronto, el hombre volvió su cabeza como si hubiera escuchado algo. Luego Armand también lo escuchó. Algo se movía en el sendero. Miraron hacia abajo de la colina al mismo tiempo. Desde donde estaba agachado, Armand no podía ver nada, pero podía oír el murmullo de

voces de hombres y el tintineo tenue de los arreos. Era una patrulla de caballería.

El guía debió haberse sentido expuesto, aunque en la luz tenue su figura habría sido difícil de distinguir de un arbusto aún cuando alguien desde abajo hubiera pensado en mirar hacia arriba. Quizá se le cruzó alguna otra idea por la mente. En cualquiera de los casos, repentinamente saltó lejos de los fugitivos y comenzó a correr por el claro hacia la zona de arbustos, a unos mil metros de distancia.

Uno de los soldados de caballería gritó y, casi inmediatamente, vino el ruido apagado de una carabina. *Monsieur* Baudin pareció detenerse en la mitad de un salto, dio vuelta a mitad de camino con su boca abierta, se dobló y rodó hacia abajo por la colina.

Armand permaneció sentado por un largo momento, con su boca abierta en incredulidad absoluta por el tiro tan poco probable, con esa luz y a esa distancia. Madeleine y Alexandre miraban fijamente, horrorizados. Los mellizos, acostados en la nieve, estaban demasiado exhaustos como para darse cuenta de lo que había pasado.

De repente, reuniendo su agudeza congelada, Armand tomó las muñecas de Madeleine y la arrastró a sus pies. Luego tomó un niño de la nieve y Alexandre sacó al otro. Fueron arrastrando los pies desesperadamente hacia arriba de la colina en la dirección por la que habían venido. Los hombres sin dudas habrían desmontado y ahora estarían subiendo para investigar. Si el pequeño grupo podía salir de la vista, la oscuridad cada vez más profunda cubriría sus huellas por ahora y la nieve que caía completaría el trabajo durante la noche.

Pronto estuvieron en la cima y jadeando hacia abajo al otro lado. Ahora estaba completamente oscuro y estaban perdidos. Armand decidió que sería inútil ir dando tumbos en la oscuridad. Debían tener un descanso y él necesitaría la luz del sol o, al menos, luz de día para adivinar en qué dirección ir.

Cavaron en la nieve bajo las ramas bajas de un enorme árbol de hojas perennes. La nevada paró luego de un rato y pareció ponerse más frío. Apretándose unos contra otros para calentarse bajo las dos capas que todavía tenían, pasaron una noche de sueño intermitente.

Los niños estaban tan cansados que podían acostarse allí y quedarse apaciblemente congelados, pero Armand insistió en que cada uno sea despertado a intervalos, y les frotaba los pies y las manos.

La conversación en esas ocasiones era desganada y vaga. Hablaron sobre su difunto guía y especularon sobre sus intenciones, inseguros sobre si tenerle lástima o ver en su destino una retribución divina. Dos veces, unos lobos aulladores les hicieron recobrar el sentido. Y una vez, Madeleine comenzó a buscar a su alrededor con angustia. Había perdido su himnario en miniatura y esto pareció entristecerla especialmente, pues había sido un regalo de su primera comunión. Fue la primera y única vez que Armand la escuchó llorar durante el viaje.

Cuando la fatiga amenazó con vencerlos completamente, Madeleine mantuvo a los más pequeños despiertos haciéndoles repetir los Diez Mandamientos, el Credo de los Apóstoles, el Pequeño Catecismo y varias oraciones para ocasiones especiales. Era una tarea dura, pues los niños estaban con sueño y resentidos. Armand dormitaba, pero se despertaba muy seguido y oía el suave murmullo de voces en un mundo oscuro de ensueño.

–Ahora recita el "Espejo de la Juventud", el *ABC cristiano* –ordenó Madeleine.

Alexandre bostezó y murmuró entrecortadamente:

El niño bueno teme al Señor
en reverencia y todo honor.
El niño perverso no teme a Dios
y no hace nada sin que lo obliguen.

Titubeó.

–Bien, bien. Continúa.

El niño bueno teme hacer cualquier cosa
que pueda disgustar a Dios.

El niño descuidado siempre está hundido
en deshonestidad y mentiras.

–Me olvidé cómo sigue el resto, y no sé en qué afecta de todos modos –se quejó Alexandre.

–Se te mezcló todo –respondió su hermana con un bostezo paciente–. Eso del "niño descuidado" va en otra parte.

Ella estimuló a Louis y lo hizo comenzar el segundo verso. Él recitó en forma mecánica y tan débilmente que Armand apenas lo podía escuchar:

El niño bueno teme hacer cualquier cosa
que pueda disgustar al Señor.
El niño perverso en todo lo que hace
solo desea hacer su voluntad.



Unas voces despertaron a los fugitivos poco después del amanecer. A través de las ramas, observaron una larga fila de soldados de a pie, que subían y pasaban por al lado de ellos. La mayoría de los hombres estaban vestidos con ropas civiles, casi harapos en algunos casos, pero sus brazaletes, picas o mosquetes los identificaban como soldados de infantería. Se movían sin muchas ganas, quejándose mientras se desplazaban por la nieve blanda. *Estos hombres,* pensó Armand, *tienen aspecto de no haber desayunado aún.* El teniente, un muchacho de cara seria, en uniforme completo, estaba subiendo a la derecha de la hilera. El palo que hacía girar golpeó una rama del árbol bajo el que se escondían sus presas y una pequeña cascada de nieve cayó sobre los fugitivos que observaban sin aliento. El oficial y la hilera siguieron avanzando, acompañados por aureolas de vapor de sus respiraciones forzadas. A pesar del gran peligro, Armand no pudo evitar sonreír. No habían pasado

muchos años desde que él mismo fuera un teniente nuevo y la mayoría de las cargas del mundo descansaran sobre *sus* hombros.

Los que estaban escondidos acababan de suspirar aliviados cuando de pronto se tensaron de horror. Dos hombres al final de la hilera se habían ido rezagando más y más. Sin ser vistos por el sargento del lado izquierdo, se escurrieron hacia un tronco cubierto de nieve, a menos de tres metros de los hugonotes, y se sentaron. El hombre mayor dejó su lanza en la nieve y el otro apoyó su mosquete contra un tronco, con el orificio hacia arriba. Se sentaron por unos momentos a sopapearse una contra otra las manos azuladas de frío, mientras el más joven daba sus puntos de vista en forma exhaustiva y sincera sobre el ejército, el sargento, el teniente, los hugonotes y el clima.

El soldado veterano se mantenía tranquilo, se hacía sonar los nudillos de los dedos y se soplaba las manos.

–Quizá sea más cálido de donde tú vienes, mi joven amigo –replicó, recriminatoriamente– ¡pero pienso que va a estar mucho más caluroso todavía hacia donde vas!

El soldado joven miró a su acompañante con furia.

–¡Por lo menos en Montpellier no son tan idiotas como para perseguirse por el bosque con el estómago vacío! ¡Ese teniente cabeza de perro! Se toma como un insulto personal que esos herejes hayan desaparecido anoche.

–A lo mejor eran brujas –gruñó el otro.

–Bueno, ¡no había brujas con ese tipo Baudin cuando le dieron un tiro! No estaba afuera corriendo por la nieve por su salud, no a esa hora de la noche con un bolsillo lleno de oro. Todo el mundo a lo largo de la frontera sabía que estaba guiando a algún RPR.

Movió los brazos con ira.

–¡Qué asunto miserable! Si alguna vez veo a ese reclutador que me dijo todas esas mentiras sobre el ejército, ¡le corto el cuello! Arriba antes del amanecer. Ni una oportunidad de masticar o tragar algo caliente.

Madeleine apretó su labio superior, tratando desesperadamente de suprimir un estornudo.

–Es una estupidez, de todos modos –concluyó el joven–. Esto no es para lo que me enlisté.

El de mayor edad bostezó y se desperezó.

–Aquí es donde te equivocas, mi muchacho. Toma en cuenta lo que te dice uno que era soldado cuando tú aún estabas en pañales. No te corresponde a ti decir para qué te alistaste. Es el placer de su Misericordiosa Majestad que te pegue un tiro algún alemán en los Países Bajos mientras estás hasta los codos en el lodo. Entonces, para eso es que te enlistaste. Si, por otro lado, su Majestad ha estado viendo menos a Louvois, y más a los obispos y a Madame de Maintenon, entonces te enlistaste para golpear los arbustos tratando de encontrar a los que no van a la iglesia adecuada. Es tan simple como eso.

"Sosiégate y reflexiona, mi muchacho. Si yo hubiera tenido la oportunidad de elegir, habría preferido esto y no lo otro. Esto es frío y no hemos comido desde ayer a la tarde; pero aquello es mojado, y además los alemanes te disparan. Por lo tanto, voy a pasar por alto la simplicidad aterradora de tu conversación".

–¿Por qué no mantienes tu boca cerrada? –interrumpió el otro con rudeza.

–Escucha, hijo mío. No expongas siempre tu insensatez y tu inexperiencia. Aunque un día llegues a ser mariscal –¡qué pensamiento fatal para Francia!– te darás cuenta de que no podrás decidir qué hacer contigo mismo. Aún en ese cargo habrá alguien que ayude al rey a decidirse, así que estarás tan mal como estás ahora: un soldado raso con botones faltantes y una nariz húmeda.

El hombre más joven le dedicó al filósofo una mueca congelada.

–Si tú, huesos viejos, pelearas tan bien como hablas, habríamos conquistado Holanda y ahora los herejes no tendrían a dónde huir.

Era el turno del otro para estar ofendido y se sentaron en silencio por un momento. El más joven quebró una ramita endeble de un arbusto desnudo que sobresalía de la nieve y comenzó a darle vueltas apáticamente. Entonces, se escuchó un grito de llamada desde algún lado arriba de la colina blanca detrás de ellos. Ambos

soldados giraron la cabeza, mirando con tristeza la hilera de huellas que desaparecían entre los árboles.

–Nuestro bebé marcial ha descubierto que la expedición no tiene todas sus fuerzas. Incluso ahora le pide al buen sargento que cuente los corderos.

El soldado se incorporó y se sacudió la nieve dura de sus faldones. El más joven recogió su mosquete.

–Somos treinta –dijo con burla–. Ese mono grandote no puede contar después de cinco. Lo que no vieron es esa enorme linterna que llevas como nariz. Es como una quinta bandera para el regimiento.

Un segundo grito, más urgente que el primero, hizo eco entre los árboles.

–Siempre ha sido el destino de la sabiduría y la experiencia ser ridiculizado por la juventud inexperta –observó el veterano mientras comenzaba a moverse, arrastrando su pica detrás de él.

–Mis disculpas. Seguramente, si las promociones se ganaran en disputas de tabernas, ya te habrían ascendido a mariscal.

Caminaron con dificultad, resbalándose en la nieve mientras discutían.

Los fugitivos permanecieron acurrucados por largo tiempo. Por último, se miraron unos a otros con timidez y los músculos tensionados se relajaron.



Durante los próximos dos días hubo una uniformidad en su tormento que les dificultaba recordar qué había ocurrido durante cada día en particular. Cuando el débil sol apareció por unos pocos minutos, Armand trató de encaminarse hacia el norte. Sentía que la frontera no estaba muy lejos si podían ir en línea recta. Pero todo lo que tenían era nieve, árboles, frío y hambre.

Más tarde, hicieron un alto en el borde de un pequeño claro. Delante de ellos estaba la modesta cabaña de un guardabosque con un establo al lado. Mientras Armand trataba de decidir qué

hacer a continuación, los mellizos se desplomaron en la nieve, atontados. Armand y Alexandre los habían cargado por turnos gran parte del tiempo, pero era cada vez más difícil que la mente y la voluntad obedecieran. La soledad blanca entumecía más que los dedos de las manos y los pies. Madeleine se arrodilló al lado de los pequeños y miró hacia arriba asustada.

–No pueden seguir más así. Apenas si han dejado el babero. ¡No puedo verlos morir de hambre aquí frente a mis ojos! Voy a pedir comida en esa casa.

Armand no estaba tan seguro.

–Si lo haces estamos perdidos. Nos retendrán y llamarán a los soldados. No nos demos por vencidos ahora. ¡No puede estar muy lejos!

–Bueno, una milla o veinte... no pueden seguir sin comida.

Armand mismo estaba atontado por la fatiga y el hambre. Se encogió de hombros.

–Quizás. Quizá vinimos por este camino en beneficio de ellos. Si solo los niños y tú... que Dios nos conceda que sean personas con corazones bondadosos.

Sin embargo, los hizo esperar hasta que le pareció que seguramente no estaba el hombre de la casa. La tarde se estaba desvaneciendo cuando Madeleine un poco guió y un poco arrastró a Louis y Louise hasta la puerta de la cabaña, seguida por un apagado Alexandre.

Madeleine tuvo que golpear dos veces antes de que la puerta se abriera una pulgada, y una joven y atemorizada mujer campesina espiara. Comenzó a cerrar la puerta de nuevo.

–¡Por favor!

La voz de Madeleine era tan desesperada que la mujer abrió la puerta un poco más sin muchas ganas. Los Cortot entraron a la única habitación con una cama grande en una esquina, la cómoda en otra y la chimenea con teteras de cobre brillando sordamente arriba en la pared. El piso era de tierra.

La mujer, rubia y robusta, usaba ropas sencillas y gastadas. Tres niños de cabello pajoso se aferraban a sus faldas. Se veían asustados, pues probablemente veían pocos extraños en ese lugar aisla-

do. Pero lo que enseguida llamó la atención de los visitantes fue la olla de hierro con un guiso de vegetales hirviendo en el fuego. El aroma, junto con la intimidad de la habitación, hizo marear a Madeleine. La esposa del guardabosque notó su cara pálida y la ayudó a acomodarse en un taburete de tres patas.

–Hemos estado viajando –explicó Madeleine, innecesariamente–. Creo que nos hemos perdido, y vimos su casa entre los árboles. ¿Podría rogarle que alimente a los niños? Están exhaustos. No necesitaré nada si no tiene demasiada comida.

La mujer miró con incomodidad hacia la puerta. No era difícil leer su mente. Su esposo está afuera buscándonos, pensó Madeleine con desesperación. Armand tenía razón. He arruinado todo... pero ¿qué otra cosa podía hacer?

La angustia de Madeleine era tan evidente que pareció ayudar a la mujer a tomar una decisión. Cerró la puerta y, hablando en el dialecto local, murmuró:

–Son bienvenidos, pero no tenemos mucho para ofrecer.

Entonces, alejó a su tribu, tomó cuatro cuencos de madera y los llenó con guiso. Eran mayormente nabos, pues estas personas no veían carne con mucha frecuencia. Pero estaba caliente. Los hizo sentar a la mesa de caballetes mientras ella cortaba trozos de pan negro. Inadvertidamente, Madeleine escondió su pedazo, pensando en Armand, que estaba muerto de hambre afuera en la nieve.

Con la repentina relajación y el calor, Madeleine sintió un abandono tan grande que deseó poder acostarse y dormir durante un siglo. Miró con anhelo la cama de plumas detrás de las cortinas verdes de sarga y se preguntó si alguna vez se daría el lujo de estar en una cama verdadera otra vez. Sin embargo, no debían demorarse y comprometer a su anfitriona. Quizá la mujer había decidido que la caridad era aceptable si uno no conocía la identidad de los huéspedes o por ahí esperaba pronto a su esposo.

La mujer rehusó firmemente dinero e insistió en que se llevaran el resto del pan. Sostuvo la puerta mientras salían otra vez al invierno, y los miró con lástima mientras cerraba la puerta. Sin em-

bargo, Madeleine había dejado una moneda de oro bajo su cuenco, y sintió que nunca había recibido tanto por el valor de su dinero como en esta ocasión.



Esa noche la pasaron en forma más cómoda, esta vez en una parva de heno. En la mañana, tomaron un sendero del bosque y siguieron en la dirección que Armand esperaba que fuera el norte. La capa de nieve mostraba sus huellas despiadadamente, por lo que fueron por el costado del camino, listos para esconderse si alguien aparecía. Cuando estuvieron seguros de que se encontraban solos, cantaron suavemente algunos de los salmos de Marot. Otra vez, los descansos tendieron a ser más largos y más frecuentes. El pan se terminó y el coraje comenzó a decaer.

En la primeras horas de la tarde, tuvieron un momento difícil cuando chocaron con una patrulla del ejército. Armand y Alexandre saltaron y se escondieron, pero Madeleine y los mellizos, que iban un poco más atrás y cuyos oídos estaban algo atontado por la fatiga, no corrieron a tiempo. La niña tuvo el buen tino de seguir caminando como si fuera indiferente a los hombres de a caballo.

Sin dudas, el trío se veía tan gris y harapiento como cualquiera de los otros campesinos, y los aburridos soldados, tapados hasta la nariz por el frío, no mostraron curiosidad. Armand contuvo el aliento hasta que los soldados pasaron, pues sabía mucho mejor que la valiente Madeleine lo que podía hacer una carabina. *Lo único parecido a una campesina son sus harapos*, pensó él. Su porte era desafiante como siempre. No se vendía como campesina con sus rasgos.



En las últimas horas de la tarde, al llegar a una elevación, Armand se detuvo atónito. Delante de los viajeros había una choza, una barrera de madera, y el río que corría al costado del camino. A ambos

lados se elevaban colinas boscosas. Era un puesto de frontera francés. Debían haber vuelto a Francia otra vez, quizá al dedo de tierra que señalaba al norte desde Givet.

Se sentaron detrás de un árbol y mantuvieron un concilio. Podían cortar por el bosque y colinas, pero entonces perderían el camino y el río. Los niños no estaban en condiciones de comenzar todo de nuevo. El Señor los había llevado hasta ahí, dijo Armand, y aunque no tenía tanta seguridad como hacía unos días, estaba a favor de intentar pasar descaradamente. Esta vez, la que protestó fue Madeleine.

–Veremos –replicó Armand–. Si el Señor provee un solo centinela y preferentemente uno sobornable, todo puede salir bien todavía.

Se incorporó y miró a sus protegidos. Sus caras estaban consumidas por el hambre y la fatiga, sus labios azules de frío. Hasta Alexandre hablaba poco.

En ocasión de aquella batalla siete años antes, se recordó a sí mismo, las posibilidades habían sido casi nulas. Si el coronel imperialista hubiera sabido cómo actuar, Armand y sus hombres habrían sido recogidos en sábanas. Ahora sentía la misma sequedad en la boca que había tenido ese día cuando el caballo del enemigo se echó amenazadoramente encima de su compañía vacilante y él se dio cuenta de que la caballería francesa en su flanco estaba circulando hacia la retaguardia. Él había hecho todo lo que podía hacer y le dejó el resto al Señor. Sus mosqueteros habían resistido con firmeza hasta el momento de abrir fuego, y la marea se revirtió. Ahora, otra vez debía resistir con firmeza y dejar el resto al Señor.

–Quédense donde están –les dijo a los Cortot–. Voy a bajar y tratar de persuadir al guardia que nos deje pasar. Que cada uno tenga un atado de palos como si hubiéramos estado juntando leña. Si todo va bien, les haré una señal para que pasen la barrera. Pasen sin detenerse, recuerden, sin decir una palabra, no importa lo que yo haga. Si me prenden, no pierdan la cabeza. Escóndanse aquí hasta que esté oscuro y entonces traten de dar un rodeo por entre

el bosque y retomar el camino tan pronto como puedan. La frontera española debe estar muy cerca. La verdad es que pensé que ya estábamos allí. Iré ahora y veamos qué tiene el Señor para nosotros.

Enderezándose, les tiró un medio saludo gallardo. Louise comenzó a llorar.

Salía humo de la choza del guardia a unos metros del camino. Se podían oír sonidos de pelea adentro. El centinela en la barrera estaba golpeando el piso con sus pies y cantando suavemente para sí mismo una cantinela adecuada para una sentencia de cualquier cárcel de París:

Si quiere saber por qué
La Chaise es el confesor del rey,
es porque este cura soplón...

Armand se acercó tratando de parecer tan humilde como fuera posible. El cantante paró abruptamente y se volvió hacia el recién llegado. Bajo el escrutinio del centinela, Armand trató de caminar despacio a la usanza de los campesinos. No era muy difícil pues estaba débil del hambre.

El soldado era bajo de estatura y pequeño, con ojos negros brillantes cercanos uno del otro. Le faltaban dientes. El borde de su sombrero estaba doblado hacia arriba de cada lado, revelando la cara del más joven de los dos soldados que habían estado peleando en la nieve varias mañanas antes.

Armand se quitó el sombrero y trató de encogerse como un inferior. Esto era difícil porque el guardia fronterizo era una cabeza más bajo.

–¿Quién anda ahí? –exclamó el soldado.

–Me gustaría ir por el camino más allá –respondió el falso campesino, con vacilación–. Vine esta mañana a juntar leña y el camino es más corto por acá. Soy del poblado que está cerca del camino.

Si estuviera solo, pensó Armand, *trataría de golpearlo, pues mis pistolas seguramente están muy mojadas como para disparar.*

–Bien, veamos su pasaporte –demandó el soldado, apoyando su brazo en el cañón del mosquete.

–¿Pasaporte? ¡Nunca necesité uno para juntar leña!

Armand trató de lograr el tono agraviado adecuado.

–Apuesto que no –dijo el guardia fronterizo, y levantó su mosquete hasta que apuntó a Armand en el estómago vacío–. Ahora, cuéntame uno mejor, mi muchacho, o llamaré al sargento. Él sabrá cómo hacerte hablar.

Su voz todavía era suave y sus camaradas ruidosos detrás de la puerta cerrada no podrían haber escuchado nada.

Armand se sintió mareado y transpirado. Había esperado algo mejor que eso con una barba de cuatro días, sus harapos y el atado de palos.

–Tú eres un soldado, lo garantizo– acusó el centinela sin esperar una respuesta–. ¿Un oficial?

Había un toque de respeto o incertidumbre crecientes. Sus ojos buscaban la faja identificatoria que no estaba allí.

–Soy... o era –confesó Armand–. Me descubriste, de acuerdo. Era mayor en el Regimiento de Maine. ¿Y tú?

–Vermandois.

–Recuerdo haber batallado con ustedes en Lagenbruck en el año 79. ¿Estabas allí?

El centinela se sintió halagado de ser tomado por un veterano, pero se mantuvo cauto.

–No, pero escuché del asunto muchas veces de los viejos mentirosos que inventaron este equipo. ¿No fue esa la ocasión en la que uno de sus tenientes recorrió toda la hilera y recapturó las banderas prácticamente él solo?

–Sí, yo estuve ahí y lo vi –dijo Armand, sin mentir.

El centinela silbó suavemente.

–Me habría gustado que nos conociéramos en esa época –añadió Armand, cortésmente–, pero aquí estamos con nuestros dientes castañeteando en el frío.

–Sí, y yo podría entregarte. No hay duda que eres un RPR.

–Es cierto, pero me pregunto si primero no me harías un favor como un hombre de Vermandois para un camarada de Maine.

El centinela estaba callado, pero mantuvo sus ojos sagaces en el que le suplicaba.

–Le prometí a un buen anciano –continuó Armand–, un camarada de mi padre en la Batalla de las Dunas, que me encargaría de que su hija y los pequeños salieran de esto y fueran con sus amigos en Holanda. Si piensas que puedes dejar pasar a cuatro campesinos con leña, para mí sería un honor aceptar el arresto de tu parte.

–¿Qué? ¿No quieres cruzar tú también?

El soldado ahora estaba susurrando.

–Seguro, pero me atrapaste en buena ley y no me puedo quejar. Sin embargo, atormentar a una joven dama y tres niños que ya han perdido a sus seres queridos y sus posesiones, bueno, no es eso para lo que te enlistaste, ¿verdad?

El soldado lo miró con extrañeza, pero no dijo nada.

–Dado que ya no le daré uso y no quisiera que se desparrame entre quienes no hicieron nada para merecerlo, ¿puedo obsequiarte esto?

Con una pequeña reverencia, le ofreció su cartera al aprehensor. El soldado miró brevemente hacia la choza y, con rapidez, escondió la cartera en su camisa. Bajó el arma.

–Bien, que pasen, pero mejor que no vayas con ellos. Si alguien llega a ver cinco de ustedes, les pueden recordar a unas personas que supuestamente estamos vigilando. Escóndete aquí en el banco del río hasta que sea oscuro y te daré una oportunidad de irte antes de que me releven. Pero ten cuidado incluso allá afuera.

Señaló hacia el norte.

–La frontera está detrás de nosotros aquí, pero andamos por todos lados. ¿A quién le importa el rey de España, eh? –guiñó el ojo al estilo de los camaradas.

Armand comenzó a tartamudear su agradecimiento, pero fue silenciado por un gesto señorial.

–No sé porqué estoy haciendo esto, pero tienes razón... no me enlisté para esto. ¿Para usar un sombrero con una pluma y que te griten sargentos sin cerebro? Paliza si te olvidas de saludar. ¡Y este asunto de Madame de Maintenon de congelarse en la nieve por cinco *sous* al día!

Su tono era cruel.

–Con esto –el soldado palmeó la cartera bajo su chaqueta–, compraré parte de una taberna en Montpellier. Pero ve mientras puedas y ven a vernos al sur algún día.

Armand les hizo señas a los Cortot y luego saltó al banco del río, donde se echó en la grava.

Aunque desconcertados por el comportamiento de Armand, Madeleine y los otros avanzaron. Enarbolaron sus atados de leña y caminaron cansinamente hacia la barrera. No se veía a Armand por ningún lado. Al acercarse al centinela, este cambió su mosquete a su mano izquierda y, con su mano derecha, con cuidado levantó la barrera lo suficiente como para que pudieran deslizarse por debajo de ella. Madeleine buscó ansiosamente su cara, pero él se mostró impasible y no dijo ni una palabra. Volvió a poner la barrera velozmente y los miró mientras avanzaban con rapidez por el camino y doblaban la curva. Ellos no se animaron a darse vuelta para dar una última mirada a su tierra natal.

Era casi oscuro cuando finalmente el soldado llamó a Armand. Había estado acostado en el suelo congelado tanto tiempo que pensó que no podría doblar sus coyunturas, pero se incorporó con rapidez, gateando detrás del centinela.

–Más vale que vayas, mayor –dijo el centinela en voz baja–. Pero recuerda: viajen separados hasta que lleguen a una ciudad belga grande. ¿Tienes algo de dinero? Quizá toma algo de vuelta de esto.

Puso su mano en su bolsillo.

–¡No, no! Me las voy a arreglar bien. Dios te bendiga por tu buen corazón. Quizá nunca llegues a mariscal ahora, pero por lo menos deberías ser un príncipe entre los posaderos.

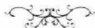
Apretó la mano del soldado.

En el momento en que se daba vuelta para pasar por la barrera, escuchó el inconfundible sonido de cascos de caballos desde el lado de Francia. Miró interrogativamente al centinela.

–¿Pasarán por la frontera?

–No te preocupes, mayor. Los demoraré un poco para ti.

Sin más dilación, Armand se marchó tan rápido como pudo sin correr realmente. El soldado lo observaba mientras él daba la vuelta en la curva y se perdía de vista.



En el crepúsculo, el tintineo de los arreos sonaba nítidamente. La patrulla aparecería sobre la elevación en cualquier momento. De pronto, el soldado dejó escapar un grito fuerte y disparó en el aire. Al instante, se abrió la puerta de la choza y un escuadrón de soldados salió a tropezones, seguidos por un sargento fornido.

–Dos de ellos arriba de la colina allá –gritó el centinela, señalando hacia Francia.

El sargento y sus hombres salieron corriendo y se les unieron los hombres de a caballo. Luego de algunos minutos confusos de mirar sus propias huellas, todos volvieron caminando cansados.

–¡Hugonotes, bah! No había ni una vaca allá arriba. No sé por qué todos los de medio cerebro de cada orfanato de Francia tienen que ser metidos de a montones en este regimiento. ¡Por esto puedes hacer el próximo turno de guardia también!

El sargento desapareció dentro de la choza.

Los soldados desmontaron para calentarse las manos y reírse del pobre centinela. Sin embargo, él lo tomó de buena gana. Su mirada estaba abstraída y muy lejos de allí, como la de un hombre que ya se imaginaba a sí mismo como un próspero tabernero.

Luego de media hora, los caballeros partidarios del rey volvieron a montar sin apuro, y los caballos entraron dándose importancia en los dominios del rey de España. Delante de ellos, cinco hugonotes caminaban con dificultad, esperando encontrar refugio en Holanda.



Segunda parte
1688



Capítulo 7

Exiliados

Mientras que muchos pueden sufrir el martirio con suficiente heroísmo, no todos pueden vivir su fe a través de una larga adversidad. La esperanza postergada es debilitante para la resolución espiritual. Los judíos exiliados, como nos cuenta el salmista, colgaban sus arpas de los sauces y lloraban al lado de las aguas de Babilonia. Los exiliados hugonotes en Holanda, como tenían sauces pero les faltaban las arpas, podían llorar al lado de los canales de Amsterdam si elegían hacerlo pero, en la tierra de la ética del trabajo, no se aprobaba ese tipo de ocio y, realmente, hacía demasiado frío como para tumbarse en los bancos del canal, ya sea llorando o con los ojos secos.

El frío de la mañana holandesa se iba debilitando. El sol iba ganando confianza. El agua en los canales de Amsterdam había comenzado a verse más azul que gris. El tráfico pedestre junto a las orillas era ágil y uno tenía que tener cuidado con los mozos cargados de cosas y las sirvientas jóvenes con zapatos de madera conversando al volver del mercado con sus cestas cargadas. Amsterdam quizás era la ciudad más limpia de ese momento y, ciertamente, una de las más ricas. Las casas angostas y exquisitamente adornadas de los comerciantes, cada una con su elevación en saliente sobre la calle; el aroma de las especias de la bahía cercana; también las variedad de marineros de los distintos océanos, todo testificaba de un comercio próspero. Los ciudadanos holandeses que pasaban se veían bien alimentados y cómodos.

Un poco fuera de lugar entre la prosperidad y el bullicio de buen humor, había un hombre joven, alto y bronceado, de quizá veintiocho años. Caminaba al costado del canal, con porte erecto, una

gastada capa gris enrollada alrededor de sus hombros anchos, y un sombrero negro de aspecto oxidado y ala ancha en su cabeza. Lucía su propio cabello, que era oscuro; y, a pesar de su apariencia miserable, llevaba una espada como acostumbraría hacer un caballero. Aunque no parecía exactamente desanimado, no había nada particularmente alegre en su expresión. Parecía distraído y apenas notaba la actividad a su alrededor. Cualquiera que hubiera observado las calles de los pueblos holandeses en los últimos meses habría identificado a ese tipo de persona: un ex oficial francés, ahora un refugiado en Holanda por su fe hugonota. Su nombre era mayor Henri Armand, Señor de Gandon de Languedoc.

Armand había esperado una comisión en el ejército de Guillermo de Orange, quien se había unido a la Liga de Augsburgo con la esperanza de detener la ola creciente de agresiones francesas, las que estaban ocurriendo en varios frentes. Más recientemente, los rumores sugerían que el príncipe holandés podría incluso ser llamado a reemplazar a su suegro católico, Jacobo II, en el trono inglés. En ese caso, Armand creía que bien podía esperar un ascenso, pues su foja de servicios militares era buena. Y en Inglaterra no era de esperar que tuviera que enfrentar en batalla a sus anteriores compañeros de armas en el Regimiento francés de Maine.

Los ingresos del patrimonio de Armand en Languedoc eran escasos y llegaban por canales secretos en forma irregular. Aunque practicaba la frugalidad al extremo, la situación se había vuelto crítica y, luego de más de dos años allí, no había habido una oferta aceptable de un cargo militar. Y, lamentablemente para él, la guerra era su profesión.

El soldado estaba considerando estas cosas en su mente por enésima vez mientras cruzaba un pequeño puente peatonal y comenzaba a doblar por un sendero angosto entre varias casas, cuando casi chocó con un caballero vestido elegantemente y que tenía el doble de su edad. Ambos habían comenzado una inclinación de disculpas cuando el reconocimiento mutuo los detuvo.

–¡Armand de Gandon! –exclamó el pulcro, extendiendo su mano.

–¡Ah! ¡*Le Sieur* de Tillieres! –contestó Gandon, igualmente sorprendido–. ¡Quién hubiera pensado encontrarlo por aquí! Fue hace tres años que lo vi por última vez en Versalles.

Tan pronto como habló, Armand se dio cuenta de que quizás esta no era una cosa halagadora para decirle a un hugonote concienzudo. Sin embargo, el caballero de Poitou no se mostró ofendido.

–Estoy aquí por la misma razón que tú, supongo –respondió–. Pero ¿cómo te va en esta abominable tierra de neblinas? No he estado en la ciudad más que una semana, y sospecho que ya tengo una afección en los pulmones. Todavía no he localizado una casa aunque mi casamiento se aproxima, y me presionan para que provea un hogar confortable a mi novia holandesa.

–Lo felicito –expresó Armand.

–Qué frío horrendo –comentó Tillieres; y se acomodó una chalina de seda sobre el frente abierto de su elegante traje.

–Mi alojamiento está aquí cerca –ofreció Armand–. Aunque solo tomé una habitación, por razones de economía, es seco y no le da el viento. Por lo menos, más cómodo que las barracas con corrientes de aire en Versalles.

Tillieres tosió y gesticuló dramáticamente.

–Ve adelante. Te sigo.

Pasaron entre dos depósitos que lindaban con el canal. Tillieres habló con rapidez, aclarando sus circunstancias actuales. La muerte reciente de su padre lo había dejado a cargo de su herencia, y había logrado vender la mayor parte de su propiedad de campo en Rochefort a un buen precio. Durante el año anterior había enviado sus activos a bancos holandeses a través de amigos, había invertido accidentalmente en transporte marítimo y ya había cosechado algunas ganancias excelentes. En este punto, Tillieres se volvió confidencial, bajando su voz e inclinándose hacia el hombro de Armand. Hacía unos cinco años, poco después de la muerte de su primera esposa, había convenido su próximo matrimonio con la hija de un comerciante acaudalado.

–¡Por supuesto, mi padre siempre estaba vigilando! Nuestros planes no contaron con su visto bueno. Debes imaginarte, *mon ami*:[1] me amenazó con solicitar *une lettre de cachet*[2] para hacerme reconocer mi insensatez, ¡un terrible deshonor! El honor de la *famille*,[3] para mi padre siempre es como una religión. Él no podía permitir una unión así. Mi matrimonio con la hija de un burgués, no importa cuán adinerado fuera, ¡era una desgracia igual a ser borracho, a la disipación de la herencia, a la violencia o incluso al asesinato!

–¿Entonces su padre no era hugonote? –preguntó Armand.

–A su manera –suspiró Tillieres–. Muy estricto en algunas cosas, pero siempre más orgulloso de lo que es propio de nuestra secta. Su postura siempre entristeció a mi santa madre, tú puedes imaginarte, de Gandon. Afortunadamente, pude impedir la orden de arresto ejerciendo discreción. Y luego, más o menos hace un año, papá murió de imprevisto a causa de una fiebre. ¡Ver mi casamiento con la querida Catherine habría sido embarazoso para él!

Rebosaba de su propia buena fortuna, excepto por el clima, por supuesto, el cual temía que deshiciera sus precauciones empresariales. Armand no pudo suprimir una sonrisa.

–Por desgracia, yo he recibido solo ingresos limitados de las propiedades de mi familia en Languedoc desde la muerte de mi padre, hace nueve años –manifestó Armand, abriendo la puerta que daba hacia la calle y subiendo las escaleras estrechas detrás de su huésped–. Solo lo suficiente como para un chaleco de seda, medias de seda y zapatos elegantes... y una peluca marrón bastante gastada.

–Soy otra vez afortunado en ese punto.

Tillieres se rió y su voz reverberó por el hueco de la escalera de ladrillos:

–Mi propio cabello es rubio y abundante, me queda más atractivo que la mejor creación de un fabricante de pelucas.

---

[1] "Mi amigo".

[2] Orden de arresto.

[3] Familia.

–Es cierto –concordó Armand al recordar ocasiones en la corte cuando los bucles dorados de Tillieres, que caían sobre sus hombros, habían sido objeto de exclamaciones de admiración.

Armand se inclinó para abrir la puerta del piso superior.

–¿Esta pobreza es necesaria? –Tillieres giró lentamente, examinando la pequeña habitación.

–Lamentablemente.

–Debes saber que su Gracia, el duque de Lauzières, todavía tiene los sentimientos más cálidos hacia ti –declaró Tillieres, mientras se sentaban en taburetes de tres patas en la buhardilla. La única luz provenía de una pequeña ventana que miraba hacia la calle, cuatro pisos más abajo.

Armand hizo una mueca, tocado por el afecto hacia su viejo comandante en el Regimiento de Maine.

–Realmente es muy amable de su parte –suspiró– y muy propio de su nobleza de alma. Pero, me temo que únicamente lo metería en problemas con los celosos o fanáticos de la corte. Mientras profese mi religión protestante, no veo ninguna manera de volver a la vida que el duque quiere para mí en Versalles. He escuchado que, desde febrero, ningún protestante puede tener un cargo militar y, antes de eso, se habían cerrado las posiciones civiles. No voy a jugar al hipócrita para complacer ni siquiera a un duque... o para heredar su propiedad.

De pronto, Armand se sintió incómodo. La cara de su acompañante había cambiado de un interés benéfico a casi un escrutinio artero.

–Nada controla tan completamente las pasiones del rey como su orgullo por su ejército –dijo Tillieres–. Tu heroica foja de servicios, especialmente en la campaña del Palatinado, ha sido alabada con frecuencia. Joven como eres, eres algo así como una leyenda. Es difícil que se enlisten oficiales jóvenes y prometedores, especialmente cuando los hombres con ambiciones temen estar lejos de Versalles. El rey ha creado su propio peor dilema. Por supuesto, no hace mucho, casi la mitad de las filas jerárquicas del ejército

de su Majestad eran hugonotes. Genios militares irremplazables... y muy leales. ¡El rey nunca encontrará otro Schomberg!

Armand apretó sus manos y miró como palidecían sus nudillos.

–El mariscal Schomberg era el comandante de mi padre. Mi padre eligió mi nombre por este gran líder.

–Eso pensé.

–Ahora el mariscal Schomberg ha ido con los ingleses en vez de aceptar la excepción del rey y mantener en secreto su vida religiosa. ¿Qué significará esto para un hombre que ha estado por sesenta años en el ejército francés?

Ninguno de los dos habló por varios minutos. Tillieres suspiró dramáticamente.

–*Tiens*.[4] No tengo una vocación como la tuya, mi amigo. Su Alteza Majestuosa no me busca para lograr la gloria de su nombre y el de Francia. No tengo una lucha así entre una conciencia patriótica y mi persuasión moral.

Armand se tomó las rodillas.

–Así es. El rey nunca ha tenido súbditos más leales a su autoridad de lo que hemos sido nosotros. Incluso ahora, hugonotes en toda Francia...

–¡Ah, sí! ¡Estamos muy acostumbrados a cabalgar en los cuernos del toro! –lo interrumpió Tillieres; y continuó–: Su Gracia, el duque, de alguna forma se enteró de que yo iba a huir del país. Igual que tú, al final decidí que no podía vivir esta doble vida. Entonces, tu benefactor me llamó a su hotel de París, hace apenas dos semanas, y me habló de ti y de su preocupación por tu futuro; de las oportunidades que estabas desperdiciando por seguir siendo hugonote y jugando, así lo dijo él, por favor, entiende, jugando al tonto solo por una cara bonita. Para ser completamente franco, él quería que te buscara y te preguntara directamente si no habías tenido ya suficiente del exilio y estabas dispuesto a volver a Francia. En ese caso, él nunca mencionaría tus desviaciones recientes y tenía esperanzas de poder suavizar las cosas con el rey.

[4] "Vaya"

Armand miró sus zapatos maltratados, doblando sus dedos dentro del cuero delgado.

–Por supuesto, yo le recordé –continuó Tillieres– que tú eres un hombre de principios y no estarías dispuesto a fingir una conversión, pero él le restó importancia. Él siente, como tú sabes, que Dios es el mismo tipo de caballero que es él mismo, incapaz del "entusiasmo" de los jansenistas y los hugonotes, sino más bien indulgente con quien preserva sus creencias para sí mismo y por fuera se adapta para agradar al rey; a quien, él señaló, le debemos obediencia por autoridad de las Escrituras. Es verdad, tanto Louvois como Madame de Maintenon no perdonan a los herejes rebeldes, pero el duque considera que es bastante cercano a su Majestad como para explicarle bien el asunto, y que el sentido natural de justicia del rey puede prevalecer y tú podrías ser reinstaurado. Considerando tu trayectoria militar y sus pocas demandas de...

–Yo... –comenzó el mayor, con una sacudida de cabeza.

Pero, Tillieres no le dio tiempo para formular una respuesta.

–El duque también dijo que inmediatamente te negarías a estas sugerencias, y veo que te conoce bien. Estás haciendo lo correcto, por supuesto, y te respeto por eso –añadió Tillieres, sentenciosamente–. Pero, me hizo prometer que yo te haría notar que su puerta está siempre abierta mientras él viva, y que nadie jamás te reemplazará en sus afectos, pero que no estás obligado a darle una respuesta inmediata.

–Siempre fue muy generoso –murmuró Armand.

¿Será posible?, pensó para sí mismo, *¡ahora nunca podré cerrar la puerta a esta tentación!* El año anterior había pensado que tenía tomada la gran decisión de una vez y para siempre. Ahora, sin importar con cuánto vigor rechazara la idea, siempre estaría esperándolo en los momentos de desánimo. ¿Cómo podría olvidar los buenos días con su regimiento, disfrutando de la alabanza de hombres y oficiales por igual, escuchando que su nombre era repetido a cada rato, sintiendo en su cuerpo el poder avasallante de la salud perfecta debido a un entrenamiento militar excelente? ¿Cómo podría

no estar consciente del hecho que, aunque era un hombre joven de fortuna disminuida, podría tener riquezas y una posición encumbrada simplemente estando bien con un duque? Además, la generosidad del duque lo hacía sentir como un desertor ingrato. Sabía bien el daño que podían hacer los rivales del duque si se enteraban de los esfuerzos del anciano por ayudar a un hereje exiliado.

El silencio de Tillieres era extraño, más incómodo aun que su discurso directo. Armand, al sentir la mirada de su acompañante, temió que su propia lucha fuera evidente. Hizo un esfuerzo para componer su cara y controlar su voz.

–Le agradezco por su molestia en este asunto, pero nosotros tenemos mejor criterio que él sobre cómo los de la Religión debemos decidir cuestiones de este tipo si queremos ser fieles al Señor. ¡Quisiera que el duque encontrara a alguien más digno de la fortuna que desea otorgar!

–No puedo pensar en nadie más digno que tú mismo –aseguró Tillieres, con energía–. Pero, estoy de acuerdo con que el cristiano no puede permitirse ser comprado de esta manera. Yo hice lo que le prometí al venerable hombre. He hablado de parte de él.

Luego de que Tillieres se hubo ido, Armand se sentó por largo tiempo en su taburete de tres patas, en la pequeña y sombría habitación, repasando la conversación. ¡Había hablado rápidamente palabras valientes, con seguridad! Sabía que un cierto número de exiliados se había desanimado y se había escabullido de vuelta para doblar sus rodillas ante Baal. Y miles de hugonotes todavía vivían bajo Faraón. ¿Cómo les iba? ¿Daban testimonio en público, o solo intentaban adorar en secreto?

Et moi?,[5] pensó. *¿Qué razones tengo para suponer que mis perspectivas mejorarán en los próximos meses... o años?* El mensajero del príncipe Guillermo III ese día había traído, a la casa de café más frecuentada por los soldados refugiados, el mismo mensaje gastado:

–Si se declara la guerra por el trono inglés, los llamaremos inmediatamente; pero ahora, nada.

[5] "¿Y yo?"

Al comer tan seguido como podía con refugiados más afortunados y vivir frugalmente, había mantenido a raya el verdadero estrés... hasta este momento. Quizás era una buena idea no incursionar muy profundo en los recovecos de su propia mente. ¿Podía decir "No" con tanta firmeza como hacía tres años si estuviera con hambre y en harapos?

Del banco que hacía de lavamanos, mesa y mesita de luz, tomó un bollo que había comprado por un cuarto de su precio por tener ya dos días. Solo lo mordisqueó una vez y lo volvió a dejar en la fuente.

C'est ca![6] *La caridad tiene sus partes duras. No importa en qué dirección miro mis actuales opciones, solo hay caridad: caridad del duque, quien claramente cree que soy digno de todo lo que ya ha invertido en mí; ¡o caridad que debo aceptar humildemente de los acaudalados protestantes de Amsterdam!*

No pudo suprimir una sonrisa. Quizá con plumas más vistosas podía atraer a la hija de algún burgués rico, como Tillieres. Pero, aun así, el buen sentido comercial de los holandeses evitaría la caridad a ese extremo. Y aunque sus sentimientos por Madeleine nunca podrían llegar a algo, no le permitían siquiera aparentar interés por alguien más.

Tiens! Era su propia locura privada permitirle a su corazón involucrarse en lo que había sido un acto caritativo, ayudando a los cuatro hijos del amigo hugonote de su padre a escapar de Francia. Esto ya había sido tres años atrás y todavía la veía en sus sueños: al lado del fuego en la casa de su padre, al sur de Francia; sus hermanos mellizos recostados en cada uno de sus hombros; su madre serena haciendo su trabajo de bordado; su hermano adolescente, Alexandre, sacudiéndose de impaciencia; su padre leyendo las Escrituras con tranquila pasión. En sus sueños, Armand también la veía aquella noche de tormenta, una forma oscura agachada en la pared del convento. Sentía como caía en sus brazos, empapada de frío y lluvia. La sentía aferrada a sus manos mientras escapaba por la fangosa ladera de la colina del convento. La sentía tocando

[6] "¡Así es!"

su brazo mientras evadían al equipo que los buscaba en el peligroso viaje por el norte de Francia y la Holanda española, bajo la lluvia y la nieve congeladoras.

Ninguna otra mujer podría alguna vez ocupar, en su corazón, el lugar donde él había entronado a Madeleine Cortot. Aunque pudiera flaquear en otros asuntos, este estaba resuelto.

Era afortunado, caviló Armand, de que Tillieres no hubiera encontrado al hermano de Madeleine en el cuarto que habían compartido por solo unas pocas semanas. ¡Alexandre! Ese muchacho había nacido para ser colgado. Sin embargo, Armand estaba seguro de que no había otro hombre de cualquier edad a quien preferiría tener a su lado estando en peligro. A los doce años, Alexandre había sido expulsado de la Casa para Católicos Nuevos, donde lo habían enviado al ser secuestrado junto con Madeleine, quien había sido llevada al convento. ¡Incorregible! Alexandre había repetido alegremente esa declaración del fraile dominico encargado de su reeducación como católico. Alexandre Cortot había probado su temple en el escape a Holanda. Y ahora, el muchacho de quince años era insistente. Sería un soldado para algún príncipe protestante.

Certainment[7] *nunca en el ejército francés ni en el regimiento de Maine*, consideró Armand. Alexandre no era de los que disentían en silencio. En toda ocasión que se le presentaba, se refería a los "horrores de Babilonia" tales como la adoración de imágenes de santos y el besar las reliquias. Veía las conversaciones comunes y corteses con un católico como un compromiso de principios de rodillas débiles.

Armand no pudo evitar preguntarse cómo Tillieres, que decía haber sido criado en una familia hugonota devota, había logrado esconder su convicción por tanto tiempo. En Versalles, este hombre elegante de mediana edad no había parecido ser otra cosa que el más obsecuente de los buscadores de favor.

Con seguridad, esta mariposa ha cambiado, se dijo Armand.

7 "Seguramente".



Luis XIV, el Rey Más Cristiano, el Gran Monarca de Francia, consciente como siempre de su propia majestad, pasó por la Gran Galería de su palacio de Versalles recientemente terminado. Dado que los rayos de prosperidad y favor emanaban del Rey Sol, y solamente de él, pocos de la nobleza de la corte se arriesgaban a ser desaprobados, ausentándose. Esta noche, cientos de ellos se apretujaban en el inmenso *hall*[8] y en los salones adyacentes. El rey midió sus pasos a conciencia, mirando brevemente hacia la derecha y hacia la izquierda, y haciendo movimientos de cabeza benéficos a sus nobles súbditos. *Soy para ellos el* pater familias,[9] *un padre sabio que ha reunido a grandes y a chicos, todos mis hijos, y sus propiedades y ducados, en mi casa. He creado a Francia.* Luis repitió ese pensamiento tres veces al ritmo de sus propios pasos.

Cuatro mil velas brillaban suavemente en la escena y se reflejaban en los diecinueve enormes espejos que le daban su nombre familiar a la galería. Era un desfile de cuento de hadas, de sedas brillantes, de raso y de joyas. El monarca hizo una pausa para inspeccionar las extensiones del cielorraso, donde pinturas alegóricas que describían su gloria estaban suspendidas como visiones celestiales. Antes de proseguir, miró con aprobación a lo largo del corredor, donde había mesas de plata, arregladas y cargadas con confituras, y árboles de naranjas en cubos de plata, y donde los tapizados verdes y dorados se sumaban al efecto general.

La desventaja de ser rey, si uno podía imaginarse una, era que no tenía la libertad de salir del desfile interior y mirar desde afuera las enormes ventanas; o dar un paseo a través de las hectáreas de jardines con diseño formal, detrás del castillo, a la luz de la luna, entre los *allees*[10] prolijamente ordenados, las estatuas, los árboles, los grupos de deidades acuáticas, en las ahora silenciosas fuentes

[8] Vestíbulo.

[9] Padre de la familia.

[10] Callejones.

ornamentales, y, en la distancia, en la orilla las aguas centelleantes del Gran Canal. Sin embargo, dentro o fuera del gran palacio, nunca un soberano tuvo un entorno tan imponente para su gloria.

Ah, c'est magnifique![11] *Porque así lo deseo, nadie de importancia, en toda Francia, intenta siquiera tener una existencia independiente de mi voluntad real o distante de mi persona real.*

Sonrió insípidamente con satisfacción. Su plan había funcionado. La nobleza una vez rebelde era ahora tan dependiente de los favores del antojo real –dinero y puestos– que era impensable para un vástago ambicioso de la nobleza ausentarse de Versalles mientras pudiera pedir prestado el dinero para vivir allí y mantener las apariencia... con la esperanza de atraer la mirada del rey.

¡Yo soy el Sol!, pensó Luis, y sonrió otra vez. Por más de una década, había mantenido tan ocupados a sus cortesanos con la etiqueta y el elaborado ceremonial de la corte, asistiendo a su grande *levée* y a su *coucher*, a sus devociones y a su mesa, a sus partidas de caza y a sus entretenimientos, que el mayor propósito en la vida de ellos era ser vistos cerca de él en el momento y el lugar adecuados. Los jóvenes prometedores de la nobleza quizá tenían que dormir en cubículos mal aireados en una de las barracas de Versalles; estar parados todo el día en pisos duros; cabalgar para captar la mirada real; y eliminar a los competidores para la pensión, el regimiento o la embajada que pretendían. En cambio, permanecer en la propiedad de uno... qué terriblemente aburrido: una muerte en vida cuando todo y todos los que tenían importancia gravitaban en torno a él, el Rey Sol.

El Gran Monarca vaciló solo un momento más mientras la multitud se abría delante de él. Era de nochecita, el momento del *appartement*, o entretenimiento. En general a él, últimamente, no le importaba pasar tiempo escuchando la orquesta de cámara o mirando la danza o jugando; sin embargo, sus cortesanos estaban aquí y debía ser visto por todos ellos... a una cierta distancia, *certainment*. Y luego se escabulliría silenciosamente a través de una puerta secreta al departamento privado de Madame de

[11] "¡Es magnífico!"

Maintenon, donde podía disfrutar de la saludable atmósfera doméstica que ansiaba con intensidad creciente.

Hacia la derecha, se acercó un duque en espléndido raso azul cielo y carmesí, acompañado por un hombre de treinta con un rostro rosado y suave, usando una peluca blanquecina. El hombre más joven sonrió con nerviosismo y ambos se inclinaron profundamente, barriendo el piso con sus sombreros en la mano.

–Mi sobrino, su Majestad –sonrió tontamente el duque.

El rey no escuchó bien por el ruido ni el nombre del sobrino ni el ascenso que pedía el duque. No obstante asintió, sonriendo con gracia ensayada.

–Consideraremos ese asunto.

Nunca negar. Nunca prometer. Debo recordar escribir esta recomendación en mi libro de consejos para mi nieto. Esta política ha preservado mi vida y a la nación innumerables veces, caviló el rey.

Mientras proseguía por el medio del *hall,* se detuvo una y otra vez, sonriendo al reconocer a los grandes y a aquellos que anhelaban la grandeza. Cada persona que se acercaba a él le pedía un favor. Otra vez, él formulaba la misma respuesta en tono amable:

–Consideraremos ese asunto.

Y cada solicitante retrocedía con ojos brillantes de ilusión.

–*Mon chère,*[12] *madame* –susurró, ya libre en su mente de la presión a su alrededor, y respirando la pacífica contención que rodeaba a Madame de Maintenon. Aunque se habían casado en 1683, no podía hacer reina a esta querida, austera y oscura belleza, por más grande que fuera la tristeza.

Qué diferente era de María Teresa, quien había sido su *reina.* María Teresa había sido la hija del rey de España y, por lo tanto, una consorte real adecuada; pero ella nunca había tenido su corazón. Casi como si Dios mismo hubiese retenido su bendición a ese matrimonio, un solo hijo, el Delfín, había sobrevivido a la infancia.

Por supuesto, siempre hubo hermosas mujeres jóvenes durante su juventud, jóvenes con ambiciones de ser notadas, preferidas. Había

[12] "Querida mía".

estado esa belleza de cabello dorado, *madame* de Montespan, fragante y sensual, pálida como un lirio, mojigata en la cama, ardiente y orgullosa. Había sido por mucho tiempo la dueña de su corazón, le había dado seis hijos bienamados. Había imaginado que sus encantos eran indispensables. No había tomado su destierro con mucha gracia. *Mais oui...*[13] como había insistido el *Pere*[14] de La Chaise, su propia pureza moral era esencial si tenía alguna esperanza de liderar la nación hacia la uniformidad de religión.

El Gran Monarca se permitió demorarse un momento con recuerdos de las jóvenes mujeres encantadoras que habían distraído su atención, incluso durante su larga alianza con *madame* de Montespan. Pero, era Madame de Maintenon, la siempre devota institutriz, quien había dado a los niños una crianza adecuada. Ahora, en su sabiduría más madura y con su *chère madame* para nutrir su naturaleza más noble, todas las otras eran recuerdos inofensivos. Con gran satisfacción, recordó el sacramento que los unía el uno al otro, si bien administrado en secreto, y sin más testigos que ellos mismos y delante de Dios.

Ah, sí. Al llegar a los años maduros de su vida, había alcanzado sabiduría. Había enmendado el libertinaje de su juventud y había tomado control de la iglesia. Su comportamiento presente expiaría sus pecados previos. El buen Dios observaba y estaba complacido.



Armand cepilló su sombrero y salió para otra fiesta-cena donde todos los invitados, igual que él, serían servidos en abundancia, y trabarían conversación con un anfitrión caritativo que hacía de cuenta que nada más que la jovialidad motivaba las invitaciones. Por lo menos, aquí sus ropas gastadas serían vistas como una marca de honor, evidencia de los sacrificios que había hecho para permanecer fiel a su llamamiento cristiano.

[13] "Pero, claro".

[14] Padre, sacerdote. (Françoise d'Aix de La Chaise fue el confesor del rey Luis XIV.)

En un gran salón que ocupaba todo el segundo piso de la elegante casa de ciudad, Armand alternó con refugiados a quienes había conocido durante su estancia temporal: la anciana esposa de un ex recaudador de impuestos francés quien, como el padre de Madeleine, había sido la tercera generación de servidores públicos valorados por su honestidad total; el hermano de un soldado francés muerto en el Palatinado; tres damas jóvenes de Rouen con su madre; un joven pastor hugonote y su esposa, del Valle del Loira; y, sorprendentemente, Tillieres, vestido solo con algo menos de esplendor que si esperara desfilar entre las mesas en un *appartement* de Versalles. Era llamativo en el entorno restringidamente opulento de su anfitrión.

La comida había terminado, y Armand había evadido con éxito un *tête-à-tête*[15] con cualquiera de las tres damas jóvenes aunque la madre de ellas y el anfitrión tenían la intención de que se trataran. Tillieres tomó a Armand del codo una vez que las mujeres se retiraron.

—¿Dónde está la joven dama que ha capturado tus afectos, *mon ami*? Veo por tus sonrisas heladas que te consideras comprometido con ella. ¡Ah! No hay necesidad de disimular que he malinterpretado tu corazón. ¿Por qué no fue invitada aquí esta noche por nuestro excelente anfitrión?

—Ella *está* aquí en Holanda —contestó Armand, un poco tenso—. Sin embargo, no la veo seguido. Es mejor así. Está empleada en Rotterdam, en un hogar para mujeres ancianas refugiadas.

La ceja izquierda de Tillieres se elevó, pero se encogió de hombros... *Con condescendencia*, pensó Armand, *como si entendiera que había sido un breve asunto del corazón con una muchacha que trabajaba para vivir.*

—*Mais oui*, entiendo que el padre de ella una vez fue bastante adinerado. ¡Vaya! Muy desafortunado.

Armand sintió que su columna se ponía tensa.

—No me atrevería a hablar sobre la familia del amigo de mi padre.

Tillieres se encogió de hombros de nuevo, esta vez inclinándose hacia adelante.

[15] Conversación íntima, a solas.

–Por favor, disculpa mi atrevimiento al hablar de mi amada Catherine con mucho orgullo. Hemos encontrado una casa precisamente la semana pasada... después de haberte visto. Todavía queda el asunto de amoblarla para complacer a mi prometida. Una mujer tan valiosa como nunca has visto, mi amigo, aunque ella ha vivido toda su vida acostumbrada a la forma de lujo holandesa.

Tillieres se lanzó por media hora a alabar a su escogida, a la familia de ella y las maravillosas conexiones que prometía su matrimonio. Finalmente, sostuvo sus manos con las palmas hacia arriba, como si ofreciera algo de su gran botín.

–Me halago a mí mismo pensando que puedo llegar a ser de asistencia significativa para los hermanos de la fe en esta ciudad. Este fue, por supuesto, mi propósito principal al instalarme aquí. Pero ahora, respecto de tu fortuna, *mon ami*, ¿has estado pensando en la generosidad del duque desde nuestro último encuentro, *non?*[16] Con esas perspectivas, ¿no podrías seducir a la joven dama a casarse contigo?

–No pensaría en proponer una cosa tal... –comenzó Armand.

Tillieres sonrió ampliamente.

–Obviamente, tú no puedes planear un matrimonio sin fortuna de ningún lado. Pero, con un futuro seguro, puedes casarte y llevarla de regreso a Francia, donde pronto puede convertirse en la favorita de la corte.

–No creo para nada...

–*Mais oui*, es cautivante imaginar el revoloteo entre las pollitas devotas alrededor de Madame de Maintenon –continuó Tillieres–. Tú sabes que a Madame le disgusta bastante tu duque y trata de arruinar su credibilidad ante el rey. Pero, el duque es un cortesano habilidoso y, aun habiéndote protegido a ti, que eres hereje y rebelde, ha logrado retener lo suyo hasta ahora.

–No voy a fingir que me importa si su Solemnidad se ofendió –Armand se encogió de hombros–; pero lo único que lamento es la posición incómoda en la que puse al duque. Trató muy genero-

16 "¿No?"

samente de trabajar en mi favor antes de la Revocación del Edicto de Nantes. Sin embargo, en ese momento, no vi otra opción que hacer lo que hice... la joven dama, *oui*,[17] pero también debía decidir si mi fe era un asunto serio para mí o si podía cambiarla como quien cambia de camisa para ganar el favor del faraón.

–Te comportaste correctamente, estoy seguro –aseveró Tillieres con firmeza–. Ahora espero que tengamos una oportunidad de hablar extensamente porque hay mucho que podría decirte, sobre la corte y el duque, que te podría interesar.

–Sería un placer –manifestó Armand, observando que los hombres se estaban preparando para reunirse con las damas en el salón–; pero me he estado reuniendo con algunos pastores y otros exiliados en uno de los cafés, para realizar estudios devocionales. Un tal pastor Merson, a quién conocí en el sur de Francia y a quien respeto grandemente, me presentó a su círculo. ¿Por qué no te unes a nosotros? Son hombres dignos e instruidos, y te darían la bienvenida.

Tillieres hizo una reverencia.

–Nada me complacería más –respondió–. Al dejar atrás nuestra antigua vida en Babilonia, sería instructivo así como un gran honor conocer a esos hombres dignos, si estás seguro de que no estaré entrometiéndome.

Era la indicación para que Armand hiciera una reverencia, y lo hizo. Pero, una vez en la calle, al escuchar que los tacos de su acompañante sonaban en los adoquines, se preguntó si su invitación había sido adecuada.



La discusión ya había empezado cuando los dos llegaron. Los líderes hugonotes ocupaban cuatro mesas en el fondo del salón, lejos de la calle y las ventanas. Armand realizó las presentaciones.

Claude Brousson estaba presente y era el que estado hablando cuando los dos entraron. Luego de las cortesías esperadas, el fa-

[17] "Sí".

moso abogado continuó exhortando a sus compañeros sobre la epístola que había dirigido a su monarca recientemente.

–Hemos sido pacientes y prudentes en exceso, mis amigos. Es hora de explicar sin miedo el verdadero estado de la religión en Francia. Hemos sabido desde los días de Calvino, y aun antes, que la Iglesia Católica es impura, que enseña fábulas e idolatría, rituales paganos y profanidades. Sus obispos son controlados por los demonios, y codician el poder y las riquezas al vivir en lujo corrupto. Los curas son perseguidores de los justos al enseñar violencia, crueldad y engaño. Es hora de que el rey lo sepa.

Brousson se embarcó en una larga revisión de eventos sobre los que, Armand estaba seguro, cada hombre presente tenía un conocimiento más íntimo que el propio orador. Pero, como Brousson había dicho, esta era una asamblea paciente y prudente.

El abogado continuó.

–Todos nosotros recordamos con cuánto entusiasmo fue saludado el Edicto de Revocación por todas las clases sociales francesas. Ordenaba que salieran todos los pastores protestantes en el lapso de quince días, pero prohibía que los laicos se fueran, bajo pena de ir de por vida, los hombres a las galeras y las mujeres, a un convento... además de la pérdida de todas sus propiedades. Es cierto que estaba la sugerencia de que, si uno no practicaba su religión hereje públicamente, no debía ser molestado hasta que "Dios quiera iluminarlos como a los otros". Sin embargo, lo que esto pudiera significar dependía de la interpretación del edicto por parte de los oficiales y los curas misioneros locales, por lo que la vida podía ser insoportable para quienes se aferraran a la RPR.

Él recordó cómo, al pasar la tormenta y volver las comunidades algo así como a la normalidad, muchos conversos nuevos se arrepintieron de su debilidad en angustia y frustración. Algunos, para proteger la propiedad, vivían una doble vida: asistían a los servicios de su nueva iglesia para que la fidelidad exterior fuera contada como "justicia". Muchos de ellos, simplemente, ignoraban la Misa y continuaban adorando de acuerdo a la Fe Reformada en secreto

y de la mejor manera posible, sin ministros ni iglesias. Muchos se avergonzaron tanto de su caída y negación de la Fe, aunque momentánea, que se volvieron desafiantes y dispuestos a arriesgarse mucho para asistir a asambleas secretas de los fieles o escaparse al extranjero, donde podían ser recibidos de nuevo en la iglesia y adorar en paz. La efectividad de la vigilancia en las fronteras variaba de un lugar a otro y según el momento, pero miles salieron por todos los medios imaginables.

Tillieres se inclinó hacia adelante e interrumpió en la primera oportunidad posible.

–Ustedes deben saber, *mes amis,*[18] que los oficiales del rey se están comenzando a molestar porque los súbditos más talentosos y trabajadores se ven diezmados. ¡Y las historias que cuentan en las tierras de su exilio han convertido la Revocación en un problema internacional!

–Oh, sí –estuvo de acuerdo uno de los pastores vestidos de negro–. Aunque nuestro rey se cree demasiado poderoso como para estar en riesgo en caso de que todos los otros gobernantes de Europa se unan para declararle la guerra, es sensible a la opinión de ellos y anhela su aprobación.

–Y por eso mis epístolas –continuó Brousson.

–Y las profecías del hermano Jurieu –agregó otro.

Durante los momentos siguientes, le quedó claro a Armand de Gandon que los líderes entre los hugonotes fugitivos en Holanda estaban ahora considerando formas de aliviar su emergencia actual, tomando ventaja tanto del talento como del oro. Armand, sin plata ni oro, solo podía ofrecer sus habilidades como soldado. Pero Tillieres estaba deseoso de ofrecer su ayuda pagando la impresión y distribución de copias de la epístola de Brousson.

[18] "Mis amigos".

Capítulo 8

En la habitación de Madame de Maintenon

Francoise d'Aubigne, marquesa de Maintenon, sabía que Luis XIV era el teniente de Dios en la Tierra, alrededor de quien giraba todo el sistema solar de la sociedad francesa, y que, por consecuencia, a él nunca se le ocurriría preguntar si a ella le disgustaban los reclutamientos, o si sus ministros estaban cómodos durante largas noches en taburetes plegadizos, o si sus súbditos protestantes eran vejados al ser obligados a cambiar su religión. Estar al servicio de su Majestad era el propósito de vida de todos los buenos súbditos. Y ella, que era su acompañante más querida, era su súbdito más dedicado.

Mientras esperaba que llegara su soberano, Madame de Maintenon reflexionaba con satisfacción profunda sobre su posición actual, que estaba muy lejos de la prisión de Poitou donde había nacido de padres hugonotes, pero benditamente bautizada como católica por las autoridades de la prisión. Recibida por protestantes y llevada de prisa a la isla de Martinica por sus padres que huían, había vuelto a Francia con su madre, luego de la muerte de su padre, y había tenido finalmente la comodidad de una educación católica completa, en un convento. Allí, su alma había encontrado una paz sólida, que la había sostenido durante su matrimonio por conveniencia con un hombre ingenioso, un escritor anciano e inválido. Había cuidado a su esposo y le había servido como secretaria, anfitriona y amiga; y por último, había enviudado a la edad de veinticinco años.

Todo esto había sucedido hacía mucho, mucho tiempo... toda una vida, separada del presente por un golfo, a través del que sus recuer-

dos parecían tan poco reales como los relatos que se leen en historias moralistas. Más reales y más inmediatos eran los recuerdos de los años cuando había sido la institutriz oficial de los hijos de la compañera del rey durante mucho tiempo, *madame* de Montespan. Ella acariciaba la creencia de que su propio comportamiento correcto, su vida casta y devota, había logrado en parte la conversión reciente de su monarca. El cambio, cuando finalmente se produjo, había sido completo. Ella pudo haber sido otra de Montespan. Pero, con resolución, se había aferrado a su castidad, había permanecido fiel a los principios, incluso luego de la muerte de la reina, y solo cuando el rey había elegido una relación monogámica segura, basada en un matrimonio solemnizado en privado, ella había unido su vida a la de él.

Esa, reflexionó Madame de Maintenon, era la verdadera fuente de su poder, la verdadera medida de su devoción al hombre que amaba: le había ayudado a entender que el amor santificado de una mujer era de mayor valor que las atenciones triviales, los favores comprados de cualquier número de *filles de joie*.[1] Y, desde esa posición de fortaleza, ella podía traer a toda Francia la misma resolución espiritual establecida que había traído al rey.

Nadie conocía tan bien como ella, quien más lo amaba, los graves peligros que acosaban su alma, incluso ahora en su estado piadoso. Mientras él luchaba por hacerse supremo en Francia, y hacer que Francia fuese suprema en el mundo, corría el riesgo de olvidarse de que el buen Dios estaba por sobre todo y que daba a cada nación su tiempo y lugar. Mientras esperaba que llegara su rey, *Madame* admitió tristemente que él se enorgullecía demasiado del poder militar, y era insensible a los enormes costos de la guerra y al sufrimiento que las pérdidas de la guerra traía a esposas y madres por todo el país. Su matrimonio con el rey no la había elevado a un trono a su lado, y no tenía parientes poderosos para avanzar en sus objetivos, pero se prometió a sí misma que, dentro de lo posible, guiaría a su esposo a sacar más plenamente lo mejor de sí: el noble soberano que Dios le ordenaba ser.

[1] Prostitutas.

Y ahora él llegaba. Desde su silla cerca de la mesa de conferencias de su habitación, ella lo observó detenerse dos veces para escuchar atentamente a un cortesano que había logrado penetrar el ala privada de Versalles. Finalmente, el cortesano hizo una reverencia, retrocediendo, y el rey atravesó el umbral con paso rápido pero majestuoso, mientras sus ojos gris verdoso la observaban.

Él vestía, como lo hacía a menudo, su elegante terciopelo marrón favorito, cruzado al frente por la cinta azul de la Orden del Espíritu Santo. Se detuvo al lado de ella y sonrió. Era una sonrisa muy formal pues, aunque esta era la habitación donde ella dormía, estaba lejos de ser un lugar privado. Era, en realidad, el lugar favorito del rey para realizar reuniones con sus ministros de estado, quienes pronto llegarían.

Maintenon puso su bordado sobre una mesa dorada a su lado. No se levantó. Él no hizo una reverencia. Pero, en ese momento, había un profundo y satisfactorio reconocimiento de su mutua consideración. Él caminó por la habitación sumido en sus pensamientos. Ella retomó su bordado quizás a tres metros de la mesa de conferencias, donde podría oír pero permanecer aislada. Informada de esta manera de los asuntos de estado, ella podría ofrecer sus consejos cuando más tarde el rey le preguntara, como lo haría ciertamente.

Mientras saludaba a cada uno que llegaba, Madame de Maintenon los comparaba con su propia y obstinada devoción a su soberano. *Conseil d'Etat*[2] Louvois, *Secretaire de la Maison du Roi y Armada*[3] de Seignelay, *Connseil des Finances*,[4] *Conseil des Despeches*.[5]

Mientras los ministros se ubicaban y colocaban sus portafolios de terciopelo alrededor de la mesa, el rey hizo algunos comentarios optimistas sobre los triunfos de la Verdadera Iglesia de Inglaterra, donde el rey católico Jacobo II había sucedido a su hermano Carlos, tres años atrás.

[2] Similar a secretario de Estado.

[3] Secretario de la Casa del Rey y de la Armada.

[4] Equivalente a ministro de Economía o secretario del Tesoro.

[5] Semejante a ministro del Interior.

–Cada vacante en el gobierno está ocupada por un católico leal –declaró el rey, restregándose las manos con obvia satisfacción.

–Quizás, al fin veamos a Inglaterra volver a la iglesia –aventuró el *Pere* de La Chaise, confesor de Luis.

Madame sonrió ante su asociado por mucho tiempo en las reformas religiosas del rey, quien a menudo asistía a estas sesiones.

–Una vez inglés, siempre inglés –gruñó Louvois, quien era de temperamento terrible y que, además de sus otras responsabilidades, servía como ministro de Guerra.

–Se olvida que ambos, Carlos y Jacobo, se criaron en el exilio aquí en Francia –de Signelay sonrió con indulgencia.

Louvois no estaba de humor para hacer concesiones.

–¡No tengo confianza en los Estuardo!

Madame de Maintenon abandonó su bordado y tomó su abanico de marfil y seda. Ella no podía decidir a favor de Louvois o en contra de él. *Él es tan leal al rey... y tan ambicioso,* caviló, *que no puede resistir la tentación de manejar también los otros departamentos.*

Esa propensión a usurpar el poder la preocupaba, como siempre lo había hecho. Enfocó su atención en su esposo y presintió que estaba por hablar.

El *Conseil des Finances* tamborileó sus dedos con impaciencia en la mesa de mármol.

–Le pagamos a Carlos en secreto por quince años, pero nunca se arriesgaría a volverse católico abiertamente y, aunque Jacobo es católico, lo encontraremos oponiéndose a nosotros en nuestros intereses comerciales porque es inglés después de todo.

–Por lo menos –reflexionó el rey–, no es probable que se complote contra nosotros con el príncipe Guillermo III y esa canalla princesa alemana.

–Quizá no, señor –estuvo de acuerdo Louvois–, pero su Majestad no tiene motivos para temer otra vez a esa gentuza protestante. Su causa está muriendo por toda Europa en este momento, y está muerta aquí, en Francia. Si seguimos alentando a los turcos, Leopoldo y los otros Habsburgo estarán demasiado ocu-

pados como para involucrarse en las alianzas de las que se habla del otro lado del Rin. Si el príncipe Guillermo III se las arregla para comenzar un asunto, ¡nosotros lo terminaremos por él!

Madame de Maintenon se sintió aprehensiva. ¿Por qué debía Louvois siempre jugar con la vanidad del rey y su debilidad por la gloria militar?

El ejército de su esposo contaba con doscientos mil efectivos, él lo había dicho la noche anterior. Había afirmado con orgullo que era el primer ejército de infantería solventado por una nación europea. Ella había tratado de mostrarle con tacto que el hecho de tener un ejército así requería que él pudiera justificar su mantenimiento usándolo casi continuamente, derramando así la sangre de miles de franceses leales.

Louvois comenzó a recitar planes que estaban en curso para barrer los ejércitos de los gobernantes protestantes en Alemania. Había mucha conversación de bayonetas y rifles.

–Nuestros enemigos –se jactó– confían en las lanzas y otras armas obsoletas.

Maintenon cerró su abanico temblando y estudió la arquitectura de sus aspas de marfil. Quizá los hombres, y los reyes en particular, se sentían inherentemente inclinados a verse como guerreros. Por lo tanto, el papel adecuado de las mujeres debía ser siempre mitigar las cosas para la paz.

Paz. La paz era un logro dorado. Debería ser la consigna de todos los cristianos fieles. Ella escuchó atenta, a fin de encontrar una ocasión para mencionar algún asunto de la iglesia, alguna nueva necesidad de La Maison de St. Cyr, una escuela para jovencitas pobres pero nobles, que el rey había fundado recientemente por sugerencia de ella.

Sin embargo, Luis tenía otro asunto en mente además de los rumores de problemas militares inminentes en las Alemanias. Impulsó ambos hombros hacia adelante, claramente irritado.

–Escucho informes de que en nuestro propio ámbito los herejes de la Religión Pretendidamente Reformada están teniendo

reuniones secretas, en contra de nuestras instrucciones del año pasado. Cuando revocamos el Edicto de Nantes, entendíamos que las conversiones eran universales, y ahora estamos sorprendidos al escuchar de esta desobediencia.

Madame buscó las caras de los consejeros y al confesor, y sintió una solidaridad repentina. ¿No le habían aconsejado todos ellos al rey, el año anterior, que aboliera el edicto que protegía a los protestantes franceses?

–Tengo informes detallados sobre esos incidentes, su Majestad –aseguró Louvois, moviéndose con rapidez para estar a la par de la preocupación presente del rey–. El número de los que asistieron a esas convocatorias ilegales ha sido exagerado grandemente, y he dado órdenes de manejarlos con severidad. También me gustaría señalar que este no es un verdadero reavivamiento de la herejía hugonota como sugieren algunos alarmistas, sino que se trata de campesinos insatisfechos, mayormente del sur, que están siendo instigados a la traición y la rebelión por agentes extranjeros que usan la religión como cubierta.

El rey apoyó su puño apretado sobre la mesa.

–El príncipe de Savoy, nuestro sobrino. Ah, sí. Y el príncipe holandés. Y otra vez, protestantes ingleses de varias calañas.

Se inclinó hacia Louvois.

Pere de La Chaise interrumpió suavemente y, según lo percibió Madame de Maintenon por su forma obsecuente, con falsedad.

–Su Majestad, todos los obispos nos aseguran que las conversiones se han mantenido marcadamente firmes y que la instrucción de los nuevos conversos prosigue sin incidentes. La generosidad y el buen juicio de su Majestad, al separar fondos destinados a libros devocionales para los nuevos conversos, ha facilitado grandemente las tareas de los misioneros. Creo que puedo decir que, en toda Francia, reina la calma entre quienes una vez estuvieron cegados por el error calvinista. Las alteraciones de las que escuchamos probablemente tengan que ver más con cosechas fallidas y hambrunas, diría yo, que con un reavivamiento de la herejía.

Madame de Maintenon sonrió con benevolencia y asintió cuando el rey la miró. Ella recordaba demasiado bien la pobreza de su infancia: las idas y vueltas entre la lealtad a la Reforma o al Catolicismo, según los cambios en la fortuna de sus padres.

–Bien –el rey relajó su puño y extendió sus dedos–, vean que no se extiendan los desórdenes. Y deseo ser informado si se apresa a alguno de esos agentes extranjeros.

La arruga entre sus cejas se ahondó.

–También me cuentan que algunos de los que huyeron del país por razones religiosas han solicitado regresar... y, si pueden, tener de vuelta sus propiedades. En el Edicto de Revocación se les dio cuatro meses para retornar. ¿Qué debemos hacer cuando ellos desean volver a nuestra obediencia luego de un período mayor?

–Aférrese al edicto, señor –replicó Louvois, rápidamente–. Si nos equivocamos debido al bien conocido deseo de su Majestad de ser misericordioso, estaríamos haciendo burla de las intenciones de su Majestad.

–Quizá, señor –observó de Signelay, el acomodadizo ministro encargado de la industria y la armada,– puede haber casos especiales en los que sería una ventaja dejar cierto margen de discreción a los servidores de su Majestad cuando un fugitivo prominente desea regresar. El valor de un ejemplo así haría mucho para desanimar más a los exiliados en el exterior y hacer vacilar a los descontentos aquí en Francia, que están pensando en tratar de huir.

El rey se apoyó en su codo, y Louvois y de Seignelay, viendo que quería levantarse, se pararon enseguida. Él se paseó por la habitación brevemente y luego, con sus ministros a sus costados, volvió a su lugar en la mesa.

–Estoy sorprendido de que todavía tengamos estas preguntas que se relacionan con la religión –reflexionó el rey en un tono tan humilde como se permitía a sí mismo en presencia de sus ministros–. Recuerdo que se nos dijo que esta gente del RPR se había convertido casi toda y que solo un pequeño puñado había abandonado el país. Ahora, parece que muchas de esas conversiones no

fueron duraderas y que legiones de súbditos desafectados nuestros andan por toda Europa, suscitando malas opiniones sobre nosotros.

Hubo un silencio embarazoso en el que cada consejero esperaba que el otro hablara. Había razones para quedarse en silencio. La misma Madame de Maintenon no pudo pensar en ninguna respuesta conciliadora. Habían pasado ya tres años desde que Luis XIV había revocado el Edicto de Nantes de ochenta y siete años de antigüedad, que había sido establecido por su abuelo Henri IV para proteger los derechos de los protestantes y así poner fin a la lucha religiosa sangrienta del siglo anterior. Con Louvois y otros, Madame de Maintenon había animado al rey a creer que el edicto ya no era necesario. Habían estado de acuerdo en que todos los informes que le darían a él sus consejeros debían hablar de fenomenales conversiones en masa, que harían que pronto no quedaran protestantes en Francia. Y ahora él hablaba con una irritante certidumbre que podía causar un desagradable altercado. Uno no contradecía a un hombre como Luis XIV, ordenado por la gracia de Dios para gobernar a la nación francesa.

Igual que ella, los consejeros reales habían dependido del control de la información para dar forma a las opiniones del monarca. Alguien fuera de su círculo le había brindado información contraria.

Durante veinticinco años, los agentes reales habían presionado a los hugonotes con todos los métodos, legales e ilegales, que pudieron pergeñar para quebrantar sus espíritus, atemorizarlos o sobornarlos a fin de que aceptaran la confesión romana. Sus templos habían sido derribados con diversos pretextos y sus escuelas habían sido cerradas. Se les había negado el ingreso a la mayoría de las profesiones y a los cargos del gobierno. Sus impuestos habían sido aumentados y hacía ya mucho que habían descubierto que no podrían nunca ganar un juicio. Hasta sus hijos de siete años o mayores podían serles arrancados y criados como católicos a expensas de los padres. Quienes eran susceptibles a los honores, promociones o dinero habían encontrado tentadores estos incentivos.

Algunos hugonotes habían huido del país enseguida. Otros se habían quedado, esperando poder salvar su propiedad o creyendo que las persecuciones disminuirían si solamente el rey pudiera ser informado sobre las injusticias infligidas a sus súbitos protestantes leales. Como habían sido irradiados de la política, aun habiendo sido sinceramente leales al rey –quizá más que muchos católicos– por casi sesenta años, solo podían suponer que el rey estaba siendo mal aconsejado. La misma Madame de Maintenon había recibido cartas rogándole que le comunicara al rey el verdadero estado de las cosas entre los hugonotes sufrientes. Sin embargo, en lo profundo de su corazón, ella estaba convencida de que así como ocasionar la reforma espiritual de su esposo le había causado a él cierto dolor también los herejes de cualquier creencia religiosa debían sufrir para ser llevados finalmente a la salvación. Un resultado así valía la pena el precio que la nación debía pagar. Ella sabía que estaba en lo cierto por su propia experiencia. El compromiso estaba fuera de toda discusión.

Cualquiera fuese la cantidad incluida, Madame de Maintenon estaba segura de que varios miles de hugonotes, igual que ella, habían aceptado completamente la religión oficial. Los años de educación en el convento habían convencido a esta hija de padres reformados que debía dedicar todos sus poderes a defender la iglesia. Al volver su espalda a todo lo que era querido para ella, se había determinado a expiarlo todo, y Dios perdonaría. Dios recompensaría.

Su educación excelente la había introducido en la casa real para supervisar la educación temprana de los niños reales. Desde ese puesto, Madame de Maintenon había observado todo desde el margen. Se veía a sí misma como la antigua Ester, que había llegado a su actual posición de poder para un momento como ese: proveer a su Soberano una brújula moral, para guiarlo hacia su destino ordenado por Dios como el salvador de la iglesia de Francia. El rey, ella lo sabía, nunca había tenido la costumbre de admitir que había estado equivocado, ni era muy probable que sus ministros admitieran haberlo informado mal. Maintenon leyó en sus sonri-

sas incómodas su acuerdo tácito de que, hasta donde pudieran, el lugar para los problemas que el rey estaba tratando era debajo de la alfombra.

Louvois había recobrado su compostura. Ella lo leyó en su cara. Y aunque no le profesaba amor, estaba agradecida de que estuviera preparado con lógica convincente.

–Con respecto a las mentiras en las gacetas holandesas –aseguró firmemente–, con certeza la cantidad de herejes que huyeron al extranjero es menor de lo que algunos dicen; y debemos recordar que muchos de ellos ahora se arrepienten y desean regresar.

Louvois pareció intentar relajar su habitual ceño fruncido, pero miró por encima del hombro del rey en lugar de mirarlo a los ojos.

–Puedo asegurarle a su Majestad que esta gran labor por la Fe permanecerá como el logro sobresaliente de su reinado, y algunos pocos rebeldes no serán de dificultad para sus servidores. Mantendré informado a su Majestad si hay algún otro incidente de importancia, pero sospecho que estos informes son mayormente una sarta de mentiras esparcidas por nuestros enemigos celosos en el exterior, quienes se rebajarían a cualquier forma, vil si fuera necesaria, para tratar de disminuir la gloria y el renombre que su Majestad tan justamente goza en todo el mundo cristiano.

Madame de Maintenon estudió el rostro de su esposo. Parecía a punto de decir algo. Los ojos de él se encontraron con los suyos. Ella no dijo nada, pero lentamente abrió el abanico de marfil y seda. Sonrió aprobatoriamente, y él cambió de tema.

–Bien, ¿qué tenemos aquí para considerar esta noche? –preguntó, con tono todavía algo irritado.

–Está otra vez el tema de los impuestos –aventuró de Seignelay–. Aún con la mayor de las frugalidades, enfrentamos déficits en varias áreas y los gastos de guerra...

–Oh, sí –interrumpió el rey–. Impuestos. Examinemos nuevamente la aplicación del *taille*.[6]

[6] Impuesto personal a los bienes inmuebles (tanto propiedades como tierras). El clero y la nobleza estaban exentos.



Madeleine Cortot se despertó en la habitación de sirvientas de la Casa para Mujeres Nobles Hugonotas de Rotterdam. Todavía no era de día, aunque se veía un débil resplandor en cada una de las pequeñas ventanas, tipo buhardilla, de la angosta habitación ubicada bajo el techo del edificio de seis pisos. Luego de dos años de servicio allí, había llegado a ser la encargada de la lavandería.

Tenía la esperanza de que a Louis, de diez años, le fuera mejor que a su melliza enfermiza. A través de todas sus dificultades, él había soportado el hambre, el frío y el peligro con menos temblor. Había aceptado el cambio sin desesperarse. Había prosperado en la escuela para niños refugiados pobres y ahora, como aprendiz de impresor, se estaba capacitado para ejercer un oficio. La caridad holandesa lo alimentaría bien y le proveería una crianza estricta pero amable... por lo menos hasta que llegara ayuda de algún lado: o que los fondos de su padre pudieran ser sacados de Francia de contrabando, o a través del hermano de su padre, el tío Daniel, en Norteamérica.

El reloj de la cercana plaza del mercado marcó las cinco. Madeleine permaneció acostada por unos pocos momentos. Ahora, el cuarto estaba iluminado y, en las demás camas, otras mujeres jóvenes como ella se movían, susurrando sus plegarias, reuniendo fuerzas para enfrentar las frustraciones de las tareas del día: cuidar a mujeres que habían sido señoras de grandes casas, con rebaños de sirvientes que esperaban sus órdenes. Aunque desposeídas de sus casas y fortunas, estas damas no habían abdicado su autoridad.

Madeleine cerró los ojos y elevó una oración por su propia paz interior y por su otro hermano, Alexandre, de quince años.

–Dios, mantenlo fuera de los problemas y la violencia. Ayúdalo a refrenar su lengua.

Se preguntó si una oración así era mucho pedir, incluso a Dios. Estaba casi complacida de que Alexandre hubiera ido a quedarse

con Armand de Gandon. Necesitaba la mano fuerte de un hombre para manejar su espíritu. Dobló su cobertor y se incorporó. Hoy dirigiría a cinco chicas recién llegadas, en el cambio semanal de la ropa de cama. Primero, hervir el agua en el lavadero, y luego...

Mientras hacía las once camas que se había asignado a sí misma en la Casa para Mujeres Nobles Hugonotas, Madeleine Cortot reflexionó sobre el mundo al que había entrado hacía ya más de dos años; un mundo de exiliados, siempre limitados, a veces en lo más necesario, pues muchos de los recién llegados no podían hablar el idioma de sus anfitriones y eran remisos a adoptar costumbres foráneas. Después de todo, eso sería admitir que no esperaban realmente volver a casa. En realidad, estas mujeres francesas se segregaban a sí mismas en una especie de gueto y tenían poco contacto con la comunidad mayor. Allí en Rotterdam, miles de hugonotes recién llegados buscaban apoyo en la compañía de sus congéneres y nunca aprendían holandés ni inglés, pues las iglesias Wallon –de habla francesa– abundaban en Holanda, y un refugiado no tenía necesidad de hablar holandés en absoluto.

Madeleine extendió una sábana de lino sobre la cama de plumas y la sujetó al pie antes de colocar el cobertor dentro de una nívea funda. Había pensado que allí aprendería holandés y, posiblemente, también inglés, pero por el momento solo sabía las pocas palabras necesarias para regatear en el mercado cuando la enviaban allí.

En la Casa para Mujeres Nobles Hugonotas, la conversación era exclusivamente en francés. Esa misma mañana, había escuchado sin querer una conversación entre dos personas de clase que habían llegado hacía poco desde Francia. Estaban planeando aún otro escape, esta vez de regreso a través de la frontera hacia su tierra natal. ¿No se daban cuenta del gran peligro que los esperaba allí? ¿Que los católicos leales estaban ahora en posesión de sus casas? ¿Que en muchos casos sus hogares habían sido reducidos a escombros? ¿No podían entender, viendo la desesperación de los llegados hacía poco, cuán insufrible era la vida para los creyentes en su tierra natal?

Intensamente egoístas pero, sin embargo, dispuestas al chimento, las mujeres se alimentaban de cualquier rumor que volaba por los círculos de habla francesa. Las noticias circulaban rápidamente, aunque no siempre con exactitud, y los recién llegados eran interrogados sin tregua para tener noticias del hogar y de los amigos. Cualquier carta que se recibía se convertía en propiedad pública.

De buena estirpe, pero aburridas e irritables, las damas eran señoras complicadas. Para cada una de ellas era sumamente importante lo que eran o habían sido en Francia, e incluso su comparativa prosperidad y comodidad no inspiraba ninguna simpatía para sus inferiores sociales, especialmente cuando una persona de nivel más bajo tenía la desgracia de estar en Holanda sin dinero.

C'est moi![7] Madeleine golpeó la almohada y la puso precisamente donde una buena mucama la pondría. *C'est moi!*

Y tan pronto como el sentimiento de autocompasión entró a su mente, lo apartó. *Maman*[8] nunca había mirado con desdén a un sirviente doméstico, pero Madeleine recordó sin dificultad su propia actitud adolescente. Ella había esperado servicio como si lo mereciera, nacida como había nacido en la riqueza de la clase media. Los últimos treinta meses habían sido duros, pero se dio cuenta de que, durante ese tiempo, había aprendido más sobre el significado de las virtudes cristianas que todo lo que había aprendido del ejemplo de su madre piadosa.

No, eso no era cierto, por supuesto. Si ella no hubiera crecido viendo la forma estricta pero amable en la que *Maman* conducía su casa, no entendería ahora los puntos más finos del decoro esperados de ella como sirvienta, ni tampoco las prácticas excelentes del gobierno de una casa que había hecho de su hogar en Saint-Martin un centro de cultura y buenos modales. Había escapado de su tierra natal con casi ni un *sou*, con dos hermanos menores y uno hermana que dependían de ella, y conocía de primera mano el amargo

[7] "¡Soy yo!"

[8] Mami, mamá (cariñoso).

pan de la pobreza. Era afortunada de tener trabajo, y más afortunada aún por haber sido ascendida en este establecimiento.

Recordó con cierto placer cómo el mayor de Gandon se había burlado de ella cuando se había puesto ropas de campesina durante su escape de Francia. "Caminas como una dama, *mademoiselle*", la había regañado. "No puedes esconder tu dignidad bajo una falda descolorida y un chal remendado. Debes pensar más humildemente de ti misma". Él había sonreído al decirlo, y ella había tratado con poco éxito de seguir su consejo. Tenía diecisiete años en aquel momento. Demasiado joven para asumir la responsabilidad por sus hermanos menores.

Sí, ella había sido orgullosa. Su padre había sido el hombre más rico de Saint-Martin: un recaudador de impuestos, quizás el único honesto en el ducado, respetado y amado por todos los que lo conocían. Y lo mismo con *Maman*. Pobre *Maman*. Muerta. Pero quizás era mejor de esa manera. ¿Cómo le iría aquí entre las mujeres nobles desposeídas, que se burlaban de la clase mercante como trepadores sociales que aspiraban a desplazar un día a la aristocracia por derecho propio?

Y papá. ¿Estaba vivo aún? ¿Lo habrían llevado a las galeras en el Mediterráneo? Siempre se había mantenido saludable para un hombre de su edad, pero estaba desacostumbrado al trabajo físico. ¿Podría sobrevivir? Con su mente así ocupada, Madeleine terminó la última de las once camas y llevó la ropa de cama usada al lavadero, que estaba detrás de la mansión que había sido transformada para satisfacer las demandas de las mujeres de la nobleza.

Los sentimientos y preocupaciones de Madeleine eran de poco interés para las damas, pero ella siempre debía preocuparse por los antojos más triviales de ellas. El día anterior, mientras plisaba cincuenta primorosos sombreros blancos, se había entretenido imaginando a tres de las más autoritarias vestidas con vestidos de noche cortesanos y usando peinados altísimos, revoloteando por la corte de Versalles que de Gandon le había descrito. ¿Qué significaba la simplicidad hugonota en el mundo del que venían? Cuando ella se lamentaba por

su situación, podía revivir el recuerdo de que, con solo un tibio estímulo, de Gandon la podría llevar allí... que ella misma podría un día convertirse en duquesa. Pero, no debía permitirse esas fantasías. Su fe ¿no significaba para ella más que eso? ¿No valoraba demasiado el alma de quien la había rescatado como para alentar un sueño así?

El otro sueño también se había desvanecido. Ella había orado. Ella había osado esperar que, a pesar de haber partido con enojo, hacía dos años, de su refugio temporario con la prima Diane, en el norte de Francia, Mathieu Bernard podría pensarlo mejor, ganar coraje e ir a Holanda; quizá podría llevar el dinero del padre de ella y, después de todo, se casarían y, algún día, él se convertiría en un pastor reformado, para lo que se había educado.

El sueño se había desvanecido, ella admitió para sí misma, casi inmediatamente luego de su partida. Su prometido se había mostrado muy frío de corazón para con los queridos mellizos y se había vuelto abiertamente hostil al descubrir que Alexandre había escapado de la Casa para Católicos Nuevos, a la que había sido llevado por la fuerza para ser adoctrinado. Mathieu le había exigido que eligiera entre él y los niños, que eran dependientes de ella. Ella sabía cuál era su obligación y se lo había dicho.

–¡La obligación de una esposa es obedecer a su esposo! –había exclamado él.

–Yo soy su hermana –ella había respondido con labios trémulos–; y todavía no soy tu esposa, no puedes darme órdenes.

Y Mathieu Bernard la miró con desdén, le levantó la voz y se marchó hecho una furia de la casa de la prima Diane.

Ella se había cansado de tratar de revivir recuerdos de las visitas de Mathieu al hogar de su infancia, en Saint-Martin; su solemne dignidad, su impresionante estatura normanda, su perfil hermoso, su cabello rubio pálido que caía sobre sus hombros en perfección casi santa. Recordaba los detalles de su apariencia, pero no podía recordar los sentimientos cálidos de éxtasis que habían llenado sus pensamientos allá en Saint-Martin. Ella era muy joven al momento de comprometerse; sus afectos estaba influenciados por las es-

peranzas de sus padres, de que ella se convirtiera en la esposa de un pastor. ¡Había sido tan ingenua! De alguna manera, ella había transferido su profundo respeto por el tío de Mathieu, el pastor Merson, al joven seminarista, maestro de escuela y catequista, suponiendo que Mathieu poseía las cualidades que su comportamiento posterior había demostrado que no tenía. Ella había llegado a darse cuenta de que él nunca había amado realmente su llamado pastoral ni a ella. Él había amado las perspectivas de honor y respeto... y la rica herencia con la que su padre la dotaría en su casamiento, y sus derechos como esposo para ordenarle lo que quisiera.

A pesar del cortejo restringido de Mathieu, de sus expresiones formales de ternura, de sus recitaciones ocasionales de textos bíblicos... a pesar de todo eso, ¿su compromiso no era acaso para llevarlos a un matrimonio arreglado, un contrato legal pensado para que le conviniera a las dos familias que lo suscribían? No, Mathieu nunca la había amado, y quizá solo en sus sueños de niña ella había imaginado que él la amaba.

Sin embargo, ella había tenido la intención de cumplir su promesa. *Supongo*, caviló, *que incluso ahora, si él viniera a ofrecerme un matrimonio que me permitiera permanecer fiel a mis deberes hacia Louis, Louise y Alexandre, sonreiría y me casaría con él. Por fuerza de voluntad encontraría algo para amar en él.*

Ese pensamiento no la inspiraba para sonreír.

El apóstol Pablo había ordenado: "Maridos, amad a vuestras esposas". Quizá la orden era necesaria porque solo unos pocos lo hacían. Quizás incluso sus propios queridos padres habían comenzado su vida juntos como un contrato, una promesa de ser fieles. Quizás el amor había crecido con el tiempo y la cercanía, y las ilusiones de romance no eran nada más que eso: ilusiones. Y sin embargo, su corazón había respondido espontáneamente a Armand de Gandon, a pesar de que él no la había cortejado; a pesar de que él había sido muy correcto en mantener una distancia adecuada; a pesar de que él no le había prometido nada más que protección, aun cuando esto lo llevara a la muerte.

En momentos de debilidad, ella se imaginaba a de Gandon yendo a Rotterdam; confesando su profundo amor por ella; rechazando apasionadamente el ofrecimiento de su mentor, de ser coronel de su propio regimiento, porque ella había inspirado su fe y él ya no podía tener tales objetivos mundanos. En momentos mejores, ella podía imaginar al mayor volviendo la espalda a su carrera militar y a sus esperanzas de convertirse en el heredero de un duque, pues ella creía totalmente en su integridad. El resto, sin embargo, no era más que un sueño de niña.

Había aún una esperanza titilante. Más de un año atrás, Madeleine le había escrito al hermano de su padre, Daniel, que se había establecido hacía mucho tiempo en la colonia inglesa de Nueva York. Su padre la había urgido a hacerlo, pues la posibilidad de que él mismo pudiera proveer para sus propios hijos parecía pobre en esa penumbra bajo las dragonadas. El tío Daniel sentiría alguna obligación no solo por sus conexiones familiares, sino también porque, años atrás, su padre le había financiado la mudanza a Norteamérica... y muy generosamente, por cierto. Había provisto suficientes fondos para que Daniel y su familia compraran sus pasajes a Nueva York y abriera su propio negocio al llegar allí.

"Daniel no ha escrito por cierto tiempo pero, hace dos años, hermanos hugonotes que viajaron al Nuevo Mundo escucharon que había prosperado allí", le había dicho su padre. "Debes tener paciencia, hija, pues las cartas a Norteamérica viajan a través del Atlántico por cortesía de los capitanes de los barcos y son dejadas en ciertas tabernas en las ciudades portuarias".

Como regla, las listas de cartas se avisaban en los boletines locales, había explicado él, para que los destinatarios se enteraran y pudieran ir a recogerlas.

"Llevará tiempo. Debes tener paciencia".

Su padre había tenido razón.



Vestido con su ropa marrón de servicio, en lugar del negro de sus días como maestro de escuela, Mathieu Bernard siguió a la muchedumbre por una calle sin pavimentar de Saint-Martin. Este era un día de festividad religiosa, dedicado a un santo en cuyo honor se habían reunido, cuya historia él no había escuchado, pero que había leído apresuradamente la noche anterior para comportarse sin ser visto al entrar a la iglesia.

En la puerta de la iglesia reconoció a la esposa del anterior jefe de diáconos reformado. Iba del brazo de la viuda de un platero, cuyo esposo había esperado demasiado para huir de Francia y había sido aplastado hasta morir bajo los cascos del caballo de un agente.

–El sobrino de Merson –susurró la viuda, encogiendo un hombro en su dirección.

–Catequista RPR –respondió la otra, con rostro sombrío.

–Le enseñó latín a mi hija.

Mathieu se ajustó sus puños blancos, examinó sus manos y, al entrar a la iglesia, miró sobre las cabezas de otros a los senderos de luz de arco iris reflejados en la pared de piedra. Calculó que habría más de cien Católicos Nuevos en la congregación, muchos de ellos padres de sus anteriores alumnos y, con ellos, sus hijos, esos niños inquietos y problemáticos que no tenían cabeza para las letras ni la religión. Haría esfuerzos para mantenerse distante de cualquiera de ellos. Es cierto, a ellos les gustaría que él se avergonzara si, en la iglesia, se encontraban con la mirada. Sin embargo, el disgusto de ellos no sería ningún consuelo.

Los ojos de Mathieu se elevaron al crucifijo de bronce bajo la modesta ventana de vidrio de colores en el frente de la iglesia. Rápidamente se persignó, todavía sintiendo extraño el gesto. Llamativo; pero, por supuesto, él debía hacer presencia y participar en el servicio. Él, el prometedor teólogo joven del RPR, había "visto la luz". Un escalofrío comenzó bajo su cuello y recorrió su nuca hasta que su cuero cabelludo le daba pinchazos. ¿Cuánto tiempo le llevaría superar este sentido de su propia maldad?

–Judas –siseó un niño de diez en su codo–. Besa el dedo del Papa.

Mathieu hizo como que no había escuchado.

La madre del niño tapó la boca imprudente de su hijo.

Por su edad, pensó Mathieu, el muchacho podría haber sido Alexandre Cortot. Volvió a tener escalofríos. Pero Alexandre estaba en Holanda. Había cierta comodidad al saber eso. Como su santa madre hugonota, Alexandre nunca se echaba atrás en nada, no estaba nunca contento de permanecer callado, siempre tenía demasiado para decir.

Y bien, pensó Mathieu, *ella está muerta. ¡Qué suegra habría sido!*

Los Cortot, aunque habían sido ricos, habían perdido todo. Su una vez hermosa mansión estaba arruinada, sin poder reconstruirse, y sobre su bodega se estaba construyendo una enorme casa. Era un consuelo que su tío Merson hubiera huido simplemente del país cuando todos los pastores reformados fueron exiliados, aceptando que todo lo que poseía sería confiscado y que perdería su vida. Mathieu suspiró. La posesión de la modesta casa del tío Merson era una pequeña recompensa por la humillación que lo embargaba. No era mucho, pero al menos era un hogar.

Soy muy afortunado, se recordaba a sí mismo Mathieu en cada variación del ritual. *Muy afortunado al haber elegido acomodarme. Las Escrituras afirman claramente que los verdaderos creyentes adoran a Dios en espíritu y en verdad. Eso puedo hacer. Es el hombre interior el que adora. "La carne para nada aprovecha"*. Como para confortarse más a sí mismo, trató de imaginar a Madeleine volviéndose robusta con la mediana edad, dura y desafiante, y quizás indomable. Pero, la forma que imaginaba se desvanecía y la joven Madeleine le sonreía con humildad piadosa.

El servicio terminó. El clérigo salió por el pasillo central hacia la luz del sol de afuera. Mathieu se unió al flujo de pueblerinos que salían por la puerta, dando la mano al cura párroco sin una palabra.

Mi primer gran error, admitió para sí mismo mientras entraba a su casa, *fue consentir en un compromiso con la hija de una familia tan agitadora como los Cortot. No, mi primer error fue unirme al tío aquí en este pequeño pueblo. Cuando cerraron el seminario reformado, debí*

haberme inscrito en la Sorbona, en la Universidad de París. Calificar para ello habría sido una cuestión simple.

Miró sombríamente hacia afuera por la angosta ventana del estudio, al angosto jardín, y pasó su mano por el estante vacío y lleno de polvo. La excelente biblioteca del tío había sido saqueada. Y ahora su excelente beca no servía para nada... un puesto de asistente en la oficina del jefe de magistrados. Un desperdicio total de potencial. Sin acceso a libros. Sin oportunidades para afilar su mente en duelos mentales con otros eruditos. Sin maestros renombrados que le inspiraran pensamientos y expresiones elocuentes. Sin futuro.

¡Estar condenado de por vida a este lugar del interior! ¡Qué terrible! Y sin embargo, en épocas mejores, Isaac Cortot se había enriquecido sirviendo al gobierno. Este hecho le daba alguna esperanza... suficiente esperanza como para empeñarse en llevar con exactitud absoluta el mantenimiento de registros de su trabajo.

Mathieu cerró sus labios críticos en una línea recta. Siempre había creído que el trabajo muy diligente sería notado y lo llevaría al ascenso. Eso había sido así en la academia hugonota. Quizá podría haber tiempos felices nuevamente. Debía poner la situación bajo la mejor luz.



Para celebrar el triunfo de la Madre Iglesia en Saint-Martin, el magistrado principal había ordenado que se acuñara una medalla.

–Tráela cuando vengas al ayuntamiento mañana –había instruido a Mathieu–. Conoces donde vive el platero.

Mathieu bajó la mirada, evitando los ojos de su superior.

–Lo haré, su Honor.

La viuda del platero RPR tenía un nuevo esposo... Robert, un hombre de cincuenta años con diez niños sin madre. Robert se había mudado a los dos pisos superiores del taller y se había hecho cargo del negocio. Mathieu lo reconoció como un empleado de largo tiempo del anterior dueño del negocio.

El artesano lo llevó escaleras arriba y puso la medalla sobre la mesa, entre ellos.

–Usted entiende, *monsieur* Bertrand, que no puedo esperar obtener las ganancias que obtenía mi patrón. En su época, trabajábamos seis días a la semana durante todo el año. Ahora, con los días de los santos y las festividades interrumpiendo el trabajo, tenemos apenas tres días de labor honesto por semana. Y por supuesto, el patrón era más habilidoso que cualquiera de nosotros. Apenas estoy mejor siendo dueño del negocio que cuando estaba trabajando para el mejor platero de Saintonge. Tengo sus hijos para alimentar además de los míos. Hacemos lo mejor que podemos.

–Usted nunca fue uno de los reformados –comentó Mathieu con cautela–. El negocio mejorará.

–Soy un católico de toda la vida, *c'est vrais*.[9] No del tipo que se lo toma muy a pecho, pero sin embargo... Desearía que el patrón hubiera visto la ventaja de convertirse... o quizás irse antes de que viniera lo peor.

Robert restregó su mejilla en el dorso de su mano.

–El rey no entiende que ha matado, enviado a las galeras o perseguido, hasta que huyeran, a los mejores artesanos del país. Los mejores soldados también, y los servidores civiles. ¿Quién sabe qué será de Francia habiéndosele quitado la crema y quedando solamente leche descremada? Disculpe, señor. No estaba pensando en usted...

Robert envolvió la medalla en una tela limpia y se la entregó a Bertrand.

Dos guardias armados se pusieron al costado de Mathieu tan pronto como salió a la calle. Miró hacia arriba, donde el ofensivo hijastro de diez años del platero estaba tras una ventana abierta. El muchacho sonrió burlonamente, y sacó su lengua meneándola y cruzando los ojos.

Mathieu se preguntó si ese muchacho, igual que Alexandre Cortot, había sido expulsado de alguna escuela para Católicos Nuevos o si el casamiento repentino de su madre con un católi-

[9] "Es verdad".

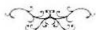
co le había ahorrado la difícil experiencia al maestro-fraile. El ex maestro tuvo un escalofrío al recordar la escuela hugonota que había dirigido. *La enseñanza nunca fue mi vocación*, afirmó en silencio, sintiéndose verdaderamente público entre dos oficiales, pero disfrutando, por el momento, la dignidad de sus circunstancias... apreciándolas más esa misma mañana.

Ingresó al ayuntamiento por una entrada lateral, deteniéndose para catalogar mentalmente los retratos de magistrados anteriores exhibidos con toda su grandeza, para leer la lista de privilegios municipales inscripta en una placa de cobre, al lado del estrado en el que se sentaban los oficiales durante las audiencias, para contemplar las armas de la ciudad pintadas en el panel de madera sobre la mesa vestida de verde. Rápidamente metió la medalla bajo su brazo izquierdo y se santiguó frente al crucifijo, pues los guardias todavía estaban a su lado.

Más allá del estrado, un guardia se le adelantó para abrir la puerta que llevaba al departamento del jefe de magistrados. Su superior sonrió ampliamente cuando desenvolvió la medalla.

–Es parecido a su Majestad, *n'est pas?*[10]

–Y a usted también, Señoría –replicó Mathieu.



–Mi primer gran error –murmuró el ex maestro de escuela al atardecer, mientras pasaba por entre las casas de techos rojos de Saint-Martin– fue permitir que *monsieur* Cortot y ese canalla latitudinario[11] de Versalles me empujaran a participar de ese rescate arriesgado de Madeleine en el convento. Nada más que locura. Algo que ninguna persona sensata habría considerado.

Él había pensado en aquel momento, y seguía creyendo, que se podría haber arreglado la salida de la muchacha con un poco

[10] "¿No es así?"

[11] Persona más interesada en la moral que en la doctrina, y que defiende una tolerancia amplia en cuestiones religiosas.

de paciencia y sin tanta temeridad. El resultado fue desafortunado: ella había tenido que huir y el casamiento de ellos se había pospuesto indefinidamente. De haber actuado diferente, *madame* Cortot habría vivido y su esposo habría perdido poco de su riqueza o quizás, incluso, hasta podría haber recibido algún tipo de recompensa como una señal del favor real por realizar un cambio discreto.

–¡Bah! Una empresa así era inútil desde el comienzo.

Mathieu se sorprendió de su propia voz, que irrumpió en plena calle desierta. Aunque continuó con sus quejas, las mantuvo en su mente, inaudibles, y continuó su valoración:

Mi segundo gran error –murmuró– *fue permitir que* monsieur *Cortot me persuadiera de ir al norte después de la Revocación, para tratar de llevar a Madeleine del otro lado de la frontera, hacia la seguridad. Debería haber sabido que ella insistiría en llevar a sus hermanos, sin importar el peligro adicional involucrado. Pero ¿qué criterio tiene una niña de diecisiete años sobre asuntos como estos?*

Mathieu tembló ante el pensamiento de convertirse en el guardián del hermano menor de Madeleine, Alexandre... con sus ojos demasiado juntos y agudos; su nariz insolente; su sonrisa demasiado amplia, llena de dientes; su actitud rencorosa siempre desafiante de la autoridad... Ser el cuñado de alguien así era impensable. Si al arribar al refugio de Madeleine, en el norte de Francia, la hubiera encontrado allí sola, todo habría salido bien, pues su padre había enviado casi su fortuna entera con él a fin de proveer para su futuro. Si ellos dos hubiesen escapado juntos a Holanda, el oro habría sido suficiente como para establecerse y comenzar una nueva vida, y su carrera como teólogo habría estado asegurada en una nación que daba gran valor a los estudios bíblicos.

Pero se habían peleado. Ahora, mientras subía los escalones de su casa, se sonrojó al pensar en el modo en que se le había escapado el nombre de de Gandon, la manera en parecía que ella lo comparaba con ese pavo real miserable. Había sido necesario, en ese momento y lugar, ponerse firme. Después de todo, si se casaban,

¿quién mandaría? No, ella era demasiado parecida a su madre: con gran confianza en sí misma, autosuficiente. Por lo tanto, él se había retirado con dignidad –sí, dignidad– a esperar que ella entrara en razón.

Pero, hete aquí, que él se había aventurado muy cerca de la frontera y había sido arrestado, sin papeles pero con un cinturón repleto con el oro de Cortot.

Al ser introducido en los tormentos preliminares en Strasburgo, le había dicho a los oficiales reales todo lo que deseaban... incluso dónde se encontraba Madeleine y sus planes de escapar. Así que, a diferencia de Job, no había pasado la prueba. Con cuánta satisfacción el diablo habría visto su caída... y de qué forma Armand de Gandon debe de haber disfrutado la historia al escucharla y, quizás, al repetirla en un café al costado de algún canal holandés.

Madeleine había escapado de todas maneras, no gracias a él sino a su némesis. Se sintió culpable por haberla puesto en peligro, sí, pero también amargado por lo que se había hecho a sí mismo sin intención. Se había rendido. Había abjurado. Y a ese precio se le había permitido volver a Saint-Martin. Se le había dado un cargo como magistrado local y la propiedad confiscada de su tío. La mayoría de sus vecinos eran nuevos conversos como él y, se recordaba a sí mismo con frecuencia, no tenían derecho a hablar porque ellos también habían apostatado para salvar sus pellejos. Pero él no se animaba a presumir de tener amigos entre ellos. Solo y sin gozar de confianza, todos los días se preguntaba si los rumores de lo que había sucedido en Strasburgo habían llegado a Saint-Martin.

Solo, en la casa piadosa de su tío, el pastor Merson, Mathieu Bertrand enfrentó otra noche perseguido por la ignominia de su pasado y las inseguridad de su futuro.

Capítulo 9

Cartas... y perspectivas de guerra

Las cartas para las refugiadas en la Casa para Mujeres Nobles Hugonotas de Rotterdam eran poco frecuentes. Y aunque muchas veces eran de naturaleza muy sensible, como los planes de escape de alguien o los problemas de los que aún estaban en Francia "bajo la Cruz", las destinatarias parecían compelidas a compartir sus contenidos, ya fueran buenas o malas noticias, y a discutir las preocupaciones de otras que no recibían noticias de su casa o de sus seres queridos desparramados por toda la faz de Europa. Esas mujeres aristócratas protestantes habían vivido desde la infancia cuidando cada una de sus palabras, por temor a la censura real. Ahora, en un país protestante, habían abandonado la discreción.

Por esto, era probable que cuando llegaba una carta para una de las residentes, muchas otras también lo supieran... y con mayor razón si la carta estaba dirigida a *mademoiselle* Madeleine Cortot, vista hasta ese momento, por mujeres que anteriormente habían vivido siempre en la grandeza, como un poco más que una máquina humana, una simple suplidora de sábanas limpias, jabones y fragancias. La llegada de la carta requería que toda la actividad de la casa se detuviera por una hora para que las residentes y el personal pudieran dedicarse a la especulación mientras *mademoiselle* Cortot, quien todas se dieron cuenta en seguida de que debía ser un personaje más significativo de lo que habían imaginado, se recluía en la oficina del ama de llaves a leer el mensaje.

El ama de llaves puso una silla cerca de la ventana para Madeleine, le alcanzó un abrecartas de plata, regresó discretamente a su escri-

torio y tomó su libro mayor y su lápiz. Madeleine sostuvo la carta por quizá cuatro minutos, demasiado afectada por la esperanza como para arriesgarse a la desilusión. Pero debía abrirla. Insertó la punta del abrecartas en la esquina del documento sellado y rasgó el papel por el doblez.

"*Mon chère*, Madeleine", comenzaba su primo, pues era el Daniel Cortot más joven el que respondía, "mi padre ha tenido éxito en Nueva York más allá de nuestra expectativas, pues fiel a las tradiciones de los Cortot, se ha ganado con justicia la confianza de mercaderes y comerciantes por igual. En este momento, no se encuentra bien debido a una caída que resultó en un brazo fracturado y, por lo tanto, me pide que me escriba contigo, sabiendo que debes estar sufriendo alguna ansiedad en tus circunstancias desafortunadas".

La larga carta del primo Daniel contenía no solamente consejos amables, sino también una carta de crédito en un banco de Amsterdam, por unos quinientos *livres*. Era una suma generosa. Pagaría el pasaje de los cuatro jóvenes Cortot para cruzar el océano, y no en tercera clase, sino viajando con comodidad. Esta era una bendición inesperada pues, por supuesto, el primo Daniel no sabía que la pobre Louise no estaba bien de salud.

Madeleine sostuvo la carta de crédito en su mano izquierda y leyó toda la epístola de nuevo. Fue devuelta a la realidad por una discreta tosecita del ama de llaves.

–Buenas noticias –dijo Madeleine–. El pariente de papá en Nueva York, en Norteamérica, ha provisto para nuestros pasajes. Quiere que nos unamos a su familia allá.

El ama de llaves se levantó, moderándose pero llena de ansiedad.

–¡Realmente, *mon chère*, es motivo para una celebración general!

Y repentinamente, Madeleine Cortot, la encargada del lavadero, era la favorita del establecimiento, la mascota de una condesa anciana, la íntima de la hija de un duque. Todas se arremolinaron a su alrededor, ansiosas por conocer más detalles. Pero Madeleine, que estaba acostumbrada a cuidar bien su privacidad, fraccionó

solo el hecho básico: En Norteamérica tenía un pariente que le había ofrecido ayuda.

Con la nota de crédito bajo su colchón, Madeleine comenzó a pensar cómo hacer los arreglos para la mudanza, aunque con alguna vacilación. Sabía tan poco de Norteamérica... solamente que algunos hugonotes se habían ido allá, muchos a las montañas de la Provincia de Carolina, donde decían que el clima era cálido, lo que podía ofrecer algunos beneficios para Louise. Como la mayoría de los refugiados, Madeleine hubiera preferido quedarse en la Europa protestante, esperando contra todo pronóstico que el Señor rechazara al rey de Francia y, algún día, les permitiera regresar a su hogar para restablecer el culto en su tierra natal. Pero, una vez que se cruzaba el océano –con suerte un viaje formidable y poco peligroso–, uno no podía dar media vuelta a la ligera y regresar.

Las esperanzas de Madeleine, al igual que las de cientos de otros refugiados, se habían basado por mucho tiempo en las interpretaciones proféticas del gran pastor Jurieu de la Iglesia Francesa Reformada en Rotterdam. En sus estudios profundos del libro de Daniel, había llegado a la conclusión de que los acontecimientos actuales en Francia señalaban hacia los años finales de la profecía de la gran imagen, el tiempo cuando los pies de barro serían golpeados por una piedra no cortada por mano humana, que daría por tierra con el poder terrenal final y establecería el reino de la justicia, quizá ya para 1689.

Por años, el pastor Jurieu había suplicado elocuentemente en una guerra de palabras con el rey –*coups d'in folio*– para que tratara con justicia a sus fieles súbditos hugonotes. Sin embargo, nunca logró más que un acuse de recibo de sus cartas. Recientemente, iluminado por sus estudios, Jurieu habían comenzado a predicar que la liberación vendría de Inglaterra, en la persona del duque príncipe Guillemo, quien podría convertirse en Guillermo III de Inglaterra, al reemplazar a su suegro católico, Jacobo II. Jurieu predecía que Guillermo encabezaría una alianza de naciones protestantes que vencerían el poder del cuerno pequeño, representado

amenazadoramente en el presente por la persona del rey francés, Luis XIV.

Para los hugonotes, un mensaje así era escandaloso y estimulante a la vez dado que, desde el Edicto de Nantes hacía setenta y cinco años, se les había enseñado a amar y a servir a su rey fielmente, sin importar las pesadas restricciones a su libertad. Sin embargo, si Luis XIV era la bestia, el malvado cuerno pequeño, entonces se justificaba que los verdaderos creyentes lo resistieran, creando ejércitos de fieles y, en el nombre de Dios, barriendo al rey del poder o, por lo menos, obligándolo a honrar sus derechos de libertad de culto, libertad para ser dueños de sus propiedades, y libertad para participar en los asuntos económicos y políticos de su propio país.

Igual que otros creyentes, Madeleine había estudiado las profecías a la luz de las velas, había asistido a los cultos y se había deleitado con la esperanza de la liberación para la verdadera iglesia de Dios en Francia. Ahora parecía posible que esas profecías pronto se cumplieran. Podía ser que su padre recibiera de vuelta aunque sea su propiedad, si bien la casa había sido arruinada. Todavía podría venir a buscar a sus hijos exiliados. ¿Qué importaba la pobreza si volvían a estar juntos? Y Armand de Gandon podría tener un futuro en el nuevo régimen, ya que era un soldado famoso y posible heredero del duque poderoso. Y...

Pero no debía permitirse pensar en esa dirección. Si todas las barreras se rompieran y Armand se convirtiera en duque, ¿cómo podría ella, siquiera en la fantasía, imaginarse que podría estar a su lado, siendo su duquesa? Los reyes podrían caer, pero ella no podía imaginar que fuera a evaporarse la diferencia de clases. Sin embargo, en forma espontánea, esos anhelos inundaban sus sueños verdaderos e incluso salpicaban sus pensamientos mientras trabajaba en el lavadero lleno de vapor, con la pala de madera en la mano, revolviendo el caldero de ropas de cama para que lograran la blancura deseada.

Y ahora esta carta desde Norteamérica. ¿Debía esperar para ver lo que sucedería en los próximos meses? Su padre le había indi-

cado que pidiera ayuda al tío Daniel y, si podía, que escapara al Nuevo Mundo con sus hermanos. ¿Debería tratar de establecer contacto con su padre? Irse a Norteamérica sin él parecía impensable. ¿Era realmente demasiado tarde para que él escapara? Los hombres atrapados que trataban de huir de Francia enfrentaban dos posibilidades: muerte en la *roué* –la rueda– o una vida de esclavitud en las galeras.

En este punto, Madeleine pensó por primera vez en Mathieu en conexión con estos dos castigos. Si había sido considerado un ciudadano común tratando de escaparse de Francia, podría estar ahora mismo encadenado a un banco en una galera en el Mediterráneo, su piel clara quemada por el sol inclemente, su cabello dorado volviéndose seco. Si, dado que todos los ministros habían sido expulsados, Mathieu se había sentido compelido a cumplir con sus deberes de pastor, entonces podría haber dado su vida por la Fe... sus brazos y piernas quebradas en la rueda, y luego colgado o quemado.

Pero Madeleine apartó esa imagen horripilante de su mente. Mathieu no estaba hecho de un material tan firme. Más allá de lo que hubiera sido de él, ella lamentaba si había sufrido, pero no podía desperdiciar sus recursos emocionales lamentándose. Mathieu había elegido una vida libre de las responsabilidades que ella no podía abandonar. Que así fuera. Si él había escapado, podía estar ya inscripto en una academia protestante, distinguiéndose con los libros, ganándose el honor y el respeto que tanto significaban para él. Si no había escapado, entonces él debía estar viviendo con las consecuencias que le hubieran sobrevenido.

Pero su padre. Y Alexandre. ¿Podría obligar a su hermano a ir? Ella no había estado dispuesta a escapar de Francia sin tener aferrados a sus jóvenes hermanos. ¿Podría ahora marcharse solamente con los mellizos de diez años, Louise y Louis?



Armand de Gandon tenía razón. Cuando la desdobló, la carta estaba escrita con la familiar mano apresurada del duque de Lauzières.

Reflexionó en los eventos de la última media hora. Se había disgustado cuando escuchó susurros de que un emisario del embajador francés, d'Avaux, lo estaba buscando. Las noticias le habían llegado antes que el lacayo; y, cuando este se había presentado con la carta, Armand la había aceptado con cierta frialdad y el sirviente se había retirado de inmediato, habiendo juzgado por los modales y la apariencia de Armand que no recibiría ninguna propina. Armand salió del café hacia la calle para alejarse de los curiosos. De inmediato reconoció el sello en la carta. Era de su benefactor. También adivinaba qué quería el anciano.

"*Au toujours*",[1] murmuró Armand. "Siempre prudente. Siempre sufrido. Perdonador. Pero ¿comprensivo?" De esto último no estaba seguro pues ¿cómo podía su anciano benefactor captar lo que Armand no podía entender de sí mismo: su reticencia a dejar su herencia hugonota aun cuando se sintiera fuertemente atraído por las embriagantes posibilidades que el duque le había ofrecido no una o dos veces, sino repetidamente a lo largo de los tres años anteriores?

"*Mon Cher Major, Mon Fils*".[2]

Mientras el joven oficial leía la página, oía la voz sardónica del anciano como si el duque estuviera sentado a su lado, con la pierna con gota apoyada sobre una pila de almohadas. Y, tal como el duque pretendía, se sentía el protegido extraviado. "Como el filósofo Pascal", escribió el anciano, "estoy atemorizado por los 'silencios eternos' y los 'espacios infinitos'. Pero, no lo suficientemente temeroso como para arriesgar peligros presentes. Ustedes los calvinistas pueden tener razón en algunos temas. Sin embargo, uno debe ser pragmático. Veo que tanto el rey como la clerecía están jugando al gato y al ratón con nosotros. Y si fuéramos ratas gordas, aprenderíamos dónde encontrar el queso y afinar nuestros oídos para escuchar el tintineo de la campanilla del gato".

[1] "Para siempre".

[2] "Mi querido mayor, mi hijo".

Si para esta altura, sugería el duque, Armand ya se había contentado con su hazaña quijotesca, no importaba si las razones habían sido religiosas o románticas; si había experimentado suficiente frío y hambre desde que le había dado la espalda a Francia; y si deseaba emprender un regreso silencioso y discreto; siempre se podía pergeñar una excusa a fin de salvar su reputación para beneficio del rey y de la clerecía. "Tus opiniones en privado pueden ser las que elijas. En cuanto a mí, todo puede ser como ha sido antes: mi amistad, un puesto de coronel, la herencia... en una palabra, convertirte en mi hijo adoptivo legalmente, tal como lo has sido en mi corazón desde que salvaste el regimiento cuando murió mi propio hijo. ¿La muchacha? Tráela contigo. Parece que está hecha de buen material por dentro y por fuera, y podemos crear un linaje y un título para ella que satisfarían a los cortesanos más exigentes".

Daba la impresión de que el duque había hecho algunas averiguaciones. Quizá sabía la mayor parte de lo que había que saber sobre esa "hazaña quijotesca". ¿Cuál había sido la fuente? ¿O tenía muchas fuentes?

Ahora Armand se sentó en el borde de una barcaza llevada por la corriente y frenada por la contención de piedra del canal, cruzó sus piernas, y abrió la carta sobre su rodilla.

"*Mon cher fils*, tu actual situación no es vida para un caballero".

Él entendía la posición del duque: el concepto de Dios había sido inventado por los gobernantes terrenales para justificar su posición de privilegio. Era necesaria la religión de algún tipo, el duque lo había dicho a menudo, para asegurarse la moralidad de la nación, pues el pueblo que no teme a Dios no temerá ni al rey ni a sus ayudantes. Con este razonamiento, un ciudadano conciente aparentaría por lo menos aceptar cualquier doctrina que el rey apoyara. Incluso, algunos de los jesuitas más exitosos estaban a favor de la indulgencia donde estaba involucrada la conciencia de un hombre. Uno podía cumplir externamente con la necesidad política, pero podía abrigar una "reserva mental".

Armand leyó la carta por segunda vez, con la voz del duque haciendo eco en su cabeza, con su tono de divertido desprecio por los fanáticos de cualquier especie. Uno cumplía con el papel requerido, pero los pensamientos eran personales. La carta instaba a Armand a que debía indicar su interés al Conde d'Avaux y, entonces, se vería cómo podían ir las cosas. "Si no es ahora, entonces más adelante. Siempre serás bienvenido".

D'Avaux era un hombre bien dispuesto, subrayaba el duque, y le debía algunos favores. "*Soyez sage, soyez prudent!*[3] El rey promueve la ciencia porque sirve a sus ambiciones militares y económicas, pero su mente no es lo suficientemente vasta como para resolver las dudas que nuestros grandes filósofos plantean con cada nuevo descubrimiento. Incluso en sus días más libertinos, el rey siempre miró por encima de su hombro, seguro de que Dios iba a exigir que rindiera cuentas. Aprenderás que él es tan poco perdonador como cree que es Dios, y negociar con él no es fácil. No muchos tienen una segunda oportunidad, por lo que es algo para pensar".

Armand recordó con un poco de pena el Regimiento de Maine, sus diez años de servicio en los ejércitos de Luis XIV bajo el duque de Lauzières, y el comando de su nuevo regimiento, que estaba asegurado si aceptaba la amable oferta del duque.

Se estremeció. El entusiasmo de 1685 se había extinguido y, mientras doblaba la carta y la ponía con cuidado en su bolsillo, tuvo que admitir que las cosas no habían salido como una vez lo había esperado. ¡Qué impresionante ser reconocido por la contribución que podía hacer a la maquinaria militar de Luis XIV! Su propio regimiento podía ser solamente el comienzo. Igual que el mariscal Schomberg, por quien su padre le había dado su nombre, podía progresar y llegar a liderar un ejército en el nombre del rey. Con los ojos de su mente, vio otra vez las colinas inundadas por la luz de luna, los viñedos en los campos, los pueblos dormidos, los fuegos de su regimiento acampado a la vera del camino, la fachada

[3] "¡Sé sabio, sé prudente!"

fantasmal de un Versalles dormido... su temida, hermosa, gloriosa Francia regada de sangre. Su corazón sufría por ella.

Y su corazón se enternecía por el duque. ¡Qué generosidad... y sin fecha límite! Y ahí estaba la terrible posibilidad de traicionar lo que era de más valor aún, una corona de justicia y la aprobación de Dios. *No debo dejar abierta una alternativa como esta*, pensó para sí. *Las cosas pueden empeorar*. Estudió el paño gastado extendido sobre sus muslos cruzados, la delgadez del parche en la suela de su zapato izquierdo. Incluso ahora su resolución estaba siendo probada en extremo.

Como últimamente venía haciendo con frecuencia, reflexionó sobre su carrera interrumpida, tratando de ignorar un estómago completamente vacío. Cualquier francés en un lugar como Holanda admitiría sentir cierto grado de nostalgia. Probablemente, era el único refugiado francés que podía, por una simple elección, recuperar sus pérdidas... solo una palabra dirigida a d'Avaux.

Pero ¿podría su benefactor minimizar los eventos de los últimos tres años tan efectivamente como se imaginaba? Los rumores eran descontrolados. Armand se preguntó si d'Avaux tenía informantes tanto entre los refugiados como entre los holandeses. Nadie quería ser sospechado de conexiones de ese tipo. El honor exigía tomar una decisión y permanecer firme.

–Sea en el ejército de Dios o en el ejército de Luis XIV, no soy un mercenario –murmuró Armand.

Había habido momentos, incluso durante el terrorífico escape con la familia Cortot, donde habría sido fácil ver a la hermosa Madeleine como una recompensa de oro por sus servicios, y quizá la verdadera razón por la "renovación" de la Fe en la que había sido criado.

Renunciar a sus sueños de un matrimonio feliz había sido muy difícil. Su orgullo como oficial y caballero le había impedido proseguir la amistad desarrollada durante la intimidad del escape de Francia, en el invierno del año 85. No podía, en su pobreza, pedirle a ella que compartiera su suerte.

Armand sonrió recordando al hermano de Madeleine, Alexandre, en ese tiempo de trece años. Los comentarios picantes del muchacho en ese viaje y al llegar a destino habían sido casi una molestia continua. Hacía apenas un mes, Alexandre, cargando un pequeño bulto sobre sus hombros, se le había acercado al lado del canal.

–He encontrado trabajo descargando barcazas aquí –había dicho el muchacho, aparentemente asumiendo los derechos de un hermano menor que se unía a un hermano mayor. Y dos veces desde que el muchacho se había mudado a la habitación del ático, había sacado el tema de su hermana.

–Usted sabe, mayor Armand, no habría sido difícil entibiar esa relación hasta el nivel del matrimonio, y entonces ustedes se podrían haber consolado mutuamente en su pobreza. Madeleine es tan orgullosa como usted, señor. Ella temía que usted pensara que ella lo estaba guiando. Ambos eran bastante salvajes conmigo.

–Y tú eras muy transparente –lo reprendió Armand–. Siempre el Cupido.

El muchacho, por supuesto, no tenía una verdadera comprensión de las complejidades de la vida. Uno no se entregaba simplemente a cualquier emoción que se agitaba en un momento. Uno debía mirar la situación total desapasionadamente, y ejercitar la discreción.

A pesar de la opinión firme de Alexandre, meditó mientras ponía la carta del duque en el bolsillo de su chaleco, *he renunciado a toda esperanza de un matrimonio con Madeleine Cortot, incluso cuando hace mucho tiempo renuncié a convertirme en una luminaria en la corte. ¡Tengo que ser así de deliberado en volver mi espalda al ejército del rey francés!*



El *Conseil d'Etat*, el marqués de Louvois, en su oficina privada en Versalles, rápidamente ojeó otra pila de papeles de contenido denso, escritos por el altamente aclamado pastor de la con-

gregación hugonota francesa en Rotterdam, una *copus d'in folio* –una virtual "guerra de palabras"– en las que Pierre Jurieu, con su piadosa humildad habitual, ofrecía sus protestas acostumbradas concernientes al maltrato que los "verdaderos creyentes" franceses habían recibido a manos de "aquellos cercanos al rey que trastocan la verdadera nobleza generosa del rey".

Compulsivo como era en cuanto a saber todo lo que ocurría en el reino antes que los otros oficiales, y siempre antes de que el rey estuviera informado, Louvois había estado recibiendo y destruyendo mensajes de Jurieu por varios meses. Había leído entero el libro de Jurieu, *Accomplishments of the Profets* [Logros de los profetas], y no estaba entusiasmado con la interpretación radical que el predicador hacía de las profecías bíblicas. Era irritante el hecho de que incluso unos pocos miles de franceses pudieran creer en una propaganda tan peligrosa, pues las discusiones de este tipo infectaban aún más la herida de la herejía que desde tiempos remotos había supurado en el flanco sur de la nación. En Nimes, en Montpellier, en los Cevennes, en realidad en la mayor parte del Midi, formas antiguas del cristianismo habían aunado esfuerzos con los calvinistas hugonotes y habían persistido a pesar de los templos demolidos, los clérigos prohibidos y una población arruinada por las dragonadas.

Peor aún, las imprentas de Holanda e Inglaterra, y quizá también las de las Alemanias, estaban diseminando esta propaganda de Jurieu, incitando a casi todas las naciones de Europa a ver a Francia y al rey francés como un imperio maligno que Dios quería derrotar.

Jurieu tenía razón en una cosa. El rey era de mente más abierta, más tolerante acerca de lo que era bueno para la nación. Aunque arrogante, Luis XIV anhelaba el afecto de sus súbditos y la buena opinión aun de sus enemigos.

Louvois deslizó las cartas de Jurieu de vuelta en su sobre y las puso sobre el fuego que ardía en la chimenea. Luego, volvió para buscar otro paquete. Este era del abogado calvinista Claude

Brousson, que era un polemista vigoroso, un intelectual que hablaba y escribía apasionadamente por los derechos de los que disentían en materia de religión.

La libertad de conciencia: esto es por lo que Brousson abogaba, demandaba, como si se pudiera convertir en la conciencia del rey. Louvois apretó los dientes. Si el rey se equivocara, si aceptara aunque sea en parte los argumentos de Brousson, la pérdida sería muy grande. "Una Francia" había sido la consigna de este reinado del rey desde 1661 cuando, en su juventud, había comenzado a tomar el control del gobierno por primera vez.

–Y he visto que ese objetivo se logró a pesar de los errores del rey en favor de la conciliación –murmuró Louvois–. ¡Ni Brousson ni Jurieu, ni ningún otro que esté listo para tomar sus lugares, deshará mi trabajo!

Apretó los papeles de Brousson en el sobre rasgado y lo echó al fuego.

Pero, si Louvois tenía la esperanza de que los suyos eran los únicos ojos que habían visto las misivas recién destruidas, pronto descubrió lo contrario. En una reunión con ministros menos importantes, más tarde ese día, encontró a varios hombres discutiendo, con una familiaridad que lo alarmó, copias impresas de esas mismas cartas, como así también el libro de Jurieu.

–Es cierto, señor, cientos de copias han estado circulando en París. Sin embargo, confiamos en que estamos en posesión de todas ellas –se aventuró a decir un asistente joven con aspiraciones.

–¿Y en lugar de destruirlas las están leyendo?

–Uno debe conocer en qué dirección va el enemigo para poder planear una emboscada –argumentó otro subordinado joven, defendiéndose.

–Sabemos suficiente –tronó Louvois–. Quemen los libros. Quémenlos *ahora*.

Una hora más tarde, Louvois se enteró de que, en los últimos dos años, doscientos mil calvinistas habían huido de Francia, buscando asilo con los enemigos del rey.

–Si fueran todos hombres y si fueran soldados –señaló su informante–, formarían un ejército igual al ejército entero de Francia.

–Pero, solo unos pocos de ellos, quizá cincuenta mil, son hombres –exclamó Louvois–. Y muchos de ellos son comerciantes o banqueros, y no son una amenaza para el ejército de su Majestad Honorable Luis XIV.

–Pero son una amenaza para la industria y el comercio de Francia.

Louvois no respondió. Era un tema doloroso para él, uno que no podía refutar. Bajo Colbert, quien había precedido a su padre como *Conseil des Finances*, habían crecido inmensamente las manufacturas y las exportaciones francesas tanto en cantidad como en calidad. Ahora, muchos en puestos de poder aseguraban que tanto la industria como el comercio de Francia estaban en ruinas, y que la economía de la nación no podría soportar por mucho más tiempo los impuestos necesarios para sostener guerras continuas y colosales programas de construcción.

Louvois, como siempre hacía, le quitaba importancia a tales advertencias. *Soy un viejo hombre cansado*, pensó, *demasiado cansado para admitir esas posibilidades ni siquiera para mis adentros*. Se preguntó si su hijo lograría tener la despiadada determinación que era necesaria para sucederlo y obtener la posición que él ahora tenía. Quizás en un año más, dos como mucho, podría tener preparado a Barbezieux y luego, rápidamente, dar un paso al costado como había hecho su padre en su favor.

Somos una familia, bien ubicada y bien conectada, pensó Louvois. *Y algo esencial para estar en el poder es poseer inteligencia*. Se permitió una sonrisa poco frecuente. Ninguna otra familia en la historia de Francia había ubicado a sus descendientes en posiciones clave, tanto dentro de la nación como en ciudades de otras naciones. De ese hecho, tanto como de la fuerza del gran ejército francés, dependía el éxito de Luis XIV.

El *Conseil d'Etat* se sintió seguro de que solo él tenía suficiente información como para saber que, mientras doscientos mil herejes

habían encontrado refugio en tierras extranjeras, no había escapado siquiera un diez por ciento de los hugonotes de Francia. Este era un hecho corroborado por las listas de membresía que había coleccionado durante la década anterior, y que había calculado en privado. Sin importar lo que otros consejeros del rey pudieran deducir sobre el significado de ese hecho, Louvois lo consideró como una evidencia de que dos millones de ex protestantes franceses habían elegido obedecer la orden del rey y ajustarse a la iglesia nacional.

Desgraciadamente, admitió Louvois para sus adentros, no veía esperanzas de que algunos se sintieran acorralados como para cambiar su religión. La razón indicaba que los pobres no podían huir. Muchos de ellos estaban concentrados en la Cevennes en el sur, por eso era allí que los simpatizantes extranjeros, ahora consolidados en la Liga de Hasburgo, atacarían si lo hacían, sorteando los pasos y valles angostos desde Suiza y el Piamonte hacia la parte más vulnerable de Francia, para unirse con esos enemigos antiguos de la Iglesia Católica: los *Vaudois*.[4] Para borrarlos se requerirían las medidas más drásticas.

Estoy preparado, decidió Louvois con cierta satisfacción.

Con esa convicción, comenzó a vestirse para el *approchement* concertado para la noche y, luego de eso, su reunión usual con el rey en las dependencias de Madame de Maintenon.

Dado que los afectos del rey ya no podían distraerse con jóvenes encantadoras y bellas, uno debía aprender a trabajar cerca de esa mujer indómita, y también *con* ella. *Por lo menos*, pensó Louvois mientras iba desde su propio sector hasta el área pública del palacio, donde una veintena de grandezas revoloteaban alrededor de él, *en ese tema estamos de acuerdo: que no seremos como los Habsburgo, quienes presiden sobre un reino formado por cientos de pequeños principados. No, tendremos una única nación bajo un único rey con una sola fe. Puedo contar con Madame de Maintenon para defender con toda su formidable energía la supremacía tanto del rey como de la Iglesia. En ese sentido, ella es mi aliada.*

---

[4] Los valdenses.



Armand sabía que podía ser fatal dejar pasar el asunto y posponer la decisión final y, aún así, no redactó su respuesta a la carta del duque, como había sido su intención. Alexandre había entrado al ático una vez mientras el sostenía la carta a la luz de la pequeña ventana y había hecho preguntas en su típica manera desinhibida. Armand había tratado de ser honesto, pero realmente había respondido de un modo evasivo. Decidió que lo discutiría con el señor de Tillieres, quien ahora se había establecido como anfitrión, amigo y confidente de muchos refugiados.

Con esto en mente, preguntó si podía ir temprano a la casa de Tillieres la próxima vez que este buen hombre invitara a refugiados a cenar. Mientras la recientemente adquirida esposa holandesa de Tillieres y los sirvientes estaban ocupados preparando la comida, Armand se sentó en la sala y discutió su dilema. Tillieres estaba ahora vestido en forma más conservadora, con su todavía abundante cabello más corto y atado hacia atrás, y con un bigote delgado en su labio superior, un poco pasado de moda, pero que mantenía relación con su pasado de soldado.

Armand sintió otra vez una cierta incomodidad bajo los ojos penetrantes y azules, pero la expresión de su anfitrión era amable y no le predicaría, a diferencia de la mayoría de los refugiados hugonotes. Algunos de los amigos soldados de Armand lo habrían juzgado infiel si supieran que tenía la carta y que se había comunicado con el embajador francés.

–*Tiens, c'est toujors le France.*[5] Nunca hablamos de nada más –suspiró Tillieres, sin poder sacudirse el acento afectado de un cortesano–. Todos esos desafortunados que se las han arreglado para alcanzar la seguridad, en mi casa o en las calles de Amsterdam, hablan siempre de Francia. Grandes damas, viudas jóvenes o comerciantes: todos anhelan regresar.

[5] "Vaya, siempre es Francia".

–Creí prudente mostrarle la carta –le explicó Armand a Tillieres–, en caso de que se levante alguna sospecha por parte de algún refugiado que me haya visto conversando con el sirviente del embajador. Usted es ampliamente conocido y respetado, y puede dar explicaciones apropiadas de ser necesario.

–Pero, por supuesto –respondió Tillieres.

No había necesidad de explicar el sentido de la carta, pues el mismo Tillieres había estado presente en el *levée* cuando el duque de Lauzières había presentado a Armand al rey en Versalles. Tillieres había visto a los cortesanos adulándolo luego de que Luis XIV le había sonreído y había oído la alabanza efusiva que siguió a su progreso por Versalles durante los pocos días que permaneció allí.

Con una sonrisa divertida, Armand recordó cuánto había invertido en esa reunión con Luis XIV. Efectivamente, un año entero de ingresos de su patrimonio en el sur había alcanzado apenas para comprar la ropa afectada que se suponía que debía usar en la corte. El duque le había explicado que todo dependía de las apariencias.

–*Mais oui!*

Ahora Tillieres, con cara solemne, sostenía la carta tan distante como le daba el brazo, para poder leerla mejor.

–Tu excelente foja de servicios. Tus perspectivas. Para ti un puesto de coronel que un caballero sin un ingreso grande nunca podría comprar en una vida entera de servicio fiel. Ah, y ese es solo el comienzo.

El hombre mayor lo entendía como únicamente podía hacerlo otro oficial.

–*Au meme temps*[6] –respondió Armand–, soy un hombre de conciencia.

Por una semana entera después de la reunión con Tillieres, Armand realizó ejercicios todos los días a la orilla del canal, examinándose sin misericordia. Pero ¿podía su conciencia soportar un examen tan cercano? Con demasiada frecuencia se había quedado despierto en la cama durante la noche preguntándose si ha-

[6] "Al mismo tiempo".

bía sido su conciencia o un simple impulso romántico lo que había despertado su sensibilidad hugonota dormida, cuando visitó a *monsieur* Cortot en el pueblito de Saint-Martin, al sur de Francia.

Cortot era un viejo camarada de su padre y, al pasar por Saint-Martin, Armand había anhelado algo del sentimiento familiar que había echado de menos tan desesperadamente desde la muerte de su padre, cuando él mismo no era más que un muchacho de mejillas rosadas en su regimiento. Los recuerdos de su hogar y la forma de vida reformada se habían desvanecido durante sus años en el ejército francés. Y luego, en Saint-Martin, había visto por primera vez lo que sus concienzudos hermanos en la Fe sufrían a manos de los oficiales reales y de los hombres de la iglesia que buscaban suprimir el protestantismo. Había visto el templo local derribado a causa de un testimonio falso. Delante de sus ojos, los niños hugonotes eran secuestrados y ubicados en Casas para Católicos Nuevos, a fin de ser presionados para cambiar la religión en la que habían nacido, mientras los padres, temerosos por su seguridad física, eran obligados a pagar por el sostén de sus hijos. Sobrecogido por la ira, en su segunda visita al pueblo, Armand, de prisa y en secreto, se había llevado a los mellizos Cortot y a Madeleine lejos de sus captores, y los había transportado a un refugio en el norte de Francia con sus parientes.

Vraiment.[7] Armand admitió para sí que no había sido completamente en contra de la injusticia que había interferido a tan alto riesgo para sí mismo (uno podía ser quebrado vivo en la rueda por llevarse a una joven mujer de un convento). Si Madeleine, de dieciséis años, hubiera carecido de atractivo o hubiera sido petulante, quizá la habría ayudado a escapar como un asunto de honor personal. Sin embargo, durante su estancia en Versalles, no pudo más que comparar su modestia y belleza con las mujeres pintadas y empolvadas que desfilaban allá. Solo un hombre con un corazón duro como el hielo podría quedarse y permitir que una muchacha así se marchitara como un palo seco en un convento. ¡Impensable!

[7] Verdaderamente; de veras.

Por lo tanto, como un caballero de cuento medieval, que no tenía esperanzas de ganar el amor de la princesa cautiva, había arriesgado su vida para salvar a Madeleine.

Sonrió al recordar la tibia ayuda de Mathieu Bernard, un estudiante de teología cuyas perspectivas habían sido prometedoras hasta que el rey cerró las academias hugonotas. Mathieu había demostrado más fastidio que alegría por el rescate, pues Armand era la fuerza detrás de la liberación de su prometida. Y había rehusado el ruego del padre de Madeleine de llevar a sus hijos hacia la seguridad.

No obstante, Armand reflexionó, aun cediendo a alguna fantasía ocasional de cortejarla y ganar el amor de Madeleine, él era lo suficientemente sensato como para darse cuenta de que una unión así era imposible. La muchacha hugonota venía de una familia burguesa, y eso sería visto por sus amigos en la corte como un impedimento para el matrimonio. De más preocupación para él era que ella ya estaba comprometida. Él había sido cuidadoso de conducirse con propiedad. Sin embargo, en casi cuatro años no había podido desterrarla de sus sueños.

Se preguntó qué habría sido de Mathieu Bernard. Si se hubiera presentado, con seguridad Alexandre le habría dado un relato detallado de su visita, pues no tenía para su ex maestro de escuela más que mala voluntad. Personalmente, Armand podía ser más caritativo. "*Tiens*, él también había perdido todo por lo que había trabajado: su futuro..."

Armand sonrió tristemente. *Monsieur* Mathieu, el que un día sería predicador hugonote, ¿trabajaba con los mismos sueños de honor, posición y prosperidad? ¿Eran sus sueños tan atractivos para él como eran para Armand las promesas del duque?

Mathieu había sido malhumorado, receloso, completamente desagradable. Cuando su ordenado mundo se empezó a derrumbar a su alrededor, el joven erudito abandonó a su prometida. Si solo Madeleine hubiera mostrado los primeros signos de lealtad flaqueante hacia el infeliz Mathieu, ¡ah! Pero ella había permanecido firme en su lealtad hacia él.

En 1685, ninguno de ellos había creído que el rey realmente revocaría el Edicto de Nantes. Y luego, ese octubre la Revocación, los había sorprendido a todos.

–Fui fiel a mi conciencia. Mantuve mi integridad –murmuró Armand.

Pero, incluso cuando las palabras se adherían a sus labios, él cuestionaba su honestidad.

Una vez había visitado a los hijos de Cortot en su refugio de Rotterdam y había profesado dedicación desinteresada a la Buena Causa. Se había atrevido a esperar que las circunstancias hubiesen hecho recapacitar a Madeleine acerca de Mathieu. Pero, en ese momento, ella todavía creía que su prometido llegaría, y se había mantenido firme al profesar su devoción.

Armand se excusó por su falta de ardor. *No iba a ser yo quien la desengañara de su fe. Habría sido indigno.*

–Papá quedó en la ruina –Alexandre le había confiado alegremente en esa visita–. Los dragones demolieron la casa aun antes de que papá fuera obligado a irse. Y ahora quién sabe quién está construyendo ahí: algún tunante complaciente con el Papa que le debía a papá una gran cantidad de dinero.

"Prefiero estar con usted, Armand, que aquí en Rotterdam –continuó Alexandre–. Aquí no pasa nada".

–Yo solo estoy en Amsterdam –señaló el mayor–. Muy poca acción, si a eso te refieres. Con cientos de otros oficiales franceses refugiados también buscando empleo, se necesitaría una amenaza militar muy grande para que todos vistiéramos uniforme.

–Pero... la Casa para Damas Nobles Hugonotas –objetó Alexandre–. No puede imaginarse lo que es ser obligado a llevar la basura, fregar el umbral de la puerta, correr a esta casa o a la otra, a mitad de camino del otro extremo de la ciudad, con una nota implorando a un pariente que escriba más seguido.

–En Amsterdam solo tengo una habitación desnuda en una buhardilla.

–*Mais oui*, pero preferiría compartir su suerte.

Alexandre se apretó la cabeza con las manos haciendo una mueca.

–Y cuando llegue la guerra, y debe de venir pronto, mayor, yo estaré a su lado, listo para compartir su suerte, ya sea que esto signifique cargar sus municiones o su petate.

Armand apretó los puños de sus manos bajo los puños gastados de su traje. ¡Ay!, Alexandre había venido con el permiso renuente de Madeleine, con la intención de mantener todavía aquel compromiso de honor. Actualmente, estaban compartiendo el deslucido cuarto del sexto piso. Y ahora, sumado al dolor de su corazón anhelante por la hermana inalcanzable, no podía negar su afecto creciente hacia Alexandre. Tenía abundante tiempo libre para reflexionar sobre la diferencia entre la acción, como un escape y el posterior desconcierto de sus perseguidores, y el tipo de resistencia necesaria para esperar pacientemente a que se mostrara la mano del Señor en su beneficio.

Armand reflexionó que el muchacho pronto descubriría que la guerra era más miserable que el trabajo modesto de la ciudad. Alexandre había entrado en un mundo de hombres, haciendo diligencias para un comerciante de exportaciones y tratando de conseguir, en los muelles, cualquier noticia posible de los oficiales. Mientras, el mismo Armand pasaba días visitando varios centros para hombres como él, poniendo en duda los últimos acontecimientos, aprendiendo a diario cómo ejercer cierto control para rechazar cualquier proposición que, de otra manera, sería lo suficientemente osado como para realizarla.

Entre los hombres de las barcazas, contó Alexandre, era de conocimiento general que el príncipe holandés estaba armando una flota, grandes cantidades de barcos de todo tipo, en Hellevoetsluis.

–Es un buen augurio, *n'est-ce pas?*[8]

En los cafés de Amsterdam, Armand leía los boletines quincenales del pastor Jurieu y había pedido prestada una copia del libro del valioso teólogo francés. Jurieu estaba convencido de que la Francia católica era la terrible bestia del Apocalipsis y que la

[8] "¿No es cierto?"

Revocación era "la muerte de los dos testigos". Inglaterra, afirmaba Jurieu, libraría a los hugonotes ese mismo año: 1689.

Armand estudió las matemáticas de Jurieu con interés, pero no tenía el trasfondo erudito como para entender las sutilezas del razonamiento del digno hombre. Sinceramente, esperaba que el fin del papado proyectado entre 1710 y 1715 fuera verdad pero, para 1715, ¡Madeleine Cortot tendría cuarenta y seis años y él tendría cincuenta y cinco! Sintió que podía simpatizar con Moisés, que había tenido grandes eventos y providencias para sustentarlo a través del tiempo de las plagas y el cruce del Mar Rojo, pero a quien los cuarenta años de atraso en el desierto le habrían significado una prueba más difícil. Además, como Armand tenía ocasión de recordarse a sí mismo esos días, su provisión de maná era muy irregular y era demasiado evidente que su ropa se estaba gastando.

Sin embargo, aunque se regañaba a sí mismo, había hecho lo que sabía que era lo correcto. No había hecho un acuerdo de negocios con el Señor, exigiendo que se le proveyera maná y un sastre como recompensa. Debía dominar su alma con paciencia.

Luego, al final de julio, la atención de los oficiales desocupados en los cafés cambió de los cálculos teológicos a temas en los que habían sido mejor educados. El mariscal Schomberg había sido puesto en alerta con toda seguridad. En el otoño, habría una invasión a Inglaterra. El rey católico Jacobo II, en forma muy perentoria, había impuesto su religión sobre sus súbditos, y fue rechazado por su propio parlamento. Los representantes más eminentes entre los protestantes habían invitado a María, una de las hijas protestantes de Jacobo II y casada con Guillermo, a tomar el trono inglés junto con su esposo. Guillermo estaba planeando una invasión en otoño, con una fuerza militar que no podía fracasar.

Casi inmediatamente, el representante de Schomberg llegó con la oferta que Armand había estado esperando.

Capítulo 10

Más cartas... y traiciones

Un nuevo día había amanecido para Madeleine, acompañado de más notoriedad de la que había tenido en esos tres años de su humilde condición. Esto se hizo patente cuando, unos pocos días después de haber recibido correspondencia desde Norteamérica, se supo que tenía una segunda carta, esta vez de su padre, desde Francia. Aunque, evidentemente, él ya había escrito antes, este era el primer mensaje que llegaba desde que Madeleine estaba en Rotterdam.

En poco tiempo, la comunidad de exiliados sabía que *monsieur* Cortot, una vez oficial del gobierno, muy conocido en su zona, al sur de Francia, estaba considerando huir para unirse a sus hijos en Holanda. De pronto, Madeleine era una persona famosa, que hacía preguntas y recibía muchos consejos. Al saber que Isaac Cortot había sido adinerado, algunos de los interlocutores de Madeleine asumieron que todavía lo era, y ella habría sido una persona muy ingenua si que no se hubiese preguntado por el repentino interés y las cortesías que recibía.

Sin embargo, la realidad era que el buen hombre no tenía un centavo; y le había escrito a su hija para preguntarle qué consejo le podía dar desde su ventajosa situación en Holanda, cuál era la mejor manera de arreglar su escape, y qué métodos y rutas serían las más seguras. Mientras Madeleine reflexionaba sobre la carta de su padre, sintió, con más fuerza aún, que no podía usar el dinero del primo Daniel para irse a Norteamérica con sus hermanos justo cuando su padre necesitaba ayuda para escapar de la tierra de su persecución. Con seguridad, si el primo Daniel fuera consultado, estaría de acuerdo con que el destino más importante para el dinero que había enviado era traer a Isaac Cortot a la seguridad.

Presionada por las damas para dar detalles, Madeleine mencionó algunas de las preguntas de su padre. A una voz, le urgieron:

–¡Oh, mi querida! Habla con *monsieur* Tillieres. Él puede contarte todo lo que necesitas saber. *Ma foi!*[1] No hay nada que no pueda arreglar para ti. Conoce absolutamente a todos.

Madeleine había visto con frecuencia a Louis de Pons, *Sieur* de Tillieres, y sabía cómo había encantado a las damas maduras con sus cortesías adornadas a la antigua. Vivía en Amsterdam, pero recorría los principales centros de refugiados. El refugio para las damas nobles en Rotterdam tenía los mejores contactos con la tierra natal y, cuando estaba en la ciudad, él siempre encontraba tiempo para visitar a las damas, y compartir sus cartas y chismorreos.

Monsieur Tillieres era muy estimado por los líderes del refugio, especialmente por los ministros, como el gran pastor Claude y su hijo. Se atribuía el estilo de vida generoso de Tillieres a su previsión de transferir su riqueza desde su Poitou nativa a Holanda en tiempos favorables, antes de los problemas. En su casa de Amsterdam, daba la bienvenida a las reuniones de los jefes de los refugiados y ofrecía magníficas comidas a caballeros hambrientos, cuya suerte no era muy buena. Había, con seguridad, lenguas malvadas que decían que nunca había sido muy hugonote que digamos, pero sus amigos alababan al Señor enfáticamente porque *monsieur* Tillieres había llegado a Holanda, y era muy amable y servicial hacia el afligido pueblo de Dios. Se alegraba con ellos en sus alegrías y, si los planes salían mal, como a veces sucedía, nadie era más empático y comprensivo que él.

Madeleine nunca había tenido ocasión de hablar con una persona famosa como él, pero había observado que la miraba cuando tenía que servir refrescos durante sus visitas. Pero claro, la mayoría de los caballeros daba una segunda mirada a la muchacha alta de cabello oscuro, de porte erguido y elegante; y, a pesar de su semblante sobrio y su vestimenta recatada, igual hacían un rápido inventario de sus atributos visibles y ocultos. Ella estaba acostumbrada a eso.

[1] "¡Mi fe!"

Sin embargo, no tuvo que buscar al caballero. Cuando fue de visita la siguiente semana, las damas entusiasmadas la llamaron para que lo conociera. Él era todo atención y amable interés, e hizo comentarios apropiados. Luego de estudiar la carta de su padre, la que se le había conminado a traer a la sala con ella, él bajó su voz para que casi nadie pudiera escuchar por sobre el bullicio.

–Creo que puedo serle útil, *mademoiselle*. Me quedo esta noche en el hotel El León Rojo, frente al portón del castillo, justo al lado de las habitaciones del pastor Claude. Si viene esta noche, podemos arreglar cómo ayudar a su padre. Pero –hizo un guiño y apretó la mano de ella–, no sería discreto discutir temas tan delicados aquí. Estas queridas damas... –y revoleó sus ojos hacia arriba. Luego, mirando con simpatía los ojos de ella, sostuvo su mano por largo rato, la besó y se dedicó a conversar con sus otras admiradoras.

Madeleine cumplió su compromiso con Tillieres a solas. El caballero la recibió con calidez en la habitación pública, pero luego, alegando la delicada naturaleza de su conversación, la llevó a su cuarto privado. El fuego estaba encendido, y había fiambres y vino sobre la mesa. Luego de las cortesías, ella le contó sobre la carta procedente de Nueva York y la nota de crédito. Tillieres preguntó en forma casual cuál era el monto. Madeleine dijo al efecto que podía proveer trescientas *livres*. Su herencia –la administración cuidadosa del dinero que había aprendido de su padre comerciante y de su madre frugal– la hizo vacilar sobre mencionar el monto total.

Tillieres respondió en tono tranquilizador:

–Si quieres usar el dinero para ayudar a tu padre, puedo hacer arreglos a través de amigos que tengo en Francia para contratar a los mejores y más confiables guías a fin de sacarlo del país. Es verdad que muchos escapan sin una gran cantidad de dinero, pero también es cierto que el éxito es más seguro para quien tiene la cartera más abultada. Por trescientas *livres*, puede salir en forma conveniente. Me gustaría tener los fondos para ayudar a todas las pobres almas que suspiran y lloran en Babilonia, pero *monsieur* Cortot es afortunado por tener una hija como tú. ¡Indudablemente,

la Providencia ha movido a tu primo en Norteamérica para proveer a tus necesidades en este preciso momento!

Madeleine preguntó:

–¿Cómo debería avisar a mi padre? ¿No sería muy peligroso enviar dinero por correo?

–¡Sí, por supuesto! Mis amigos pueden avisarle y pasarle el dinero con mayor seguridad. Llevará tiempo, pero cuando haya llegado seguro aquí, no parecerá mucho.

Madeleine estuvo de acuerdo en cobrar la nota de crédito y darle el dinero a Tillieres a la tarde siguiente. Por sugerencia de él, escribió una breve nota a su padre: "Padre, se han hecho arreglos para tu viaje. Sigue las instrucciones de quien te lleve esto. Si Dios quiere, te veremos pronto en Nueva York, si no aquí".

–Muy bien, *mademoiselle* –dijo Tillieres, sellando con cuidado el pequeño trozo de papel–. De ahora en adelante estaré en estrecho contacto contigo.

La ayudó a ponerse la capa gris sobre los hombros, comenzando el "toque cercano" demasiado pronto. Ella sabía que muchas de las residentes de más edad del hogar palpitaban por él y sus modales cortesanos, pero ella deseó que él no tuviera la tendencia perturbadora de dejar sus manos en sus hombros por tanto tiempo. Sin embargo, la buena voluntad de él era absolutamente necesaria para el escape de su padre, y ella debía ocultar su molestia. Probablemente, era solo su efusiva manera de ser.

La mejilla de él estaba innecesariamente demasiado cerca de la de ella y uno casi pensaría que estaba estudiando su modesto *décolletage*.[2] Ella se dio vuelta con rapidez, y encontró su mirada húmeda y simpática. Finalmente, él sacó sus manos. Otra vez las reverencias y el beso en las manos y al fin ella pudo salir. Resolvió que no habría más entrevistas privadas.



[2] Escote.

Cuando la puerta se cerró detrás de Madeleine Cortot, Tillieres copió la dirección y luego echó la carta en el fuego. Sentado a la mesa, procedió a escribir una carta para el conde d'Avaux. Al terminar, había escrito:

"Además de estos otros, tengo información de que un ex oficial de Saint-Martin en Saintonge tratará de escapar del reino pronto. Ha escrito a su hija acá con dicho propósito. Debe tener algún dinero escondido de las autoridades, con el que planea contratar a un guía que lo lleve a Suiza, probablemente a través de Savoy. La información es correcta pues he leído la carta. Si puede ser vigilado de cerca y se sabe el momento en que parte, no debería ser difícil detenerlo, quizá también junto con otros que viajen con él y, sobre todo, su guía. He interceptado la respuesta de la hija y, al no recibirla, asumirá que no le llegó la carta y procederá con sus propios arreglos.

"Algunos aquí continúan hablando de emigrar a Norteamérica, pero no son muchos. Algunos de los pastores se oponen a la idea pues esperan grandes acontecimientos de acuerdo con las profecías de M. Jurieu, y están tan locos e insolentes como para esperar que los eventos presentes resulten en que su Majestad se vea forzado a llamar a todos los RPR que están fuera del país y restablecer sus iglesias. Algunos de los oficiales exiliados han estado viviendo en la más grande de las miserias, pero en los últimos días han estado hablando esperanzados de la llegada de un nuevo día, en el cual el príncipe de Orange les dará empleo.

"Estoy agradecido por la generosidad de su Majestad, gracias a sus recomendaciones en mi favor, y siempre estoy feliz de que los pequeños *avis*[3] que he podido darle le hayan sido útiles a su Majestad. Ha pasado algún tiempo desde que autorizó a que se me pague algo. Mis gastos, al circular entre los refugiados y viajar frecuentemente entre Amsterdam, Rotterdam, Leiden y la Haya, con una visita a la reunión de los Estados de Friesland, han agotado grandemente mis recursos. Estaría muy agradecido por su consideración del asunto de mi nuevo pedido de quinientos *livres* para mis gastos".

[3] Informe, advertencia.



En París, el duque de Lauzières estaba escribiendo una carta con su propia mano, lo que por cierto no era un ejercicio al que se dedicaba con frecuencia. Sin embargo, si uno debía incriminarse a sí mismo en papel, cuanto menos personas lo supiesen, mejor. Era un hombre pequeño y arrugado, de más de setenta años, un rostro sagaz y con líneas profundas, una nariz prodigiosamente puntiaguda, y una mirada brillante y cínica que no se perdía casi nada alrededor de la corte en Versalles. Escribió con caligrafía grande:

"Teniendo esta oportunidad, *monsieur* Tillieres, de enviar esta carta a Holanda por un amigo confiable, debo agradecerle por su servicio al encarar a Armand de Gandon, aun cuando no se vea un resultado inmediato. Por favor, tenga la bondad de seguir cultivando su amistad por mí y, si sus perspectivas allí continúan siendo deprimentes, todavía podría estar dispuesto a regresar a mí y a su deber.

"Como sabemos ahora, parte de la razón del comportamiento inapropiado de de Gandon fue su preocupación galante por una joven en problemas. Se me ocurre la idea, *monsieur*, que usted puede relacionarse muy discretamente con la mujer, siempre que continúe el interés y, de acuerdo con su mejor criterio, enlistarla de nuestro lado. Si piensa que ella responderá al dinero, tiene mi permiso para hacer las promesas que considere que serían útiles: puede hacer uso de los fondos con el banquero en Amsterdam que puse a disposición para sus gastos. Haga que la joven anime a de Gandon a regresar a sus buenas perspectivas aquí. Cuéntele también que, si ella misma quiere volver a Francia, se puede hacer mucho a fin de que esto sea una ventaja para ella.

"Si, por otro lado, ella es del tipo para quien esta clase de propuestas sería insultante, tendrá usted más dificultad en asegurarse sus buenos oficios. Pero, la puede presionar con los sacrificios que de Gandon ha realizado por ella y las ventajas que él todavía

podría obtener si ella lo aconsejara bien para ayudarlo a salir de su actual estado de emergencia.

"El mensajero espera, por lo que no digo más por ahora. Confío en su discreción en estos asuntos, pues usted bien sabe el uso que pueden hacer mis enemigos de esta información para menoscabar el crédito que tengo con su Majestad, especialmente si se conocieran mis planes antes del tiempo adecuado".

El duque no firmó la carta, pero puso su sello en la cera suave. Mientras esperaba que el sello se endureciera, miró el fuego con una ligera sonrisa en su rostro. A los veintiocho años, era hora de que Armand se casara. Su propio casamiento cuando tenía apenas veinte años había sido arreglado políticamente, y él tenía la expectativa de arrebatarle a la vida cualquier romance ilícito que pudiera, como habían descubierto su padre y su abuelo. Pero, para su sorpresa y para consternación tanto del padre como del abuelo, el duque había estado más que satisfecho con el afecto de su joven esposa, había sido completamente leal a ella y, cuando murió, al único hijo de ambos. Habían vivido a lo grande. Su gran caja de ahorros se debía a que nunca había mantenido a una amante. Había tenido fe en su matrimonio. Era el único asunto en el que había tenido fe, en este y en su apego caprichoso a Armand de Gandon.

El duque cambió de posición su pierna con gota y miró la carta. En momentos así, un hombre de poder y política, un veterano experimentado en comandar un ejército por treinta años, un hombre acostumbrado a las maquinaciones de la vida en la corte, un hombre como él no podía menos que entender con cuánto cuidado debía medir su propia influencia y las consecuencias posibles de cada favor que extendía.

"Un poco de riesgo hace que hasta un proyecto que vale la pena sea más interesante", se dijo, mientras tiraba de la cuerda para llamar al sirviente.



El imponente y colérico Louvois –*Conseil d'Etat*, ministro de Guerra, superintendente del sistema de correos, responsable del orden religioso y del interior, y a cargo de reunir y canalizar la inteligencia– era el hombre más ocupado del reino. Se sentó en su oficina en el edificio del secretariado, en Versalles, para leer una pila de informes. Un escriba se sentó cerca, con lapicera lista para cualquier comentario o respuesta que el ministro pudiera dictar. "Solo para sus ojos" leyó en un mensaje decodificado de un agente en Amsterdam.

"Puedo informar, mi señor, que continuo recibiendo instrucciones y dinero del duque de Lauzières para proseguir su proyecto de retorno del oficial reformado refugiado Armand de Gandon, con el objetivo de que abjure y sea restaurado. Por supuesto, el duque no sospecha de que en realidad yo estoy al servicio de usted. Puedo informar que he renovado mi relación con el ya mencionado Gandon, y él me acepta como un refugiado igual que él. Mi señor, estaría agradecido si usted considera pertinente mantener informada a Madame de Maintenon del asunto de Gandon, pues ella está especialmente ansiosa de que sea llevado a la justicia por su participación en el escape de una joven de la Casa de Católicos Nuevos, en Saint-Martin, a principios de 1685".

–¡Muy bien! –exclamó Louvois a su secretario, con una sonrisa poco común en su rostro carnoso y colorado.

–¡Fue una buena idea enviar a Tillieres a Holanda! Y podemos también poner de ejemplo a este oficial atrevido y ayudar al duque de Lauzières a trastabillar en su propia astucia en el asunto. Pero será mejor que esperemos hasta que atrapemos a este Gandon y le sonsaquemos alguna declaración útil antes de tratar de hacer estallar una mina debajo del duque. El viejo zorro ha tenido más de un roce por su talento maravilloso para engañar a su Majestad. Esta vez está llevando un fósforo encendido a un depósito de pólvora. Y también tenemos a Madame de Maintenon de nuestro lado. ¡Ese mayor fugitivo es un hereje y un saqueador de conventos!

Mientras Louvois ponía el mensaje en la pila de papeles ya leídos, hizo una mueca.

Ese Tillieres es un canalla talentoso, meditó, *pero puede ser demasiado astuto también... ¿está consiguiendo acercarse Madame de Maintenon? Con toda seguridad, no quiero al viejo cuervo metiéndose en nuestros asuntos, pero supongo que sería útil dictar una nota para ella sobre este Gandon. Sus curas informantes a veces le traen noticias que podemos usar. Un poco de cortesía puede ser ventajosa.*



Madeleine Cortot, parada en los escalones de la Casa para Mujeres Nobles Hugonotas, miró con un poco de aprehensión al orgulloso pero insolvente Armand de Gandon, quien había respondido a su carta con prontitud inesperada.

–Probablemente sea cierto que no tengo la paciencia para ser un santo –dijo él–. Esperar y oxidarme aquí en el exilio ha sido difícil, pues me he estado quejando para entrar en acción. Y aunque no estoy en libertad de discutir los detalles, debes saber por rumores generales lo que sucede.

Madeleine podía adivinar por el nuevo uniforme, traje azul largo, chaleco naranja y calzas de pernera, que Armand era ahora un oficial de los soldados holandeses. A pesar de su desconcierto ante este cambio repentino en su fortuna, no pudo evitar sonreír ante la cinta dorada y ancha que adornaba sus puños y el borde de su sombrero. Sin embargo, ella lo había convocado a él y a Alexandre con una buena razón.

–La carta del primo Daniel ha llegado ahora y, con su buena voluntad, todos nosotros podemos sacar pasajes para Nueva York.

Madeleine sabía que no viajarían tan confortablemente como podrían si todavía tuviera las quinientas *livres*. Pero, con lo que había quedado, sumado a lo que ella había logrado ahorrar de su magro salario y a su voluntad de trabajar a bordo del barco, ella pensaba que todavía podían seguir las órdenes de su padre.

Respiró profundo y se apuró por miedo a que Armand la interrumpiera.

–Por favor, no se ofenda, pero realmente queremos que venga con nosotros. Por sacarnos de Francia, le debemos más de lo que podríamos pagarle algún día, usted sabe.

Su utilización del "nosotros" era tentativa, incluso débil, pues Alexandre, parado al lado de su campeón heroico, también estaba vestido con un uniforme militar nuevo. Claramente, su hermano ya tenía planes que no incluían navegar hacia Norteamérica.

La cara del oficial mostraba el interés cortés que manifiesta un caballero cuando una dama joven y atractiva habla de cosas importantes para ella. Que era atractiva, ella no lo cuestionaba. Incluso en el simple vestido gris de una sirvienta, con la gorra blanca y los zapatos de madera, y llevando una canasta para el mercado en el brazo, ella era consciente de que nada en su porte erecto aludía a una campesina. Solo sus manos, ásperas y enrojecidas por tres brutales años de trabajo pesado, no eran las de una dama.

–*Monsieur* Tillieres se ha ofrecido para hacerle llegar una respuesta a papá por un canal secreto que él conoce, y así papá podrá unírsenos. Después de todo lo que ha pasado, ¡no sé cómo voy a soportar tanta felicidad!

Su voz era algo trémula.

–Ustedes saben que él quería que nosotros cruzáramos el océano, y ahora que sabemos que el primo Daniel nos recibirá, debemos ir. Por supuesto, vamos a esperar para ver si papá puede venir a nosotros, pero no debemos quedarnos mucho tiempo o gastaremos el dinero en alguna otra cosa. Ustedes saben que aquí solo tengo un salario escaso y un lugar donde dormir, y Louis es solo un mensajero en la imprenta de *monsieur* Jounderes, así que no recibe paga alguna.

Armand de Gandon no parecía estar escuchando ahora lo que ella decía. Sin embargo, ella se lanzó de nuevo en su discurso.

–El primo Daniel dice que ahora hay un templo hugonote en Nueva York y que una gran cantidad de nuestra gente se ha establecido allí, y muy bien. Hay muchas religiones allá; es como Holanda, que a nadie se lo persigue por lo que cree.

La cara de Armand seguía impasible.

–Hay muchas cosas para hacer allá, y con las demoras de su comisión, yo pensé que quizás...

Él sacudió su cabeza y comenzó a hablar, pero ella lo interrumpió.

–Oh, yo sé que Alexandre tiene la ilusión de que el príncipe de Orange pronto será rey de Inglaterra.

–Ya no es una ilusión, *mademoiselle* –respondió de Gandon–. Ahora me han dado un cargo de capitán de infantería del príncipe Guillermo. Los acontecimientos se mueven, y quedan pocas dudas de que se aproxima una guerra. Aprecio mucho tu amable invitación pero, de verdad, no seré de gran utilidad en el mar y no tendré una ocupación en Norteamérica. Además, aunque estoy muy agradecido, no podría tomar dinero de una joven dama y, en tercer lugar, realmente creo que mi deber sería usar el único talento que tengo, el ser soldado, ahora que se necesita para la Buena Causa. Me he sentido muy inútil aquí estos cansadores años pasados.

–Oh, ¿de veras? –ella volvió a hablar con una frialdad peligrosa, que casi le cortaba el aliento–. Me pregunto si hay una cuarta razón: que nuestra compañía rústica estaba comenzando a aburrirle. Se habla de que su duque puede tenerlo de vuelta. ¿Quizá un viaje a Versalles podría ser más excitante que un viaje por el océano?

El rostro del soldado se enrojeció.

–Mis asuntos deben ser más entretenidos de lo que había pensado. Quizás ambos hemos confiado en nuestro amigo Tillieres más de lo que es prudente. ¡Podría ser que quienes llevan estos cuentos estén mejor informados que yo sobre lo que estaré haciendo!

Él hizo una pausa y ella trató de leer su significado mirando su cara. Su sonrisa era forzada. Ella se tragó el comentario sarcástico que estaba por salir de sus labios, viendo que él sentía que ella había traicionado algo de la confianza que él había depositado en ella.

Él continuó.

–Nunca me pondría en el camino de alguien que toma las providencias que se le presentan delante, pero no quiero imponerle mi

presencia a nadie, ya sea que se me ofrezca ayuda por gratitud o por lástima.

–Gratitud, por supuesto.

Ella volvió su cabeza, temerosa de que él pudiera ver las lágrimas en sus ojos, y preguntó:

–¿Y si no es ni gratitud ni lástima?

–Déjame desearte *bon voyage*[4] –dijo él, apurado y con su habitual cortesía, que denotaba contrición–. Pero ¡de veras! Si esos *donneurs d'avis*[5] están sugiriendo que pueda perder mi religión si sirvo al príncipe de Orange o si regreso a Francia, lo que no tengo intención de hacer, créeme y recuerda que uno puede perderlo todo con mucho éxito sin siquiera salir de Amsterdam.

Se apresuró a agregar en un tono afectuoso y franco:

–Seguramente, para mí, seguir una vez más mi profesión no es el fin del mundo ni significa menos aprecio.

–Podría fácilmente significar el fin del mundo para quienes siguen una profesión como esa, ya sean oficiales experimentados o tamborileros desconcertados –respondió ella–. Pero debe entender, *monsieur*, que por nada del mundo quisiera que usted cambiara ninguno de sus planes a causa de preocupaciones sentimentales por sus *ex* amigos.

---

[4] "Buen viaje".

[5] Aquellos que ofrecen consejos.

Capítulo 11

¿Irse o quedarse?

No ayudaba a la disposición perturbada de Armand tener que lidiar con el hermano desdentado de Madeleine Cortot, mientras caminaban por la calle empedrada luego de dejarla. Armand se sentía culpable pues, de alguna manera, el carisma de él había seducido al jovencito con visiones de una carrera militar y, en un momento de debilidad, había hecho los arreglos para que Alexandre fuera tomado como tamborilero en un regimiento inglés al servicio de Holanda.

No obstante, Alexandre se había propuesto hacerse el difícil justo cuando un poco de silencio habría sido muy bienvenido. El muchacho le recordó dos veces que, como sobreviviente de la Casa para Católicos Nuevos –de la que había sido expulsado por ser impermeable a la instrucción católica romana–, y como veterano de viajes por toda Francia como vagabundo después, merecía algún grado de respeto que sus mayores nunca le dieron.

–¿Respeto? –exclamó Armand, consternado–. ¿Tú me hablas a mí de respeto? Que el Cielo te ayude cuando marches con tu regimiento, ¡perderás más dientes en la empresa! Iré a tu comandante inmediatamente y retiraré mi recomendación.

–Pienso, *monsieur* Capitán –argumentó Alexandre–, que usted debería guardar su orgullo en su bolsillo, por así decirlo...

–Agradezco y valoro grandemente tu consejo, *monsieur* Sabelotodo, pero tu deber es para con tus hermanas y tu hermanito. Con seguridad que hay indígenas u osos en Norteamérica, ¡y se necesitarán tus servicios! Tengo entendido que allá, en la selva, los jóvenes pueden prosperar totalmente sin modales ni respeto por la autoridad.

–¿Se está retractando de su promesa solo porque recibió un azote verbal de su Alteza?

Armand vio su propia necedad al entablar una conversación así con un muchacho que tenía la mitad de su edad. Sin embargo, sentía cierta satisfacción en terminar la burla.

–Le aseguro, su Insolencia, que su lugar está con su hermana... y le deseo a los osos *bonne chance*.[1]

–Bien, usted parece saber muy bien cuál es mi lugar, pero ¿qué pasa con *su* lugar?

Armand levantó los ojos hacia el cielo como pidiendo fortaleza.

–Así que, ¿también tengo que escuchar un discurso de parte tuya? Por favor, entiende: un caballero no se mete donde no pertenece. Le he explicado perfectamente a *mademoiselle* tu hermana, quien normalmente es una joven dama muy rápida e inteligente, que no puedo ir a un lugar en donde no puedo mantenerme a mí mismo, y que tampoco aceptaré un pasaje a Norteamérica como caridad de mis amigos. Además, con la guerra inminente, podemos estar seguros de que el príncipe Guillermo y los príncipes de la Liga de Habsburgo lucharán por la causa protestante. Y por ahora, participarás solo como tamborilero, y la causa protestante no requiere para nada que te unas a tus hermanos en algún campo de batalla en Flanders o en Inglaterra o, peor, que pierdas una pierna o un brazo, y termines siendo una carga para tu hermana. Sus necesidades están primero que las del príncipe de Orange, ¿entiendes?

–Perfectamente, señor.

El tono de Alexandre era abiertamente hipócrita.

–Ahora, explíqueme cómo ayudará al cumplimiento de las profecías del pastor Jurieu que un capitán más deje sus huesos en un campo de batalla de Flanders o de Inglaterra.

–Tu insolencia sobrepasa todos los límites –exclamó Armand.

Alexandre persistió.

–Usted me desilusiona, capitán. Si como soldado usted fuera tan poco emprendedor como lo es como pretendiente, ya le habrían dado de baja hace mucho tiempo. Aunque Madeleine es una

[1] "Buena suerte".

persona ubicada, ella hizo la primera jugada, sabe. ¿Pretende que ella le proponga matrimonio a usted?

—¿Qué es lo que quieres de todos modos? —gritó Armand, exasperado—. ¿Debo cargarla mientras patea y grita? ¡Este es el siglo diecisiete, no el dieciséis! La última vez que la vi era prácticamente la esposa de otro hombre. ¡No la voy a cortejar para vivir con el dinero de tu hermana!

Alexandre hizo un ruido grosero con su nariz y luego dijo:

—Bien, si está determinado a darle la espalda —y no creo realmente que ella haya pensado con seriedad en Mathieu ni una vez en estos últimos tres años—, déjeme hacerlo con usted. Si va a estar enojada, que se enoje con los dos al mismo tiempo. Será de algún consuelo para ella si explotamos juntos en algún lugar impronunciable de Alemania, ¿verdad?

—¡Suficiente! —lo cortó Armand, habiendo perdido la paciencia y sin divertirse más.

Varias personas que pasaban se dieron vuelta para ver la razón de tanta vehemencia. Los dos siguieron caminando sin hablar.

Qué peste es este muchacho, pensó Armand. *¡Si hubiera habido más hugonotes como él, Faraón habría dejado ir a los hijos de Israel!*



Dos días más tarde, cuando Madeleine abrió la puerta de la Casa para Mujeres Nobles Hugonotas, encontró a su hermano Alexandre sentado en el escalón. El cielo estaba gris y se iba oscureciendo, y el humor de Madeleine no estaba mucho mejor. Parecía que, últimamente, cada vez que quería salir alguien estaba bloqueando la puerta.

—Y ahora, ¿qué es lo que quieres? —su tono no era alentador: no le agradaba la idea de discutir con él.

—Pensé que apreciarías un recordatorio —comenzó Alexandre, con una sonrisa agradable mientras se incorporaba y se quitaba el polvo de encima—. Tienes que hacerlo mejor. Perdiste al maestro de escuela, sabes, y parece que el soldado se irá también. Una

solterona a los veinte años está cerca de no tener más esperanzas, *n'est-ce pas?*

–¡Alexandre, por favor! ¿No puedes aprender a ocuparte de tus propios asuntos?

–Te olvidas, querida hermana, que ahora soy la cabeza de la familia, así que es mi asunto.

–No me sobre el tiempo como para desperdiciarlo argumentando con un niño impertinente. Tengo que ir al mercado, así que, por favor, sal de mi camino.

Comenzó a rodearlo para pasar pero, evidentemente, él tenía la intención de acompañarla.

–¡Y no trato mis asuntos en público! –añadió, cambiando la canasta al brazo del lado en el que iba él.

–No hay necesidad –respondió su hermano, con la misma alegría enfurecedora–. No es secreto para nadie cómo van tus asuntos. No hemos visto a Mathieu desde que le calentaste las orejas antes de que dejáramos Francia. Y fuiste muy cordial con Armand en esas tormentas de nieve; pero ahora parece haber un frío glacial como en diciembre. Él está determinado a ir y hacerse matar para la gloria del príncipe de Orange. Creo que si le hicieras unas caídas de ojos, podríamos persuadirlo para que vaya a Norteamérica con nosotros y atrapar castores o lo que sea que uno hace allá. Yo pensaría que tú eres más bella que el príncipe de Orange, ¡aunque apostaría que el príncipe tiene una mejor disposición!

–¿Has cambiado de idea?

Ella se volvió rápidamente para enfrentar a su hermano, sin poder creer si lo había escuchado bien.

–Por supuesto, si puedo hacerte entrar en razón. Es mi deber como tu único protector masculino ir contigo y manejar tus asuntos si rechazas a todos los pretendientes.

–¡Me vas a cansar demasiado, muchacho malo! Sabes perfectamente bien que papá quería que fuéramos con el primo Daniel, y *monsieur* de Gandon sabe que sería bienvenido. Él presentó sus excusas. ¿Qué quieres, que vaya a él de rodillas? Estoy segura de

que tiene sus razones. Quizás ha tenido algún tiempo para pensar últimamente y encuentra que sus conocidos burgueses son una vergüenza. ¿Por qué me tomas?

–¿Por una de las vírgenes imprudentes, quizás?

Madeleine sintió que le ardía la cara pues otros en la calle, algunos de los que ella sospechaba que sabían francés, se habían parado a mirar. La vista de Alexandre estaba fija en la canasta, pero parecía disfrutar de la turbación de Madeleine.

–Si él te envió aquí a hacer de Cupido o si esto es alguna ridícula tontera tuya, estás desperdiciando tu tiempo. Si yo, nosotros, le importamos tan poco que prefiere irse como soldado en lugar de ir al refugio que Dios nos ha abierto, es su problema. ¡Y si piensas que me vas a convencer de alguna manera para que te deje quedarte también, estás terriblemente equivocado! ¡Ahora, sal de mi camino!

Ella pasó a Alexandre y avanzó rápidamente por la calle sin mirar hacia atrás. Él se fue desanimado hacia el depósito donde trabajaba.

Desearía tener más edad, reflexionó. *La gente no parece tomarme en serio. Qué lío han hecho con las cosas. ¡Los dos son tan orgullosos y estúpidos! Yo pensaba que las niñas eran más inteligentes. Después de todo, ella tuvo tres años para atarlo de pies y manos. Yo tenía una idea tan maravillosa para ellos y pensé que ellos tenían la misma idea. Madeleine parece un poco torpe, pero ¡hice lo mejor que pude!*

Entró en la caverna oscura del odioso depósito.

–Ya he tenido suficiente –murmuró con fiereza–. ¡Ella puede patalear y gritar todo lo que quiera, y Nueva York puede ser el jardín del Edén que dicen que es, pero se viene una guerra y no me la voy a perder!



Aunque Madeleine no lo admitiera, las palabras de Alexandre hicieron su efecto. Sin embargo, ella no intentó otra apelación personal al mayor de Gandon. En lugar de eso, lo envió al pastor Merson a trabajar con los dos hombres extraviados de su vida, es-

perando que el respeto de ambos por el santo hombre de la sotana torciera sus obstinadas voluntades donde ella no había podido.

El pastor Merson pronto comenzó a simpatizar con la situación poco feliz de ella. No obstante, junto con sus muchas virtudes reales, tenía una desafortunada habilidad para ver los dos lados de un asunto. Había conocido a Alexandre desde la infancia, pues había sido pastor en Saint-Martin por muchos años. Al mayor de Gandon lo había conocido en la casa de los Cortot justo antes de las dragonadas. El pastor había ido a Holanda unos meses antes que los demás pues, en el momento de la Revocación, a los ministros protestantes les habían dado dos semanas para dejar el país.

La naturaleza apacible del pastor se intimidaba al pensar que pudiera parecer que estaba dándole un sermón a un caballero a quien había llegado a considerar completamente cuerdo y consciente. Sin embargo, estaba muy aficionado a Madeleine como si fuera su propia hija, pues ella siempre había sido la preferida de su esposa, que no había tenido hijos, y había pasado un día o más por semana en su hogar, aprendiendo de su cónyuge devota los deberes que ella y sus padres creían que le corresponderían realizar cuando se casara con su sobrino, Mathieu Bernard.

Incluso en ese tiempo, reflexionó mientras subía desde la Casa para Mujeres Nobles Hugonotas hacia las habitaciones tipo barracas donde Armand de Gandon residía durante las pocas semanas que esperaba quedarse en Rotterdam, *yo sentía en mis huesos que la pareja era despareja. Mathieu había sido siempre un hombre de teoría y deliberación, y Madeleine una joven de acción, en forma directa e inmediata. Y ahora me ha enviado a hablar por ella "discretamente", dijo.* Mais oui. *¡Y ella es la que habla de discreción!*

El hecho de que fuera el tío de sangre del ausente Mathieu no le causaba demasiada molestia para llevar adelante su misión, pero se podía imaginar cómo se sentiría si un hermano ministro intentara jugarle artimañas siniestras. Para atrasar el encuentro una hora más, se detuvo en su propia casa, modesta, para compartir su incomodidad con su esposa.

–Pero Madeleine tiene mucha razón en su punto de vista –murmuró él mientras masticaba una porción de torta y tomaba de una taza de té en miniatura.

–Estoy de acuerdo –respondió la buena mujer–. Es evidente que Dios designó a estas dos personas para estar juntas. Debes resignarte, querido esposo. Es el destino de un pastor entrometerse en los asuntos privados de sus feligreses. Madeleine y yo estamos totalmente de acuerdo en este asunto. Yo debo cumplir la función de su bendita madre, *n'est-ce pas?*

El pastor Merson afirmó su resolución y, entonces, retomó su camino.



El mariscal Schomberg, venerable héroe francés de setenta y dos años, se veía erecto, incluso apuesto, en un uniforme británico.

–Mientras vestía el uniforme de mi país, he hecho por Francia todo lo que pude –le dijo a Armand de Gandon–. Y ahora solo queda la posibilidad de libertar a sus creyentes oprimidos para que puedan adorar a Dios de acuerdo con las Escrituras. Solo cuando mi rey abandonó su deber real y se alió totalmente con los enemigos de Dios, yo pude levantar mi mano contra él con la conciencia tranquila. Ahora es mi deber hacerlo. Es una desgracia que haya llegado este día. ¡Cómo lo lamentaría tu padre, Armand!

En cosa de media hora, el anciano soldado explicó a su tocayo los deberes que había determinado asignarle.

–Técnicamente, estarás con los soldados de infantería, pero serás mi correo personal y portarás los mensajes más confidenciales entre mi base en Inglaterra y los líderes de habla francesa en Amsterdam. El príncipe de Orange estará aquí y allá, decidiendo las estrategias políticas que deba, y yo seguiré las directivas en el campo de acción, donde sea que esté, cuando llegue el momento. Sé que puedo depender de ti.

–Puede estar seguro, mariscal Schomberg, que usaré todas las habilidades que tengo para servirle bien.

La cabeza blanca del anciano se dio vuelta un poco como si sus oídos le estuvieran fallando, pero su ceño fruncido se relajó por un momento, sus ojos brillantes con anticipación.

–Entonces, hagamos todo lo que podamos por el pueblo de Dios en Francia, en Inglaterra y en cualquier lugar en el cual la sangre de los santos clame desde la tierra.

No se había mencionado la fecha de su partida. Armand esperaba una salida rápida de las fuerzas preliminares hacia Inglaterra, pero uno no podía adivinar cuál sería el plan, basado como estaba en negociaciones entre el príncipe protestante y los señores igualmente protestantes del otro lado del canal. Los lazos familiares implicados complicaban más el asunto y hacían más lento el progreso. Sin embargo, la decisión ya estaba tomada. Ahora quedaba el asunto de arreglar las cosas para Alexandre Cortot. Con los antecedentes del muchacho de seguir su propio consejo en lugar de depender del juicio de la iglesia o el rey, hermano o amigo, uno difícilmente podía esperar evitar que fuera a la guerra. Muy bien. Él iría a la guerra. Que Dios lo preservara por causa de Madeleine.



Alexandre recibió al pastor Merson en la capilla de las barracas con respetuosa cautela. Enseguida olió una rata, o sea, una manipulación de su hermana. Y cuando su visitante vestido de negro apeló a su sentido del deber y a su conciencia, el muchacho confesó abiertamente que él y de Gandon estaban bajo órdenes indefinidas, esperando lo que podría ser casi una partida inmediata.

–Por lo que sé, Madeleine y los mellizos está bien donde están, pero si desean irse a Norteamérica, no los voy a detener.

Alexandre intentó una pose varonil, como si realmente su parecer fuera crucial en el asunto.

–Quizás el gran evento predicho por ustedes los predicadores pronto llevará a la restauración de la Verdadera Religión en Francia, y yo estaré en libertad de visitarlos allá pero, por ahora, mi intención es quedarme y ver que se resuelva el problema.

El pastor Merson mencionó los deseos del padre de Alexandre.

Alexandre se encolerizó y resopló por entre el agujero de sus dientes.

–Tengo tanto derecho como mi hermana para decir lo que papá hubiera querido que hiciéramos. ¡Yo en cambio pienso que papá estaría de mi lado, porque en un tiempo él mismo era soldado y luchó en la Batalla de las Dunas!

El pastor Merson solo pudo darle una palmadita en el hombro y animarlo a no confundir sus propias preferencias obstinadas con la voluntad de Dios.

Luego, el pastor encontró a Armand tomando su cena frugal de té y arenques en un café barato de las cercanías. El capitán lo escuchó con la mayor de las cortesías, y estuvo de acuerdo con el pastor en que estar al servicio de Madeleine siempre era un placer.

–Tiene razón de que Alexandre haría mejor en quedarse con su hermana –añadió–, pero uno no puede comandar al muchacho exitosamente, como usted bien sabe. De todos modos, nuestras causas son diferentes.

Armand prosiguió diciendo que su deber más amplio lo llamaba a servir al príncipe de Orange y a la causa protestante. Ciertamente, se sentía tocado por la preocupación de *mademoiselle* por su bienestar, pero no le parecía adecuado sacar provecho de su corazón amable para obtener el pasaje a Norteamérica.

Al asumir que a Armand le preocupaba la relación de Madeleine con Mathieu, el pastor contestó que la invitación de Madeleine parecía indicar que el pasado era realmente pasado.

–La proclama de casamiento nunca se hizo –se aventuró–. Madeleine es libre de hacer lo que bien le parezca.

Armand cambió el tema abruptamente, preguntando cómo interpretaría su deber el pastor si él mismo escuchara el llamado de

Dios de volver a Francia para ministrar a las ovejas dispersas del rebaño. ¿Regresaría para servir en el Desierto aun cuando su esposa presentara un reclamo legítimo para que se quedara como esposo y proveedor? Era una aproximación sagaz, pues la conciencia del pastor Merson lo había estado molestando por mucho tiempo sobre esa misma cuestión.

Aunque se separaron cordialmente, el soldado había hecho mucho para incomodar al pastor y el pastor no había logrado que Armand cediera en lo más mínimo. Armand insistió en que sus talentos y experiencia requerían que se quedara para los eventos que sucederían muy pronto. A esa causa ya había empeñado su palabra. Así, con su corazón suficientemente grande como para tomar las tristezas de todos los que conocía, el pastor Merson volvió a su esposa y a su hogar, recordando, mientras caminaba por la calle estrecha, las aflicciones de su amigo Isaac Cortot.

Primero, los hijos de Isaac habían sido tomados por oficiales del rey, para lograr su conversión forzada. Armand, el hijo del viejo camarada de Cortot, Michel de Gandon, había rescatado a los mellizos y, con el prometido de Madeleine, Mathieu Bernard, había ayudado a escapar a Madeleine de su cautiverio. Isaac había sabido en ese momento que sería un hombre marcado. *¡Ah, con la deportación, mi querida esposa y yo escapamos a tanta desgracia!*, Merson se entristeció. *Pobre Isaac. ¡Perder a Mathilde!* Sin tener él hijos, sintió que la pérdida de su propia esposa sería más terrible que ser quebrado en la rueda. *Pobre Isaac.*

El pastor Merson consideró todo esto con algo de culpa personal, pues no había compartido cierta información con alguien que tenía derecho a saberla. Isaac había enviado a Mathieu con lo que restaba de sus fondos para que llevara a sus hijos fuera de Francia y se establecieran en un lugar seguro. Pero, Mathieu había sido arrestado; el oro, confiscado; y bajo las manos de sus captores, había traicionado a los Cortot. Era solo por la bendición de Dios que de Gandon había tenido éxito en llevar a Madeleine y los niños a Holanda, desde donde él esperaba que

un día pudieran ir a Nueva York, donde estaba el hermano de Isaac.

Ah, las desgracias que le habían sucedido a la pobre Madeleine. Ah, ella y el soldado estaban tan ciegos. ¿Cómo podía un pastor, sabiendo tanto confidencialmente, lidiar honestamente con todas la partes involucradas? Estaba agradecido, al abrir la puerta, de que su esposa no sabía cuán terriblemente falso había probado ser Mathieu. En estas circunstancias, uno debía retirarse, creía él, y permitir que Dios y su Providencia proporcionaran la solución.

Capítulo 12

Otra traición

Mathieu Bertrand había jugado con la idea de tratar de escapar para unirse al pastor Merson en Holanda, pero se desanimó cuando recordó su introducción a la "violencia dulce" de tortura usada para obtener información cuando fue capturado en Estrasburgo. La siguiente vez, las autoridades irían más lejos. Después de todo, uno nace con un solo par de pies. Para no arriesgarse, no había escrito ninguna carta al exterior. Además, había asumido que todo había terminado entre él y Madeleine Cortot. Por momentos, casi la odiaba. Si nunca hubiera visto ese hermoso rostro, esos ojos violetas. Desde Eva, la mujer había sido la ruina del hombre. Ahora Mathieu se preguntaba qué querría el padre de ella, ese viejo tonto entrometido.

Isaac Cortot había sido privado hacía mucho tiempo de su empleo como oficial principal de impuestos en Saint-Martin debido a su religión, pero había estado viviendo cómodamente en sus importantes propiedades en Saint-Martin cuando se sintieron los embates de las dragonadas. Ahora había empobrecido. Por desgracia, se preocupó Mathieu, Cortot era una cara y una figura bien conocidas; y ser visto con él, especialmente porque su anterior relación era muy recordada entre los hugonotes, comprometería la reputación del nuevo converso. Tembló involuntariamente.

–Mathieu –llamó el hombre vestido con una estameña gris polvorienta, en una voz que se propagaba con claridad alarmante en las sombras del callejón por el que Mathieu siempre regresaba a su casa, al final del día, desde su trabajo en el Hotel de Ville.[1]

[1] Allí estaba el ayuntamiento.

Simulando indiferencia, Mathieu siguió su curso. No había pasado a nadie desde que doblara la esquina donde el camino del río se unía a la calle de los herreros. Adelante no había nadie a la vista excepto Isaac Cortot, y se acercó con tanta resolución que, al final, Mathieu aminoró su paso.

–¡Mathieu! –volvió a decir Cortot, mirando furtivamente en ambas direcciones para estar seguro de que estaban solos– ¡finalmente tengo una forma de que escapemos de este triste reino y nos unamos a nuestros amados! ¡He arreglado encontrarme con un guía, y podemos estar fuera de Francia antes de mediados del verano como mucho!

–¿Y?

Mathieu no hizo caso de la mano extendida. *Cortot asume que nada ha cambiado, que quiero unirme a Madeleine tanto como él,* pensó Mathieu. Él cree que mi "conversión" fue tan poco sincera como las de casi todos los otros hugonotes que fueron obligados a abjurar.

La mano de Cortot bajó a su costado con un estremecimiento peculiar.

–*Mon fils* –dijo el ex acaudalado burgués en voz baja–, he guardado en secreto algo de dinero. No mucho, pero suficiente como para suplir nuestras necesidades y pagar un guía confiable para ir a Suiza. He estado planeando para nosotros dos por un tiempo, casi desde que volviste a Saint-Martin. Todavía podemos reunirnos con la familia en Holanda. ¡Qué alegría que ahora pueda cumplirse!

–¿Y por qué piensa que yo querría unirme a usted? –preguntó Mathieu, medio ahogándose con las palabras.

La cara de Cortot palideció.

–¡Realmente, tío Isaac! –Mathieu no pudo creer que hubiera pronunciado el nombre familiar por hábito–. ¿No tiene sentido común? ¡Ni siquiera susurre cosas así!

Miró con aprehensión a su alrededor, a las paredes de piedra que rezumaba moho y musgo entre sus grietas.

–¿Quiere que nuestros problemas comiencen otra vez? –continuó–.Debemos esperar hasta que Dios quiera iluminar nuestras aflicciones. ¡Ni siquiera quiero saber que una locura así está en ciernes!

Comenzó a caminar alejándose, pero Cortot, con intriga en su rostro, corrió detrás de él.

–Pero ¡Mathieu! –protestó el hombre mayor, tomándolo por la manga–, ¡piensa nuevamente! No puedes ser feliz en esta situación falsa. ¡Mira! Tengo lo proveniente de una pequeña *mas*,[2] que los perseguidores no vieron cuando confiscaron mi propiedad. Es suficiente para nosotros dos. Piensa en Madeleine...

Mathieu se dio vuelta enojado y levantó su mano en un gesto de prohibición.

–¡Suficiente! ¡Suficiente! –dijo entre dientes–. Usted vaya y arriesgue su cuello si quiere, pero no el mío. Ella no es tan constante como usted cree. ¿Qué le hace pensar que ella le agradecerá si yo aparezco en Holanda?

Mathieu se dio vuelta y casi corrió por el callejón.

Cortot se detuvo con la boca abierta. Estaba tan sorprendido de que Mathieu prefiriera vivir bajo los perseguidores, que no captó la infamia sobre el carácter de su hija hasta más tarde. Incluso en ese momento, estaba más apenado que enojado. *Algo deben haberle hecho a Mathieu para cambiarlo de esa manera*, se dijo a sí mismo. Eso le pareció una tragedia peor que los golpes y la confiscación. Caminó lenta y tristemente de vuelta a su casucha.



El corazón de Mathieu se detuvo dentro suyo cuando un sargento dragón apareció a su lado dos mañanas después y lo convocó a la oficina del subdelegado del distrito. Con una expectativa angustiante, lo siguió, y luego tuvo que esperar un tiempo interminable. El subdelegado le dio un sermón preliminar sobre su pasado cul-

[2] Casa de campo, granja.

pable y la maravillosa clemencia de los siervos de su Majestad al otorgarle una segunda oportunidad a fin de que probara su devoción y su conversión verdadera, realizando un buen trabajo como ayudante.

¿A dónde quiere llegar este hombre?, gimió Mathieu para sus adentros. Estaba sentado, con los nudillos blancos en los brazos de la silla, tratando de mantener una cara impasible.

El subdelegado, un hombre de su misma edad, apuesto y perfumado, enfundado en un traje celeste brillante, con una peluca cara y con moños de cintas en sus zapatos rojos de tacón, murmuró su desdén por estas basuras que dejaban su fe tan fácilmente, pero cuyos complots e intrigas ocupaban tanto tiempo de los administradores de su Majestad. Un cura de boca mantecosa con un hábito marrón de misionero estaba parado al lado del oficial y, cada tanto, añadía con voz suave algún punto para enfatizar las palabras del subdelegado. El oficial se veía aburrido, pero el cura sonreía todo el tiempo, lo que era casi peor.

–Usted recordará –estaba diciendo el oficial, mientras empujaba lánguidamente su tintero de un lado a otro– que no se le sentenció nunca. Usted era útil para el servicio del rey en ese momento y se nos dice que su conducta ha sido ejemplar desde entonces. Y ahora, tiene la oportunidad de ser de ayuda otra vez.

Ahí viene, pensó Mathieu; y, a pesar de sí mismo, se inclinó hacia adelante con ansiedad.

–Tenemos un informe, no tiene importancia para usted de parte de quién, de que un tal *monsieur* Cortot, bien conocido por usted, está planeando huir del reino en poco tiempo. Usted sabe cuán poco ciertas pueden ser las habladurías mal intencionadas. Esperamos que usted, como un súbdito leal e hijo de la iglesia, desee ayudar a establecer la veracidad de este informe, que sugiere que se está por quebrantar una ley del reino. ¿Tiene usted alguna luz sobre el asunto?

–*Monsieur* Cortot, *c'est vrai* –respondió Mathieu con la boca seca, vacilando solo un momento–, me mencionó algo de eso

como un pensamiento que tiene, aunque no necesariamente es una intención. Como ha hablado de ideas así con anterioridad, le presté poca atención; pero, si me hubiera enterado de que se estaba a punto de transgredir alguna ley... su Señoría siempre puede contar con mi lealtad y servicio.

Mathieu esperaba que el subdelegado no percibiera su nerviosismo. Qué afortunados eran lo que podían mentir fácilmente y con naturalidad.

–Estaremos contando con usted entonces, *monsieur* Bertrand, para recibir cualquier información más exacta de la que el servidor de su Majestad deba estar al tanto.

–Visitaré a su Señoría tan pronto como tenga algún detalle –confirmó Mathieu, con un tono firme que quizá lo sorprendió más a él que a sus oyentes.

El subdelegado asintió brevemente y se volvió al sargento, que había estado parado en la puerta como un espectador interesado.

–Sargento, acompañe a *monsieur* Bertrand a su lugar de trabajo.

–Dios te bendiga, mi hijo –lo despidió el cura robusto, con un tono que rebosada unción ocupacional–. ¡El temor del Señor es el principio de la sabiduría! Puedes estar seguro de nuestra absoluta discreción.

Sonrió e hizo una reverencia.

Mientras el sargento acompañaba a Mathieu a través de las calles, se puso conversador, sin percatarse de la afectada sordera de Mathieu y su mirada de piedra.

–Posiblemente usted no me recuerde, *monsieur*, pero yo estaba aquí con el subdelegado antes de las dragonadas, y creo que lo recuerdo a usted y a su tío, el pastor. Mientras ustedes hablaban recién, yo estaba sumando dos más dos. ¿No había una muchacha llamativamente hermosa, la hija de este Cortot a causa del cual parecían tan sorprendidos hoy, involucrada en algo? Por lo que recuerdo, fue sacada del convento que está al sur de aquí. Estuvimos golpeando los arbustos buscándola por una semana, revisamos cada cueva y movimos las ramas de cada árbol, pero ella se había

desvanecido como humo. No es que me esté entrometiendo, por supuesto, pero ¿no era ella su prometida? ¿Dónde está ella ahora?

–Supongo que está en el extranjero –exclamó Mathieu–. ¡Lo que es seguro es que a mí me da lo mismo!

–Bueno, sin intenciones de ofender, por supuesto, –continuó el sargento, pateando descuidadamente a un perro callejero que pasaba por allí–. Este asunto religioso se torna muy complicado, *n'est-ce pas?* ¡Ella era un buen partido! Su padre debió haber sido muy rico, rico como un hugonote, disculpe la vieja expresión, antes que nuestros compañeros se alojaran en su casa por la fuerza, allá por el año 85. Apuesto a que no le quedaron ni dos *sous* para frotarlos entre sí cuando terminamos con él. Ahora, ¿quién hubiera pensado que las tareas del ejército en 1688 serían mantener a los hugonotes en el país, por un lado y, por otro lado, interrumpir sus reuniones? Usted sabe, mi anciana madre, que en paz descanse, me advirtió, *monsieur*, cuando me empujaba fuera del nido, que nunca me mezclara ni con la religión ni con las mujeres. Buen consejo, *n'est-ce pas?*

Habían llegado a la entrada de la magistratura, y Mathieu se salvó de reminiscencias adicionales. Las emociones que se agitaban en su interior casi lo ahogaban mientras se sentaba una vez más en su escritorio y trataba de concentrarse en sus papeles.

¡Ese viejo tonto! ¡Todavía me va a arruinar con sus planes dementes! ¡Ojalá nunca hubiera sabido de Isaac Cortot, y eso se aplica también a su hija débil mental!



Isaac Cortot estaba parado en la entrada de su choza de piedra y yeso, abandonada desde hacía mucho tiempo cerca de Saint-Martin, complacido de ver a Mathieu subir por el sendero desde el pueblo.

–¿Cambiaste de idea, hijo? –exclamó con energía.

Mathieu se sintió incómodo mientras miraba por sobre su hombro hacia los edificios de paredes blancas y techos rojos que brillaban con el sol.

–No estoy muy seguro, tío –respondió en voz baja–. ¿Le importaría hablar más discretamente, por favor? Los sonidos se transportan muy fácilmente en la brisa de la tarde. He estado pensando acerca de sus planes, y debo pedirle perdón por mi rudeza la semana pasada. Fue inexcusable.

Cortot le hizo un gesto de que no eran necesarias las disculpas.

Mathieu parecía tener alguna dificultad para hablar.

–Ahora, usted sabe, tío –pudo decir finalmente–, que cuando me envió al norte hace dos años, me trataron muy violentamente cuando me arrestaron. No puedo permitir que me prendan una segunda vez. ¿Me podría contar un poco más de sus planes? Entonces, quizá, yo...

Cortot no necesitaba que lo urgieran.

–Estoy feliz de que estés cambiando de idea –respondió con energía y, luego, bajó un poco la voz–. Tú sabes, miles de nuestro pueblo escapan cada año. Algunos no lo logran, pero uno debe ser lo más prudente que pueda ¡y dejar el resto al Señor! Cuando yo era soldado, hace mucho tiempo, sabía que podía morir en una batalla, pero tenía que seguir y hacer lo mejor que podía, *n'est-ce pas?*

Palmeó a Mathieu en la espalda y el joven se estremeció, sorprendido del vigor de Cortot.

–¡Como verás es casi rutina! –continuó el anciano.

Condujo a Mathieu a la pequeña choza y lo hizo sentar en la única silla que había.

–Todavía no conozco al guía, pero me dicen que ha realizado muchos viajes exitosos. Tengo una cita en Lyon el trece de junio. Eso me da un mes para viajar solo. El guía se encontrará conmigo en Lyon y me llevará a Ginebra.

Mathieu pareció sorprendido.

–¿No es un viaje muy largo? Sería más cerca ir hacia el oeste y luego por mar.

–Ah, sí, yo pensé en eso. Sin embargo, cuando noten mi ausencia, pensarán que fui hacia el oeste para llegar a Royan o La Rochelle

o la Isla de Re. De esta manera, simplemente seguiré el camino de posta desde Toulouse hacia el sur, rodeando Montpellier y hacia el norte por el Rin. Tengo amigos que puedo visitar, y el peligro será escaso hasta que esté acompañado por otros que estén planeando dejar el reino. Tú y yo podemos viajar igualmente seguros.

Sin embargo, Mathieu expresó dudas.

–¿De cuánto tiempo dispongo para decidir? –preguntó, finalmente.

–Me voy pasado mañana. Me encontraré con el hermano Canabis, tú sabes, el hermano de nuestro boticario, en el puente del Espíritu Santo, e iremos río arriba hasta Lyon con un cargamento de telas que ha estado acumulando. Entregaremos la mercadería en Lyon para el día trece.

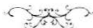
–Debo pensar un poco más en esto –murmuró Mathieu–. Tengo un empleo, usted sabe, en la Corte de Justicia y enseguida extrañarán mi presencia. Si voy, me pregunto si no debería ir más directamente, ya que me buscarán antes que a usted. Si lo hago, ¿cuál es el nombre del lugar donde los puedo encontrar a usted y al guía en Lyon el día trece?

–En la Posada Boule de Cuivre –reveló Cortot–. ¡Coraje, hijo mío! –y estrechó la mano de Mathieu mientras este se incorporaba–. ¡Piensa en lo que te está esperando, y ten coraje para intentarlo de nuevo!

–Justamente en eso estoy pensando –murmuró Mathieu, en voz baja.

Se agachó para pasar por la puerta baja de la casa, pero no lo hizo lo suficiente y se golpeó la cabeza. Luego, acomodándose sus largos y rubios rulos, hizo una inclinación silenciosa y se marchó por el sendero de piedra hacia el pueblo.

¡Esto es mejor!, se dijo a sí mismo un feliz Cortot, mientras observaba a Mathieu desde el umbral de la puerta. ¡Cómo se sorprenderá Madeleine!



Durante semanas, Madeleine esperó ansiosamente noticias de Francia. Mientras tanto, no hizo otros planes para el viaje a Norteamérica. Sus peleas con Armand, y luego con Alexandre, la tensionaban y le provocaban un sentimiento de impotencia. Pero, como ella bien sabía, los escapes rara vez se daban exactamente de acuerdo con lo planeado y, si su padre tenía éxito en llegar a Suiza, podría viajar más rápido río abajo hacia Holanda que lo que tardaría una carta que él pudiera enviar. Aun así, aunque no se podía hacer nada para apurar las cosas, se dio cuenta de que estaba cada vez más irritable, y casi enferma.

Una tarde de julio, mientras estaba trabajando en la cocina, una de las mucamas de las damas llamó a Madeleine a la sala. La muchacha estaba balbuceando en un estado de considerable excitación y Madeleine notó un tumulto de sonidos que venían del frente de la casa. Se sacó el delantal y se secó su cara húmeda, acomodando un mechón de pelo oscuro en su lugar, debajo del gorro. Entonces, pudo captar el nombre de "*monsieur* Tillieres". Su corazón saltó y casi se detuvo, y se apresuró sin aliento detrás de la muchacha. Mientras pasaba por la puerta, se dio cuenta de que al alboroto era lamentación. *Monsieur* Tillieres la vio y, avanzando, se inclinó profundamente, besó sus manos y las sostuvo.

–¡Ah, *mademoiselle*! –exclamó, con sus ojos llenos de lágrimas–. ¡Preferiría morir cien veces a tener que traerle una noticia como esta! Mi queridísima dama, lamento informarle que nos acabamos de enterar de que su pobre padre fue atrapado tratando de pasar a Suiza, y también todo el grupo que iba con él. Se informa que está en el Castillo Pierre-Encize en Lyon, hasta que su caso sea juzgado. Mi informante no me dijo qué es lo que falló. El guía era el mejor y nunca había tenido problemas antes. Mi corazón está dolido y las palabras no son adecuadas para expresar la angustia que todos sentimos por su gran pérdida.

Madeleine quedó atónita e inmóvil en el umbral de la puerta. Las damas, llorando, se acercaron para abrazarla, y el mismo Tillieres la envolvió en sus brazos.

—¡Quién pudiera desentrañar los propósitos de Dios!, *mademoiselle*, pero hágase su voluntad. ¿En qué la puedo ayudar?

Ella retrocedió, casi empujándolo para apartarlo. Una vez libre, trató de decir algo, pero ningún sonido salió de su boca. Cascadas de lágrimas mojaron sus mejillas. Hizo una breve cortesía y desapareció por la puerta.

Muchas de las damas de la casa habían sufrido tragedias similares en sus familias y, por una cuestión de humanidad, la directora excusó a Madeleine de sus tareas del día.



El verano de 1688 transcurría tediosamente. La guerra se estaba preparando en las Alemanias. Los holandeses también se estaban preparando. Según el propósito, uno podía elegir los rumores: que habría una guerra a lo largo del Rin en defensa de los príncipes alemanes contra Luis XIV, o que habría una intervención en los asuntos ingleses, donde cada holandés sabía que su príncipe reemplazaría pronto a Jacobo II. Madeleine se había dado por vencida en relación con las circunstancias que tenían que ver con Armand y también con las de su testarudo hermano, ambos ahora en el ejército del príncipe Guillermo.

Había habido un informe, aún no verificado, de que su padre había sido sentenciado a la galeras de por vida. A la edad de cincuenta, no sufriría demasiado. Los mellizos la habían mirado con ojos desmesurados cuando les dio la noticia. Alexandre lo había lamentado sinceramente y hasta había derramado lágrimas por su padre. La simpatía de Armand era real, aunque expresada entrecortadamente, porque lamentaba haber herido los sentimientos de ella en su reciente discusión. Al contrario de Tillieres, él no había expresado su simpatía por medio del contacto físico ¡y ella se dio cuenta de que casi deseaba que lo hubiera hecho! Tillieres parecía pensar que para ser de apoyo era necesario expresarlo físicamente, y había expresado repetidamente su tristeza por la pérdida tanto

de su padre como del dinero. Ella realizaba sus recorridas diarias en silencio glacial, impasible, tratando de evitar encontrarse con él lo mejor que podía.

Como había dicho Tillieres, era una de las características desconcertantes de la historia que esas calamidades les sucedieran a los inocentes. Ella le había dicho, con toda sinceridad, que no podía culparlo, y había retado severamente a Alexandre cuando, con su insolencia de adolescente tamborilero, había sugerido que, de alguna manera, era culpa de Tillieres y que él debería abordarlo en un callejón alguna noche y recuperar el dinero o, por lo menos, averiguar si Tillieres podía nadar en los canales.

–No sabemos qué falló –había dicho ella–, y no sería justo echarle la culpa a alguien sin tener evidencias.

A mediados de agosto, Madeleine fue al mercado al amanecer, como de costumbre; estaba haciendo sus compras cuando otras tres muchachas francesas la vieron entre el gentío y corrieron hacia ella.

–¿Escuchaste las noticias, Madeleine? –chilló una, ansiosa por ser la primera.

Una guerra y una invasión a Inglaterra habían sido los rumores de la semana, y cada día traía nuevas vueltas a las historias que mantenían excitada a la ciudad.

–¡Un caballero francés fue asesinado por los guardias esta mañana!

–No lo había escuchado, –respondió Madeleine, interesada solo a medias. Estaba inspeccionando repollos.

Las otras muchachas se agruparon entre ella y las canastas de mercancías, y hablaron de a dos o tres a la vez:

–Era un agente secreto del embajador francés d'Avaux. Nadie sabe a cuántas personas de nuestra pobre gente ha traicionado entregándolas a los papistas en Francia...

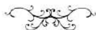
–Cuando se informó que era un espía, el alcalde envió arqueros a arrestarlo a las cinco de la mañana, antes de que pudiera enterarse y huir.

–Cuando intentaron apresarlo, sacó su espada e hirió a dos de la guardia. Luego de varios minutos, el oficial le disparó en la cabeza.

–Dijo que no tuvo alternativa, ¡así que el pobre *monsieur* Tillieres está muerto! Mi ama me dice que fue un asesinato abierto de los de Orange, pues nunca hubo un caballero tan amoroso y agradable.

Las muchachas conversadoras daban vueltas con sus delantales blancos, revoloteando como muchas gaviotas en la niebla gris dorada. Madeleine dejó caer el repollo, sus manos frías y temblorosas, y comenzó a unir las piezas: adónde había ido realmente el dinero, cómo había sido arrestada la comitiva de su padre. Miró hacia la confusión del callejón atestado de carros de vegetales que estaban descargando en los puestos. El mercado, los sirvientes que se escabullían, los vendedores voluntariosos, los vegetales y el pescado que daban su olor, y las aves comenzaban a verse borrosas en una nube que era mitad vapor que se levantaba del agua y mitad olores. Trató de poner en orden sus pensamientos, pero lo único que podía pensar una y otra vez era: *¡Has traicionado a tu padre!*

Cuando, horas más tarde, Armand y Alexandre oyeron las noticias en el campamento, ambos se apresuraron a ir a la Casa para Mujeres Nobles Hugonotas. Se alarmaron al descubrir que Madeleine no había regresado del mercado. Cuando la encontraron esa tarde, ella iba caminando sin rumbo con su canasta vacía, al lado del canal, fuera de las murallas de la ciudad. Extremadamente mareada y descorazonada, dejó que la llevaran otra vez a su casa.



Muchos en ese calabozo tenían más barba que ropas. Pero, la razón por la que Isaac Cortot no podía ver claramente los rasgos de sus compañeros de celda más cercanos era que la luz debía viajar por un largo corredor de piedra, y era realmente muy tenue

cuando, a lo último, pasaba por la pequeña abertura con rejas de la enorme puerta.

Cortot supuso que todos esos prisioneros habían tenido abundante tiempo para analizar su pasado y especular sobre el futuro. El presente era tan incómodo como solo una celda atestada de prisioneros –la mitad de ellos enfermos de fiebre o disentería– podía parecerle a un hombre que había sido una vez el burgués más rico de su pueblo. La altitud era elevada, así que las noches eran húmedas y frías a pesar del hacinamiento. A quienes los bancos les resultaban muy duros para dormir, podían apretarse contra las paredes, entre los que estaban acostados sobre las baldosas, si la longitud de las cadenas de sus tobillos se los permitía. La comida era escasa y asquerosa. Los días que siguieron a su confinamiento en la prisión regional de Bensancon probaron que las expectativas de Cortot eran más que exactas.

De tanto en tanto, algunos prisioneros eran llamados de la celda para recibir "instrucción" por parte de los padres adjuntos al personal de la prisión. Si uno mostraba un espíritu enmendable, aconsejaban los guardias, era posible ser trasladado a lugares más cómodos, y allí uno estudiaría más para lograr la conversión deseada. Por lo tanto, los que quedaban en la oscuridad solamente podían echarle la culpa de su incomodidad a su propio apego testarudo a los errores heréticos.

Cortot había pasado por el proceso. La amabilidad de los padres se había desvanecido al ver su continua pero siempre cortés obstinación. Las discusiones habían degenerado en luchas de palabras e intentos de entramparlo en lo que se consideraban admisiones concluyentes. Aun en medio de su miseria actual, Cortot recordaba una de esas sesiones con diversión burlona.

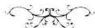
El cura le había preguntado si consideraba que Carlomagno y San Luis, devotos propulsores de la Iglesia Católica y ancestros de Luis XIV, habían sido condenados. Si decía que sí, entonces sería culpable de sentimientos de traición. Si decía que no, entonces le preguntarían por qué no podía encontrar también salvación en

las mismas creencias que les habían permitido a ellos encontrar la bendición celestial. Al darse cuenta de la trampa, Cortot había dicho, para la desilusión evidente de quien lo interrogaba, que solo Dios era el Juez de reyes, pero que por lo que él sabía, consideraba a esos gobernantes dignos de alabanza y que, si habían vivido conforme a la luz que tenían a disposición, bien podrían haber sido salvos. Sin embargo, en cuanto a él mismo, debía seguir la luz que tenía y adorar a Dios de acuerdo con las formas que él entendía que Dios prefería.

Habiendo sido clasificado ahora como un tozudo sin esperanzas, sabía que un día sería llamado otra vez, pero para unirse a una cadena de convictos obligados a marchar por el centro de Francia hacia el Mediterráneo, a las bases de las galeras del rey, en Marseilles y Toulon. Los que sobrevivían y llegaban a las galeras podrían entonces considerar los navíos como un refugio.

Aparentemente, Mathieu nunca había llegado al punto de encuentro, pues sus preguntas en susurros le habían revelado que no estaba entre los prisioneros. Cortot se alegró de que hubiese escapado de sus perseguidores. No obstante, estaba intrigado de que Mathieu, aparentemente, estuviera contento de permanecer en Saint-Martin, de que no demostrara interés en tratar de reunirse con su prometida y de que hubiera sido renuente a decir algo más que *bonjour*[3] a su padre. ¿Mathieu le echaba a ella la culpa de su desagradable experiencia en Estrasburgo?

Cortot se confortó sabiendo que podía confiar en Armand para proteger a los niños, donde sea que estuvieran; y estaba absolutamente seguro de que, dondequiera que se encontraran, sus hijos serían fieles a Dios. Con la certeza de que el Señor también lo fortalecería contra cualquier incomodidad física que pudiera encontrar, podría permanecer en su prisión sin que su serenidad fuese perturbada.



[3] "Buen día"; saludar.

Era una habitación oscura con un cielorraso bajo. Varias velas titilaban con desánimo en el alto escritorio de la justicia. Detrás del prisionero, había cuatro arqueros y un empleado. El acusador se paró al lado del escritorio con papeles en la mano, y una expresión grave y un poco presumida.

–¿Tiene el prisionero algo que decir? –preguntó el juez, empujando sus pequeñas gafas arriba de su nariz. Su peluca alta estaba torcida. Su atención estaba más en su caja de rapé que en el prisionero.

–No, su Señoría –respondió un Isaac Cortot más delgado y pálido.

El juez bostezó y guiñó hacia el prisionero.

–Bueno, en ese caso, debo dictar sentencia.

Comenzó a leer de un papel en forma rápida y sin expresión:

"Habiendo revisado los procedimientos realizados en forma extraordinaria a pedido del procurador general ante el consejo de alguaciles de Bensancon, contra Isaac Cortot la RPR, ex oficial de recaudación de impuestos en Saint-Martin, quien comparece acusado y es prisionero en la cárcel real de la ciudad de Bensancon, fallamos que el ya mencionado Isaac Cortot ha sido declarado, probado y convicto de haber sido aprehendido intentando salir del reino en contra de los edictos y la declaración de su Majestad. Para reparación de lo cual: Lo hemos condenado y lo condenamos al mencionado Isaac Cortot a servir al rey para siempre como un esclavo a bordo de las galeras, y sus efectos personales y propiedades serán confiscados para el rey por medio de esta nuestra sentencia, juicio y decreto.

"Dictaminada en juicio abierto, el 15 de junio de 1688, firmada por todos los consejeros del rey, de este oficial de justicia y del presidente de la Corte de Bensancon en el año y día mencionados.

"Se le entregará una copia al mencionado Isaac Cortot, prisionero, nombrado en la sentencia más arriba, por lo que no puede alegar ignorancia".



Cortot había visto prisioneros con tobilleras de hierro caminando trabajosamente al costado de los caminos de Francia, con una enorme cadena conectada a ellos de cuello a cuello. En el pasado, todos eran criminales pero, ahora, la mitad de ellos probablemente fueran personas respetables, cuyo crimen consistía en tratar de salir del reino hacia donde pudieran adorar como su conciencia les decía que debían hacerlo. Cortot sabía que, por momentos, la mitad de la gente en la cadena no terminaba la marcha por causa del calor o el frío extremos. Los prisioneros estaban sentenciados a ser usados como combustible humano, remando en las galeras de la armada de su Majestad, y se habría podido pensar que, en interés del servicio de su Majestad, llegaran a las galeras en las mejores condiciones posibles. Pero, los guardias recibían su paga por el número de cabezas de prisioneros que se les entregaba para custodiar, en lugar de pagarles por la cantidad que llegaba viva a los depósitos navales. Así que, no veían ninguna ganancia en tratar de que los prisioneros estuvieran cómodos. Considerando su edad y condición, Cortot sabía que sus chances no eran muy buenas. Pero, a su parecer, eso significaba que ahora no había nada que distrajera su mirada del galardón celestial. Como le había dicho al oficial en Carrouge, el acusador había eliminado sus preocupaciones terrenales.



La guerra era inminente, y Luis XIV enfrentaba solo a los poderes de Europa: el emperador del Sacro Imperio Romano, Leopoldo I; el príncipe alemán de Bavaria, Brandenburgo y el Palatinado; y otros: Portugal, España, Suecia y las Provincias Unidas de Holanda. Enojados por los esfuerzos del rey católico Jacobo II para eliminar el protestantismo de su país, los señores ingleses y

los obispos invitaron formalmente a Guillermo de Orange, esposo de María, la hija de Jacobo, a aceptar el trono inglés.

Como parte del personal del mariscal Schomberg, quien ahora estaba a cargo de una invasión holandesa a Gran Bretaña, Armand de Gandon se unió a los quince mil quinientos soldados que se preparaban para partir desde la bahía holandesa de Hellevoetsluis. Zarparon el 20 de octubre, pero se vieron obligados a volver a la bahía por un clima agresivo. El 1° de noviembre realizó el cruce una flota de cincuenta navíos de línea, cincuenta buques de guerra más pequeños y brulotes,[4] y cuatrocientos buques de carga. Armand estaba entre los primeros en desembarcar en Brixham, en el sudeste de Inglaterra, cuatro días después. Sin embargo, en lugar de luchar para llegar a Londres, fueron bienvenidos por los ingleses y Guillermo fue instaurado en el parlamento como el verdadero y legítimo rey del reino. Un mes más tarde, el católico Jacobo se escapó a Irlanda con unos pocos de sus seguidores.

–El rey Guillermo no quiere mártires católicos –anunció el mariscal Schomberg, especulando que el nuevo rey había permitido deliberdamente que Jacobo se fuera del país–. Él ha visto demasiado bien que la persecución inspira a la rebelión y que la horca hace un santo de un líder que pronto puede desvanecerse en el olvido si se le permite morir de muerte natural.

Schomberg estaba pensando, Armand lo sabía, en lo que había sucedido en Francia.

Para un hombre entrenado para la batalla, toda la operación era algo decepcionante. Pero de Gandon también había sido entrenado en la logística de planear y mover ejércitos, alimentos y equipamiento, y probó que era útil en la transición mayormente pacífica. Durante los meses que siguieron, hizo frecuentes viajes por toda Inglaterra y de vuelta al continente, a veces llevando un mensaje codificado de una sola línea. Con frecuencia, pasaba semanas en la residencia inglesa del mariscal Schomberg, cuya esposa era la hija de un conde inglés. Trabó relación con el hijo y heredero del

[4] Barco que transportaba explosivos con el fin de incendiar navíos enemigos.

mariscal y, cuando el venerable mariscal se desplegó con su ejército para luchar en Irlanda, Armand permaneció bajo las órdenes de su hijo.

Si bien Armand estaba rodeado por miles de tropas holandesas, estar en Inglaterra le ofrecía la oportunidad de aprender el idioma y algo de la forma en la que los ingleses veían el papel de su rey: no como un semidios ordenado divinamente para ejercer el control total de las vidas y las fortunas de la nación entera, sino como un líder designado por el pueblo a fin de actuar en su representación y para su placer. ¡Qué extraño que el rey debiera pedir dinero al parlamento cortésmente cuando lo necesitaba, aun para emprendimientos completamente legítimos! Armand también conversó ocasionalmente con un joven que había estado en Norteamérica. Hablaba con ardor de las selvas enormes, las ricas llanuras de la costa, las montañas distantes y el clima adecuado en la colonias británicas.

–Muy diferente de las colonias de las islas tropicales –se ufanaba el joven–. Allí un hombre emprendedor como tú puede volverse rico en diez años.

–¿Y porqué volviste? –le preguntó Armand.

El joven echó la cabeza hacia atrás y se rió.

–Porque... Porque yo no soy un hombre emprendedor como tú. Todos saben que los hugonotes sobrepasan a los otros por su laboriosidad y prosperidad, pero yo no me inclino por seguir un curso tan recto.

Dos veces durante sus casi dos años en Inglaterra, Armand recibió breves mensajes de Alexandre quien, habiendo probado rápidamente su aptitud para la guerra, se había destacado por su arriesgada labor en el frente de batalla. Dos veces, Armand pasó por Rotterdam y visitó a Madeleine Cortot en el Casa para Mujeres Nobles Hugonotas. Con frecuencia durante sus viajes, y con frecuencia cuando su tarea era esperar su próxima asignación, se preguntaba si alguna vez, en un futuro distante, habría algún respiro de la guerra, y si durante esos tiempos de paz él podría

encontrar un refugio de reposo para su corazón; pues cada vez que se encontraban, por alguna señal no hablada, percibía que *mademoiselle* Madeleine acariciaba un sueño muy parecido al de él.

El 1° de julio de 1690, el mariscal Schomberg guió a su ejército contra los partidarios del catolicismo de Jacobo en Irlanda. Allí, en Boyne, el anciano hombre fue derribado, pero el ejército ganó una gran victoria que señaló el final de la causa de Jacobo II.

Luego, Armand de Gandon comenzó a prepararse para su próxima asignación, esta vez en Suiza, donde los miembros de la Gran Alianza tenían esperanzas de penetrar en el sur de Francia. Recibió un mensaje de Alexandre Cortot. Él también esta de camino a Suiza.

Los acontecimientos del momento, aunque un poco tardíos, parecían verificar la interpretación profética del gran pastor Jurieu, que predecía un derrocamiento del rey francés, quizás en unos pocos meses.

¡Y la historia continúa!

Cualquier sacrificio salvo la conciencia

Walter C. Utt y Helen Godfrey Pyke

Este libro relata el "Regreso glorioso" de los *Vaudois* (Valdenses) a sus valles. Aunque sus soldados eran menos de mil, lucharon contra el rey de Francia, el duque de Saboya y sus veinte mil soldados. Milagrosamente, regresan a sus tierras y restablecen allí la adoración a Dios, que había sido prohibida durante tres años y medio.

En el exilio, los hugonotes se habían apresurado a unirse a los demás, a fin de ayudarles a liberar a sus hermanos y hermanas en su regreso a Francia. Sin embargo, no habían ganado nada. Seguían siendo exiliados y, a menudo, pasaban hambre y necesidad.

¿Obraría Dios un milagro en su favor? ¿Volverían a ver su patria alguna vez?